

Universidad de Guadalajara

Revista literaria

Verano 2023

Luvina 111

PURO AZAR

Raúl Padilla López
in memoriam

La historia
de mi lengua
✦ D.P. Snyder

Poemas
✦ Eduardo Padilla

Con los cordones
desatados,
a ninguna parte
✦ Hipólito G.
Navarro

Azar, sangre
e infarto en una
historia de abuelas
y pomadas de peyote
✦ Vanesa Robles

Arte
✦ Alejandro
García Contreras





UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

Rector General: Ricardo Villanueva Lomelí

Vicerrector Ejecutivo: Héctor Raúl Solís Gadea

Secretario General: Guillermo Arturo Gómez Mata

Coordinador General de Extensión y Difusión Cultural: Ángel Igor Lozada Rivera Melo

Coordinadora de Artes Escénicas y Literatura: Daniela Yoffe Zonana

Luvina

Directora: Silvia Eugenia Castillero < scastillero@luvina.com.mx >

Editor: Víctor Ortiz Partida < vortiz@luvina.com.mx >

Coeditor: Iván Soto Camba < isoto@luvina.com.mx >

Corrección: Sofía Rodríguez Benítez < srodriguez@luvina.com.mx >

Administración: Griselda Olmedo Torres < golmedo@luvina.com.mx >

Diseño y dirección de arte: Peggy Espinosa

Producción y viñetas: Diana Mata

Edición del sitio web: Paola Llamas Dinero

Consejo editorial: Luis Armenta Malpica, Jorge Esquinca, Verónica Grossi, Josu Landa, Baudelio Lara, Ernesto Lumbreras, Ángel Ortuño¹, Antonio Ortuño, León Plascencia Ñol, Laura Solórzano, Sergio Téllez-Pon.

Consejo consultivo: José Balza, Adolfo Castañón, François-Michel Durazzo, José María Espinosa, Francisco Payó González, José Homero, Christina Lembrecht, Jaime Moreno Villarreal, Luis Panini, Vicente Quirarte, Patricia Torres San Martín, Carmen Villoro.

PROGRAMA LUVINA JOVEN (talleres de lectura y creación literaria en el nivel de educación media superior): Sofía Rodríguez Benítez < ljuven@luvina.com.mx >

Luvina, año 28, núm. 111, verano de 2023, es una publicación trimestral editada por la Universidad de Guadalajara, a través de la Coordinación General de Extensión y Difusión Cultural, Biblioteca Pública del Estado de Jalisco «Juan José Arreola», Periférico Norte Manuel Gómez Morín no. 1695, Colonia Belenes, C.P. 45100, Zapopan, Jalisco, México. Teléfono: 3044 4050. www.luvina.com.mx, scastillero@luvina.com.mx. Editor responsable: Silvia Eugenia Castillero. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo: 04-2009-061912350800-203. ISSN: en trámite, otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Responsable de la última actualización de este número: Coordinación General de Extensión y Difusión Cultural, Biblioteca Pública del Estado de Jalisco «Juan José Arreola», Periférico Norte Manuel Gómez Morín no. 1695, Colonia Belenes, C.P. 45100, Zapopan, Jalisco, México. Teléfono: 3044 4050, Paola Llamas Dinero. Fecha de la última modificación: 18 de junio de 2023, con un tiraje de un ejemplar.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación.

Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización de la Universidad de Guadalajara.

Diagramación y producción electrónica: Petra Ediciones

Distribuida por: Comercializadora GBN, S.A. de C.V. Tel.: 55 5618-8551
comercializadoragbn@yahoo.com.mx, comercializadoragbn@gmail.com

Imagen de portada: Alejandro García Contreras, *Evangelion: You can (not) advance*, cerámica esmaltada, 2023.



www.luvina.com.mx

Del árabe *zahr*, flor que se pintaba en una de las caras del dado para indicar la buena o mala fortuna, el azar es sobresalto, llamado también azoro por el efecto que tiene sobre los pájaros la persecución del ave rapaz azor. Desde la Antigüedad se han visto señales, presagios y mensajes de los dioses en el vuelo de las aves que atraviesan los espacios celestes. La toma de conciencia de las relaciones entre los hombres y el universo; entre la deidad y el destino humano.

Sin embargo, las leyes del mundo físico que establecen relaciones constantes entre los hechos observados no pueden impedir la presencia de una fuerza irracional que altera la realidad: el azar, un prodigio cargado de misterio. «Todo lo que es visible está trabado a lo invisible, lo audible a lo inaudible, lo sensible a lo no sensible. Puede que lo pensable a lo impensable», decía Novalis. El azar se presenta ante nosotros como imposibilidad, su aparición desequilibra el rumbo de los acontecimientos, altera el futuro y, por ello, desde las culturas arcaicas se ha creído en la adivinación.

La literatura abreva en las grietas del devenir precisamente donde se altera su curso. Crea formas proporcionadas, bellas, a partir de lo impensable por inesperado, e introduce al lector a esos mundos inexistentes que, gracias a la potencialidad del lenguaje de ficción, logran tomar estructura y equilibrio en una configuración efectiva y concreta.

Luvina publica en este número un abanico de imposibilidades convertidas en cuentos, poemas y ensayos que, trabados a la excelencia y a la verdad primigenias, resuelven los desequilibrios y las oscilaciones entre lo real y su anverso ✖

Durante la edición de este número llegó la triste e inusitada noticia del fallecimiento del licenciado Raúl Padilla López, amigo e impulsor de **Luvina**. Desde estas páginas hacemos pública nuestra admiración y agradecimiento. Su recuerdo estará siempre entre nosotros.

Contenido

<ul style="list-style-type: none"> ✘ Tres poemas al azar 	9
Rossella Di Paolo	
<ul style="list-style-type: none"> ✘ Venus 	12
Carlos Ponce Velasco	
<ul style="list-style-type: none"> ✘ El gabán bajo la lluvia 	17
Carmen Ollé	
<ul style="list-style-type: none"> ✘ El vigía 	26
David Unger	
<ul style="list-style-type: none"> ✘ ¿IMAS-IMASMA? ¡AZAR-AZAR! 	28
Ch'aska Eugenia Anka Ninawaman	
<ul style="list-style-type: none"> ✘ Azar, sangre e infarto en una historia de abuelas y pomadas de peyote 	37
Vanesa Robles	
<ul style="list-style-type: none"> ✘ Si tan sólo hubiera... 	40
Naief Yehya	

▪ Poemas	43
Mariela Dreyfus	
▪ La historia de mi lengua	48
D. P. Snyder	
▪ La carne envuelta	56
Myriam Moscona	
▪ La doble de Meryl Streep	59
Raúl Olvera Mijares	
▪ Poemas	61
Eduardo Padilla	
▪ Con los cordones desatados, a ninguna parte	67
Hipólito G. Navarro	
▪ Rascadito	73
Sophia Barba Heredia	
▪ El despertar de Lena	79
Fernando Ampuero	
▪ El abuelo no era el abuelo cuando un día cruzó el polvo	86
César Bringas	
▪ Mundo pequeño	95
Abril Castillo Cabrera	
▪ Instrucciones para dictarle coordenadas de movimiento a un robot	103
Idalia Sautto	
▪ Herpetario Oscar	110
Roberto Ramírez Flores	

<p>✘ Raúl Padilla López: creador de umbrales Silvia Eugenia Castellero</p> <hr/>	117
<p>✘ El más amado, el elegido Mario Heredia</p>	123
<p>✘ Poemas José Landa</p>	129
<p>✘ Compañero incómodo Julieta Arévalo</p>	133
<p>✘ Estadística supersticiosa Luis Téllez Tejeda</p>	138
<p>✘ San Agustinillo Robin Myers</p>	140
<p>✘ La ruta del tentempié Sebastián Díaz Barriga</p>	142
<p>✘ Jaleo no Jimena German Blanco</p>	147
<p>✘ Durante la comunión Giovanna Pollarolo</p>	158
<p>✘ Juegos de rol: dadaísmo de fantasía y alucinación colectiva del <i>performance</i> literario efímero Héctor Ortiz Partida</p>	160
<p>✘ Azar: la sal de la ciencia Carmina de la Luz</p>	164

- ✎ [Le Mépris o El desprecio de Jean-Luc Godard](#) 169
 Verónica Grossi
- ✎ [El limo de Tique. Sobre Herida sin cicatriz de Abraham Arroyo](#) 177
 Luis Jorge Aguilera
- ✎ [Lanzar una moneda en primavera](#) 181
 Cindy Hatch
- ✎ [Conceptos, sentidos y proposiciones de investigación-docencia](#) 183
 Sandra Mara Corazza
- ✎ [Nuestro cuerpo bajo la nieve](#) 194
 James Nuño
- ✎ [Las cuentas del rosario de María Eraso](#) 201
 Jonathan Alexander España Eraso
- ✎ [Un alemán en la flor de la vida](#) 203
 Carlos Wynter Melo
- ✎ [Si digo árboles y no concreto árboles](#) 211
 Roxana Crisólogo
- ✎ [Cortabesos](#) 214
 Octavio Escobar Giraldo
- ✎ [Hay lugar para tres](#) 220
 Gabriela Hernández

ARTE

CERÁMICA NARRATIVA

Alejandro García Contreras

PÁRAMO

○ <u>JOYAS DEL MAR</u>	233
María Negroni	
○ <u>PARA IR AL PASADO NO HACE FALTA UN DELOREAN; CON UNA PLYMOUTH AZUL EN LA MEMORIA ES MÁS QUE SUFICIENTE</u>	234
Xitlálitl Rodríguez Mendoza	
○ <u>EL AZAR COMO ESTRATEGIA POLÍTICA</u>	237
Nayeli García Sánchez	
○ <u>EL CERCO DE LA CERCANÍA</u>	239
Ernesto Lumbreras	
○ <u>LEER Y REÍR</u>	244
Rodrigo López Romero	
○ <u>UN RULFO DESCONOCIDO</u>	246
Roberto Abad	
○ <u>ESTO SOY: UN SOSTÉN DE PALABRAS</u>	248
Paola Llamas Dinero	
○ <u>ÁBACO DE GRANIZO, DE ERNESTO LUMBRERAS</u>	250
Pedro Valderrama Villanueva	
○ <u>CABARETS A LA LUZ DEL SOL</u>	253
Iván Soto Camba	
○ <u>WAYNE SHORTER (1933-2023): UN DIÁLOGO ETERNO</u>	255
Alfredo Sánchez Gutiérrez	
○ <u>CUARTO MENGUANTE DE OCTAVIO PAZ. A 25 AÑOS DE SU TRÁNSITO HACIA LA OTRA ORILLA</u>	257
Adolfo Castañón	
○ <u>WOODY ALLEN Y LA BUENA SUERTE</u>	258
Hugo Hernández Valdivia	
○ <u>EL VIDRIO ES COMO LAS NUBES: MATYAS PAVLIK</u>	261
Víctor Ortiz Partida	

Las esculturas de Matyas Pavlik aparecen en las páginas: 11, 36, 66, 94, 122, 157, 176, 193, 210 y 219.

Tres poemas al azar

Rossella Di Paolo

SI MAMÁ Y PAPÁ

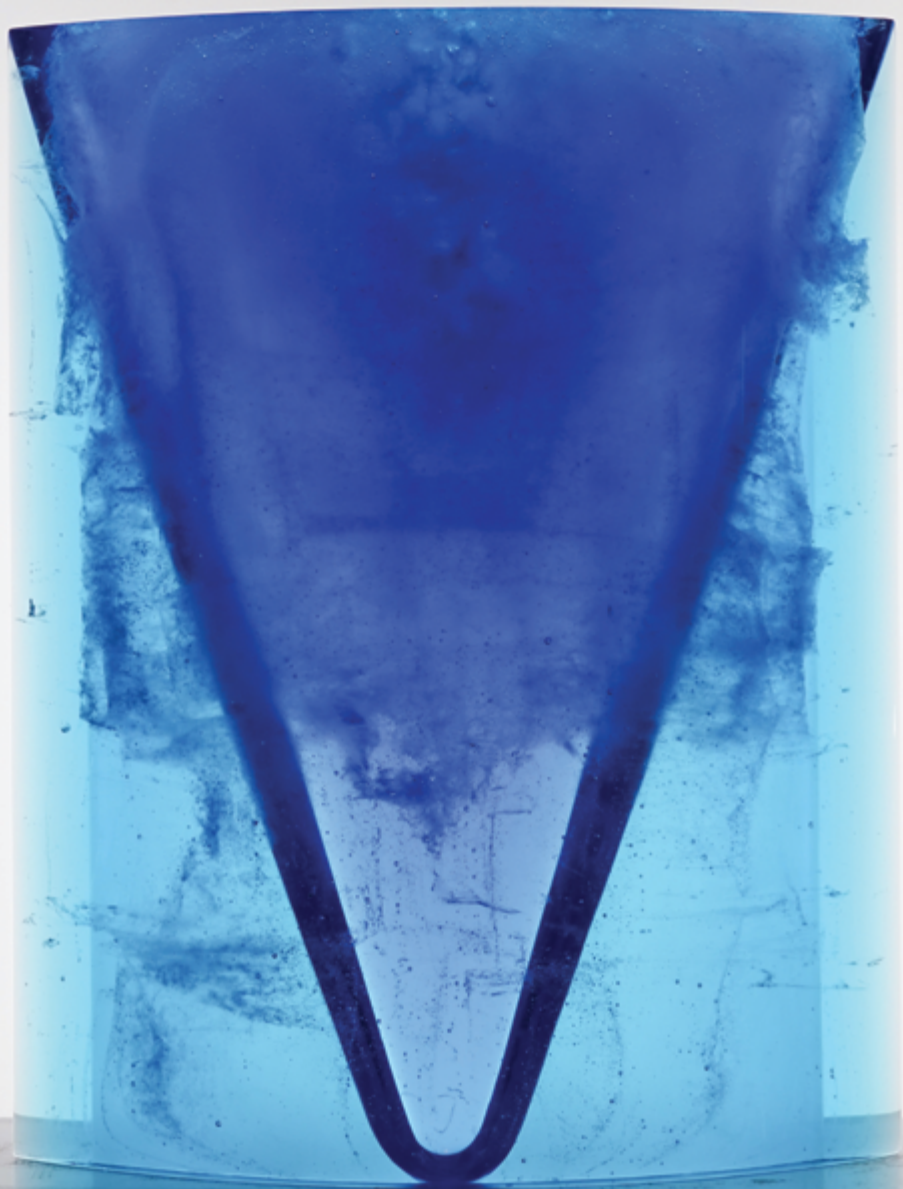
me hubiesen concebido
unos segundos antes
o después
de su joven amor
yo no sería yo
(una rotación distinta de astros
los envolvería en su oleaje
y a mí
la más pequeña
entre los pequeños)
y este poema no sería mío
tal vez de un hermano
o del limpio aire de nada
de nadie
y quizá habría sonado mejor.

SE AGITAN LAS RAMAS

hojas que caen
unas tras otras
el viento las lleva
las trae
como los sueños
de gentes que no se conocen
hojas que se rozan
se besan
se abrazan
sé de ti
a ojos cerrados.

ROMPEN SUS HUEVOS

abandonan el nido
retozan en el aire de los días
una piedra los alcanza
si no es por azar
—ese oscuro
la muerte descomunal
no podría hacerse un sitio
en cuerpos
tan tenues tan leves
tan apenas
cuerpos
un prodigio que estén aquí
un prodigio que no estén más.



Venus

Carlos Ponce Velasco

El monolito cayó sobre el parabrisas. No atravesó el vidrio, se hizo una hamaca en la que quería descansar. La muerte fue rápida, el golpe y las vueltas. La piedra salió volando y los que buscaron nunca supieron cuál de las que se esparcían sobre el pavimento era la responsable. Un cuerpo quedó en su lugar, el único que previno y abrochó su pecho al cinturón. Esa prevención fue en vano, su agonía la más larga. Otro salió volando, la cabeza por aquí y el resto más lejos. Del tercero no se habla mucho, aun más importante que su destino fueron los pocos meses que tenía de vida. Una roca caída del cielo, bendecida. Los dioses que desde el puente contemplaban su obra bajaron asustados por la escalera oxidada, uno tropezó, pero rápido regresó con los suyos. Cada quien cenó con sus padres esa tarde, al día siguiente ya no volvieron al puente. Uno confesó sus crímenes y toda su familia se fue lejos, nadie lo vio otra vez. Las hermanas de trenzas rojas y pecas dejaron de ser gemelas, una se volvió abogada, tuvo un hijo, envejeció con una sonrisa y apenas un dejo de tristeza en las cataratas que la cegaron; la otra engordó hasta que en su cumpleaños número treinta los pulmones se encogieron bajo sus pechos y el corazón se detuvo. El hijo del coronel hizo una familia, luego otra y finalmente pasó sus últimos años junto a su nieta, quien lo quiso profundamente. El más chico de los dioses olvidó todo, fue miserable hasta el final de su vida, las voces que lo acompañaban le gritaban cada vez más alto.

✕

Tengo una ceguera adentro de mí. Ahí está la silla, allá las llaves colgando de una percha, las paredes grises, la parota en la ventana. No puedo

(Guadalajara, 1985). Fue ganador del Premio Nacional de Novela Breve Rosario Castellanos 2016 por su novela *El predominio ilusorio* (Coneculta Chiapas, 2017).

ver, sólo siento la suavidad del piso bajo mis pies, no hay rocas ni polvo. El aire es de tabaco acedo y hojas de oficina, de sudor. Me piden que me siente, me llaman madre. Una joven con la piel firme me da la mano para que me apoye. Fue hace tanto y es igual, ya pasé por aquí, llegué y puse mis dedos sobre la tinta y luego en el papel, leyeron unas cosas que no entiendo. Hoy también leen y preferiría no saber de qué hablan. Felicidades, madre, me dicen las que no son mis hijas. Mi vientre esperó y esperó y en esa espera perdió las ganas de ser habitado. Igual que entonces me pregunto a dónde me llevan. Un día me enseñaron al mundo en un pedazo de papel, nunca supe en cuál de las cuatro esquinas estaba, pero me di cuenta de que no habitábamos el centro. El olor me dice los colores del pasto húmedo, la limpieza del camino, la tristeza de los rostros. Hace calor, pero eso ya lo sentía, el viento está sano y tiene el perfume de las palmas y los limones. Ciega me meten al carro y ciega observo el camino que no pensé ver de nuevo.



Nació de una montaña en el principio del tiempo, el parto la hizo volar por primera vez, sobre el valle y los bosques vestidos de rojo y naranja que bailaban al compás del espeso humo. Llegó al agua, su cuerpo robusto irrumpió la paz y provocó una ola, llevando consuelo a las plantas de la rivera. Temerosas y empapadas agradecieron, pero igualmente morirían ese día: el parto seguía. Desde el fondo pudo sentir el caos, los truenos y la larga noche. El cambio fue tan lento que no notó el cansancio de la tierra, la somnolencia del vientre, el cielo se aclaró hasta que el sol pudo llegar al fondo y acariciarla. Sólo los peces, que no dan importancia a esas cosas, miraban su oro, su obsidiana y los rubíes diminutos a los que abrazaba con celo. La corriente colmada de envidia le fue arrancando con paciencia su tesoro. Es otra forma de dar a luz. Cada año los mismos animales pasaban junto a ella, no se dio cuenta de que los pequeños cada vez se parecían menos a sus abuelos y bisabuelos. El día que pudo tocar el aire ya no había vuelta atrás, ya no había bosque ni gritos, sólo arena. El calor la partió, el aire continuó la rapiña y un día apareció el hombre y la apartó para hacer un camino. Allí contempló el crecer de la ciudad, el paso de los caballos y de los automóviles, la muerte, la prisa. Cuando sólo conservaba un tesoro en su interior, unas manos la levantaron y nadie lloró al saber lo pequeña

que se había vuelto. La hicieron volar por segunda vez y nuevamente fue el terror del valle.

x

¿Te acuerdas cuando me leíste este cuento sobre un fantasma que no asustaba? Qué aburrido se me hizo, sonaba tan raro. Luego me hiciste leerlo en voz baja, después en voz alta, me hiciste escribirlo letra por letra, contártelo con mis palabras. Un día lo escuché de nuevo y entendí algo de ti y algo de mí también. Recuerdo bien la primera vez que nos sentamos juntas, me gustaba que me hablaras y mostraras tus dibujos, también tu cuerpo. Esa noche que tomaste mi mano y la metiste bajo tu falda y luego me lo hiciste a mí mientras todas dormían, me dejó la emoción del miedo en la carne. Me decías que suspirara para no gritar. Ya grandecita me diste un libro enorme, dijiste que con ese me entretendría un buen rato. Lo he leído mil veces y todavía me sorprende no entender esas palabras, es porque me distraigo, mujer, me distraigo pensando en ti y en lo mucho que te sigo extrañando, más con las letras. Pero ya sabes que sí, luego conseguí más historias y me gustaban, viendo las copas de los árboles al otro lado de la barda. El tabachín casi rojo, las primaveras indecisas. Página tras página tras página. Le enseñé a varias, también, a leer y a reír, las hice meter sus manos entre mis piernas y luego les leía. Escondidas, como me enseñaste. Les hablaba bonito, como tú me hablabas a mí, me decían la maestra, como te llamábamos a ti. Nunca ocupé tu lugar, cuidé que nadie se le acercara. A veces pienso que me enseñaste a leer para poder entender tus cartas, cifradas en un código nuestro. Aún no sé hacer divisiones, ¿lo puedes creer? Tampoco sé dar el cambio ni me aprendí la tabla del seis. Sólo te entiendo a ti.

x

Después de que barrieron el vidrio y se llevaron los cuerpos, un viejo huérfano la levantó del suelo y vio el cristal negro que había en su interior. La metió en una de sus tantas bolsas y comenzó a avanzar como el sol. Lo orbitaban sus perros, cuidándolo de la oscuridad. Acompañada de joyas, trapos y juguetes, la piedra esperó hasta el último suspiro del hombre. Quienes llevaron su cuerpo a la vida eterna y a los animales a la muerte vieron todos los tesoros con el asco que produce la miseria. Todo de ese buen señor se perdió, todo menos la piedra que pasó de mano en mano.

x

Me enseñaste a cobrarles bien a los guardas, me dijiste cómo les gustaba. Recuerdo la primera vez que se me acercó ese viejo rancio y pensé que no podría. Me dijiste que no lo viera e imaginara el aroma de los mangos maduros. ¿Te acuerdas cuando vino el joven? Seguro tenía una vida allá afuera, una buena mujer e hijos. Moreno, delgado y cariñoso. Sólo le cobré la primera vez, me decías que era una tonta cada vez que me escondía atrás de la bodega a esperarlo. Yo cobré muy caro, con él no tenía que cerrar los ojos ni imaginar nada. A veces me sentí culpable por saber que me aprovechaba de su inocencia, de robarle el sudor y las caricias a cambio de un par de minutos. Un día lo transfirieron y una de las mujeres se burló de mí cuando pregunté por él, gracias por callarle la boca. Pero también te fuiste, primero tu cuerpo se fue por la puerta y después tus cartas tardaban más y más hasta que me olvidé de esperarlas. Nunca me enojé contigo, siempre supimos que pasaría. Me enseñaste a leer y a vivir. Yo sí te seguí escribiendo, te conté cuando me cambiaron con las mujeres grandes y cómo varias me reconocieron y me abrazaron. Le cobré a los guardias hasta que les dejó de interesar mi cuerpo, pero soy buena, le dije a las chicas qué hacer y ellas me lo agradecieron. ¿Del joven aquél? A veces él también viene a mí como fantasma. Debo confesarte que nunca querría volver a verlo, lo mantengo suave y joven; en cambio a ti me gustaría tocarte siempre, contemplar cómo te han tratado los años lejos de mí. Uno de nuestros destinos era envejecer de la mano. No fue éste.

x

Un día le dieron forma. Manos duras comenzaron a rayarla con un lápiz blanco y luego con la violencia de un disco de metal la desmembraron. Entre más ligera se hacía, su belleza se acentuaba. La venus tomó forma y luego fue pulida. Estuvo lista para volver a esperar, años todavía, sobre un mantel que cada domingo se extendía en la plaza. Tomada y devuelta por turistas que no le daban importancia, hasta que un joven sintió sus curvas de obsidiana y dio unos cuantos billetes a quien, felizmente, se había deshecho de su creación.

x

Escuché el estruendo con mis pies porque mis oídos tuvieron miedo. Mucho me lo preguntaste, pero jamás te lo conté. Alguien dijo haber visto una niña y yo fui la niña que encontraron. Mi caja con dulces quedó en el suelo. Me llevaron como una maleta. No lloré, no entendía mucho, pero recuerdo que salimos de la ciudad y vi el campo. No sabía que podía haber tanto lugar sin pavimento. Preguntaron por mis padres, pero no dije nada. Ya sabrás por qué. Lo viví sola y doy gracias que después pude encontrarte a ti, pues en mi corazón había espacio. Comí bien, me dieron cobijas y algo de calor. Mi silencio parecía la declaración de culpa que querían y caso cerrado. Mi madre vino después, cuando se enteró, lo hizo unas seis veces. Mi hermanito sólo dos: cuando me dijo que no la encontraba y otra, ya grande, en la que se acordó de mí. Pobres, tan solos allá afuera, desvalidos, ojalá hubieran tenido mi suerte.

x

La hija del joven encontró a aquella figurita en una caja de metal, al fondo de las memorias del difunto. Estaba rota y nunca encontró las piernas del ídolo.

x

Dicen que se hizo justicia, que me rescataron del infierno y ahora tengo libertad. Nadie sabe que no lo hice, sólo tú lo sabes ahora. Aunque me vean culpable dicen que fueron demasiados años para una travesura. Hay días en los que extraño los árboles tras la barda, pero aquí tenemos limoneros, un papayo y plantas que no había visto. La gente viene a morir por su propio gusto, se quejan de la comida, aunque a mí me sabe todo igual que siempre. Se quejan de que no los dejen salir y sonrío. Hay una enfermera, preciosa, jovencita, blanquita como tú, que me da pastillas y cuida que esté bien. Hace tanto que no leía un libro nuevo, ella me trae uno cada semana. Cuando la veo caminar a lo lejos me imagino que vamos tú y yo al patio, nadie nunca nos dijo nada. ¿Te acuerdas? En esta ceguera de luces veo a los hombres sobre mí y también tus brazos. Me da pena pensar en todo lo que has sufrido allá donde no te dan alimentos ni techo, donde no estoy yo. Cuando te rezo, tomo entre mis brazos una figurita rota que me regaló la joven, está más negra que yo y más brillante que tú x

El gabán bajo la lluvia

Carmen Ollé

De nuevo las viejas visiones de la infancia, un parque maloliente verde pasto, vagabundos oliendo a ron, casacas de invierno que me hacen recordar las caminatas juveniles, gabán, bella palabra que aroma, la lejanía es nuestra meta, ¿de verdad es nuestra? Tú amabas estar cerca, amabas La Victoria; yo, largarme, poner distancia entre ellos y yo. ¿Quiénes eran ellos? No lo recuerdo. ¿Eran los prolegómenos, los preceptos, las convenciones?

El gabán camina por Barranco, va al encuentro de un dulce y esquizo-entomólogo, también de un silencioso Adán, cuya *La casa de cartón* (en este caso funciona el gabán perfectamente) me puse a leer en la placita de San Francisco: tranquilo rincón a pocos pasos de otro parque bullicioso y popular; he ahí la distancia en verdad, la lejanía cerca o cercana. La pedrería de su lenguaje resalta aun más al grito de halcones y palomas.

La casa de Eguren —ahora le pertenece a una empresa— en una esquina era de color café claro; hoy, ocre rojo o rojo fresa. Un perro me mira acucioso como si me conociera. Un perro que sabe más de mí que estas calles nuevas. Sin moverme la cola parece decirme no le hagas caso, olvida lo que dice, no claudiques. Claudico ante el llanto de los niños como carnaza que sirve para obtener limosna. La piel lacerada de los perros bajo la lluvia, sus heridas traspasan la piel. Buhonero, tus canes son benévolos; tus niños, profetas, sólo las patas rencas de los perros vagabundos marcan el ritmo de un madrigal.

(Lima, 1947). Su libro más reciente es *Amores líquidos* (Peisa, 2019).

Recibió el Premio de la Casa de la Literatura Peruana 2015 por su trayectoria literaria.

Ojos claros, serenos,
si de un dulce mirar sois alabados,
¿por qué si me miráis, miráis airados?

El perro es fiel, lo compruebo esta mañana en el parque. Llueve, no marca ni las siete el reloj, paso con Glenda cerca del vagabundo que dormita, tiene las piernas cubiertas con un cartón, un maletín viejo al lado, parece lleno, ¿de vituallas? En las historietas de mi infancia se decía así... éste debe estar lleno de trapos. Acurrucados junto a él, dos perros o perras negras apenas levantan la vista para mirarme pasar a prisa, no vayan a aventarse contra mi mascota, detesto llamar así a Glenda. Los perros negros son, la mayoría de las veces, resultado del cruce de razas diferentes. Por eso abundan en Lima, una ciudad de perros a los que también les toca ser ricos o pobres, de clase A, B o C, D. Estoy segura de que hay perros que prefieren merodear por los basurales antes de que una mala dueña de esos falsos albergues los acoja entre sus huéspedes.

Le echo una última mirada al vagabundo, pienso en Diógenes el Cínico, en sus discípulos de la Secta del Perro, precursores de los estoicos. Los estoicos son extraños, no más que los ricos, por cierto. ¿Qué siente un rico cuando tiene el bolsillo lleno, la faltriquera del pícaro de Tormes repleta de doblones de oro? ¿Qué haría yo, ahora que ando sin trabajo y consumo mis últimos ahorros, con la faltriquera llena? Me iría a la Martinica porque en ella transcurre una historia melodramática que conmovió mi adolescencia, una telenovela mexicana sobre un filibustero, Juan del Diablo, llamado así por su goleta que anclaba en la isla del Diablo. Un joven bello, ilegítimo, enamorado de una chica de buena familia, pero sin dinero. Es decir, la historia con todos los ingredientes necesarios para enganchar la atención de una adolescente como yo, que todavía no sabía que de grande iba a trabajar para la cooperación internacional como directora de una ONG de desarrollo, algo totalmente ajeno al melodrama. Oigo los tambores de los esclavos en la Martinica, el estallido del volcán, el Monte Pelée. Es la hora de la siesta después del almuerzo en la casa de mis padres. Esa hora velada por la sombra de un olmo; a lo lejos se oye una cuculí; me asomo por la ventana del segundo piso, esa ventana en forma de ojiva, para ver a los gallinazos en el techo del vecino de enfrente, erguidos, parecen aguardar el momento de ponerle la pata a un tesoro.

Otra posibilidad es irme con mis magros ahorros a San Petersburgo, mi alma rusa muere por los palacios, el Neva, la calle principal que en las novelas rusas llaman la perspectiva Nevski, los trineos jalados por perros lobos; en el fondo nunca tuve sangre revolucionaria como mis colegas que fundaron ONG feministas. Los muros de piedra en las noches blancas de la ciudad fundada por Pedro el Grande deben poseer una luz misteriosa; otro melodrama, ligado esta vez a la literatura de ficción tipo Dostoievsky o Chéjov o Pilniak o Nabokov o Bunin, algo más idóneo a un siglo que termina. Caramba, por fin veo algo que termina sin mayor asombro.

Sin embargo, no voy a jugar a la lotería con mi pequeña fortuna; eso de repartir la riqueza entre tus seres queridos y tus amigos es de fracasados, los ricos de verdad sólo dan limosnas, mendrugos, migajas, nada que merme su capital. En realidad mi imaginación es pobre, no atino a nada, ni a la más puta idea de en qué gastar la repentina indemnización que me tocó por mi renuncia o súbita despedida, ya ni sé a qué se debe. Un crucero suena baladí, un safari ídem, construir escuelas, ya dije que es de soñadores frustrados; repartir alimentos en Asia, África, etcétera, eso se lo dejo a la Fao o a la Unicef. No voy tampoco a gastar mis reales en un viaje al espacio sideral, no vivo en la fantasía de un norteamericano feliz, el espacio me resulta muy aburrido salvo en las especulaciones de la Teoría del Todo. Lo que no está prohibido, sucede, dice Stephen Hawking a propósito del universo.

Dos textos de dos épocas diferentes: entre uno y otro median más de diez años. En ambos hablo de la desocupación: en el primer caso hay una valentía para soñar ante lo inminente, la pobreza; en el segundo no hay más que azar y preguntas lanzadas al vuelo que prefieren cobijarse en la contemplación: una vieja placita, el recuerdo de un poeta soñador, las palomas que gimen con escándalo y ensucian las cornisas, dos mujeres, una de las cuales se sienta en absoluta calma frente al atrio de una iglesia en Barranco y piensa en un madrigal. «Ojos claros, serenos...», ¿dónde, ¿dónde encontrar esos ojos de esa transparencia? Bajo por las escaleras del Puente de los Suspiros hasta el mirador: en Lima el cielo y el mar, en el invierno, se unen en un solo trazo lánguido, más abatido que otra cosa; los ojos que miran sin verme son indiferentes, los ojos de los indigentes parecen contemplar el desierto, las dunas del sur de Lima los cobijan o se reflejan en ellos. Hay ojos que miran a donde no hay oxígeno, sólo bacterias anaeróbicas que no necesitan respirar.

LA MODORRA

Camino por lugares que me recuerdan algunos parajes de mi pubertad, avanzo por la Plaza Mayor de Lima escuchando las campanadas de mediodía y el cielo se abre para mí. El repicar se mezcla con la chirriante marcha de cambio de guardia en el Palacio de Gobierno, ahora entiendo por qué el mandatario de turno insiste en no abandonar el poder, debe ser duro bajar las escalinatas del palacio para confundirse con la gente que tiene cara de sueño, que vaga por la plaza. Dentro de ese palacete versallesco estás a salvo, tiranillo. Simplemente gasto mi dorado tiempo en trámites estúpidos, cobro antiguas acciones de telefonía e intercambio un par de sonrisas con el subgerente adjunto del banco para que dé luz verde a mi papelería, a los pocos minutos estoy otra vez libre para tomar un café en un bello pasaje recién remodelado, sólo me molesta la música disco de los parlantes, que no me deja recrear el paisaje y alucinar que estoy en Tánger. Lima es chata, carece de *élan*, los pies de un maniquí vestido con un elegante abrigo negro están sucios y descascarados a la entrada de una *boutique*, cierro los ojos y ya no escucho la música, pienso en el amante ido o perdido... Después de hacer el amor, un detalle: sus manos fuertes, con uñas grandes y cuadradas, recias y toscas, una sensación de plano sólo estética, pero suficiente para mi neurosis matutina. El recuento de la noche anterior no le es muy favorable, pienso, quizá porque las mujeres que viven solas largas temporadas sin sexo son más contemplativas, como gatos techeros. Vuelvo a abrir los ojos y todo permanece idéntico. Mi futuro está en juego, debo huir de esta modorra. Pero no hay isla en el mundo que no me exija un visado, además de una cuantiosa cuenta bancaria para mi estadía. ¿Dónde queda mi Tahití privado?, ¿en una calle de Manhattan o en una placita del Cusco? La solución: volverme a casar. Si viajo a Europa lo conseguiré en el acto. Irme lejos, porque estoy harta de todo, claro, sólo quiero colgarme de las musarañas, ¿por qué se me niega ese derecho? Me imagino en la lejanía tomando una cerveza y sonriendo ante el chongo que seguirá siendo la vida en esta ciudad. ¿Adónde es el visado? Me gustan las mañanas en ese lugar idílico, por la tarde estoy segura de que recurriré a un Xanax para adormilar mis obsesiones infantiles.

EL KARMA (UNA PALABRA GASTADA EN EL SIGLO XX)

De pronto, con pies ligeros me sonrió la tristeza. Recordé mientras bebía un *mocaccino* en un café frente a la plaza de Barranco que la tristeza, se lo dije a una prima, es un sentimiento noble. Mi prima estaba aquejada por algo que no tiene solución ni hay manera de sobrellevar si no es con la noble tristeza siguiéndonos cual una sombra fiel.

Leo *Libro de sol* de Josemári Recalde. Un poema dedicado a su familia:

Cuando recuerdo
los lápices chinos
y el sonar del grillo

Cuando corrí
hacia el puesto
y el sonar del grillo

Cuando por primera vez
te desnudé
oh escritura

Y el sonar del grillo.

Sigo leyendo: «Y el mordiente aroma de las magnolias aprensaba el alma». La poesía es un ave cetrera, el poeta un mago de la cetrería. No conocí a Josemári, pero varias amigas poetas que fueron a eventos y recitales en los que yo participé suelen preguntarme si me acuerdo de un muchacho que las acompañaba: alto, *blancón*, como se dice en Lima, ciudad de eufemismos, una de las más racistas, gusta de ellos para enmascarar sus emociones; ciudad-caleta; excelente término de esta época, muy coloquial pero también asertivo. Creo que Flora Tristán en *Peregrinaciones de una paria* dio en el clavo al describir Lima y Arequipa en su tiempo. No me atrevo a adelantar juicios de una ciudad como Arequipa, que sólo he conocido una vez en mi vida y por poco tiempo. En cambio, la descripción de Lima hecha por Flora es insuperable:

Lima, tan grandiosa, vista de lejos, cuando se entra en ella no mantiene sus promesas, ni responde a la imagen que uno se había forjado. Las fachadas de las casas son mezquinas, sus ventanas sin vidrios y las barras de hierro con que están enrejadas recuerdan las ideas de desconfianza y de opresión. Al mismo tiempo se entristece uno por el poco movimiento que hay en todas aquellas calles.¹

1. *Peregrinaciones de una paria*, Flora Tristán. Prólogo de Carmen Ollé, Arequipa: Editorial UNAS, 1997.

Claro, puedo poner sobre el tapete una descripción de Melville, otra de Salazar Bondy, hay tantas como años han pasado desde que Flora pergeñó aquel libro.

¿Encuentro fortuito? Acaso creo en el azar más que en la voluntad divina, pero cuando hablo de voluntad divina desde la negación percibo el temblor del pecado en mi cuerpo, siento que se aproxima el peligro. La religión católica es punitiva, no entiendo la entrega de los fieles de esa manera absoluta, como se da en la procesión del Señor de los Milagros y, sin embargo, sólo en esa fe podemos sobrellevar el dolor, la pena, la ansiedad, y aspirar a un cambio de vida que nos permita sonreír al alba y no enmudecer bajo la luna. ¿Recuerdan este verso?: «Toda luna es atroz y todo sol amargo...».

Estaba buscando *Peregrinaciones de una paria* de Flora Tristán entre libros colocados sin ningún concierto, sólo porque entran apretujados en los anaqueles, y encontré una estampa de Cristo crucificado: la típica tarjeta que entregan a los asistentes en misas de difuntos: Señor, acoge mi alma.

En la parte de atrás hay una cruz y, garabateado con lapicero, el dibujo de un niño pequeño. ¿Cómo llegó esta postal a mis manos? Cuando la abrí, leí: «El santo sacrificio de la misa será celebrado en sufragio del alma de S. Acevedo —mi tía Sigelinda, mi linda tía soltera *open minded*—, ofrecida por Herminia Alayza Mujica e hijos —mi bella amiga de hace muchos años—, en Miraflores, enero de 1996». Herminia murió en 2010 y mi tía en 1995. Guardo esta señal de Herminia para mí. Tenía razón Pilar Dughi cuando nos aseguró a Mariella Sala y a mí que después de muerta se comunicaría con nosotras, «lo creo, como estoy mirando por esta ventana», nos dijo en su lecho de

enferma. Herminia se ha comunicado conmigo. *C'est tout.*

También tía Sigelinda o Sigeslinda o Siglinda, hija de Wotan, mitología nórdica purita, quiere comunicarse conmigo. Entonces hablaré de su nariz griega o egipcia, no importa, era larga y tremebunda, pero intensa, como el aroma de las magnolias. Murió soltera, pero no significa que no conociera el amor. Conservo fotos en sepia del sanatorio de Olavegoya donde estuvo internada en los primeros años del siglo xx a causa de la temible tuberculosis, donde posa con jóvenes periodistas esbeltos, bien vestidos; uno de ellos, El Flaco, su gran amor, murió en sus brazos del mismo mal. La tuberculosis sólo se curaba en las alturas de un pueblo serrano, escenario de una novela cosmopolita, *Pais de Jauja*, de Edgardo Rivera Martínez, escrita en segunda persona, un narrador y un punto de vista difíciles. Se trata de un narrador dentro de la historia, personaje también o autor desdoblado, como en el famoso poema de Catulo:

Deja de hacer el tonto, infeliz Catulo,
y lo que ves que ha muerto juzga perdido.
Viste brillar otrora radiantes soles,
cuando ibas donde aquella
que amamos como nadie ha de ser amada, te conducía.
Allí se hacían cosas alegres y placenteras.
Viste brillar, de cierto, radiantes soles.
Hoy no te quiere ya;
no la quieras ya, débil.
No sigas a quien huye, ni triste vivas,
pero con obstinada mente resiste.
Adiós, amada. Ya Catulo resiste
y no te busca o ruega contra ti misma...
Pero habrás de dolerte al no ser rogada.
¿Qué vida te espera? ¿Quién hoy a ti se acerca?
¿Quién te ve hermosa? ¿A quién
[besas?
¿De quién morderás los labios?
Mas resiste, Catulo, tú, decidido.²

Bajo la influencia de este enorme poeta que a una de mis alumnas le pareció irrelevante

2. Cayo Valerio Catulo (Verona, 87-57 a.C.). *Antología de la poesía latina*. Selección, prólogo y notas de Amparo Gaos y Rubén Bonifaz Nuño. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1957.

—así son las cosas de la ceguera o de los gustos— tuve la ambiciosa idea o inspiración bisoña de escribir un poema en esa tónica, aquejada también por males de amor.

Deja ya Carmen de andar por ahí contando a
 todos tus dolores;
 con tanta queja a nadie haces bien y el culpable
 se vanagloria,
 crece en riqueza y poder.
 Dice que hay una tonta ya madura —aunque no
 lo parezca— que vierte por él sangre.

Si tu cuerpo no alcanza en otro cuerpo la gloria:
 que el sueño te recompense.

Por esa época me pasaba horas aburriendo a mis congéneres con mis cuitas. Ahora lo hago con las cuitas ajenas. Los dos versos finales baten palmas al Catulo obsceno de algunos poemas a través de una metáfora nada lúbrica, al parecer, sobre la recompensa en el sueño, aunque el pleonasma habla por sí solo.

Creo que las penas de amor quedaron grabadas en el monte del olvido, como ese famoso bolero que mi abuela y mi tía Sigelinda cantaban en casa: «Están clavadas dos cruces en el monte del olvido...», paráfrasis del Monte del Calvario y de la muerte de Cristo. Quizá lo que aún perdure —ese «quizá» es aborrecible, ya lo dije antes— es el deseo. Para la Torá «el deseo insatisfecho crea peste»; en un poema de Cavafis se habla del tema de manera dulce y categórica:

DESEOS

A cuerpos hermosos de muertos que no
 [envejecieron
 y los guardaron, con lágrimas, en un bello
 [mausoleo,
 con rosas a la cabeza y a los pies jazmines
 —se asemejan los deseos que pasaron
 sin cumplirse; sin merecer una
 noche de placer, o una mañana luminosa.³

3. Tomado de <https://wigh.wordpress.com/2012/01/22/kavafis-seleccion-de-poemas-breves/>

Pero hay otro poema que me inquieta y atormenta:

VELAS

Los días del futuro están delante de nosotros
como una hilera de velas encendidas
—velas doradas, cálidas, y vivas.

Quedan atrás los días ya pasados,
una triste línea de velas apagadas;
las más cercanas aún despiden humo,
velas frías, derretidas, y dobladas.

No quiero verlas; sus formas me apenan,
y me apena recordar su luz primera.
Miro adelante mis velas encendidas.

No quiero volverme, para no verlas y temblar,
cuán rápido la línea oscura crece,
cuán rápido aumentan las velas apagadas.⁴

Hay vida en los sinuosos contornos de las velas, olor y aroma en el humo que despiden, movimiento en el arco que asoma en algunas y en la luz que reclaman: todo nos convoca pero también resta. No siento que nos rete. Cavafis está muy lejos de la confrontación, del reto, de la lanza al ristre. Es una nostalgia afable, jamás falsa ✦

4. Tomado del portal Ciudad Seva: <https://www.ciudadseva.com/textos/poesia/euro/cavafis/velas.html>

DE MONÓLOGOS DE LIMA (PEISA, 2015).

El vigía

David Unger

Estoy por llamar a Paulie
para decirle que murió Mark
pero Paulie murió, también, hace cinco años.

Quiero informar a Paulie
que Rusell murió hace diez días
pero los muertos

no quieren escuchar
el gorgoteo de malas noticias
que brotan de cada fisura.

The Lookout

I'm about to call Paulie / to tell him Mark died / but Paulie died, too, five years ago. // I want to tell Paulie / that Russell died ten days ago / but the dead // don't want to hear / the gurgle of bad news that / springs from every fissure.

(Guatemala, 1950). En 2014 recibió el Premio Nacional de literatura Miguel Ángel Asturias de Guatemala por su trayectoria literaria.

Los amigos son esporas
que escapan de la prisión de sus huesos
para flotar en un mundo amordazado.

Subo a un promontorio
y veo detrás de mí
pero no hay nada

mi sombra, encorvada por la pérdida
se mueve con dificultad
hasta que me pasa y yo, también, me he ido.

VERSIÓN DEL INGLÉS DE IVÁN SOTO CAMBA.

// Friends are puffballs / escaping the prison of their bones / to float in a
muzzled world. // I climb a lookout and gaze behind me / but there is noth-
ing // just my shadow, stooped by loss / trudging on and on and on / till it
passes me, and I, too, am gone.

¿IMAS-IMASMA? ¡AZAR-AZAR!

Ch'aska Eugenia
Anka Ninawaman

Aquella mañana tocaron los senos de nuestra sirena en el gastado huevo de la puerta y esos golpecitos eran suaves, tenían delicadeza. «El gato ronrón toca la puerta», me murmuró madre Lucía, refiriéndose al cuento del gato dormilón que toca las puertas de la gente con golpecitos desganados para que le dejen dormir a sus anchas al lado del fogón. «Los que escuchan esos golpecitos tienen suerte, pues el gato trae en su joroba un manojito de azares que trazan insólitos destinos, sabía decir mama grande Brígida. «¡Azar-azar, tendremos visita!», me volvió a decir madre y al instante irrumpió en el patio la mamita Domitila de la comunidad de las altas punas. «Soy tu visita inesperada, soy tu gata del azar», se anunció maullando a madre, que tejía cerca de nuestro manante cristalino y le respondió con el mismo maullido de gata: «Pasa, mi visita inesperada, pasa, mi gata dormilona, descansa a mi lado». «El gato ronrón, en cuanto asoman los rayos lunares, recorre el mundo repartiendo casualidades, pero al brillar los rayos del sol bosteza de cansancio», señalaba también mama grande. Abuela gata se acercó a madre con pasitos perezosos para entregarle un costalito de papas que tenía figurillas de mininos con orejas de hojas de coca y bigotes de oro. Madre besó las manos de mamita: «Tejedora de nuevas estrellas», le dijo sin moverse apenas, luego estiró el palo del telar para jalar la puruña de barro y, como se esforzaba demasiado, la abuela le dijo que se quedara también con el costalito. Por lo visto, mamita venía en busca de la brillante estrella, llamada semilla escogida, los runa-gente nunca ofrecen así por así nomás sus preciados bolsos, menos aún si tienen bellos diseños-pallay. Hermanita cuentera paró las

(Ch'isikata, provincia de Yauri, Espinar, Cuzco, 1972). Su publicación más reciente es *Les Murmures de Ch'askascha* (ed. trilingüe: quechua, español, francés, L'Harmattan, 2021).

antenitas, aunque siguió jugando a las ollitas mágicas con los rocíos de nuestro manante, pero madre le recordó que debía saludar a los mayores; entonces alzó la mirada e inclinó su cabecita hacia abuela: «Te saludo, mamita gata del azar». La mirada de la abuela brilló al ver los ojos negros bordeados de largas pestañas de hermanita. «Ch'aska ñawi-niña con ojos relucientes de estrella matutina», se dijo para sí misma. Entonces, sacó su atadito de coca para ofrecerle con afable insistencia unas hojas a madre, que se frotó las manos como disculpándose antes de recibirlas. «Si la estrella que buscas está a mi alcance, no lo dudaré». «Por supuesto que está a su alcance», volvió a susurrar mientras la invitaba al akulli de las hojitas verdes. Madre se desató con agilidad la faja que la ataba a su telar para sentarse con abuela al borde de nuestro manante con canto de sapos; ahí, al borde de los chorritos de agua cristalina, abuela puso tres hojas en los labios de madre con finura y ella también hizo lo mismo: «Coquita madre, palabra de mujeres, palabra del azar», se dijeron mirándose a los ojos.

«¿Qué estarán tratando?», se preguntó hermanita intrigada mientras se acercaba a ellas como quien recoge las florcillas salvajes que crecen alrededor del manante. Los sapos croaban, sacaban sus ásperas cabezas de rato en rato por los huequitos de donde manaba un agua transparente. Madre movió la cabeza y abuela también: habían terminado de sellar algo. Hermanita cuentera tuvo que salir detrás de la choza con mucha prisa porque le ganaba la orina. Madre guardó en el pecho el atadito de coca que le había ofrecido abuela, pero continuaron saboreando aquellas hojitas que testimoniaban la palabra de las mujeres. Las hojitas se les hacían cada vez más dulces, «Buena señal», «el albur nos sonríe», se decían medio embriagadas, reían de rato en rato, cerraban los ojos, miraban atrás, se contaban sus vidas. La sombra de tata Torrewaychu empezaba a alcanzar el alero de la casa, los sapos cambiaron el canto, su croar anunciaba un aguacero por la tarde. Abuela y madre, con impaciencia en los ojos, se levantaron. «¿Dónde está?», se preguntaban llamando a hermanita, que no aparecía. Cansadas de tanto esperar, madre se encolerizó: «La muy astuta acaba de escaparse». «La hojita de coca sigue dulce, la hojita dice que la estrella está aquí», dijo abuela Domitila buscando una señal. Fue cuando me miró con curiosidad, acaso le atraía mi sombrero de paja, las otras niñas quechuas llevan sombreros de lana de oveja, pero el mío era de paja trenzada con florcitas violetas, padre Florencio me lo había regalado

para ir a la escuela: «Éste será tu sombrero, recogerá la memoria de tu pueblo en tu fabuloso seso», me había dicho antes de ponérmelo. «Te llamarás Cabischa» había exclamado viendo que el sombrero cabía en mi cabeza, los sombreros de ovejas no entraban ni la punta de mi cabeza. Desde entonces yo lo llevaba día y noche, incluso a veces dormía con él. «¡Qué gracioso tu sombrero!», me dijo entonces la abuela como queriendo encontrar alguna señal en mis ojos y en mi frente, pero no halló la estrella del amanecer, tampoco el clavelito violáceo de las escogidas. Y volvió a preguntarme con sutileza: «¿Por qué le falta un trozo a tu sombrero?». «Eso tiene su historia», le respondí. «A ver, oigámosla» y ronroneó respirando hondo:

«Una mañana yo estaba dando cebada al burro Marianito sin saber que estaba marchita; eso no le gustó, así que en un arranque de cólera me mordió mi sombrero con sus grandes dientes de burro para darle un buen bocado. Si madre no hubiera corrido para ayudarme a quitárselo, ya le hubiese dado otra rumiada». «Ja-ja, qué historia la tuya», se rio la abuela mirándonos a madre y a mí. Fue cuando madre lanzó la pareja de palabras que abren la puerta del destino: «¿Imas-imasma? ¡Azar-azar!», dijo abuela abriendo la puerta de la suerte de par en par. Entonces, madre me habló con los ojos brillantes de aguas cristalinas: «Arregla tu mantita, acompañarás a mamita Domitila. La suerte te sonríe, el destino se te abre, hija mía, tú también, como tu mama grande, aprenderás a leer las fajas de las niñas escogidas», me dijo acomodándose en la manta mis ropas y mi edredón, llamado *qucha-yuyu-azarchay*: la primera palabra quiere decir laguna-mar, la segunda, algas y la tercera significa los hilos-nudos de las circunstancias. Mi edredón estaba cosido con retacitos de telas de diferentes colores y texturas, las de un solo color habían sido tomadas del tiempo lunar y las multicolores, de tiempos solares, en el centro iban las telas de mis bisabuelos, luego las de mis abuelos, y en los bordes estaban cosidas las del tiempo de mis padres. Sin mi edredón no podía conciliar el sueño, por eso lo llevaba a todos lados, a la casa de los abuelos paternos, a la de los maternos y también cuando íbamos de visita a la casa de las comadres. Pasada la medianoche, la palabra de mis ancestros se despertaba para arrullarme con retacitos de sus magníficas historias y esos retacitos con el tiempo fueron haciéndose en mi memoria una unidad: soy como un *qucha-yuyu-azarchay* entramado con diferentes hilos, texturas y azares de la vida.

«Si no lograras leer las fajitas de las escogidas, me llamas, estaré atenta a mis sueños», me dijo madre mientras me acomodaba el edredón con doble nudo a la espalda. Me bendijo con un beso en la frente para dejarme partir llena de alegría y antes de salir de la casa golpeé tres veces con el aldabón de la sirena: chinn, tañó resonando en las aguas de nuestro manante con sapos. Entonces comencé a caminar detrás de abuela en busca de nuevas vivencias que ya empezaban a brotarme en el rinconcito donde habita el fueguito de la vida. «Camina-camina», me apremiaba abuela Domitila, «¿*Imas mari-imas mari?*», me preguntaba de rato en rato para asegurarse de que yo estaba atenta a los pasos que íbamos dando. «Azar-azar», le contestaba llamando la potencia de nuevos caminos. Las nubes extendían su manto gris sobre los cerros y nosotras seguíamos avanzando por caminos angostos; abuela bebía de cuando en cuando unos sorbitos cristalinos de una cuartita de botella; «Traguito, mata las penas y ayúdame a revivir el ánimo», le hablaba a la botellita como se habla con un compañero. «Eres buena caminante, como tu padre», me dijo al serpentear la quebrada. «Cierra los ojos, no los abras hasta que yo te diga», me ordenó cuando llegamos a la Apacheta-mirador. «Ahora ábrelos», me dijo al fin y me quedé sin palabras al ver la hermosura de aquella explanada que se extendía ante mis ojos: «Apus-señores nevados, ¿hay lugares tan bellos en sus tierras?», me atreví a preguntar con el pecho apocado ante aquellas inmensas cordilleras. «La casualidad me ha traído donde ustedes. Déjenme pasar al otro lado», les supliqué a sus señorías con tres hojitas de coca cuando voltearon a mirarnos. «¡Nada es casual!», apuntaron bufando halos oscuros desde el fondo de sus grietas. «A sus majestades les encanta el tierno corazón de los niños, si es de forastero se pelean para atraparlo en un instante», sabía decirnos padre Florencio cuando le acompañábamos a la tierra de sus majestades tata Qurupuna y mama Zulimana.

«Diles a sus señorías que traes semillas de coca», me aconsejó la abuela Domitila haciéndome enterrar tres semillas ante la puerta de Apacheta. De pronto, una avalancha de nieve rodó cuesta abajo y me revolvió el ánimo. «Tenemos su permiso», me aseguró abuela y saltamos al otro lado, luego seguimos avanzando a pasitos rápidos. Cuando llegamos a las zancas del nevado, abuela bebió otro sorbo de traguito ocultando esta vez la botella al fondo de su pecho, luego me pidió que me ganara el cariño de las niñas escogidas: «Tu suerte puede

cambiar», me confió despidiendo un fuerte olor a aquel traguito añejo. De repente, apareció ante mí un hermoso tambo de piedras muy finamente encajadas como los granos del choclo y en cuanto entramos allí saludé a aquellas niñas a la manera antigua de mis abuelos: «Amarapurísimas, imas-imas». Por un instante, ellas se me plantaron en mi sombrero de paja de florcitas violetas, pero como las avecillas Tertulias se sacudieron la cabecita para deshacerse del aturdimiento. «Azar-azar, sin pecado concebida», me respondieron a la manera cristiana. «¡Qué niña tan graciosa!», soltaron unas risitas y me ofrecieron una cubierta de alpaca fina donde pude acomodar mi bultito y mi edredón, ya tenía un espacio calentito cerca del fogón, así que sin perder tiempo me senté para hacerme cargo de él. «Zamba», le dije al fuego al atizarlo y crepité, entonces me convencí en mi corazón de que todo me iría bien, la suerte me sonreía. «Madre fuego, el azar me ha traído donde usted, madre fuego, con su permiso», y alimenté su boca ardiente con la primera bosta: de repente, laph, las llamas se azularon. «¡Qué niña tan curiosa!, jazar-azar!», volvieron a comentar las niñas, también pendientes del fuego. Pero como éste seguía elevándose hasta llegar a la primera hornacina, se agitaron: «La madre fuego se ha despertado de pura casualidad». «¡Está preñada, no sea que se nos escape, cierren las puertas!», gritaron brincando junto a la diminuta puertita de lata. Laph-laph, sopló también el viento macho de entre las grietas de las toscas vigas para arrebatar nos una llamita. Madre fuego preñada saltaba hasta el techo de paja, quería escapar, no aguantaba los dolores de parto. «Está a punto de parir», se alarmaron las niñas. «Bastaría una llamita para arrasar los cerros, las quebradas, las pampas», decía mama grande Brígida en los meses de agosto, cuando el fuego suele parir donde sea, por eso las mujeres lo guardaban bajo un fondo de cenizas, en ese lugar llamado la frialdad del fogón. El fuego madre estaba mostrando su inmensa panza, las niñas chillaron y a mí se me encogía el alma. «Atakaw-cruel casualidad, ¿dónde me has traído?, si al menos estuviera en mi comunidad», me lamenté frente al colosal fogón. En mi comunidad, la madre fuego tiene ternura y cariño, nunca nos asusta ni nos sobresalta, no es tan salvaje como en los helados nevados donde corre indomable el viento. Pero en el tambo de las tejedoras madre fuego se disponía a parir proyectando un rojo intenso sobre las talladas paredes, fue cuando le eché tres cruces con la mano señalada, la izquierda, y protesté para mí: «Madre fuego, qué colérica eres, ya

pareces un ajícito picante». «¿Cómo? ¿Qué dices?», soltó madre fuego, que me había leído el pensamiento. «Tú no tienes ni voz ni voto, tú eres pura casualidad. Y no se te ocurra volver a dirigirte a mí, ahora probarás mi cólera», y me lanzó un esputo en la cara. «En los meses de agosto, tiempos de los gélidos vientos, la madre fuego se vuelve muy susceptible, entonces hay que hablarle despacio, con ternura. Un mal pensamiento, una palabra mal dicha, pueden transformarla», sabía decir mama grande. «¡Ch'is!», chistaron las niñas, madre fuego estaba dando a luz, se escapaba por el techo flameando rojo candela. Sin saber cómo rectificar mi atrevimiento, le hablé despacito a madre fuego: «Qunusqa niña». Y súbitamente, suyy, se prendió la chispita primigenia que late en el corazón de la gente, laph-laph, y onduló por mis venas hasta llegarme a la garganta, entonces me brotó poco a poco aquella coplilla de Qunusqa niña:

**Madre fuego desde el comienzo del universo,
primera lluvia de fuego,
el ojo candente de la tierra,
madre fuego en un rinconcito de mi corazón,
no hay casualidades,
no hay azares,
nuestro encuentro estaba escrito en la faja multicolor,
por sus venas palpita la palabra de los ancestros,
nuestro encuentro estaba escrito con tinta labrada.**

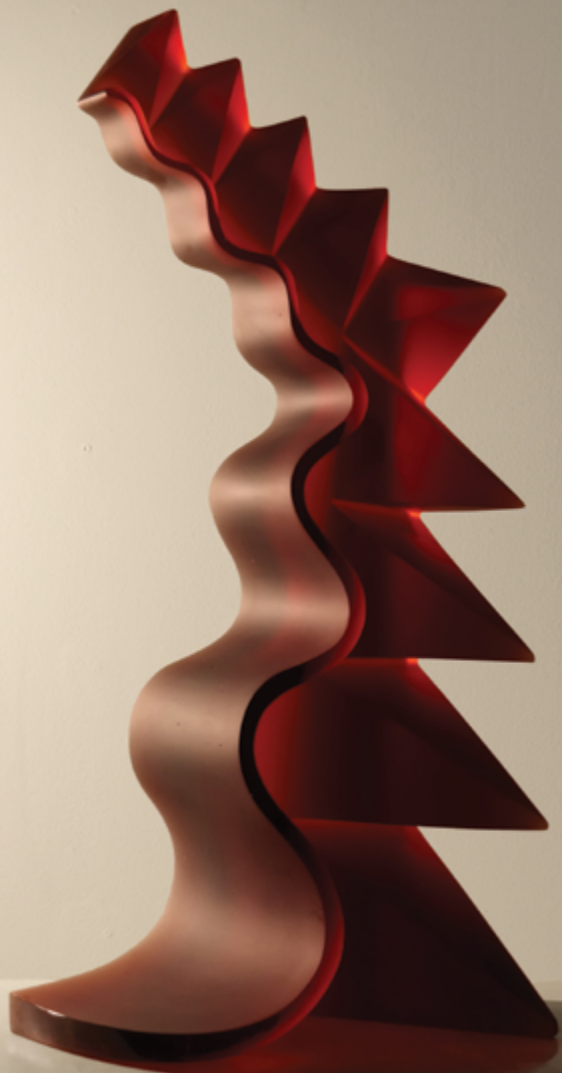
Cuando abrí los ojos, mi coplilla todavía resonaba entre las paredes de los muros incas, las llamas ardían tranquilas con su colorcito de fuego amansado. «Madrecita fuego», suspiraron aliviadas las jóvenes limpiándose el rostro ennegrecido por el hollín. «Vinito caliente para la mal parturienta», le salpicaban al fuego gotitas rojas, «Nuestro encuentro está sellado, eres mi cantora, tienes mi soplo-samay», crujió la madre fuego con suavidad mientras me miraba con ternura. «Tenemos su permiso para el traspaso de las fajas», dijeron las niñas y empezaron a acomodarse la faja ritual de una extraña manera: la punta destinada a la salida de los claveles violetas la ubicaron en la frente de la luna llena, la punta que marca el lado de las estrellas del amanecer la pusieron al sur de la constelación del gato mítico. Sus costumbres eran aun más antiguas que las nuestras en aquellas punas de

las cordilleras donde silba el viento gélido; ahí, en el tambo, las niñas escogidas seguían practicando las remotas usanzas de las que tanto me había hablado mama grande Brígida. En medio del ritual colocaron un cuenco de chicha de color púrpura con exquisitos aromas a tierras salvajes. Las mazorcas eran granuladas, sin heridas, sin manchas, y las flores chuqichampis se abrían en los tres colores del universo: amarillo del mundo de arriba, el verde del mundo del presente y el rojo del submundo. Las escogidas llevaban esas flores alrededor de sus cabezas y sin moverse mucho se situaron alrededor de la madre de las fajas sagradas; sus pequeñas trencitas, urdidas con mucho esmero, las desatarían en la próxima luna llena, pues para entonces ya habrían germinado. Sin moverse, rectas como estacas, las niñas me miraban con curiosidad, buscaban en mi frente y en mis ojos las anheladas señales de las escogidas. De repente, una de ellas me indicó con la mano que le pasase una pajita y por la expresión de su cara supe que su canalillo le escocía, me acerqué para dársela y fue en ese momento cuando la sacerdotisa me miró con unos ojos totalmente insondables: solamente ella, con alto grado de humanidad, había leído mi destino. «Siéntate a mi lado», me pidió. Y desde ahí pude ver el mundo maravilloso que se dibujaba ante la mesa ritual, desde ahí observé cómo sus majestades los cóndores llegaban de aquellos indómitos nevados, desde ahí vi el pensamiento de las niñas ricas. «Haz sonar las campanitas», me ordenó la sacerdotisa para no causar celos entre las escogidas. Éstas dejaron de mirarme de frente, pero siguieron curioseándome con disimulo. Sacudí las campanitas y tañeron zumbándome el alma, juraría que llegaron hasta el corazón de la tierra: «Seguro que están hechas con fibras preciosas», me dije. «El hilo macho está torcido a la derecha, el hembra a la izquierda, los dos fueron fundidos a fuego vivo y sus nudos guardan la potencia de otros tiempos», nos decía mama grande al oír el agudo tañir de las campanitas con que padre tata-Florencio llamaba a su majestad tata Qurupuna. Volví a sacudir las campanitas y fue cuando llegaron las aves reales, que con su voz de mando anunciaron: «Aquí están las fajas de sus majestades, aquí están las poseedoras de la memoria de los nevados, de las cascadas, de los ríos, de las lagunas y de los manantiales».

La sacerdotisa, sin decir una palabra, graznó imperiosa y las escogidas entendieron la orden, se agacharon para besar las manos fibrosas de sus eminencias emplumadas y recibieron con humildad el

telar de sus fajas exquisitamente entramadas. Yo seguí sacudiendo las campanitas para sus majestades y de tiempo en tiempo las agitaba con un golpe para avivarlas aun más. Sus majestades bebieron la chicha púrpura de maíz y el líquido les pasó hirviendo por sus tripas como si fueran canales de agua; cuando terminaron de beber lanzaron los vasos ceremoniales al suelo diciendo «azar-azar», algunos se rajaron y otros rebotaron; «Buena señal», dijeron las escogidas al leer la posición de los vasos reales. Sin querer queriendo, por azares de la vida, atrapé el que había caído sobre mi falda y de repente se abrió la puerta cristalina del manante de mi cabeza: las siete mazorcas, que suelen reventar estrepitosamente, sonaron con ternura, el aroma de los inciensos se expandió y todas las impurezas desaparecieron; el rostro de la gente mostraba suaves facciones, de sus labios brotaba un delicado aroma a rosas. Las niñas escogidas me miraron con cariño: había aquella tierna y poderosa energía llamada *azar-azarchay* en la tierra de las altas cordilleras donde me había llevado la mamita Domitila.

Al día siguiente, las escogidas me preguntaron: «¿Qué soñaste?». «Soñé que una mariposa de bellos colores se posaba en la palma de mi mano, sus alitas parpadeaban haciéndome cosquillas y cuando sin querer la atrapé, enseguida las hojas de mi libro se volvieron blancas. ¿Qué iré a leer?, me pregunté entonces». «La mariposa lectora vino en tus sueños a trazar tu destino, aprenderás a leer y escribir». «Pero ¿cómo?». «Ella te trajo su libro multicolor, sus alas, delicadas e impalpables, se abrieron para que las leas». «¿Qué quieren decirme, niñas escogidas?». «Tu destino está marcado con tinta matizada», respondieron con autoridad mientras acomodaron en mi mano el codiciado telar de sus eminencias. Enseguida lo desenrollé para puntear mi primera trama y apareció la abuela-gata, ajusté los nudos y la abuela se fijó en una tosca sirena de grandes pechos de una puerta de madera, seguí anudando los hilos y la abuela dio tres golpecitos suaves, entonces la puerta se abrió y ella quedó pasmada con los ojos irradianes de la niña que la recibió. Abuela-gata, sin perder tiempo, arrojó en el aire el ovillo de la suerte: «Atrápalo, mi niña escogida», dijo a viva voz, pero la niña ya corría cuesta abajo con el grupo de las cantoras de papas. Fue cuando el ovillo me miró y cayó en mis manos. «¡Azar-azar!», dije atrapándolo en mi regazo. «No dejes que se enrede tu ovillo», me aconsejó madre Lucia despidiéndome con su sombrero desde nuestra loma con encanto ■



Azar, sangre e infarto en una historia de abuelas y pomadas de peyote

Vanesa Robles

Mi abuela materna, Ninfa, nació en 1914, pero no envejeció nunca. Así joven como es hasta ahora. Atrapada en una de las muchas paredes que han sido su hogar, me persiguió toda la infancia, con una mirada oscura de apariencia serena, aunque en realidad siniestra. Aterradora.

Yo no la quería ver, pero mi reojo no la podía evitar, nomás para arrepentirse enseguida. Sobre todo no quería parecerme a ella; en nada. Jamás presumí su belleza como mis amigas de la primaria presumían la belleza de sus abuelas. Lo que yo quería era que la mía, mi abuela suspendida en un muro, aciaga y omnipotente se alejara de mí.

Y eso que la conocí sólo a través de un retrato de alrededor de 1930, cuyo original en blanco y negro fue coloreado con pincel. Al artesano se le antojó adornar los ojos de la abuela con una sombra verde muy delicada, le pintó los labios de melocotón y le puso un saco caqui. Ella tenía diecisiete años. Usaba una melena *bob* hasta la mitad de los cachetes redondos, porque era cachetona la abuela, y gordita y se ponía en actitud espeluznante cuando le hacían retratos. Con esa actitud me acompañó de mi cuarto a la cocina y de la cocina a mi cuarto todas las noches de mi infancia cuando el miedo me daba sed.

Estoy convencida de que aquel retrato nos asustaba a todos; un día mi mamá lo envolvió para regalo y se lo obsequió a uno de sus hermanos, quien lo colgó en un pasillo donde no duró mucho antes de cambiarse a la casa de otro. Los que quedan vivos dicen que la abuela se perdió entre una y otra mudanza.

Ahora lo sé. Con ese nombre mi abuela materna, Ninfa Robles González, perteneció desde casi siempre al séquito de las Lámpades,

(Guadalajara, 1973). Es autora del libro *Cien voces de Iberoamérica. FIL Guadalajara 35 años* (con fotografías de Maj Lindström, Universidad de Guadalajara, 2021).

las ninfas del inframundo. Por eso cada tanto la sueño, tendida en la cama de su velorio, donde siempre está sola. Yo siempre hago lo mismo, camino hacia ella. Me voy acercando, me voy acercando, me voy acercando hasta casi tocarla. Entonces Ninfa abre unos ojos oscuros, llenos de infierno, y me mira intentando decirme algo horrible. Hasta hace muy poco descifré el mensaje de esa pesadilla que siempre está.

El mensaje es huye del azar.

En el acta parroquial que consigna su defunción se lee que Ninfa Robles González falleció el 2 de octubre de 1949, cuando iban a ser las doce de la tarde. Dicen que ese año y los nueve que lo siguieron, México pasó por una de las peores sequías del siglo xx, pero aquel día el cielo se estaba cayendo sobre La Mazata, municipio de Etzatlán, Jalisco.

El rancho, La Mazata, había probado la opulencia del oro y del ópalo y la desgracia que cae cuando se acaban las minas. Para 1949 ya no había en el poblado ni escuelas ni clínicas ni bombas de agua. Quedaban una bodega de abarrotes que pertenecía a mi abuelo, el cine de mi abuelo, la cantina de mi abuelo, un puñado de prostitutas viejas, ídem, y algunas familias de ejidatarios, todas muy asiduas a las propiedades de mi violentísimo abuelo. Había dos parteras y un pacto entre ellas de nunca alejarse de La Mazata al mismo tiempo. Nunca, menos el 12 de octubre de 1949. Una, llamada Hilaria, estaba tomando unas vacaciones con sus nietos en Tepic. La otra, de nombre Atilana, había salido de emergencia a la Ciudad de México el 1 de octubre, tras atender el parto complicado de una hija, que estuvo a nada de morir por una hemorragia obstétrica.

A sus treinta y cinco años, Ninfa Robles González estaba sola, en el término de su décimo segundo embarazo, pero eso a nadie le preocupaba porque en La Mazata abundaban los hijos y casi cualquiera podía traerlos al mundo.

Fue una lástima que este nacimiento se empezara a complicar a las nueve de la mañana del 2 de octubre, y que un día antes la partera Atilana se hubiera terminado las inyecciones de ergonovina de la bodega de mi abuelo, en el parto sangriento de su hija. Mi tío Chefus tenía catorce años y era el favorito de su mamá. Se acuerda de que corrió a la caseta telefónica de La Mazata para pedirles a los de la caseta telefónica de Etzatlán que le dijeran al doctor Castillo que viniera de inmediato. No fue fácil convencerlo porque el médico recién salía de una mala racha de gastritis.

Fue una lástima que en medio de una sequía que duró un decenio, ese día los caminos de barro estuvieran atascados por una tor-

menta. Y que por las carreras al doctor se le olvidara llevar una reserva de ergonovina.

Cuando llegó a la casa de mi abuela y supo que el parto se había vuelto una carnicería, le pidió al chofer del taxi que lo había transportado que se regresara a Etzatlán por el medicamento que corta las hemorragias. Luego, en cuanto el taxista se perdió en la brecha, el doctor Castillo se lavó las manos y se fue acercando, se fue acercando, se fue acercando a mi abuela Ninfa Robles. Entonces, se desplomó sobre ella. En el acta parroquial que consigna su defunción se lee que el doctor Castillo falleció por un infarto el 2 de octubre de 1949, cuando iban a ser las doce de la tarde.

Fue una lástima. La condición de mi abuela empeoró cuando le cayó el peso muerto del que venía a salvarla. Mi tío Chefus dice que antes de morir se preguntó qué está pasando, con una voz tenue y llena de miedo. La velaron en su cama. Los ataúdes los hacían en Etzatlán, a dos kilómetros de distancia, en una brecha rural atascada por una tormenta en plena sequía.

Hace rato hablé con mi tío Chefus para que me diera más detalles de aquel día. Chefus tiene ochenta y siete años, vive en California y es mi preferido porque se parece a uno de los enanos de Blancanieves. Lloró otra vez. Me dijo que el 3 de octubre de 1949 el cielo estaba azul y la brecha seca, tanto que de las escuelas de Etzatlán mandaron traer a los niños de La Mazata para que fueran al entierro de Ninfa Robles.

Para 2009 habían pasado cincuenta años de la serie de hechos desafortunados que llevaron al pozo a mi abuela y al doctor Castillo. Mi tía Ninfa cumplía cincuenta años y yo quería cubrir para el diario una manifestación por la matanza de estudiantes en 1968, pero en cambio me mandaron a una aburridísima sesión de Cabildo en el Palacio Municipal de Zapopan. Encabronada por la sesión, salí al patio a fumar cuando me abordó un hombre gordo y renco. Me quería vender una pomada de peyote y me gorreó un cigarro. Para hacerme plática me contó que se cumplía medio siglo de la partida de la madre de su amigo de la infancia, que murió por hemorragia de parto y aplastamiento de médico. Que lo sacaron de la escuela para llevarlo al entierro. Le pregunté su origen. Era de La Mazata, municipio de Etzatlán, Jalisco. Le pregunté el nombre de su amigo. Me dijo se llama José de Jesús, le dicen Chefus, pero no lo he visto porque vive en California. Le hice saber que me estaba contando la historia de mi abuela. No me creyó, pero me pidió otro cigarro. Yo le compré la pomada de peyote porque lo vi muy jodido. Nunca la he usado, no vaya a ser ■

Si tan sólo hubiera...

Naief Yehya

El Toyota blanco 2008 simplemente apareció. Me detuve en la intersección de la calle, miré dos veces a ambos lados antes de arrancar. Nada. Aparte de una canción suave de Al Stewart en el estéreo, todo era silencio. Avancé cautelosa pero confiadamente. Un atronador impacto a la derecha hizo que el auto girara. Gran confusión. ¿De dónde venían el ruido, el golpe, la sacudida, los vidrios, las luces? Mi auto quedó a mitad de la calle mirando por donde venía. Todo estaba deshecho, las bolsas de aire se activaron. El otro coche estaba a unos cinco metros, inmóvil, pero su motor seguía zumbando como un insecto herido, como un aullido agudo, una voz que repetía algo a máxima velocidad. Me dolía el pecho. Si tan sólo hubiera elegido doblar a la izquierda en la calle anterior en vez de seguir derecho... Al dar la vuelta me había llamado la atención un enorme letrero, una manta dirigida a las autoridades de la ciudad que decía algo así como «Llevamos sin agua desde...». Por morbo más que por auténtico interés traté de leer desde cuándo estaban sin agua los vecinos de esa zona, pero no alcancé a hacerlo y mientras veía por los espejos sentí el impacto. Horrorizado miré de nuevo hacia el frente, un cuerpo rodó sobre la cajuela hasta pegar contra el parabrisas estrellándolo. Pisé el freno con toda mi fuerza y el cuerpo, que llevaba una camisa roja, rebotó, rodó y cayó al piso frente de mis llantas. Oí gritos, alaridos, mi cabeza daba vueltas, gente corría, alguien le pegó a mi ventanilla pero no me atreví a mirarlo. Un hombre llegó corriendo y se arrodilló junto al cuerpo, que quedaba oculto desde mi perspectiva. Un niño, pensé, o una niña, pero no sabía. Si tan sólo hubiera salido más temprano... Miré el reloj. Tenía tiempo de so-

(Ciudad de México, 1963). Uno de sus libros más recientes es la novela *Las cenizas y las cosas* (Random House, 2017).

bra para llegar. Quería tomar un segundo café, con calma. Cuando caminaba hacia la cafetera pensé que sería mejor ir con más tiempo, había una librería con cafetería muy agradable cerca de la oficina donde tenía mi cita. Podía pasar por ahí y tomarme ahí el café. Me di la vuelta, tomé mis llaves y salí de casa. Había dejado el coche a una cuadra, no lo había metido al estacionamiento ya que tenía que volver a salir. Saludé a la vecina que paseaba a su perro. Levanté la vista para cruzar la calle y vi que en la contraesquina estaba Mendiola Jiménez. Traté de cubrirme la cara, dar la vuelta, fingir que no lo había visto y pasar a su lado ignorándolo. Pero mientras esperábamos el semáforo él me vio y su expresión cambió. Apenas me reconoció corrió hacia mí, sorteando el tráfico para llegar hacia donde yo estaba. Quise correr pero sabía que me alcanzaría, no podía escapar. Sabía que me andaba buscando desde hacía semanas, había dejado docenas de mensajes desesperados. Afortunadamente él no tenía idea de donde vivía yo y no lo dejaban entrar siquiera al edificio de mi compañía. El azar lo había puesto ahí en ese momento. Estábamos en un lugar público, no se atrevería a nada, pensé. Me equivoqué. Saltó con los brazos extendidos para sujetarme los hombros, babeaba. Me gritó: «¡Maldito, hijo de puta!». Traté de retroceder y cubrirme la cara. Salpicaba saliva y me enterraba los dedos en la piel. «Tranquilo. ¿Qué pasa? ¿Podemos hablar con calma? ¿Podemos hablar?», le dije mientras intentaba sin éxito liberarme. «Te voy a matar, desgraciado». «Cálmate, cálmate. ¿Qué te pasa?», dije tratando de empujarlo. Era un tipo pesado y fuerte. «Me dejaste en la ruina, en la ruina. Mi familia está en la calle por tu culpa». Tenía los ojos rojos. «Yo no tengo nada que ver. Así es la bolsa de valores. No podía saberse». Malditas criptomonedas, me dije. «Te recomendé invertir en lo mismo que hubiera escogido para mí. Fue una sorpresa desafortunada que se desplomara FSX. Venme a ver a la oficina mañana y hablamos con calma. Esto no se arregla así», le dije antes de recibir el primer puñetazo en la boca del estómago. «Tú cobraste tu comisión, te saliste con la tuya. Sabías lo que iba a pasar», dijo mientras me daba con el otro puño en la oreja. Lo que no sabía es que me lo encontraría en la calle. Todo zumbaba. La gente se detuvo a ver la paliza pero nadie intervenía. «Calm...», iba a decir, pero me dio en los dientes y luego me clavó una patada. Si tan sólo hubiera cancelado la reunión de esa tarde... Hubiera llamado para inventar una excusa y me hubiera quedado en casa. Me abrí una cerveza. Eran las cuatro. Salí al balcón. La vista del piso trece

en ese día claro y luminoso era extraordinaria. Me senté a revisar mis correos en el teléfono. No había prisa para atender a mi cliente. Tenía varios mensajes, textos y correos, nada urgente. Pensé servirme un trago aunque era un poco temprano para ello. ¿Qué más da?, me dije. En el momento en que me puse de pie sentí un mareo, estaba a punto de volverme a sentar cuando vi que la ciudad temblaba, se movían los edificios vecinos, los postes, los autos se detenían a media calle. El balcón comenzó a sacudirse con fuerza creciente. A unos cuarenta metros más abajo la gente gritaba y corría a refugiarse. Sonó la alarma antisísmica. «Un poco tarde para eso», dije en voz alta, pero no podía escucharme a mí mismo por los crujidos de las construcciones. Traté de caminar hacia el interior del departamento. Perdí el equilibrio. Me sujeté de la silla. Los temblores no me provocaban miedo pero esta vez me sentía expuesto, como si pudiera salir volando en cualquier momento. El piso era una raqueta y yo una pelota a punto de ser proyectada al vacío. Sujeté la puerta para entrar, pero el movimiento no me dejaba abrirla ni dar un paso. Escuché un crujido seco, el piso debajo de mis pies parecía papel que se doblaba para arriba y para abajo. Súbitamente el balcón se desprendió del edificio. Quedé colgado de la agarradera de la puerta, rodeado de polvo y fino cascajo. La fachada del edificio se desmoronaba. Caí entre pedazos de cemento, cal, vidrio, macetas con plantas. Si tan sólo no hubiera comprado ese departamento... ✖

DOBLE DESEO*

- 1) M: Si los olmos dieran peras
J: Mi amor sería más grande que el mar
- 2) M: Si la noche no terminara nunca
J: Tendría que llevar medias de lana
- 3) M: Si abriera los brazos
J: Mis zapatos no harían ruido al andar
- 4) M: Si este momento no fuera cierto
J: Cerraría los ojos con dolor
- 5) M: Si un animal me mordiera en la noche
J: No volvería a confiar en el viento
- 6) M: Si tus ojos me miraran con furia
J: Apostaría una tarde bebiendo frente al mar
- 7) M: Si decidiera recorrer lentamente tu cuerpo
J: La luz y la sombra se juntarían en un abrazo para siempre.

* Una tarde, después de mi operación, nos lanzamos a este juego surrealista: yo escribía una frase hipotética que comenzaba con «si» y él, sin mirar, escribía otra en condicional. Las coincidencias o el absurdo se deben a la anestesia o al amor.

Ahora tú y yo juntos hemos de remontar el río de la muerte

Mi cuerpo dispuesto al sacrificio se tiende en esta ara de metal que es la camilla helada en su quietud pero ardiente en el fluir que recorre mis piernas

Agua agua que se desliza brota de mi interior y se derrama

Huele a materia humana al miasma mineral que ha de traerte aquí a mí dormido despierto

Tu cuerpo solo viaja nada empuja hacia el canal abierto de mi carne

Tu cabeza de pronto colocada

Respiro respiramos violencia en la ranura vertical luego la huida:

Huyes huyes de mis entrañas de sus crípticas vueltas que semejan una oscura ciudad amenazada

Apareces despuntas y desatas el oblicuo cordón de nuestro pacto

Hijo mío naciente el esperado al fin eres por fin habrás de ser las formas que intuí cuando anidabas

Y es tu pecho húmedo contra el mío la evidencia del erótico pulso de la sangre crecido en mí y recreado a mi imagen y aun mi semejanza

Un sosias de mí y también otro semejante al padre y a la madre semejante a la especie que repite el constante el dulce apareamiento

Etéreo cielo altas humaredas que en el día de hoy juntos celebran al anunciado infante ya nacido:

Apaciguado está un instante el caos y ya asoma en el cieno una flor y en los escombros la palabra cumplida el nuevo fruto la música ventrílocua y canora

Pez que en silencio encarna y se aposenta infinito y minúsculo milagro río de cromosomas anudado por el azar el tiempo y la memoria:

Eres porque te sueño y te acaricio te imagino y moldeo y en ti nazco.

POR EL CANAL

After the first death, there is no other

DYLAN THOMAS

Por el canal del nacimiento asoma
un muerto la cabeza tendida ya no llora
no hay sangre que fluya hacia los pies
ni pies que marchen un lábil cuerpo
como un bulto los ojos apretados
ciego el futuro de este crío en las
aguas del Estigia ha dejado de
dar coces de mostrar ese gesto
de la filmina que lo volvía simiesco
pero atento como una O la boca
se entreabría era un llamado
que la madre podía interpretar
en cada prueba amniótica y feliz
la familia iba creciendo
prominente el ombligo
como un cuerpo que dentro
de otro cuerpo se gestaba
y de pronto esos dos corazones
que al ritmo del tambor de
la existencia oh se detienen
por una ranura se infiltra
el cero que intercepta los latidos
es una crónica roja un vértigo
azul el oxímoron mejor elaborado
el de la muerte viva el reino
de las sombras triunfando

en el instante en que debió brillar
la luz y yo no quiero hacer de esto
un epitafio ni recordar sobre el papel
en blanco la presencia de los heraldos
negros emisarios no voy a declarar
un ganador no es cierto que antes
de que la vida se expanda o desenrede
los dados han sido ya lanzados y nada
podrá abolir este azar de llevar de blanco
al niño el catafalco el olor de las flores
invadiendo un espacio donde debió correr
otra energía las moléculas que ahora
son mosquitos al pie del camposanto
oh cómo agrego con pericia el eufemismo
cómo apuesto por este breve minúsculo
episodio que en el reino de los vivos
nos coloca para danzar tal vez amar
o acaso pronunciar una palabra
una sola palabra que nos salve.

*Soy un ajiaco de contradicciones,
un puré de impurezas:
a little square from Rubik's Cuba
que nadie nunca acoplará.
(Cha-cha-chá.)*

—«BILINGUAL BLUES», PÉREZ FIRMAT

Mi relación con el español es complicada, apasionada, íntima. Comenzó por azar como es el caso de los mejores hitos de mi vida, incluso ser concebida (¿cuántos de nosotros somos los «accidentes» de nuestros padres?). Hace treinta años fui a México porque estaba harta de todo y el pasaje era barato.

La historia de mi lengua

D. P. Snyder

(Philadelphia, 1960). Entre sus últimas traducciones está *Scary Story* de Alberto Chimal (Pamenar Press, 2023). Su sitio web es dpsnyder.us

Si hubiera tenido cuarenta dólares más en mi cuenta bancaria, me habría ido a las Bahamas, donde la lengua franca es el inglés. Ese encuentro con el castellano que me cambió la vida fue así de sencillo, así de aleatorio.

En Isla Mujeres me enamoré, y después de un año se acabó el romance con el hombre. Sin embargo, la intimidad con su idioma resultó permanente y me llevó a mi oficio actual de traductora literaria. Desde aquel comienzo romántico, mi viaje hacia el español ha sido como la exploración de un jardín formal sin límites y lleno de senderos intrigantes, un parque diseñado para mantener al visitante con ganas de calar cada vez más hondo.

Me gusto cuando hablo o escribo en español.

No es que me estime menos cuando me comunico en inglés, mi lengua materna, la de Emily Dickinson y de mi querido Walt Whitman. No. Sin embargo, las madres pueden ser difíciles. Los padres también. Como todos, crecí escupiendo los sonidos que metían en mi boca junto con esa primera cucharada de papilla, después de que me quitaron el paraíso sin palabras del pecho. Como todos, disfruto de las perezosas ventajas de la fluidez nativa, de hablar sin pensar, de emitir sonidos inteligibles sin decir nada en absoluto.

Puedo mentir en inglés y lo he hecho muchas veces.

Nunca he mentido en español.

Oírme a mí misma conversando en castellano es como escuchar a otra. Como cuando una se vislumbra en un escaparate y al primer momento no se reconoce. Sí, así es. Mi yo anglófona es trabajadora, productiva, impaciente y —¿por qué no admitirlo?— muy segura de lo que cree saber. La ética puritana. La autoconfianza del privilegio social. En cambio, mi yo hispanohablante es más reflexiva, curiosa. No se apura. Tiene paciencia con las pausas prolongadas y la desazón de no saber. Sopesa sus palabras como un científico dosifica las sustancias químicas en un laboratorio. Cada sílaba es un ensayo cargado de riesgo. A la hora de escribir en castellano me vuelvo tan cuidadosa como un huésped que prepara el desayuno en la cocina de su anfitrión. Intento no hacer líos.

El plan original fue estudiar el mandarín. Se lo dije al entrevistador de admisiones de la prestigiosa Universidad de Connecticut. ¿Por qué? Porque quiero estudiar los textos budistas, le contesté. Era cierto. Pero le hubiera podido decir cualquier cosa y habría sido igual

Las palabras son los vehículos de la memoria.

Matan y encantan, atrapan y liberan, cierran

y abren puertas. Abracadabra.

de cierto. También quería estudiar el código Morse, la poesía de Chaucer, horticultura, ciencia veterinaria, las bestias míticas, literatura, arqueología... Pero me limité a decirle el mandarín porque para los entrevistadores universitarios la especialización es una condición indispensable. Mandarín, le dije con fingida certeza. Quedó impresionado. Así que estudié el mandarín durante cuatro años y me gradué en Estudios del Lejano Oriente. Pero los sonidos de esa lengua no se sentaron cómodamente en mi boca y a la hora de graduarme, cuando unos jefecillos de Washington, D.C. me ofrecieron un trabajo como analista de información, me espanté y salí corriendo de la entrevista.

Si a los diecisiete años me hubiera preocupado menos por agradar a la gente, le habría dicho al entrevistador la verdad: que no sabía lo que quería estudiar, que quería aprender, eso mero.

Mi primer empleo, como investigadora en la biblioteca central de una editorial internacional en Manhattan, me desilusionó. Intenté ser feliz, pero mi corazón no supo lograrlo. Yo vivía de la miseria de sueldo que (casi) bastaba para alquilar la mitad del sótano de un edificio rojizo en Brooklyn. Quise alejarme a donde fuera.

Viajar siempre ha sido mi forma de lidiar con un corazón partido, de despertarme las ganas de vivir. Pongo distancia cuando los lugares y objetos conocidos se convierten en motivo de lágrimas. En las noticias, se reportó que la península de Yucatán había sido aplastada por el asesino huracán Gilbert. Los pasajes fueron superrebajados. La precariedad económica y un desastre natural me arrastraron a México.

Mi única preparación especial para el viaje fue la compra de un diccionario con tapa de plástico que era tan pequeño que cabía en el bolsillo trasero de mis *jeans*. Había pocas palabras en aquel libro del tamaño de una muñeca. ¿Qué pensaban los editores que tendría que decir?

Las primeras palabras que pronuncié al llegar a México eran rugidos animales: «Sopa po' favo'», tartamudeé al recepcionista del albergue estudiantil de Isla Mujeres donde las paredes de cemento exhalaban la humedad y un singular miasma de mar y de Lysol. El

repcionista hizo una mueca y encogió sus hombros, levantó las palmas vacías hacia el techo. Así que sin *soap* (y sin sopa tampoco), volví a mi habitación. Me bañé con el champú que había traído conmigo en la maleta.

Al día siguiente el tiempo estaba feo y no sabía qué hacer. Caminé hasta el cansancio y me posé en un muro que daba a una playa devastada dos semanas antes. Una figura se me acercó, oscura contra el cielo encapotado. El joven me quitó la cámara desechable de la mano. «Sonríe», me dijo alejándose unos pasos y apuntando el lente hacia mí. «Sonríe», repitió. Entonces él sonrió con todos sus dientes como para mostrarme la técnica mientras su pelo negro azabache revoloteaba en el viento como la cresta de algún pájaro tropical. Conservo esa foto de la joven sombría, la trenza larga colgada del hombro, el cuerpo delgado cubierto de un vestido negro sin forma, eternamente encaramada en el muro arruinado esperando que comience el resto de su vida. Me conmueve la expresión melancólica de esa chica que ni entendía la palabra *sonrisa*.

De regreso a Nueva York, cursé ocho semanas de español para poder leer las cartas del hombre-pájaro. Elegí al azar una de las varias escuelas cerca de mi casa. Con mis nuevos conocimientos me senté con mi diccionario de muñeca intentando descifrar una caligrafía tan cuadrada y barroca como los glifos mayas. Dentro de cada sobre de correo aéreo con bordes rojos y verdes había una mucuna, una semilla de ojo de venado, para recordarme que volviera con él. Regresé tres veces. Después de la última visita, cuando me presentó a su familia en Mérida, le devolví todas las mucunas. Había leído el mensaje claro en la cara apagada de su madre y, sin que mediara una palabra entre nosotras, lo entendí perfectamente.

Me mudé con mi profesor de español, un poeta argentino, director del centro donde estudiaba. Dejé mi empleo y, después de rato, empecé a dar clases de español para principiantes en el centro. Leí infinidad de libros de texto y cuentos en un esfuerzo por sentirme más segura en las clases que enseñaba, por ganar el amor del poeta una y otra vez. Cacé las sílabas que parecían escabullirse y burlarse de mí como niñas traviesas, fuera del alcance de mi torpe lengua. La poesía de José Martí y Pedro Mir, las canciones de Silvio Rodríguez, Violeta Parra y Agustín Lara me revelaron el alma del español. Granada, tierra soñada por mí. Desarrollé un vocabulario aleatorio, excéntrico, musical.

Los pedagogos utilizan la palabra *dominio* para describir la meta del aprendizaje de un idioma. Se supone que debemos *dominar* el idioma como si se tratara de un ejercicio de fuerza o una campaña militar. Es el vocabulario del patriarcado, del amo y esclavo, siniestro y colonial, de las lenguas que buscan borrar otras lenguas y a las personas que las hablan, de las batallas históricamente injustas en las que el autóctono, el moreno y la mujer siempre pierden. *Dominar la lengua*, aquel músculo fuerte, capaz de dirigir los acontecimientos del mundo físico, es el primer paso en la imposición de la injusticia sistémica. Cortés llamaba a la Malinche su lengua, una sinécdoque que simultáneamente describió su papel y la cosificó, reduciéndola a la parte que le resultaba más útil. Sin embargo, recordamos su nombre y el de Pocahontas también, cuyo verdadero nombre, Matoaka, fue ocultado por su padre por el miedo de que se enfermara si los ingleses lo pronunciaban.

Las palabras son los vehículos de la memoria. Matan y encantan, atrapan y liberan, cierran y abren puertas. Abracadabra.

¿Podría yo llegar a dominar el español? Y si lo hiciera, ¿entonces qué? El verdadero dominio no es un certificado ni una placa en la pared. Es el manejo ingenioso de cualquier actividad, llevado al punto de lograr una especie de armonía con un sistema en constante flujo. ¿Domina el vuelo del balón el jugador de baloncesto? ¿Domina las leyes de la termodinámica el ave?

Me dediqué al estudio del español: por primera vez, me sentía satisfecha con lo que hacía. Quemé en su altar la ofrenda de años de mi vida. Me acerqué humildemente. Le presté mi lengua y mi corazón. Me dominé a mí misma.

El argentino se puso celoso mientras mi lengua se hacía cada vez más fuerte. Sólo podía sentirse importante en la presencia de los que supieran menos que él. Podía quedarme con él a condición de aceptar atrofiarme como un bonsái. Cuando lo dejé al cabo de diez años de convivencia, la tierra volvió a desmoronarse bajo mis pies. El centro había sido todo mi mundo, una maqueta del continente americano en un *loft* de cuatro mil pies cuadrados en Manhattan. Me volví una península desgajada de tierra firme, floté mar adentro. Dejé mis zapatos en la puerta y una vez más me arrojé a la merced del azar.

Amigos boricuas subieron mis enseres hasta un apartamento del cuarto piso en West Harlem que olía a polvo y a desuso. Me asusta-

El lenguaje es un acto tanto físico como intelectual. Requiere un cuerpo y lo moldea de manera estructural. Hablar inglés coloca la mandíbula de una manera en que los pequeños músculos faciales se tensan y los labios se retraen.

ron las paredes atravesadas por grietas amenazantes, el baño lleno de manchas sospechosas. Mis amigos dominicanos intuyeron que estaba sin dinero y me pusieron efectivo en la mano, chasqueando la lengua y sacudiendo la cabeza cuando les prometí que se lo devolvería. «Tranquila, mami, está regala'ó».

Me adapté a la existencia de una isla. Durante aquel primer y caluroso verano era difícil conciliar el sueño en mi colchón de soltera tirado en el piso. Los *guetoblasters* transformaron cada esquina en una fiesta nocturna, el insistente pulso del merengue declaró a mi nuevo barrio como la segunda capital de la República Dominicana. El traficante de drogas de la esquina me bautizó como Snowflake, un apodo que se les quedó a los vecinos después y que no tenía ningún significado político en aquel entonces. «*Get home safe, Snowflake*», decía el *dealer* cada noche al verme regresar pálida de cansancio a casa. «*Cuídateme, baby*».

En los Heights la mayoría de los habitantes eran de lenguas intercaladas, hablando en un rico mofongo de cambios de código que le ofrecía un alegre *fuck you* a la idea de pureza lingüística. Recorrí Manhattan en metro, autobús y a pie, instruyendo a los hijos de familias acomodadas en las conjugaciones verbales como si mi vida dependiera de ello, porque así era. En el Bronx, enseñaba a los estudiantes de la Facultad de Medicina y a los paramédicos sólo lo básico para que no mataran a nadie. Enseñaba el español para aprenderlo. Era mi trabajo, mi Estrella Polar, mi obsesión. El español me devolvió el cariño: me pagaba el alquiler y la comida. Me dio un propósito. Todavía lo hace.

El lenguaje es un acto tanto físico como intelectual. Requiere un cuerpo y lo moldea de manera estructural. Hablar inglés coloca la mandíbula de una manera en que los pequeños músculos faciales se tensan y los labios se retraen. Es un rictus llevado al extremo por el presentador de televisión William F. Buckley, cuyo cuerpo entero solía apartarse de los invitados a su programa como si apestaran. Hablar español me exige suavizar la cara e inclinarme, acercarme al oyente;

resulta en una sutil modificación de mi forma de ser. La curiosidad y la franqueza se apoderan de mí.

La única manera de formar una U o una O en español es besar al aire vacío.

Mis oídos también tenían que afinarse. El español está en su mejor momento cuando es polifónico: muchas voces intervienen en una algarabía, una improvisación armoniosa que intriga porque el significado se logra en forma colaborativa. El aparato auditivo de un angloparlante no está diseñado para recibir tanto ruido a la vez, tanta elusión de palabras entre sí, tanta salsa verbal. A pesar de siglos de esfuerzos por encarcelarlo en un mausoleo en Madrid, el español sigue vagando libre, trasmuta a medida que vagabundea, se acomoda a paisajes distintos y los cuerpos de quienes lo hablen. Es un rico asopao de quingombó hecho con lo que está a mano. Pero si mis oídos pueden captar las fricativas alargadas y ventosas del altiplano, a veces no logran comprender las oclusivas rápidas del Caribe. Para aprender a hablar, tuve que callarme. Para aprender a escuchar, tuve que hacer ruido y entrar en el campo de juego.

En mi cuerpo, el español se rompe, se cicatriza y se vuelve a romper.

Ya leo, hablo, entiendo y escribo español con una fluidez imperfecta. Como vengo haciendo desde hace treinta años, cada día aprendo un poco más. Me pongo en situaciones que desafían mi lengua, mi oído, mi boca, mi alma. No doy nada por sentado. Presto atención no sólo a lo que se dice, sino también a cómo se dice. Este yoga lingüístico se ha colado en mi forma de escribir y hablar mi lengua materna. Algunas frases de este ensayo se escribieron primero en español y otras en inglés. Mis ideas nacen en los dos idiomas.

En fin, soy una lengua de dos lenguas. Una trujamana, socia de ese antiguo e informal gremio de intérpretes-diplomáticos. Intento explicar a los editores norteamericanos por qué deberían preocuparse por los autores hispanos cuyas obras traduzco. Intento explicar a los agentes y editores hispanos por qué una novela que creen que carece de interés a los estadounidenses sí nos interesará. Aclaro mis pensamientos decantándolos primero por el filtro de un idioma y luego por el otro, como el café sale claro y fuerte por la colaboración del agua, el papel y el grano. Mis dos lenguas se informan, se cuestionan y se ayudan mutuamente. Juntas, me enseñan lo que quiero decir.

Llego a hablar un castellano único que brota de las circunstancias y accidentes de mi vida. El español me cala hondo. Va penetrándome cada vez más, como la lenta extensión de las raíces en la tierra. Me transforma sutilmente como el agua esculpe las piedras, como los amantes hacen. Anhelan la compenetración, el intercambio de saliva, semen y moléculas como si quisieran desafiar a su ADN a resistir el asalto. En la verdadera pasión y en el arte siempre existe el riesgo de la aniquilación de uno mismo. Virginia Woolf, Sylvia Plath y Frida Kahlo lo sabían.

Soy una lengua y con todo orgullo: una sinécdoque andante, dinámica, inestable y siempre renovada.

Mis estudiantes suelen tener una meta específica cuando se presentan en mi aula para aprender el español: viajar, curar, llevarse bien con la familia de su pareja. Sin embargo, el objetivo del estudio se hace móvil en relación con el grado de penetración de la lengua en el alma del alumno. Yo quería leer unas cartas de amor, luego el español fue mi balsa salvavidas. Mi ambición creció. Ahora me dedico al trabajo radical y subversivo de hacer que las historias crucen fronteras.

Poco a poco, empiezo a contar mis propias historias con estas palabras prestadas. ¿Prestadas? Sí, porque el amado jamás es completamente nuestro. Mis dos idiomas son muy amigos. Juntos, me animan a decir, a declarar, a indagar. Permiten que nuevas ideas fluyan por sus cauces entrelazados, produciendo inspiraciones únicas. Me forman y me informan. Respiro, pienso, tuiteo, escribo, canto y amo en dos lenguajes por medio de una sola lengua. La mía. Aquí les cuento su historia ■

La carne envuelta

Myriam Moscona

A la sombra de un árbol en Cuernavaca, un comensal, a quien no conocía, contó una historia familiar. Dejé la cuchara recargada en el plato y le dediqué toda mi atención. Y eso que el *halasle*, la sopa húngara más popular después del *goulash*, me gritaba desde la olla. Soplabla el viento. La historia era sobre un tío, hermano de su madre, al que, en mi relato, llamaré Doro. Vivía en Budapest. Tendría unos veinticuatro años cuando desapareció. La madre, en su absoluta desesperación, tuvo que ir a la puerta de una familia nazi, a quien por distintos y sinuosos caminos, fue a dar. Su amiga del alma encontró la forma de contactarla con ellos. Estaba convencida de que, pese a los riesgos, ellos podrían ayudarle. Pobre mujer. Sentía náuseas de tener frente a sus ojos esos rostros desabridos, con sonrisas de tan poca monta.

Cambió su identidad, construyó mentalmente un pasado falso, se animó a expresar sus afinidades con el partido en el poder, practicó alabanzas a la atinada intervención alemana en su amado país. Era necesaria. Poco a poco, fue acercándose a lo suyo. Les dijo que no lo tomaran a mal, que un pariente lejano había tenido el mal gusto de enamorarse de una mujer judía y que, por vergonzoso que resultara, quería decir la verdad. Ella, que separaba los cárnicos de los lácteos, que encendía las velas del sábado, que se dedicaba a asistir a las familias pobres de su vecindad, que, pasara lo que pasara, su fe siempre permanecía intacta. Les dijo sentir rechazo por esa herencia, se persignó. A cambio, dijo, era una ciudadana consciente de su identidad, de su condición de madre y esposa húngara, un país que no tenía por qué tolerar poblaciones ajenas, con usureros que se be-

(Ciudad de México, 1955). Su libro más reciente es *León de Lidia* (Tusquets, 2022).

neficiaban de una condición que no era la suya. Por dentro, recitaba el *Shemá Israel*.

Les explicó que estaba buscando a un familiar, que su madre estaba desesperada creyendo que podían haberlo confundido con un judío cualquiera. No lo era, dijo sin titubear. El joven había salido a principios de noviembre de ese mismo año (1944). Se dirigía a un puesto de trabajo en el mercado más conocido de Pest. Nunca volvió. El muchacho pertenecía a una familia católica, como la de ella, decente, bien acomodada, pero, es verdad, venía de ese linaje manchado con sangre impura. Que ella les viviría agradecida. Había preparado unas galletas. No sabía en qué momento ofrecerlas. No, no se atrevía. De pronto le pareció que podría transmitirles una especie de humildad que de ningún modo convenía ante el juicio de esa familia pudiente. Ellos fueron distantes y amables, la hicieron sentarse en el salón con pinturas de la familia, todas enmarcadas en flores y hojas doradas. Había allí un militar, su mujer, su prole y, luego, unas fotografías más recientes de ellos, sus anfitriones, herederos de una fortuna y de una visión del mundo que le producía arcadas. Sus años como actriz en el Teatro Nacional de Budapest le sirvieron en ese momento. Se decía a sí misma que estaba representando una obra de teatro, que tenía que actuar de la forma más natural y convincente. Ellos tomaron nota y le pidieron volver en unos días. ¿La investigarían primero? No le preguntaron su dirección. La citaron para el próximo viernes. Ella usó un nombre falso, llevaba una credencial que su compañera de banca le había prestado. Siempre, desde niñas, les dijeron que eran idénticas y aunque habían crecido ya de forma diferenciada, seguían teniendo rasgos en común. Su amiga era la persona más solidaria que había conocido en su vida. Se hablaba de hazañas que en ese momento el comensal no detalló, pero nos hizo saber que merecía ser *Justa entre las naciones*, una distinción que hasta la fecha otorga el Museo Yad Vashem, de Jerusalén, a quienes, de forma desinteresada, salvaron vidas durante los tiempos de persecución y muerte.

El narrador abría demasiados paréntesis. Yo sentía una urgencia de saber el final. ¿Había encontrado al joven? ¿Lo habían asesinado? La familia nazi ¿descubrió las mentiras de la mujer desesperada, se enteró de que era la madre y no sólo familiar?

Yo recordaba perfectamente que los fascistas gozaban de un apoyo real, popular, en Hungría. El gobierno del regente Horthy tenía

un pacto de cooperación con Alemania, promulgó leyes antisemitas y reclutó a más de cien mil varones judíos en batallones de trabajos forzados para el ejército.

En octubre de 1944, al apoderarse del gobierno, el Partido de la Cruz Flechada se encargó de que miles de judíos de Budapest fueran ultimados a orillas del Danubio. En total fueron asesinados más de medio millón de judíos en los territorios controlados por Hungría durante la guerra. ¿Doro se había convertido en una estadística? ¿La madre y el resto de su familia escaparían de esa realidad? La respuesta a la última pregunta es un rotundo sí, gracias a aquella amiga que arriesgó el pellejo por ayudarles.

De hecho, todo estaba listo para que la familia pudiera huir. Tenían ya los documentos, pero ella, la madre, no se iría jamás antes de saber si Doro había sido asesinado. Prefería la muerte. Dos días después de aquella visita desesperada, su amiga, la mujer más solidaria de Hungría, con la cabeza atada en una pañoleta, salió hacia la carnicería. Pidió al carnicero setecientos cincuenta gramos de ternera. El hombre la despachó de inmediato. Envolvió la carne troceada en un pedazo de periódico. Al llegar a casa abrió el paquete, echó la carne al agua hirviendo, añadió un buen chorro de aceite y unas cebollas. De pronto, notó que en esa hoja de prensa había una fotografía inquietante. Costaba distinguirlo bien. Sintió una especie de desmayo. Fue con el papel periódico, manchado de la carne fresca, temblando, hacia su amiga. Se echaron a llorar. El rostro de Doro estaba allí, era él.

Así se enteró de que su hijo estaba vivo: en una hoja de papel periódico que envolvía setecientos cincuenta gramos de carne de ternera.

Cuando volví en mí, todos habían terminado. Noté que todas las miradas se dirigían a mi sopa fría ✦

La doble de Meryl Streep

Raúl Olvera Mijares

Sentado en ese café de mis días de juventud o, más bien, de madurez temprana, reflexiono acerca del ciclo de la vida. Siempre el mismo ajetreo en la calle, el casi insidioso desfilarse de los transeúntes, la variedad sin fin de las que atienden, el milagro de sus eternas diecinueve primaveras, el tiempo inmisericorde que fustiga mi cuerpo doblando, sin remedio, la voluntad, la mesa del rinconcillo donde inútilmente me propongo tener un encuentro conmigo mismo, la hora de la tarde en que pretendo apañar cita con la inspiración, todo me habla y me limita, me recuerda que las cosas mudan sin trastocar, que se avanza sin —por eso— uno moverse del mismo sitio.

Estaría de buen grado en otra parte pero, entonces, ¿dónde? Todos los lugares son el mismo sitio. Cambiar de escenografía con los personajes de costumbre. Fiestas patrias se agolpan, pasan, vuelven a venir, año tras año, así, sin jamás detenerse. Siento añoranza por el fin del camino. Parece no llegar nunca y, sin embargo, pronto estará aquí. Ha de sobrevenir, de manera intempestiva, sin hacerse anunciar, dueño y señor del instante. Una mujer en la mesa contigua deja discurrir al marido, colocado frente a dos espectadores más, una pasmada pareja, un par de incautos, sin duda alguna, en manos de un embaucador, quien pretende convencerlos de cerrar una compraventa. Sin lugar a equivocarse se tratará de alguna propiedad, enclavada, tal vez, en la campiña, un terreno con vista espléndida y promesas ciertas de plusvalía. Por más que me esfuerzo no logro discernir sus palabras, sólo me llega el tono de convicción. Quiere apabullarlos ese sujeto y, al mismo tiempo, inspirarles confianza. Todo indica que, al parecer, lo está consiguiendo.

(Saltillo, 1968). Su libro más reciente es *La ciudad y la tarde. Relatos* (Secretaría de Cultura de Coahuila/Consejo Editorial del Estado, 2018).

Pronto encontraré otras cosas con que entretenerme, por ahora los ojos sesgados tras las negras gafas de Meryl Streep me sobrecojen. Cierta atisbo tuve antes de que se calara los sombríos espejuelos. Percibo en esos ojazos claros un deje de distraída confusión, indiferencia, incluso pena. ¿Será vergüenza por los tejemanejes del obstinado marido? Quizá no sean más que el padre y el hijo que aguardan a alguien más. ¿Cómo hacer para saberlo? ¡Qué importa! Fascinado con la semejanza de la parroquiana con la actriz todoterreno estadounidense, me abandono a estos y otros pensamientos. En este caso, una Meryl Streep algo corrida, con mohín de impaciencia, a la cual le falta ese brillo tan característico en la mirada. ¡Bah! Habrá que conformarse con el extraño parecido. La falsa actriz, de nuevo, se ha montado en la nariz las gafas negras de sol, el del vozarrón se levanta y se despiden de la pareja de incautos. No me sorprendería que quienes llegaron por ellos fuesen los anfitriones. En realidad resulta imposible saberlo. Sólo vi que todos se han apeado de un auto.

Continúo en este lugar esperando a un amigo estadounidense, más bien un interlocutor, quien habrá de iluminarme sobre lo que está aconteciendo en la escena mundial si bien, bajo la visión de un anarcocomunista, *rara avis* en aquella industriosa e intolerante nación. Ignoro si mi amigo se quedaría contento con semejante etiqueta de aséptica taxonomía. En fin, sólo espero que la tarde me depare o, más bien, nos procure, momentos gratos que no se restrinjan sencillamente a abrir los ojos ante un curioso e inesperado revés en la geopolítica, sino a engendrar cierta comunión de sentimientos e ideas. Meryl Streep se ha marchado sin que yo pudiese expresarle mi admiración, por esos buenos momentos que me han deparado sus múltiples y contrastantes caracterizaciones. Hubiera pasado no pocas dificultades al intentar recordar los títulos de los filmes, de preferencia, en el original anglosajón. La verdad, sólo ciertos trabajos suyos han logrado remover mis adentros, no todos, desde luego. La tarde ha ido muriendo con estos devaneos, de menguado impulso, para el cálamo. Quizá no me propuse otra cosa sino distraer la soledad y llenar este tiempo de espera. En fin, no sé, ni creo tampoco que vaya a averiguarlo. Los ojos, esa boca de holán y la generosa papada, de la doble de la celebérrima cómica, distrajeron —inútil sería afirmar otra cosa— mis ocios. A ella, esa involuntaria musa de esta tarde, están consagradas estas líneas que, con certeza, jamás habrá de leer. Por suerte ■

Eduardo Padilla

STRANGE McNAMARA

Soy un animal, y con eso basta

AU HASARD BALTHAZAR

Soy el primer pez que camina erecto
a la farmacia.

Soy el primer bagre que dirige
la compañía Ford Motors
sin haberse casado antes
con la hija de Henry.

Soy el primer animal de sangre fría
que regala cupones de ortopedia
a los descuartizados.

Sigo la línea amarilla
que me guía por los pasillos
de un amor cada vez menos
redituable.

Por la ventana contemplo
un río de epilepsia
y pienso en mi madre.

Dicen que el domingo
es para rendirle culto a lo inmóvil
pero yo digo
que el domingo es
para que el lunes
duela el doble.

NEMO

da luz

Nemo da luz en la noche

Nemo da luz en la noche
a un albino

El dios de las grietas
empala
a los nacidos

El dios de los dientes
viene a la grieta
con su mondadientes

en el callejón sin luz

En el callejón sin luz
teje un mameluco¹
con colas de rata

1. Del ár. clás. *mamlūk*,
'esclavo'.

En la feria
el cordón
sujeta el feto
al tiovivo

En la noche sin luz
la cabeza
sale de la grieta
y pega un grito

Arriba
la luna
es una golfa
pintada de golpes
que vienen
de todas partes.

«Vinum Sabbati»
es un cuento
sobre un doctor en leyes
que nunca fue a la escuela
nocturna o
hermética
donde enseñan
que el polvo blanco
que le vendió el viejo Sayce
es irreversiblemente
adictivo y conduce
a un tobogán jaspeado
de lenta degeneración
física y moral
en escenarios selectos
de la cosmópolis que presenta
en sus vitrinas fantasmagóricas
la corrupción
de un conjunto universo
que lleva a Francis
al conocimiento íntimo
de la materia
y al final
—atención—
lo convierte
en una triste masa
educada
y sin forma.

No hay error.
Ama a tus hijos como si fueran perros
es lo que yo quise decir.

No hay por qué
pedir perdón.
La culpa es la mano
detrás del muñeco
que dice cosas horribles
en el circo.

No es buen momento
para la duda.
Un muerto conmueve;
un millón, aburre.
No lo dije yo pero
nada es de nadie,
menos el control remoto,
que sí es mío.

No hay lugar
para la justicia.
Hay espacio en el baúl,
junto a los cuentos de hadas
y el babero.

No hay razón
para mirar atrás.
El tiburón come y fornicia,
fornica y avanza,
y si no avanza
muere.

La muerte es para los débiles mentales.



Con los cordones desatados, a ninguna parte

Hipólito G. Navarro

Cansado de pellizcar durante cinco horas diarias sobre la taza del váter las cuerdas de una guitarra adquirida dieciocho años atrás, Anselmo Flores abandona por un instante el manoseado instrumento sobre el bidet y regresa enseguida con el firme propósito de dar carpetazo definitivo a ese largo capítulo de sus mañanas. Unas más que generosas tijeras para el pescado, afiladas a conciencia y al efecto hace al menos tres lustros, y una presión ejercida desde la prima al bordón siguiendo el dictado de las leyes de la física —punto de apoyo idóneo, fuerza y aceleración proporcionales— le ofrecen a Anselmo la seguridad de un estudiado corte de cirujano, limpio, que sesga los diferentes timbres de las cuerdas con un intervalo entre ellos prácticamente invisible, infinitesimal, el mismo con el que se abalanzan las liberadas tensiones a su rostro para chicotearle en seco la mejilla y dar paso enseguida a un alegre paralelismo de sangre temerosa, seis arañazos apenas, un instante después borbotones incontrolados mejilla abajo. Sin hacerse esperar, todavía en el primer compás del susto, un sonoro goterón rojo percute en la madera del instrumento mudo, poniendo así el punto final a una aventura de lento y madurado naufragio.

No se interprete pues esta decisión de guillotina fruto de una emoción o arrebató súbitos, sino más bien como el corolario final de una serie de constataciones acumulada durante más de una docena larga de años, casi desde el comienzo mismo del rito de las acústicas de azulejo y sanitarios, el sustituto pervertido de un enamoramiento echado a perder de puro imbécil.

En la demora frente al espejo, una vez atajada la séxtuple hemorragia y contemplando aún atónito el dibujo de los cortes que cruzan la mejilla izquierda en el cristal —la derecha de su carne—, puede Anselmo Flores

llegar a una conclusión última con un grado de acierto sumo: la clausura de las cinco horas diarias de composiciones desdichadas durante dieciocho años sin interrupción merece como poco esa dolorosa rúbrica en su piel, una argumentación física patente de los besos y caricias de que ha estado huérfano su rostro. Definitivamente, los seis latigazos bien marcados lo azusan al fin —treinta y ocho recién cumplidos asoman a la primavera nuevas exigencias— a recomenzarlo todo donde había quedado y dejar los conciertos de cuarto de baño en el rincón más imposible de la memoria.

De la mejor de las maneras combina entonces colores de indumentaria, acierta a bajar el mínimo escalón del baño sin el traspies acostumbrado y sale a una urgente mañana de luz que apresura a las nubes a un noroeste lejano de tormentas. Puede decirse que en el rostro atravesado de Anselmo Flores se impone con más descaro que la herida la amplitud de una sonrisa, y que amortigua el aguijón dos veces triple de las punzadas rebuscando en el recuerdo algunos nombres olvidados y en sus pasos las calles y locales donde había dejado en suspenso su otra historia desde hacía tanto. Busca, es evidente, algún perfume de mujer, o más fácil en principio, algún alcohólico alimento. Bien está ya de hacer el gilipollas.

Avanza por una gozosa travesía de nuevas diagonales, apartándose de los caminos de la anterior rutina y terquedad rebotante de placer, como nuevo. Esa iluminación del gesto, la alegría imponiendo vergonzosas retiradas a una actitud muscular que incomodó la mirada durante años, un cigarrillo en la boca al estilo Bogart, deben despistar la atención de Waldo, que lejos de caer en el comentario pertinente (hostias, ¿y ese corte, Anselmo?) lo saluda hasta con abrazo y en el café mismo de la esquina le echa la primera cerveza de un tiempo que acaba de nacer. Waldo, el penúltimo amigo en la agenda con los números de teléfono —de Zambrano hace años que no sabe nada—, le añade a la cerveza dos nuevos chistes, una encarecida recomendación de cartelera y la apabullante euforia de sus negocios. Conversaciones hay que quitan el dolor, que acortan las esperas. Que Waldo no se percate del crucificado rostro que tiene enfrente confirma en Anselmo Flores las expectativas, le anima a otra cerveza, a un nuevo chiste incluso. Luego lo deja irse otra vez a los negocios, y sonrío viendo desde la ventana a un Waldo también feliz que atraviesa la calle sorteando con gracia los excesivos coches y se instala en la parada del diecisiete al final de una cola bien nutrida.



Como todavía han de pasar de largo dos diecisiete hasta la bola, tiene Waldo tiempo de observar a su amigo allá en el bar e incluso contagiarse de eso insultantemente feliz que lo rodea. Qué es no lo sabe, aunque sí que ha eclipsado incluso la visión de los seis arañazos en la mejilla; recién entonces se da cuenta. Sigue pensando en ello ya en el autobús: gato, amante, yilet. Dos paradas después entra la chica con el libro y ocupa el asiento frente al suyo. Una cara hermosa para anuncio de cosméticos. Waldo Ruiz lo piensa casi todo en márketing, está más al tanto que su socio, por eso después de la ruptura su agencia patina menos que la otra, acaricia campañas políticas de más envergadura, publicita a clientes arriesgados, vende —es la frase— hielo a los esquimales. De últimas está el lío bien resuelto de los huevos, el beneplácito de los de Bruselas: hacer publicidad en las cáscaras. Dos pujantes empresas de yogures le han aprobado ya los presupuestos de escándalo, inevitables si en verdad quieren observar el código alimentario de la comunidad. Las tintas para imprimir en los huevos —tintas láser indelebles y fijas, incapaces de traspasar las cáscaras y membranas— costarán eso, la sutil maquinaria para la impresión costará más aún. Si los ingleses han sellado desde siempre sus huevos con un león escamoteándole las vueltas a la salmonelosis, por qué no van a poderse incluir docenas de mensajes de último diseño en un soporte tan redondo y tan perfecto. Waldo le ha ganado la partida a su socio (una empresa descabellada, Waldo, una empresa suicida, conmigo no cuentas, le había repetido hasta el hartazgo) y ya sólo puede ver la cara de la chica sentada enfrente impresa en cientos de docenas de huevos prometiendo cualquier cosa. Waldo Ruiz va camino de poner en apuros a medio mundo, a que se lo piense antes de hacer la tortilla: no se casca así como así una cara bonita. Lo ve de pronto: cosmético de clara de huevo empaquetado (*packaging* es el término) en su natural recipiente, con esa cara de la chica que lee impresa en pura suavidad.

Ella, en efecto, lee. Lee sin ostentación, forrado en blanco el libro para ocultar a la curiosidad del autobús sus preferencias. Muy de vez en cuando levanta una mirada azul al lugar en el trayecto o a una insistente y desnudadora observación de otro pasajero. Para esas veces que abandona la lectura está allí Waldo como agazapado, imaginándola en los huevos. Waldo va aun más lejos en su felicidad publicitaria: más proyectos descabellados, arruinar la industria del marfil, la abolición de ese comercio, suplir el oro blanco del mundo con más duraderas y ecológicas resinas sintéticas, apro-

vechar la coyuntura para fijar esa cara tan hermosa en un soporte menos efímero que un huevo, verla llena de destellos antes de empujarla con el taco hacia la mejor carambola del billar.

En ese estado eufórico —el nuevo nacimiento de Anselmo Flores es poca cosa comparado con él—, Waldo Ruiz no puede advertir cómo ella señala con un delicado e insuficiente pétalo el fin de la lectura, ni cómo le deja una sonrisa sobre el pelo cuando está sobre él, antes de bajar.

Sin embargo ella, Ana, sí se lleva consigo, en esas fugaces escapadas de una lectura absolutamente enmarañada con los ojos de Waldo, la insultante felicidad que él ha estado irradiando sin darse cuenta.

Como ha bajado por error en la plaza de Lemures, después de saltarse dos paradas de la suya, no tiene otro remedio que desandar con ciertas prisas el camino, urgida más que por la espera de Felisa por mantener —llegar media hora antes a una cita ya le parece tarde— el rito quisquilloso de su puntualidad. Avanza a grandes pasos por las aceras repletas de gente todavía envuelta en las cálidas miradas de ese desconocido del autobús, imaginando que la sigue en secreto a cierta distancia para completar una felicidad ya bien inmensa con lo que aún no conoce de su persona: un argumento de rizos rubios en cascada hacia una cintura de sesenta y una escueta falda en tubo para el nacimiento de unas piernas más que maricler. Es su juego favorito. Amores invisibles, duendes, lobos de mar con pipa y pelo blanco a veces. No puede evitar sin embargo esconder a la estrategia de su juego una de las normas más estrictas, y así como al descuido, lanzando la exuberancia de rizos hacia un lado, se atreve a buscar en los rostros más anónimos que la siguen ese que imagina, ya alejado en la fantasía del primero aquel de Waldo. No le preocupa la ausencia, saberlo lejos ya en el autobús. Con el mismo movimiento de su pelo hacia adelante, de regreso al encuentro con Felisa, sabe que instala detrás de su figura el aliento tan querido de sus duendes, cientos, miles de ellos, de uno en uno. Una felicidad más entre otras muchas, no menor que leer en el autobús o adelantar en media hora las esperas de sus citas y suponer atuendos, actitudes o humores de los citados.

En la seguridad de que Felisa tardará todavía un poco en asomar sus prisas por la esquina de Arrayán, puede Ana empeñar su tiempo en varios juegos: interesante que lee en despiste entre las palomas de la plaza y enreda su

balanceo de piernas con los pensamientos de los que cruzan, solicitudes de fuego para unos cigarrillos de papel violeta y filtro azul, recuento de jóvenes, niños y viejos y obtención de medias aritméticas para un duende resultado de la combinación de las partes elegidas de cada uno de los integrantes en el muestreo. Felicidades simples, ñoñas; gigantescas por otro lado, comparadas con la ansiedad de reloj de pulsera de un individuo desesperando en otra espera.

Tras comprobar Félix el alargamiento inverosímil de los minutos en un reloj que le viene atrasando hora y tres cuartos por cada veinticuatro, contento de no haber esperado a nadie haciendo como el que espera, ofrece su fuego de yesca —otro regalo más del abuelo, junto al reloj— al insólito cigarrillo de colores que pavonea la chica y abre sus piernas al paseo de media mañana, en su ocio envidiable de profesor de instituto en versión nocturno. Su felicidad, hasta la hora del almuerzo en la misma cocina de la pensión, se nutre de una descansada observación de las prisas de la urbe, que va sedimentando luego en las siestas y al cabo de unos tiempos no excesivamente largos deposita en forma de aguadas de tinta en gruesos papeles. No ataca en abstracto con el pincel, pero tampoco se detiene en los detalles. Tan sólo a veces se demora en algún pasaje divertido de su observación, y con prolijas descripciones pone los acentos a un individuo de cierta edad portando un váter al hombro o camufla de rubia a su patrona contando el dinero de caja al finalizar la jornada.

Las clases de filosofía en el nocturno son un buen accidente que le proporcionan, a su edad, el regusto de la erótica de la educación, el engaño dulcísimo de acompañarse siempre de gente que parece estancada en los veinticinco, y la mejor manera de hacer tiempo para cobrar un buen talón a fin de mes. Un oficio accesorio, en definitiva.

Caminando sin prisas desemboca las más de las veces en un café con mucha azúcar junto al parque, en una terraza siempre soleada abundante en desocupados. Y es ahí donde con más fuerza se le manifiestan las observaciones que en el trayecto apenas han sido guiños, cuando no meras sombras. Pide el café y los dos sobres de costumbre, y enseguida algunas partes del rostro de la chica se le aparecen con una nitidez mayúscula, más que nada sus labios decorados en oscuro carmín atrapando el filtro azul. Sin embargo, si el reloj es exacto en su retraso, más de dos horas hace ya que ha perdido la más

mínima oportunidad para fijar en el recuerdo el resto de detalles. Difícil va a ser pintarla.

Luego, bastante avanzados ya la mañana y el trabajo de reconstrucción de aquella mirada azul, una felicidad como de no creer lo inunda por completo, al recordar a una alumna de primero que bien podría sustituir el cuerpo apenas visto. Bastará sacarla al encerado cuatro veces para tomar el apunte de comienzo, y trabajar después con la improvisación de la memoria. Además, para la combinación de colores del cigarro y de los labios, o tal vez sólo de los labios, podrá valerle incluso la última paleta, la del dibujo de un camión volcado frente al instituto, con las cajas de cerezas estrelladas en la acera.

Deja entonces sobre la mesa el importe exacto del café —descuida siempre y a conciencia la propina, esa pequeña humillación al camarero— y componiendo ya sobre la marcha un primer boceto del dibujo cruza ensismado y feliz los primeros semáforos camino del almuerzo y de la tarde y los pinceles, para sin darse cuenta multiplicar una vez más un cúmulo de proyectos que desde hace mucho adquiere una irreversible tendencia al infinito, pues será esa pintura de la chica un dibujo más a simultanear con el más reciente del camión de las cerezas, los diez autorretratos falsos en largo demorados, otro con un tablero de ajedrez cubierto de hormigas o insectos parecidos, el bodegón de cristales encargo de la patrona, un aula con los pupitres rotos y el mapa del continente desvencijado en la pared del fondo, sobre un único alumno dormido, él, Félix niño, y otros tantos dibujos inacabados, imaginarios, felizmente imposibles: la mujer del autobús que se cubre el rostro con un libro forrado en blanco, el artesano en su taller fabricando bolas de billar —docenas de colmillos de las bestias formando alrededor raros tapices—, la guitarra manchada de sangre con las cuerdas cortadas, y al óleo, por probar, en la penumbra junto al lecho, un viajero de escaso maletín, con los zapatos, puede verse bien, muy ostensiblemente desatados. Destacará si acaso para alguien avisado una leve inicial dibujada en oro sobre el ocre de ese maletín, una letra ejecutada con escaso o ningún interés, tal vez por ser la última del abecedario, esa que siempre nombra la página más inútil de todas las agendas ✦

Rascadito

Sophia Barba Heredia

Lo conocí el día que fui a arreglar la vieja máquina de escribir de Yamire. Ella me había dicho que si lo lograba me la podía quedar, así que estuve preguntando por alguna persona que aún diera mantenimiento a ese tipo de chácharas.

Llegué a la calle 56 con 47 y vi a través del resquicio de la ventana a un hombre fumando. Rodeado de una cortina de humo, con el torso descubierto observaba fijamente a la pantalla de una PC. La computadora frente a él, amarillenta y avejentada, enrarecía la escena, como si algo importante se estuviera realizando en ese cuarto pequeño. No pude evitar darme cuenta de que detrás del hombre había una pecera cubierta con una seda muy hermosa.

En ese entonces yo escribía o trataba de escribir un libro de cuentos sobre el Sureste, tarea absurda para una *huach* como yo, la tierra aún no me había cambiado y todavía me regocijaba en la magia de observar a los otros.

Por esa época adquirí una extraña afición a la lotería, un vicio con el que yo era indulgente. Me permitía todo guiada por una fe ciega. Mis favoritos eran los rascaditos, sobre todo los de encontrar tres objetos iguales, los dibujos que iban apareciendo contaban una historia: guantes, bicicleta, sol... un reloj. Empecé a hacer cuentas de lo gastado y lo ganado, gasté diez pesos y gané un boleto, cambié el boleto, pero no gané nada. Había gastado diez pesos y jugado dos veces. Pero me estoy desviando de la historia. Llevé la vieja máquina de escribir porque sentí que quizá tenía que volverme más física con mi escritura, involucrar el cuerpo y dejar algo de mí, completar la alquimia de devolver las sensaciones con las que me cubría la península.

(Guadalajara, 1995). Fue becada por el FONCA en la categoría de cuento en 2021 y por IMCINE en la de reescritura de guion en 2022.

Llegué al local del hombre empapada en sudor, porque como buena *huach* aún no había aprendido a moverme con el sol. Estuve varios minutos tocando una campana frente al mostrador y diciendo al aire expresiones como «¡Quiero!» y otros gritos que en mi pueblo significan «Busco ser despachada». El mismo hombre que había visto por el resquicio de la ventana salió a mi encuentro, ahora con una playera. Le entregué la máquina y aproveché para examinarlo. Me dijo que podía cambiármela por una más pequeña, que venía con su estuche y estaba recién arreglada. Accedí porque tenía esperanzas, realmente creía que la solución a mi bloqueo llegaría al volverme más física con mi escritura.

Al marcharme el hombre me detuvo, me preguntó si había ganado. Al principio no comprendí nada, me quedé de pie, confundida, hasta que él me señaló el boleto ya rascado que sobresalía de mi pantalón y que me acababa de meter en la encrucijada de volver a invertir para ganar. «Esta vez no», le dije, él me miró asintiendo con camaradería, como si yo hubiera desbloqueado un nuevo entendimiento entre los dos.

Seguí jugando a la lotería y también intenté incorporar el cuerpo en mi escritura. Escribí de pie y en movimiento, traté de ser concisa en mis oraciones, pensar las frases antes de teclearlas para no cometer errores. Luego entendí que si quería volverme física tenía que seguir un ritmo en el tecleo y no dejar que los errores de dedo detuvieran la cadencia. Tras varias horas parada frente a la máquina tuve que aceptar que el bloqueo creativo permanecía y que mis mecanismos de autosabotaje seguían vigentes, aunque un leve dolor muscular en los antebrazos me proporcionaba cierta sensación de control y me permitía mentirme sobre mis avances.

La gente cercana a mí empezó a sospechar que yo estaba perdiendo una gran cantidad de dinero, quizá por los cadáveres de los boletos que dejaba regados por todas partes. Sobre la mesa, en el coche, en la guantera... linda palabra, *guantera*. Yamire vino un día a visitarme y me dijo que debía parar. Le dije que sí distraídamente mientras seguía pensando en la guantera y me imaginaba que ahí tenía unos largos guantes blancos. Me fui con la idea de escribir un cuento de alguna mujer alérgica al sol. Que tuviera que usar guantes a pesar del calor, llevaría a todos lados una sombrilla china y un velo que le tapara el rostro. Yamire se fue muy triste y me dijo que ya no debíamos vernos más.

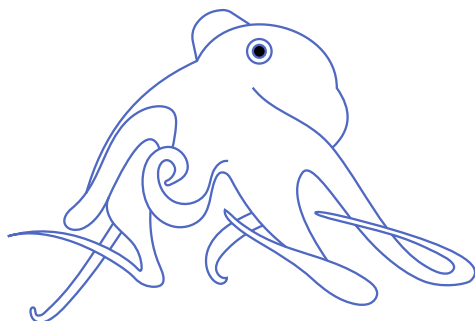
Empecé a encontrar puestos de sorteos por todos lados, como las embarazadas que empiezan a ver carritos con bebés por donde quiera que van. Me volví una de ellos. Me emocionaba escuchar a la vendedora decirme «Suerte» cada que compraba un cachito, me excitaba el acto en sí de pasar la uña sobre el boleto e ir descubriendo mi fortuna. Cuando perdía, una amargura intensa me habitaba el cuerpo, pero más que aceptar la derrota, la irritación me ponía a comprar más boletos. Ahora que lo pienso, quizá a lo que era adicta era a la esperanza.

La gente comenzó a hablarme, me reconocían. El guardia del establecimiento donde rifan treinta motonetas me detuvo al salir para preguntarme si había ganado. Él también se veía llegando al trabajo a toda velocidad sobre su nuevo transporte. El vago del parque de Santiago me pidió que le comprara un boleto. Me sentí magnánima y le compré la serie completa.

Hubo una noche especialmente emocionante en la que saqué un cachito que había comprado el día anterior. Temí rasgar el boleto de inmediato, pero a la noche siguiente sentí que podía proyectar cualquier cosa, que lo único que yo estaba haciendo era abrir un camino entre el dinero y yo, un cauce a la abundancia. Me sentí endiosada.

Tuve una premonición. Algunas personas dicen que ven los números en el fondo de la taza de su café mañanero. Para mí fue diferente, me sentía ultrasensible, como capaz de alinearme con los flujos invisibles del universo. Esa noche gané mucho dinero, bebí junto a los amigos a los que les debía y pagué el alquiler atrasado. Llamé a Yamire para invitarla a algún lugar y me mandó a la mierda.

Lo cierto es que para mí ni el dinero ni el trabajo solían durar mucho. Después de pagar mis deudas, dos meses de renta por adelantado del húmedo cuarto que alquilaba y de haber comprado un par de guantes blancos, me había quedado sin ahorros.



Otra vez intenté ponerme física con mi escritura tan sólo para darme cuenta de que las cintas no imprimían con la intensidad requerida. Fui a la calle del hombre de las máquinas y, esta vez, a través de la ventana lo pude espiar en su elemento.

El hombre ahora estaba de pie frente a la pecera. Con su torso desnudo, deambulaba por el cuarto y de vez en cuando se acercaba al ventilador para refrescarse. Me di cuenta de que había retirado la tela y que pegados a las paredes estaban lo que parecían ser carteles con los sorteos ganadores. Intenté enfocar la vista para leer los encabezados. Me distrajo el sonido de la voz del hombre y por fin reparé en la existencia del animal dentro de la pecera. ¡El hombre hablaba con un pulpo! Claro que el pulpo no hablaba, pero el hombre, con toda su atención dirigida a la pecera se comunicaba con el octópodo. A veces hacía señas extrañas o le mostraba los boletos que tenía a la mano. Mientras yo observaba esto, noté que el animal parecía responder, movía sus tentáculos de forma lenta y fluida, elegía pequeñas bolas de golf con números anotados en ellas. El movimiento ondulante de sus tentáculos me tenía hipnotizada.

El ruido de un claxon en la calle rompió el embrujo y me fui a tocar la campana a la parte frontal de su negocio. Después de un par de minutos, salió el hombre a recibirme. Me entregó las cintas que yo necesitaba. También me extendió un papel con una cifra anotada y me dijo que la próxima vez que jugara, lo hiciera con esos números.

Me despedí del hombre aún muy aturdida por lo que acababa de ver, pero por un minuto, mientras caminaba por la calle, pasó lo impensable: dejé de pensar en mi escritura. Encontré rápido una cantina donde comer. Meditando un poco a la sombra y ya con alcohol en la sangre, se me vino una idea a la cabeza: usar los números que el hombre me había proporcionado.

El sol se estaba poniendo, decidí caminar hasta mi casa y aprovechar para contemplar. Contemplar es bueno porque no se hace con la razón. Pensé en Yamire y me desvié para llegar a su casa. Me habrá visto tan conflictuada que aceptó mi compañía. Nos acostamos juntas pero mi cabeza seguía clavada en la imagen del octópodo, en sus tentáculos, en su forma de moverse. En el extraño lugar donde todo había ocurrido. Fantaseé con que era yo quien se comunicaba con él. Una nueva idea se abría paso en mi cerebro. Yo quería estar cerca del pulpo, si era capaz de adivinar las cifras ganadoras de la lo-

tería ¿qué más no podría hacer?, pero ¿cómo es que lo adivinaba?, ¿se había quedado loco el hombre de las máquinas? Imaginé que el pulpo tenía las respuestas a mi bloqueo creativo, que él podría escribir los cuentos que yo no podía escribir, cuentos tentaculares les llamaría. Me puse paranoica pensando en las cosas que el pulpo podría saber sobre mí. Me sentía enfebrecida, el calor no paraba. No podía dormir. Yamire me acarició el pelo, me meció en su hamaca y con su ronca voz me contó una historia hermosa sobre un hombre ermitaño. Soñé con la pecera, con el ruido de los ventiladores de las PC, con el número trece que no paraba de repetirse, en los trece monitores, en las trece pelotas de golf.

El dinero era cada vez menos. Mis amigos dejaron de contestar mis mensajes por miedo a que les volviera a pedir prestado. Yamire no volvió a abrirme la puerta. La escritura física no me llevaba a ningún lado. El alcohol y el café habían conseguido darme una gastritis crónica que me mantenía en perpetuo sufrimiento. No vi manera de salir de mi penosa situación. El único camino lógico para mí era el de la lotería. Había perdido la fe, pero seguía soñando con el pulpo. La casera no quiso esperar otro mes la renta y amenazó con correrme. Mis comidas eran cada vez más frugales y el trabajo se me escondía.

Quise conservar abierto el portal entre la abundancia y yo. Desesperada fui a comprar un par de boletos. Esta vez tuve que adaptarme a la usanza clásica, saqué la hoja donde el hombre había anotado los números y me cuidé de no cometer ningún error.

Volví a tener ese sentimiento de alineación, de exactitud y de abundancia. Esta vez la sensación, aunque placentera, venía cargada de culpa, si bien desde el principio todo esto de la lotería se sintió como acceder a una secta, en este momento viví como real la idea de que el destino del pulpo estaba en mis manos, ¿o el mío en sus tentáculos?

Sin esperar a ver los resultados ganadores, deambulé en mi bici por el centro hasta que hubo anochecido y rodé hasta la 56 con 47. Vi a mi pulpo en su pecera, bañado con la fantasmagórica luz de los monitores. Parecía dormir y no por eso paraba el movimiento de todas sus extremidades. Como flotando en líquido amniótico mi pulpo soñaba; no sólo con los números de la lotería, sino con todas las posibilidades infinitas. Soñaba en presente, pasado y futuro. Soñaba en el ahora y en el ayer. Soñaba en otras dimensiones y en realidades paralelas. Soñaba, quizá, los cuentos que yo no podía escribir.

Sin dudarle dos veces, estrellé el candado de mi bicicleta contra el cristal. Me puse los guantes blancos y retiré pedazo por pedazo los vidrios que pudieran cortarme. Me introduje entre los barrotes, primero cerciorándome de que mi cabeza cupiera. Mis pechos se oprimieron cortándome la respiración y los maldije por milésima vez, siempre interponiéndose en mi camino. Una vez que entró mi torso, el resto de mi cuerpo se escurrió con facilidad dentro del local. Una pequeña rajada en mi brazo me hizo regresar al presente.

Ahí estábamos, el pulpo y yo. Di dos golpes en la pecera con mis nudillos y el pulpo despertó. «Vamos a vivir juntos», le dije. «Ahora nuestros destinos están enredados». Saqué de mi sabucán una bolsa de plástico y la llené con agua, luego introduje las manos a la pecera. El pulpo tocó uno de mis dedos con timidez, me quité el guante y alargué hacia él mi mano, el animal enredó uno de sus tentáculos en mi dedo índice y con sus otros siete brazos tomó una pelota de golf donde leí el número trece. Tomé al pulpo con delicadeza, él soltó la pelota de golf y se dejó maniobrar por mí sin oponer resistencia. Nos fuimos en la noche. Nos fuimos en la bici ya que llegaban las patrullas y los puercos se bajaban de sus camionetas. Les hice un saludo con la cabeza y manejé en sentido contrario hasta llegar a casa.

Al día siguiente, en el puesto de lotería, supe que habíamos ganado ✖

El despertar de Lena

Fernando Ampuero

*Cuando uno ama y quiere juzgar ese amor,
hay que partir de un punto más elevado o
más importante que la felicidad o la desdicha.*

ANTÓN CHÉJOV

La madre de Lena era íntima amiga de la madre de Nacho, quien por entonces vivía en Roma con toda su familia. De manera que cuando Lena anunció que viajaría a Italia para estudiar Arte y Diseño la invitaron a quedarse con ellos. Lena y Nacho se conocían, aunque no se veían desde que eran niños; una fotografía de esa época los mostraba jugando en la orilla de una playa limeña. Sus progenitoras los habían puesto al corriente de que ambos tenían casi la misma edad: ella tenía dieciocho años y él diecinueve. Con ánimos de independencia, Lena se negó; quería alquilar un estudio pequeño, cerca de la universidad. Pero Doris, la madre de Nacho, que era una mujer persuasiva y simpaticuísima, la convenció en un instante: «Si lo dices porque temes que andarás vigilada, te equivocas: tendrás una habitación propia y hasta con puerta a la calle, y además podrás comer con nosotros cuando te plazca». Y repitió: «¡Una habitación propia, Lina, como la que propuso Virginia Woolf! Nuestra casa es amplia y cuenta con dos habitaciones de huéspedes. ¿Qué me dices?». Lena constató que la oferta le convenía por completo: sería libre, viviría entre amigos, ahorraría y, sobre todo, pasearía a diario por el Trastévere, el barrio romano donde quedaba la casa de Nacho y que constituía el centro de la efervescencia estudiantil y del mundillo de artistas.

(Lima, 1949). Sus últimos libros publicados son la miscelánea *Seis capítulos perdidos y otros extravíos* (2021) y el relato ilustrado *El primer cuentista* (2022).

—¡Qué buena gente eres, Doris! —exclamó Lena—. ¡Mi mami estará feliz!

—¡Y también tranquila! ¡Será como si lo hubiéramos planeado!

Lo que una y otra no imaginaron, eso sí, fue que sus hijos se enamorarían perdidamente, a tal punto que Nacho (Nachito para sus hermanos mayores) comenzó a frecuentar a Lena varias noches a la semana. Al principio, las madres se inquietaron; luego se fueron acostumbrando y, a la larga, terminaron encantadas de que se llevaran de maravillas y no descuidaran sus carreras. Lena pintaba grafitis por las calles de la ciudad eterna, lo cual implicaba buen uso de plantillas y aerosoles, así como un trabajo rápido y silencioso. Con un par de compañeras de escuela, que le servían de campanas, salía a las tres de la madrugada en busca de calles solitarias, como de seguro lo haría el gran Banksy, esto es, evitando dañar ruinas y los *bei palazzi*. El tema de sus pinturas era una joven vicuña que estiraba el cuello y bebía el agua de las fuentes romanas.

Nachito, por su parte, vivía enfrascado en repartirse entre dos exigentes facultades: Literatura y Ciencias Políticas. Pero siempre le alcanzaba el tiempo para acompañar a Lena en alguna excursión nocturna y en los almuerzos familiares. El padre de Nacho, que solía aparecer en las revistas, era un famoso arquitecto que viajaba por el norte de Italia dejando su impronta en *piazze* y lujosos edificios, y dos veces al mes, cuando volvía a Roma, la familia invitaba a *tutti amici* y tiraba la casa por la ventana.

Nachito y Lena, por último, eran chicos sanos y guapos, y tan instruidos como inteligentes y cordiales; no se querían cambiar por nadie. ¿Eran la pareja perfecta? No, de ninguna manera, aunque para los suyos estaban en camino de serlo; eran, si se quiere, dos chicos con gracia y nervio: a ella se la discutía en los círculos artísticos, lo que a menudo resulta una forma de aprecio, y a él se lo cuestionaba apasionadamente en los debates intelectuales, pero le publicaban en el *Corriere della Sera*; prometían mucho.

Claro que nunca habían hablado de casarse, pero es muy probable que la idea no les disgustara. No obstante, cinco años más tarde se separaron. Y no por haberse peleado. Se separaron porque de la noche a la mañana se resquebrajó la salud de la madre de Lena: tuvo un derrame cerebral y se le paralizó medio cuerpo. Los médicos eran optimistas y dijeron que con terapias podía conseguir una pronta re-

cuperación de sus movimientos. La madre de Lena estaba sola; sus otros hijos, casados y con prole infantil, vivían asimismo en el extranjero; su padre, «el ogro» (ése era su apodo en el club de tenis), se había vuelto a casar y prácticamente dedicaba todo el tiempo a su bufete de abogados; podía colaborar en cualquier tipo de gastos, pero no en los cuidados. Ante ello, Lena, bastante apenada pero dispuesta al sacrificio, regresó enseguida al Perú. Total, ya había obtenido su diploma de graduación y caviló que estaba obligada a tomarse un respiro; luego, pasado un rato, volvería con Nachito.

Lamentablemente el respiro que los mantuvo lejos duraría dos años y de pronto algo crujió. Primero, ella, informada por amigos en común, se enteró de que Nachito se estaba tirando un día sí y otro también a las italianas preciosas que encontraba a su paso. Lena enfureció y se deprimió, claro está, pero lo entendía. Ella y él eran chiquillos, por lo cual se les hacía difícil controlar sus apetitos; éstos, dicho sea de paso, pronto la aguijonearon a ella, cuando un día conoció a Mateo, médico en ascenso (¡y soltero!), que era el cirujano más joven de la clínica en la que casualmente se atendía su madre.

El trivial énfasis que he puesto a la soltería del susodicho responde a que Lena ya estaba en esa edad de las muchachas a quienes se les nota que han heredado los miedos de generaciones pasadas: experimentan el ciego anhelo de conseguir una seguridad económica, o peor aún, rechazan con repugnancia la tontería de no aprovechar su breve fase de lozanía y terminar solteronas. Por más moderno que se haya vuelto el mundo, o por más LGBTQ y mujeres empoderadas en la palestra, ese miedo sigue vivo: la gente se casa masivamente. De ahí que Lena, en tanto socorría a su madre, relajó sus modales y decidió ayudarse a sí misma, es decir, le sonrió al tal Mateo con su irresistible luminosidad y no dudó en bajarse un centímetro el escote.

—¡Ya está! —se dijo, confiada—. ¡Veremos ahora qué pasará con mi vida!

Y, bueno, digamos que le pasó un poco de todo, empezando por los estragos de la distancia física que aletarga el brío y cubre de moho los excesos sentimentales.

Así pues, los correos que le enviaba Nachito a Lena se fueron espaciando; de tres veces por semana se redujeron a dos al mes,

aunque no hubo señales preocupantes de que su pasión o su dulzura disminuyeran. Ella, mientras tanto, no se desalentaba; contestaba sin reproches y con ese chispeante sentido del humor de siempre (rasgo de Lena que él adoraba), pero sostenía ya una relación con Mateo; éste, a toda hora, la veía bellísima y la consideraba como un prodigio de cultura y mundanidad. «No soy tan bella», decía ella. «He vivido años en Italia y allí la belleza es contagiosa». Y concluía, irónica: «¡Pero ese ángel que toca a ciertas personas pronto retorna al cielo!». En buena cuenta, le sugería a Mateo que lo conveniente era apurarse y disfrutar el momento.

Fue entonces cuando Nachito se apareció de pronto por Lima. La llamó por teléfono y, al no poder comunicarse con ella, le escribió al *inbox*: «Hoy a las siete de la noche pasaré por ti para salir a tomar una copa. Quiero darte una sorpresa».

«¡Cuánto tiempo sin vernos!», murmuró Lena. «¡Cuántas dudas en el aire!».

Ese pensamiento era la verdadera sorpresa para ella. Nacho, en cambio, había concebido otra idea: creía que iba a sorprenderla cuando le dijera que pensaba quedarse dos semanas en el Perú. Por eso él juzgó como tibia la ambigua reacción de Lena. Y, en consecuencia, se desconcertó. ¿Qué le ocurría? ¿Acaso no era su primer amor en serio, como ella solía decirle? ¿No se alegraba de que pudieran estar juntos? Se alegraba de veras, por supuesto, y para colmo se sabía enamorada de Nacho. Pero en simultáneo, a su pesar, se había enamorado de Mateo. En tal encrucijada, Lena era la mujer más indecisa del mundo: por un lado, mantenía una correspondencia provocadora con Nacho, quien ignoraba la existencia del galeno que la cortejaba, y por otro, Mateo, si bien contaba con una vaga referencia de éste, ya le había entregado el alma a Lena. De forma discreta, pero categórica, Mateo y Lena asumían una relación establecida. Y a él, en fin, no lo afligía que ella, procurando curarse en salud, le hubiera dicho entre risas que ¡Roma es Roma!, y que a toda mujer que la conozca de joven nunca le faltará un episodio de efusión romántica, o lo que es más habitual: una historieta pasajera.

Ante ello, Mateo, hombre ocupado en sus complejas responsabilidades laborales, se encogió de hombros o se distrajo Y cuando

esa noche Lena le iba a decir que asistiría a una reunión con amigos de Italia, él se le adelantó: «Mira, Lena, discúlpame que hoy no vaya a verte; tengo una junta general de médicos y luego iremos a una cena en celebración de un prestigioso socio norteamericano que se incorpora a la clínica».

«Cancha libre», pensó Lena. Y entonces se alborotó con su escapada y se probó su vestido de tiritas más seductor, por eso de «siempre estoy lista para la conquista».

Así las cosas, una vez que dieron las siete en punto, ella oyó el timbre y abrió la puerta principal. Y ahí, bajo el farolito de la entrada, estaba Nachito: elegantísimo, con saco azul marino y bufanda de seda y todo perfumado y bien peinado, contemplándola con la mirada brillante y la sonrisa en los labios. Descontado el cálido abrazo que se dieran, no hubo otra muestra de cariño, porque a unos metros, sentada en su silla de ruedas, los observaban la madre de Lena y una enfermera de uniforme. Con gran afecto, la dueña de casa exclamó: «¡Qué lindo verte, Nachito! ¡Estás hecho un hombre!». Todos intercambiaron zalamerías sobre Doris, la madre de Nacho («mi mejor amiga del colegio»), y poco después Nacho y Lena dejaron juntos la casa y subieron a un BMW.

—¿Y de dónde salió este carrazo? —preguntó ella.

—Es alquilado —rio Nacho, sacudiendo la cabeza—. Se ve un poco presuntuoso, de hecho, pero es el que tenían disponible. —Y cambiando de tema, le preguntó de sopetón—: ¿Y en cuánto tiempo volverás a Roma? ¿Tu madre mejora?

Lena respondió a su segunda pregunta.

—Está mejorando —dijo—, pero será un proceso más lento de lo que habíamos pensado. Los médicos ensayan nuevos tratamientos y medicinas. Pero, ya sabes, en este mundo estamos en manos de Dios, o del azar, como dicen los ateos; y además, no basta tener todas las atenciones a tu alcance: mi mami necesita poner mucho de su parte.

Había un tránsito fluido por la zona de Miraflores en la que circulaban y Nacho calculó que faltaba poco para arribar al pequeño bar que le habían recomendado. Y de repente tuvo un impulso. Sin soltar el timón, se aproximó ágilmente a Lena y la besó y el auto osciló en un bamboleo; ella se sobresaltó, pero respondió tiernamente a su beso.

—Te he extrañado mucho —dijo Nacho, enderezando el auto.

—Maneja con cuidado —se alarmó ella.

Él no la oyó. Y a los diez segundos, inclinado cuando otra vez la besaba, aceleró sin darse cuenta y el auto se empotró contra un árbol. El golpe fue tremendo.

Ella, quieta en su asiento, perdió la conciencia y mostraba la cara bañada en sangre (para su mala suerte, las bolsas de aire de seguridad no se habían inflado).

Nacho llamó al número de Emergencias, que figuraba en el llavero del auto, y tomó la muñeca de Lena; sintió su pulso, cosa que lo calmó. Luego, unos pocos vecinos, atraídos por el humo y los fierros retorcidos del accidente, se percataron de que Nacho, ileso, caminaba sin rumbo, aturdido y haciendo eses, como si estuviera borracho. Sin embargo, no había bebido una gota de nada; sólo sentía la sangre de Lena en sus labios.

Lena estaba profundamente sedada en el cuarto de un hospital. Todo era blanco a su alrededor. Un rato después, el doctor del turno matinal hizo entrar a las visitas. A los costados de la cama, se habían dispuesto dos sillas; en ellas se sentaron las visitas, dos hombres que la miraban visiblemente nerviosos; esperaban que Lena despertara.

Tras revisar la ficha de la noche anterior, el doctor quería constatar si el cerebro de la paciente se conservaba en buen estado, y por eso les susurró a las visitas:

—La paciente tiene heridas en la cabeza y la mandíbula. Se le han hecho curaciones, y ha de guardar estricto reposo, pues aún falta que hagamos nuevos análisis y tomografías. Por tal razón, no debería agitarse ni hablar cuando despierte; tan pronto abra los ojos, esta indicación se le comunicará verbalmente y también se le mostrará un letrero —y señaló una pizarrita blanca y rectangular con un mensaje en letras negras tipo imprenta: «NO HABLE, NI SE AGITE. LO TIENE PROHIBIDO POR AHORA».

Las visitas, en efecto, eran Nacho y Mateo, y ambos, antes de ingresar al cuarto de la accidentada, no se habían visto nunca. Eran dos extraños, pero naturalmente cada uno encontró el tiempo para decir su nombre y explicar el vínculo que lo unía a Lena. Quien habló primero fue Mateo: «Yo soy su pareja, dijo con voz grave; había firmeza

en su forma de hablar, y no traslucía la menor vacilación respecto al rol que jugaba en la vida de Lena. Nacho, por el contrario, estaba hecho un atado de nervios y culpas, y tardó tres segundos en manifestarse; dadas las circunstancias, optó por improvisar una indefinida versión de su presencia: «Yo soy un viejo amigo. Nos conocimos hace buen tiempo en Italia y ahora, como ando por aquí de paso, la busqué». Ninguno quiso profundizar en la conversación, y cuando pasaron a verla siguieron en silencio.

Diez minutos después, Lena empezó a moverse en la cama; movía las piernas y los brazos suavemente, pero no abría los ojos. El doctor y la enfermera estaban atentos, pendientes de sus reacciones. A pocos centímetros, en los bordes paralelos de la cama, los dos hombres, inmóviles, continuaban mirándola con el aliento suspendido.

Y de pronto Lena abrió los ojos.

—No hable, por favor —indicó el doctor, que en ese instante tenía las manos en los bolsillos de su bata blanca—. Tiene heridas en la mandíbula, no hable.

Una enfermera ya tenía en alto el letrero que reiteraba la indicación. Lena pestañeó, y asintió levemente con la cabeza. Y de una manera casi imperceptible, todos vieron que ella volvió la mirada a uno y otro lado, para ver a quienes la flanqueaban, y luego, sonriendo y suspirando levantó apenas una mano, solo una, la derecha, y la dirigió hacia el lado en el que se hallaba Mateo, que la sostuvo lleno de felicidad.

—¿Reconoce a estos señores? —preguntó el doctor.

Lena asintió nuevamente y sonrió.

—¿Reconoce al señor que está a su izquierda?

Lena asintió otra vez, pero no soltó la mano de Mateo ✱

El abuelo no era el abuelo cuando un día cruzó el polvo

César Bringas

Yo observaba en secreto tus pecados

GUADALUPE AMOR

1

El abuelo no era el abuelo cuando cruzó el polvo. El abuelo estaba flaco, como un gallo de filosa espuela, cuando cruzó el polvo para dejar el polvo del pueblo y llegar a la capital. En realidad, el abuelo no quería venir a aquí. Nadie quería venir a aquí. El abuelo estaba flaco y dejó el polvo porque sabía lo que quería, pero la plata no era la suficiente y se conformó con llegar a aquí. Nadie quería venir porque ésta no era exactamente la capital, era sí una capital, pero una capital de segunda, de provincia. Grandes peligros acechaban a las mujeres aquí, decían que las ponían a trabajar de putas, y el abuelo tenía un solo hijo y cinco hijas, seis si contamos a la abuela, que quedó medio paralizada después de la embolia. Aquí sus hijas no trabajaron de putas, fueron primero sirvientas y luego estudiaron y, algunas, se volvieron maestras, otras se casaron, y otras enviudaron, y otras vieron al marido irse con otra, pero lo tomaron como viudez, y otras vieron al marido irse al Norte, de mojados como se decía entonces, y no volver en años y años y nomás escuchaban cómo hacían la vida allá, en el Norte, y cómo un día volvieron esos maridos esperando la cama y el plato y lo tomaron también como una viudez extraña. Como el aguijón a su veneno.

(Puebla, 1990). Su más reciente libro es *En recuerdo de la lenta fiera* (Crisálida Ediciones, 2020).

El abuelo no era el abuelo cuando cruzó el polvo para olvidar. ¿Olvidar? ¿Olvidar qué? Una maldición y una persecución. El abuelo sufrió una persecución en su juventud, ¿verdad?, y a veces se dice que por eso cruzó el polvo. ¿Y la maldición? La maldición era anterior a él y a la persecución. Quizá también por eso dejó el polvo.

El abuelo no era el abuelo cuando fue perseguido. En el polvo y en el pueblo se escuchaban siempre los balazos, pero nadie hacía caso porque pocas veces llegaba la muerte así. Además, en el pueblo todos eran familia.

Antes de la embolia la abuela siempre nos decía: con ése no, con ése menos, con aquéllos tampoco, porque son sus primos, si se quieren casar tienen que irse del pueblo. Aquí todos estamos emparentados de una manera u otra, fíjate, a lo mejor por eso el abuelo dejó el polvo. La Maura fue la que se casó con la única familia con la que no estábamos emparentados. La Elena iba a ser la segunda, pero se torcieron las cosas, porque apareció el que ahora es su esposo. Sí estábamos emparentados con esa familia, pero de forma política, o sea que no teníamos línea de sangre, pero una tía abuela del Herminio, el marido de la Maura, fue la primera mujer de nuestro abuelo Ocotlán, que vendría siendo tu bisabuelo, ahora. Ya no me acuerdo cómo se llamaba la tía aquella del Herminio, ahí luego le preguntas a él.

El abuelo no era el abuelo, no era ni siquiera hijo cuando su padre Ocotlán dejó a la tía abuela del Herminio después de que un Domingo de Ramos vio en la plaza a una muchacha a la que le doblaba la edad, le decían la China Rosas, por los rulos de su cabeza. Se llamaba Dolores Rosas, y cuando la familia la recuerda la recuerda joven, con el cabello largo y lleno de chinos que le llegaba hasta casi las rodillas, la abuela Lola, le dicen. La recuerdan joven y bella y maldita. O así está escrito en el libro de la familia. Se fue con un hombre casado y cuando su madre lo supo fue a decirle que se regresara con ella a su casa, pero la abuela Lola le dijo que no y que no y que no.

Y no se fue la abuela Lola y su madre la maldijo como sólo saben maldecir las madres. Maldita seas tú, maldita tu carne y tu hueso. Mal rayo y trueno te partan, como me parte a mí la vergüenza, dicen que le dijo y se fue para no volver a ver su hija nunca más. Entonces el abuelo Ocotlán y la abuela Lola se lanzaron con la Bola a la Revolución, él primero como raso y después como capitán del ejército zapatista, y ella como su soldadera, ahí anduvieron como diez años

dando vueltas por la región de Tepexi de Rodríguez, y dicen que cuando regresaron ya lo hicieron con un par de hijos y con medio pueblo enojado por su fuga.

La constitución política de Puebla, publicada el veintiuno de agosto de 1894, en su artículo quinto, establecía que el estado estaba dividido en veintiún distritos, cada uno de ellos era una jefatura política, que respondía directamente con el gobernador del estado, a su vez cada distrito tenía alrededor de diez municipios bajo su mando. En cada distrito, quien llevaba el control sobre los municipios era el jefe político. Tepexi de Rodríguez era la Jefatura número dieciséis. Los archivos históricos de la época dicen que a partir de 1907 en Puebla se comienzan a manifestar actos de repudio contra el régimen de Porfirio Díaz, las jefaturas políticas dejarían de existir en 1914, para dar paso a las cabeceras municipales. Sin embargo, de la jefatura de Tepexi no se tienen registros de esas fechas.

Pero ¿cómo era Ocotlán?

—Era alto, güero, de bigotes, y el pelo bien negro, orejas un poco grandes, ceja espesa.

—Siempre se ponía un pañuelo rojo alrededor del cuello. Era gallero ¿sabes?

—Él y Juan Romero se lanzaron a la Revolución, donde llegaron a ser capitanes zapatistas. Muy bragados. Disparaban sus fusiles al galope del caballo, se ocultaban detrás del cuello de sus animales, para que, si les disparaban, se muriera el animal, pero no ellos. Eran los meros, meros por esta zona.

Y la abuela Lola se casó cuando regresó al pueblo con Ocotlán, y tuvo más hijos y vivió para ver morir a su madre sin que supiera que su tiempo era como los granos de arena en una mano muy pequeña. Porque sí, a la abuela Lola la partió un rayo cuando ya no pensaba en la muerte ni en su maldición.

—¿Cómo fue la muerte de la abuela Lola?

—Fue un domingo, por la tarde, de sus ocho hijos ya nada más faltaba que se casaran dos, los más pequeños, el abuelo era uno de ellos, tenía diecisiete años cuando murió su mamá.

Ese domingo Ocotlán no estaba, se había ido solo a ver a la tía abuela Francisca y en la casa nomás estaban la abuela Lola y dos de sus nueras, la Lupe y la Tomasa. Estaban tejiendo petate por la mañana y por la tarde la abuela Lola fue a ver a uno de sus hermanos, con el que

no se hablaba, pleitos viejos de gente necia. Tenía cincuenta y cuatro años y una vida hecha.

Que bajaba un viento la ladera mientras ella se peinaba la cabellera que le llegaba a los tobillos, en la puerta de su casa, y veía las nubes formarse, primero a lo lejos, de cerca al final. Ese viento seco del pueblo, que nomás levanta el polvo pero casi no refresca, aunque dejes las ventanas y la puerta abierta, por eso la abuela Lola estaba en la banqueta sentada peinándose. Esperaba ver llegar a su esposo en la puerta de su casa cuando se le quebró el mundo.

Que primero fue el silencio, luego la luz y luego el trueno.

—Y la Lupe y la Tomasa salieron corriendo a la calle gritando ¡Ya la mató! ¡El rayo mató a mi suegra!

Ese domingo Ocotlán llegó tarde a su casa, se encontró a mucha gente en la puerta, preguntó qué pasaba y nadie quería decirle, alguien, un anónimo sin nombre en esta historia le dijo:

Tu esposa está muerta, la mató el rayo.

Esposa y muerta eran dos palabras difíciles de poner juntas para él.

Es	Mu
Es po sa	Mu er ta
sa	ta
y	

Y el abuelo tenía diecisiete años. Y el abuelo, dicen, se volvió loco y el polvo lo rodeó para decirle que a partir de entonces él ya no era él, ahora era él sin su madre. Y que él había sobrevivido a la maldición, pero nadie le dijo para qué había sobrevivido.

Y cuando cuentan esta historia en el libro de la familia todos se sorprenden de que el abuelo tuviera diecisiete años y se supiera solo. Porque el abuelo no era el abuelo cuando murió su madre y por primera vez en la vida se supo solo, y se sintió solo, como un leopardo tendido al sol. Solo, el abuelo, en esta historia y ahí, en su pueblo de polvo seco y caña brava.

Entonces, quizá ésa fue la primera vez que quiso dejar el polvo.

Antes de enterrar el cuerpo de la abuela Lola, le hicieron una autopsia para determinar si en verdad había muerto por la caída de un rayo, cuando le abrieron la boca vieron que no tenía lengua.

Y el abuelo sentía a su madre detrás de su espalda cuando llegaba a la casa y no había quien lo recibiera, en las noches cuando apagaban el fogón y se hacía más humo del necesario. Sobre todo, en las

noches en las que juraba verla caminar por la casa, escucharla hablar, llamándolo por su nombre. Porque ahora él ya no era él, ahora era él sin su madre.

—Para curarse de esos ataques de pánico y ansiedad, y del dolor, el abuelo aprovechó que el arzobispo de Puebla venía a dar una misa colectiva durante la confirmación de varios niños, en la iglesia de Tepexi, fue a pedirle que le ayudase.

El arzobispo le pasó las manos por la cabeza mientras le rezaba, dicen que así le lavó el miedo y la tristeza al abuelo, pero también se llevó la imagen de su madre, a quién no volvería a ver ni en sueños, por muchos años, para poder seguir viviendo.

—¿Qué pasó con Ocotlán? ¿Qué dice el libro?

—Pues dice que siguió con su vida, porque no había otra opción. Era gallero ¿sabes?

Nunca recibió una pensión, a pesar de haber sido capitán del Ejército Zapatista, así que entre el campo y los gallos hizo su vida lo mejor que pudo. Murió a los noventa y nueve años. Había sido un hombretón alto y de hombros anchos, y al final era un hombre reseco de estatura disminuida por la edad. Y murió, después de ver casi un siglo, después de haber tenido dos esposas y trece hijos.

Un final, ¿qué es un final en realidad?

El final de una historia de tres, cuatro, si contamos la soledad.

2

Pero el abuelo después del final de la historia de sus padres, cuando ya le tocaba ser padre a él, se volvió un pendenciero, se metía donde no lo llamaban y conseguía problemas, además era ojo alegre, un mujeriego que puso a vivir en el mismo terreno a la esposa y a la amante como si fueran dos espejos donde él era el que se reflejaba, y que así conoció a la mamá de la Valentina, la que es nuestra media hermana, por andar de ojo alegre mujeriego y entrometido y derrochador de dinero, siempre andaba en la casa de las cuscas, a donde iban a sacarlo sus hijas. Y dicen que mató a alguien.

—Nunca se lo probaron. Todo eran habladurías.

—Lo que pasa es que el abuelo y uno de sus hermanos vigilaban la caseta donde los militares guardaban sus armas, un día una de esas pistolas desapareció y el polvo se levantó y al día siguiente había un muerto.

—Muy casualidad que el muerto fuera un tipo con el que el abuelo ya tenía problemas de antes.

El arma nunca apareció y le echaron la culpa al abuelo y a su hermano. Ambos lo negaron todo, pero nadie les creía y no estaba el arma para probar su inocencia. El hermano del abuelo se entregó y lo metieron un par de años al penal que queda cerca del pueblo, a pesar de que siempre dijo que él no había matado a nadie.

Pero el abuelo, necio, dijo que no y que no y que no, que él no había matado a nadie así que no tenía por qué estar en la cárcel, y se lanzó al monte. Los militares lo perseguían, pisándole los talones, pero el abuelo conocía sus montes y a todos en el pueblo, que eran familia; a los únicos a los que no recurrió fue a los hermanos del muerto, por obvias razones.

—Yo me acuerdo que veía a los militares espiar la casa detrás de una nopalera, para ver si el abuelo se asomaba. Cuando el Vicente venía con un recado del abuelo yo me lanzaba en silencio a la nopalera a ver si había militares, si no había le decía al Vicente que el abuelo podía bajar, si había no decía nada y todos entendían que al menos un soldado había cerca.

Entonces la gente empezó a inventar que el abuelo tenía pacto con el diablo, que los militares le disparaban y las balas le rehuían, le rebotaban, ni siquiera llegaban cerca de él. Hubo quien dijo que era medio nahual. Mientras, el abuelo dormía en el campanario de la iglesia cuando había mal tiempo, o en una cueva entre el monte, cerca del río cuando había buen tiempo. Dicen que también se metía en las tumbas para que no lo molestaran. La única vez que casi lo atraparon fue porque uno de sus tantos enemigos que tuvo envió a los militares para que lo detuvieran, le fue siguiendo las huellas por días y días. Cuando el abuelo sintió el polvo detrás de él le dio esquina al tipo que lo seguía y le dijo, mira, cabrón, o dejás de seguirme y andar de traidor con tu gente o aquí te mueres, hijo de la chingada, mientras le ponía un cuchillo en el cuello.

Y así anduvo por años y años hasta que los militares se cansaron y dejaron de buscarlo. Y su hermano salió del penal sin ningún remordimiento. Yo no me voy a morir por un balazo, porque no yo no maté a nadie así. Ésa no es mi suerte, nos decía cuando le preguntamos cómo había sobrevivido a la persecución y las balas.

Y entonces un día el abuelo cruzó el polvo para dejar el polvo. El abuelo estaba flaco cuando cruzó el polvo para dejar el polvo del pueblo y llegar a la capital. En realidad, el abuelo no quería venir aquí. Nadie quería venir aquí. El abuelo estaba flaco y dejó el polvo porque sabía lo que quería, pero la plata no era la suficiente y se conformó con llegar aquí.

Y aquí murió. No murió por el alcohol, que tanto le gustaba, ni por las mujeres, que tanto lo seguían, no murió por la soledad ni por el polvo. Lo atropelló un autobús que iba a la capital, según la versión oficial. Era el trece de febrero del año 2000 y el abuelo no murió por ninguna bala.

Meses antes de morir, diez para ser exactos, el abuelo soñó con su madre, la abuela Lola. Asustado por el sueño y su mensaje buscó a la única de sus hijas que no vivía en la misma ciudad que él y que era medio gitana y se llevó a su familia de un lugar a otro, a otro para sentarse durante diez años en la misma ciudad lejos de su padre. Buscó el abuelo, en la Semana Santa de 1999, a su hija para decirle:

Vengo a despedirme, porque tuve un sueño muy hijo de la chingada.

Y en el sueño del abuelo: estaba su madre
la abuela Lola, intacta
con las mismas arrugas de la risa alrededor de los labios
y el cabello negro que conservaba antes de morir.

En el sueño el sol caía detrás de las lomas, y madre e hijo lo miraban ocultándose, mientras la abuela Lola le decía: muévete, ¿qué no ves que se hace tarde? Mira el sol y tú no te apuras, ándale o te voy a pegar. Aún te faltan esas dos maletas, apúrale.

Lento se hundía el sol. Acuarela deslavada. Como un momento específico de las tardes de primavera en que todo se ve rojo, antes que se oculte por completo el sol. Ese momento. Y en el sueño del abuelo al abuelo le sorprendía la energía de su madre, a quien no había visto, ni en sueños, en mucho tiempo. Desde que la enterraran cuando él tenía diecisiete años y un rayo acababa de matarla, sin posibilidad de despedirse.

—Vengo a despedirme, porque tuve un sueño muy hijo de la chingada y si me muero sin volver a verte, al menos ya nos despedimos.

Le dijo a la única de sus hijas que no vivía en la misma ciudad que él.

4

Y en esto pensaba su hija cuando, diez meses después de verlo por última vez, su hermano le dijo: Ha muerto papá.

Y ella vivía en otra ciudad a cientos de kilómetros de su padre.

Espérame, pensaba la hija del abuelo.

Y pensaba en el sueño de la abuela Lola y la despedida diez meses antes:

Tuve un sueño muy hijo de la chingada, y si me muero...

Espérame, pensaba ella mientras gritaba a la almohada

y todos a su alrededor veían un agujero negro en el centro de la habitación.

Espérame. Y su hija quería ser jinete de un caballo de ocho patas que la llevara, montada sobre el último rayo del sol, a recorrer los cientos de kilómetros que la separaban de su padre; aquella oscura habitación que nunca logró comprender del todo; el que pedía dinero prestado y nunca lo regresaba; el hombre que se emocionaba cuando le regalaban un sombrero; el mismo que de joven fue gallo de filosa espuela, un coyote en fuga por los cerros.

Espérame.

Espérame, quería decirle ella al abuelo,

el mismo que de joven silbaba por las mañanas

en su pueblo de polvo y caña brava,

y se anunciaba así

gallo de filosa espuela,

dueño y señor del atardecer.

O eso es lo que dice el libro de la familia. Pero pregúntale a los demás por si acaso ■



MUNDO PEQUEÑO

Querido F.:

El azar no existe.

Recuerdo cuando de tarde
me leías en voz alta
los libros de Paul Auster.
A esa edad y contigo
creí que toda la magia
cabía en un cuaderno rojo.

Lo que más me atrajo de S.,
cuando al fin te dejé,
fue que sus papás no lo mantenían.
Él les mandaba dinero.

Su papá se murió en 2021.
Hay o hubo una foto de Google Streets
donde su padre sale sacando la basura de su casa.

La *app* le blurea la cara
pero S. sabe que es él.

Por su gorra,
por su gesto,
porque está saliendo por la puerta de su casa
y quién más saldría por ahí que un habitante,
quién que se vaya en esa ida,
huida,
despedida por excelencia
que es la muerte,

no saldría por la puerta de su casa
para siempre.

Así como Max, cuando se fue,
a esa isla llena de monstruos
donde sólo una era mujer
y volvió,
es cierto,
porque extrañó a su madre.

El padre de S. congelado en el umbral
por toda la eternidad, vuelto pixel.
El carro de Google y sus cámaras
lo captaron en ese momento
y S. a su vez
hizo captura de esa foto
para quedársela para la posteridad.

El presente es la única posibilidad.
Estar donde estás porque la casualidad te llevó ahí,
luego de una mezcla complicada de posibilidades.
Pero no sé exactamente en dónde me puso
o de qué estoy tratando de hablar.

Amamos a quien amamos
una y otra vez
hasta que aceptamos
amarnos a nosotros mismos
o nos damos cuenta
de que el amor
da igual.

Ser adolescente para siempre
o seguir vivo.

Cortázar tiene la palabra *azar* en su nombre.

Pensaba en mis abuelas,
en mi nacimiento
el mismo día que mi abuela Paz.
Y cuando me salió el tumor idéntico
que a mi tita.
¿Son una casualidad
o son mi destino esas coincidencias?
¿Nací como una,
moriré como la otra?

Todo lo que creía del amor
cuando leí *Rayuela* en la prepa
y lo que creo ahora
se fueron en caminos opuestos.
El amor es algo que eliges,
no esa lluvia que te cala hasta los huesos
ni el desamor,
unos calcetines mojados
el resto de la noche.

Ser adolescente para siempre
o seguir vivo.
(O ser mujer y sobrevivirlos a todos).
(Incluso sabiendo que la barredora borrará el dibujo mañana).

El amor es algo que construyes.
El azar es un juego de hombres

que creen en la magia
sin entender
qué es la magia.

A veces sueño contigo,
el horror adolescente,
haber estado cerca de morirme
si no salía de ahí.
Y estoy aquí
en la cama recordando
lo que soñé
y pensando qué escribir.
La pesadilla.

Soñé que le gritaba a mi mamá
en el departamento de Copilco,
en el primero donde vivimos,
que qué edad tenía.
Y ella lloraba como niña chiquita
y le insistía:
Dime qué edad tienes ahorita.
Y con eso
ella dejaba de llorar.

Me acordé de la prepa
del día en que una antropóloga
nos dio una plática.
Ella decía que creíamos que el amor
era algo imposible de adivinar,
pero que era muy probable
que termináramos andando
o hasta casados

con alguien de ese mismo salón
y, si no,
de esa misma escuela.
Tiró por la borda a Cort-azar.
Y muchos sí acabaron casados,
a la fecha
entre sí,
o por un tiempo.
Nos leyó el futuro.

Yo, sin ir más lejos,
acabé contigo por muchos años.
Y con el tiempo
esos mismos círculos siguen coincidiendo.

Un viaje te saca:
otra ciudad
una escuela
la consciencia
de que la magia
no existe.

Terminaría conociendo a Idalia
se volvería mi mejor amiga
a los veintitrés.
Aunque siempre estuvimos para encontrarnos,
tuvimos que estar en otra ciudad
haciendo las mismas cosas.
Un padre en la pareja
dibujos con palabras
una feria
un amigo español que nos dijera:

Sean amigas.
Es bonito
azaroso
interesante
cuánto nos tardamos en conocernos
es mágico
que seamos tan amigas
ella y yo.
Pero según la teoría de la antropóloga
era muy probable que acabara pasando.

El azar es una óptica.
El azar no existe.
Lo que sí existe
es el libre albedrío.

Nos conocimos
Idalia y yo
porque era obvio;
acabaría pasando.
Pero si seguimos siendo amigas
no es por causa de la casualidad.

Si los destinos existen,
¿qué chances hay para el azar?

Por eso todos los personajes de Paul Auster
están atrapados en cuartos o situaciones
de las que
por más que le hagan
no logran salirse.

Por eso Oliveira es un imbécil.
El tipo de imbécil
que se sorprende
de que cada mañana salga el sol
y de que cada noche
en el atardecer desaparezca.
El tipo de imbécil que piensa
como si se tratara de un acto de magia
la suerte de que haya
comida en el refri
y que la ropa siempre
aparezca limpia y fresca.
El tipo de imbécil
que no ve ni siquiera a esa mujer primigenia
que hacía la sopa,
la ponía en la mesa.

Y como Max:
el tipo de imbécil
que se sorprendía de que al volver de sus aventuras
en el País de los Monstruos
la sopa siguiera caliente.

Querido F.:
Gracias por haber sido mi padre
cuando necesitaba uno.
No sé si sin ti habría logrado
entrar a la universidad.
(Probablemente sí).
(Aunque por mucho tiempo pensé que no).

Me alegro
de que hayas encontrado a una madre
para tus hijos
y haberme hecho ver
que yo no quería una
que yo no quería *ser* una;
o no haberme hecho ver nada,
haberme ganado tiempo
sin hijos.

Porque el destino no es algo que alguien,
un hombre,
sepa de antemano
y que ayude a una mujer a descubrir
—porque las cosas van pasando sin sentido ni gloria
y ni el azar ni los destinos existen—.

Cambiamos.
Somos una nueva piel
todos los días.
Y todos los días
el verdadero amor,
que sería imposible encontrar a la vuelta de la esquina,
se reconstruye.

Somos sus cimientos.

El destino es una cárcel
pero también lo es el azar.

Instrucciones para dictarle coordenadas de movimiento a un robot

Idalia Sautto

De lunes a viernes me dedico a imprimir y editar todo tipo de publicaciones. Algunas muy lindas, como ensayos o fanzines gráficos, y otras impresas, igual de importantes, como recetas médicas y hojas de remisión. Cuando coincido con alguno de mis compañeros de estudio vamos a comer a un restaurante llamado La Tía. El camino es en línea recta, exactamente cuatro cuabras. Cruzamos una avenida amplia, que tiene un camellón con plantas salvajes en donde de vez en cuando echamos el residuo de café que sale de nuestra cafetera. De ida siempre caminamos por la acera izquierda, de regreso vamos por la acera de enfrente, no sé bien por qué hacemos eso. No lo había pensado hasta la semana pasada.

Hace exactamente siete días, al pasar por esta calle cayó de un tercer piso, justo después de que yo caminara por ahí, una lámina de metal con una chimenea. Si hubiera pasado diez segundos antes esa lámina me hubiera caído en la cabeza, seguramente me hubiera matado o dejado en situación crítica. Volteé y vi el pedazo de lámina, luego miré a los ojos a Mariano. Atónitos y sorprendidos. Sólo dijo algo que se estaba revelando ahí: «Eso te hubiera podido matar». «Sí», respondí. Seguimos nuestro camino.

¿Cuántas veces estamos a punto de morir por un accidente?, ¿cuántas veces estamos a punto de conocer a alguien que nos cambiará la vida y no la conocemos?

Hace unos minutos le contaba a mi mejor amiga
qué curioso es escribir un texto sobre el azar
ahora que he dejado de creer en él. Yo era fiel
devota del azar. Los primeros veinte años de mi
vida estaban cifrados en el azar, de una u otra
manera, podía narrar todo lo que me pasaba
gracias a estar en «el lugar correcto, a la hora
correcta, en el momento correcto».

Conocí a Abril Castillo en una FIL Guadalajara en el 2009. El mismo año en el que recibí un premio de una editorial que prometía ser una opción independiente en la literatura infantil y juvenil. Cuando me hice amiga de Abril en Facebook nos dimos cuenta de que nuestros contactos en común eran compañeros de la primaria, como si hubiéramos cursado la misma infancia. Indagando un poco más resultó que ella entró a tercero de primaria cuando yo salí de esa escuela. Mi mejor amiga de ese entonces, Vero Chávez, fue su mejor amiga ese año que me cambiaron a otra primaria. Una primaria en donde conocería a Luis David, que sería compañero de Abril en la secundaria. Así estuvimos involucradas con personas de nuestra infancia sin nunca conocernos. Es una verdad que las posibilidades de conocernos en 1991 eran altísimas, también porque después del divorcio de mis padres nos fuimos a vivir a un departamento que estaba tres pisos arriba del departamento donde vivía el tío de Abril. Mi mamá solía hacer el súper en DeTodo de Avenida Universidad, adonde Abril también acompañaba a su mamá. Nunca nos cruzamos. Fue hasta el 2009 que sucedió el encuentro de la forma más extraña posible. Nos presentó un ultrafamoso de la literatura infantil y juvenil: Javier Sáez Castán, conocido por ser el autor del *Animalario* que tiene publicado en el Fondo de Cultura Económica y traducido a veinticinco idiomas. Javier, a quien tenía escasas seis horas de conocer, se había sentado junto a mí en el vuelo de la Ciudad de México a Guadalajara. Ambos estábamos finalistas de un premio de literatura infantil y juvenil, y competíamos por un cheque de diez mil dólares. Javier ganó el primer lugar, yo gané el segundo, ambos fuimos publicados por la misma edi-

torial. Por este motivo fue que nos conocimos y cuando platicó conmigo me dijo que tenía que conocer a una chica que también escribía y que además era ilustradora.

Cuando hablé con Abril por primera vez le conté que también me interesaba ilustrar. Me recomendó entrar a un diplomado en ilustración, mismo que hice durante el 2010 y que también cambió mi vida y mi forma de acercarme a la hoja de papel a la hora de hacer un dibujo. Yo hacía ilustraciones cotidianas en una libreta, pero nada realmente profesional o con alguna técnica, todo lo hacía con una pluma fuente. Me gustaba hacer bitácoras visuales, pero no entendía mucho de ilustración.

Siento que estar con Javier y con Abril era una forma de comenzar una nueva vida. Una manera diferente de observar el mundo que hasta entonces no había cuestionado desde ese lugar, y me refiero a comenzar a traducir mi vida cotidiana desde la gráfica.

No sé si eso tiene que ver con el azar. Lo estoy contando porque quiero creer que sí, que en ese momento aún creía que las cosas que me estaban sucediendo, como la tabla que casi me mata la semana pasada, tenían una razón de existir, un azar que hacía efecto en mi vida porque así debía ser.

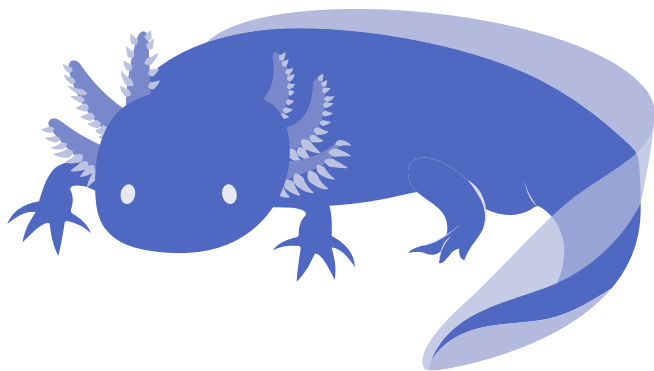
Hace unos minutos le contaba a mi mejor amiga qué curioso es escribir un texto sobre el azar ahora que he dejado de creer en él. Yo era fiel devota del azar. Los primeros veinte años de mi vida estaban cifrados en el azar, de una u otra manera, podía narrar todo lo que me pasaba gracias a estar en «el lugar correcto, a la hora correcta, en el momento correcto». El azar es algo que pudo o no haber ocurrido pero que sí ocurrió.

En segundo de primaria yo estaba enamorada, si eso puede decirse de una niña de siete años, de un niño que no sólo iba en mi primaria, también estaba en la acuática en donde nadaba por las tardes. Óscar Lima Carrión. ¿Por qué me acuerdo de su nombre y apellido? Siento que es un efecto de esos años. La repetición de los nombres, uno a

uno, la lista completa, durante todo el año escolar, el orden alfabético. Óscar Lima Carrión volvería a estar presente en la preparatoria, cuando mi mejor amiga de la secundaria compartía la banca del CUM con él. Nunca me volví a acercar a ese niño, o ese adolescente. Siento que si hay una contraseña para acceder de lleno al terreno del azar es ese nombre: Óscar Lima Carrión, es mi *ábrete sésamo*, mi forma de rezarle nuevamente a la posibilidad de que las coincidencias ocurran.

Antes del internet, de las redes sociales, de poder *googlear* a alguien, no había mucho qué hacer para buscar a una persona del pasado o de nuestro propio presente. Es muy exacto el episodio en donde Malcolm conoce a una chica de Canadá en medio del tráfico, ese capítulo bien podría llamarse «La autopista del sur», y luego se pierden para siempre porque ella le da su teléfono y él no logra tomar el papelito que le da a través de la ventana. Se observan sabiendo que no volverán a saber nada uno del otro. La posibilidad de volver a encontrarte con alguien por puro y mero azar eran muy bajas o nulas... En esa posibilidad de la vida sin internet está cifrada *Rayuela*. Los encuentros entre los amantes están, la mayoría de las veces, echados al azar. Encontraría a la Maga... puede ser o puede no ser. De tener su WhatsApp, todas las veces hubiera dado con ella o hubiera podido evitarla a consideración.

Conocí a Abril Castillo en ese umbral. En el 2009 todavía era posible fantasmearse con el mundo. Desaparecer sin más. Pero nosotras decidimos vernos, ser amigas. Cuando me pidió mi correo, se dio cuenta que «cortazariana» era un tipo de *nickname* que también hubiera usado. «Mi tesis de licenciatura es sobre Cortázar», me contó.



¿Cortázar entraría en la lista de viejos lesbianos hoy en día?

Puede ser. Me he negado un poco a volver a leerlo, tengo miedo de que uno de mis grandes héroes de mi primera época como lectora se caiga. Tengo miedo de que Cortázar sea esa chimenea que me puede matar a mitad de la calle.

Óscar Lima Carrión también iba en el EXEA, así se llama la escuela a la que Abril Castillo entró en tercero de primaria, justo el año en el que a mí me cambiaron. Hoy, 2023, acabo de poner su nombre completo y bingo. El algoritmo quiere jugar conmigo. Sí, voy a tener suerte. Óscar Lima Carrión publicó en agosto de 2019 un artículo llamado: «A Generic Optimization Based Cartesian Controller for Robotic Mobile Manipulation», su traducción simultánea en Google es: «Un controlador cartesiano basado en optimización genérica para la manipulación móvil robótica». Óscar Lima Carrión y cuatro nombres extranjeros firman este *paper*. Observo su foto de perfil en una plataforma alemana que simula ser un LinkedIn para ingenieros y es imposible no reconocerlo. Es exactamente la misma persona con la que compartí la banca y la alberca. Aunque sólo un par de veces pudimos intercambiar una mirada. Óscar Lima Carrión había hecho un juego con una hoja carta, «saca piojos», pero con diferentes opciones. Todo mundo quería jugarlo. Al final del recreo me lo regaló. No lo volví a llevar a la escuela por miedo a perderlo. Hace poco en una feria de fanzines encontré una carta escrita en ese mismo formato. ¿Qué significa un controlador cartesiano...? Mi madre es matemática. En menos de dos minutos, copié y pegué el título del *paper* en nuestro chat. Necesito otro tipo de traducción, una que sea amable y que me haga comprender lo que acabo de encontrar. Mi *password* dio con algo que burdamente estoy catalogando en el costal de los ingenieros. Y para mí todo lo que tiene que ver con ingeniería es aburrido, árido, mal escrito. Pero Óscar Lima Carrión parece que trabaja para una empresa alemana. Las últimas dos antologías que he editado, llamadas *Blickwinkel*, han sido coeditadas con el Goethe-Institut. Una coincidencia o un azar. Sigo indagando en la vida de mi compañero de primaria. Un Twitter abandonado en 2011. Retuits de basura. Tuits automáticos enviados desde el Waze... la *app* del tráfico. Aburrido, aburrido, aburrido. Una decepción. Este es el momento en que no debí forzar el azar. Dejar que Óscar Lima

Carrión siga siendo eso, el niño que nadaba por las tardes. El niño que iba acompañado por su madre a la acuática. El niño con el pelo corto y la línea a un lado. El niño que un recreo decidió regalarme el juego que todo mundo quería.

En 2013, un año después de que viajé por segunda vez a Japón, Abril Castillo, en ese entonces consolidada amiga mía, me pidió escribir un libro que publicaría en su editorial. Era el número cuatro de una saga de guías de viaje a ciudades imaginarias. Para ese entonces tenía ya publicado *Morinia, la ciudad de los sueños*; *Akab, la ciudad de la noche*; *Tun tun, la ciudad del corazón*, y me pidió que escribiera la ciudad del azar. Siento que no fue una casualidad que justo yo fuera a escribir sobre el azar y todo lo que lo rodea: los juegos de mesa, los dados, las casualidades, la buena suerte, el trébol de cuatro hojas... en realidad, entre nosotras, siempre hemos creído que el azar no quiso que nos conociéramos cuando éramos niñas o cuando éramos adolescentes o en alguna fiesta de cualquiera de nuestros muchos conocidos en común, en fin. Yo le puse *Nahita* a la ciudad del azar. Muy inspirada en Narita, el aeropuerto nipón. Tenía que inventar todo sobre esta ciudad, qué se come, qué se puede visitar, lugares imperdibles, comidas típicas, etcétera. Ese año, como suceden las coincidencias o el azar, mi amiga dejó ese proyecto editorial. Nunca salió la guía para visitar la ciudad del azar.

En la información básica escribí lo siguiente: «Coloque un poco de saliva detrás de los oídos antes de subir a la ciudad. Ponga un botón rojo en su ombligo para impedir que la mala suerte entre a su cuerpo».

Mi madre responde después de veinte minutos el WhatsApp con un escueto: «Son instrucciones para darle coordenadas de movimiento a un robot». ¿Óscar Lima Carrión habrá leído alguna vez las instrucciones que vienen al comienzo de las *Historias de cronopios y famas*? Ese libro maravilloso en donde vienen instrucciones para ver unos cuadros, para darle cuerda a un reloj y para subir una escalera. En la Sogem teníamos un profesor que nos dejó como ejercicio literario escribir instrucciones. Yo no lo pude hacer. Tenía veinte años y no

podía escribir ninguna ficción, me costaba trabajo jugar y estar adentro de una, por mínima que ésta fuera, como hacer instructivos... Si no podía creer me era imposible comenzar a escribir. Pero recuerdo que Mariano, mi amigo y compañero de estudio que estuvo a punto de presenciar mi muerte hace una semana, en ese entonces escribió *Instrucciones para sentir vértigo*. Y en uno de los puntos se aconsejaba leer a Lezama Lima, lo que me hacía mucha gracia, porque en efecto leer *Paradiso* es como ingresar a un vértigo automático. «Instrucciones para dictarle coordenadas de movimiento a un robot» hubiera sido un mejor título para el artículo que Óscar Lima Carrión *et al.* publicaron.

Hace unos días, Abril Castillo, por quien estoy relatando todos estos sucesos, me escribió para decirme que había una convocatoria de una revista con el tema del azar. ¿Debíamos escribir cada una su versión de los hechos?, ¿debíamos relatar cómo estuvimos a punto de conocernos y cómo se cruzaron nuestros caminos de muchas formas, pero sólo estuvimos frente a frente esa FIL Guadalajara del 2009? Lo interesante aquí es decir que del 2009 al 2023 han pasado muchos años, en los que Abril y yo hemos construido una amistad. Nos hemos alejado y acercado, enojado y platicado, pero siempre ha triunfado el cariño y, valga la redundancia, la amistad. Entre 2018 y 2022 hicimos un reto de escritura en la que ambas dialogamos semana con semana diferentes temas personales. Y antes y durante la pandemia lidereamos el podcast *Canal de Panamá*. Nuestra amistad, más allá del azar y de Cortázar y de cualquier frase famosa sobre encuentros fortuitos, tiene que ver con querer ser amigas y estar ahí cuando se necesita a los amigos, en los muy buenos momentos que tiene la vida y en los no tan buenos.

Me alegra no haber muerto hace siete días regresando de comer. El azar guardó algo bueno para mí ✖

Herpetario Oscar

Roberto Ramírez Flores

La nueva serpiente da asco. Tiene las escamas blancas, los ojos rojos: se parece a los ratones que le da de comer. Llegó hace unos días junto al tritón de manchas moradas, las tortugas y las vitaminas para camaleones. Hoy no ha dejado de mirarla más que para enroscarse lentamente, después pegó su cara al cristal sin quitarle la mirada roja de encima, con el cuerpo en forma de una espiral perfecta. En un rato llegará el nuevo empleado, se lo dijo el dueño antes de agregar que tendría menos trabajo y por lo tanto le descontaría una parte de sueldo. Suficientes novedades por hoy, luego se pierde en la jaula de los ratones mientras decide cuál será la comida esta semana.

Un chico con casco de ciclista entra, va directo a las peceras y las mira tan rápido que parece que le cobrarán por ver. Después entra el dueño y ella comprende que el chico no es un cliente.

—Te presento a Lucas —dice el dueño en un tono tan aburrido que no dan ganas de conocerlo.

—Mucho gusto —dice ella fingiendo una sonrisa.

Lucas se dirige hacia ella y le estira la mano, pero con la cara volteada hacia la pecera de los escorpiones.

—Mucho gusto.

Le deja la mano llena de sudor.

—Espero que puedan trabajar juntos. Los dejo para que se conozcan. —Y sale de la tienda acomodándose los lentes.

A través del cristal ella lo ve pisar el pasto en lugar de cruzar por el camino de cemento que serpentea gris entre el verdor. El anuncio NO PISAR EL CÉSPED que él mismo instaló da tristeza cada vez que

lo hace. Ella mete su mano a la bolsa trasera del pantalón, se limpia el sudor contra la mezclilla.

—¿Y qué onda? ¿Como cuánto venden al día?

La pregunta le hace sentir que en vez de trabajo busca un sitio para asaltar.

—Unos... dos o tres mil pesos —Disminuye la venta a la mitad.

—. Depende.

—¿Cuál es el animal más caro?

No la ha volteado a ver, ahora tiene los ojos puestos en el camaleón, que se ha camuflado con las ramas.

—Mmm, creo que ésa. —Señala con la mirada y él tiene que verla a los ojos antes de ver los de la serpiente.

—¿Y el más barato?

—Los ratones.

Le parece lógico que el más barato y el más caro sean tan parecidos. Uno es lo que come.

—¿Cómo dijiste que te llamas?

—No te dije.

No sabe si es guapo o sólo es su cabello. Le molesta que el empleado por el cual le quitaron una parte de su sueldo tenga el cabello mejor cuidado que ella. Tiene pelo de niño rico.

—Hoy es día de sacudir las peceras. Fíjate si hay alguna sucia y le pasas ese trapo —dice en un tono tan serio que ella misma se cae gorda—. Yo voy a revisar si hay algún precio que ajustar en la compu.

Él dice que sí con la cabeza, toma el trapo e inicia por las peceras de la izquierda. Ella abre su Facebook y manda algunos mensajes, dispuesta a desquitar la parte del sueldo que le rebajaron.

—¿Cuánto llevas trabajando aquí?

—Un par de años. —En realidad tres, pero le da pena decirlo.

—¿Te gusta?

La serpiente no le ha quitado los ojos de encima. No, si tuviera una casa propia ya hubiera renunciado. Él parece leer su pensamiento porque dice:

—Yo soy sobrino de Oscar, por eso le pedí el trabajo.

Pasa de ser un asaltante a un bueno para nada, de esos que recurren a la familia una y otra vez para que los ayuden. Seguramente le paga más que a ella.

—Pero me gustan mucho los animales. —Mete la mano a una pecera y saca al camaleón sobre su palma. El animal se queda inmóvil mientras imita el color de su mano.

—Bien por ti.

En su Facebook, fotos de sus contactos se alternan con reptiles: una cena romántica en la terraza de un edificio, una lagartija, una boda llena de flores, un tritón, un pasillo de luces incandescentes, un cocodrilo. Como ella nunca busca eso, se convence de que Facebook la escucha y vende su información al gobierno. Sigue bajando hasta llegar a una foto del mar, los pies de su amiga cubiertos de arena, una margarita escarchada con sal y una sombrilla multicolor.

—Voy a salir por un cigarro. —Deja el trapo sobre la manija de la puerta.

Ella no dice nada, no despega la vista de la pantalla, pero luego, a través del cristal, lo mira caminar sobre el césped sin tomar en cuenta el camino de cemento. A los hombres les gusta pisar el pasto.

Al tocar el fondo de la pecera corre a una esquina e intenta subir por el cristal. La serpiente no hace nada al principio, lo deja que trate de escapar sabiendo que no logrará nada más que cansarse. Cuando se acerca a él, apenas se puede mover. Lo rodea con su cuerpo y con cada giro lo aprieta más y más, hasta que el ratón se hincha y luego, junto con un sonido breve y hueco, suelta todo el aire. Se relaja un poco, intenta olvidar que apenas es el segundo día de Lucas y llegará tarde. Si vuelve a hacerlo tal vez le diga al dueño que no da el ancho. Así recuperaría su sueldo completo. O tal vez la que deje el trabajo sea ella. Hace cuentas sobre sus ahorros, si es que se le puede llamar ahorros a esa cantidad. Al menos servirían para un mes de renta; dos, si es que logra juntar un poco más de dinero.

Cruza la puerta bañado de rojo. Ella debe de tener una cara de susto, porque él dice:

—No es nada, es pintura. —Pasa al baño escurriendo un camino de puntos que ella debe limpiar antes de que se sequen.

Un cliente entra, pregunta si venden peces.

—No, es un herpetario. —Talla con fuerza el piso y luego señala el nombre del lugar: HERPETARIO OSCAR.

—¿Entonces por qué venden ratones? —dice poniendo atención a las manchas del piso. Tal vez piensa que son sangre.

—Porque son la comida de las serpientes, señor. ¿Me da permiso de limpiar ahí?

Empieza a trapear todo el piso y el cliente no tiene más remedio que salir de la tienda. Lucas reaparece con la cara limpia, pero sus manos y cuello aún están manchados de rojo.

—¿Qué te pasó?

Él toma el trapo del mostrador y se lo pasa por los brazos.

—Venía en la bici y se me cruzó un señor. Cargaba un bote de pintura abierto.

Es como si su piel hubiera cambiado: ahora él imita los colores del camaleón. No se ha quitado el casco, así que puede comprobar que es guapo de verdad.

—Ni siquiera me esperé a ver si le había pasado algo porque dos tipos se pusieron como locos. —Se pasa el trapo por debajo de la camiseta—. Me vine lo más rápido que pude en cuanto me levanté.

Su mano moviéndose del pecho al abdomen parece un ratón que no cabe en el cuerpo de la serpiente.

—Tal vez podrías limpiarte mejor si te la quitas.

Él sonríe, dice que no con la cabeza y continúa limpiándose por debajo de la ropa.

—¿Te llevas bien con Oscar?

—Sí —dice ella en un tono tan desganado que evidentemente es un no—. Lo normal.

—A mí me caga.

—¿Ah sí? ¿Por qué?

—Pues porque es un ojete con mis primos y mi tía. Yo creo que trata mejor a sus animales, y eso que no los cuida él.

Ahora le cae mejor, aunque sigue sin atreverse a hablar mal de Oscar por temor a que le cuente. Le parece distinto a él, y eso debería bastar para que las horas en la tienda se vayan rápido. Lástima que ella piense en renunciar.

—Un ojete, de verdad.

—Sí. —A final de cuentas le vale que le diga—. Un pendejo.

Se quita el casco. Su cabello está casi intacto, sólo un mechón rojo cerca de la frente.

—Perdón por llegar tarde.

Ella no responde, pero en su mente le dice que está bien, que no pasa nada. Le estira la mano y él parece dudarle un poco, después se agacha para que pueda ver su cuello mientras lo limpia. Ella frota con suavidad al inicio, después más fuerte: la piel va perdiendo el color. Nota que su propia respiración se vuelve cada vez más lenta y profunda. Lo imagina sucio de otras partes, de las piernas lampiñas o cubiertas de vello, de las axilas, de todo el cuerpo. Sus miradas se encuentran en el reflejo con los escorpiones amontonados en una esquina.

—Gracias —dice él quitándole el trapo de la mano—, pero no creo que se me quite bien.

Ella destapa la pecera de los tritones y les da de comer de más, luego sigue con el camaleón y las iguanas con gorguera. Los reptiles no tienen pelo. Nunca le había puesto palabras a una cosa tan obvia. A pesar de que las comidas huelen y se ven iguales, cada una viene en un botecito diferente y no están hechas de lo mismo.

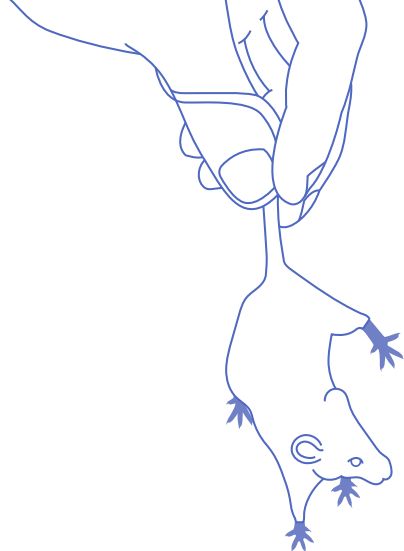
—Te voy a dejar la comida de cada uno arriba de sus peceras —las iguanas se mueven cuando las tapa y la fricción de sus cuerpos suena como lijas—, para que mañana que yo descanse sepas bien cuáles son.

—Gracias.

Está parado en medio de la tienda, parece que no sabe qué hacer, confundido y manchado de rojo, como ella cuando está en sus días, a punto de destruir todo a su alrededor: los animales, los vidrios, el pasto y el estúpido anuncio de NO PISAR EL CÉSPED. Aunque eso más bien le gustaría a ella hacerlo.

—A la serpiente hay que echarle un ratón cada semana, pero ya le di hoy.

Al abrir la puerta el olor hace que se le revuelva el estómago. Prende las luces, la computadora. Saca el trapeador del bote donde ella lo dejó. Los ratones se mueven desesperados en su jaula. Al menos tiene a alguien para contarle que le subieron la renta, aunque si no lo tuviera no tendría problema para pagarla. En la computadora, la estructura ósea de una serpiente dividida en tres hace que se lo imagine buscando información sobre los animales de la tienda. Rojo, luego verde, luego amarillo. Empieza a darles de comer a algunos, no a todos, para que Lucas haga su trabajo. El camaleón no está, así que él debió emocionarse al realizar su primera



venta grande. La serpiente está enroscada en una esquina y en la misma pecera un ratón se limpia la cara. Una herida en la cabeza de la serpiente hace que ella dé un paso atrás con los vellos de la piel erizados.

Saca al ratón y lo devuelve a los otros. Ninguno había logrado regresar. Busca el frasco de su comida encima de la jaula pero no lo encuentra: olvidó enseñarle a Lucas que la comida también come. Lo encuentra tirado junto a la puerta, lo abre, está vacío, apenas dos granitos que avienta directamente del frasco. Dos ratones corren a donde cayeron, luego los demás, cuando ya no hay nada. Sólo uno permanece en la esquina de la jaula, limpiándose los bigotes.

El dueño aparece por detrás y ella se asusta. Cierra la jaula y deja el frasco vacío encima.

—Hace falta comida para ratones.

—Muy bien, me lo dices más tarde para que no se me olvide.

—Mueve la cabeza de un lado a otro y abre sus fosas nasales—. Huele raro, ¿no?

Como no responde, él se mueve por todo el lugar hasta llegar a los ratones, saca la rejilla de debajo de la jaula. El periódico que la cubre está lleno de excremento.

—Pues como que la comida no les hace falta, ¿eh? —Como si él no cagara cuando tiene hambre.

En lugar de vaciarla en el bote que está junto a él, se la da para que ella lo haga. Lleva una camisa tan blanca que a ella le hubiera encantado que se le ensuciara. La serpiente se mueve, da señales de vida.

—Pues con la noticia de que Lucas no va a volver.

El excremento apesta cuando lo vacía a la basura.

—¿Por qué?

—¿No te contó?

No le gusta que la gente se haga la interesante, la terminan decepcionando.

—Atropelló a un señor con la bici. Se golpeó en la cabeza con el filo de una banqueta y no ha despertado. —Pasa el dedo por el mostrador en busca de polvo—. Vinieron a buscarlo aquí, pero se escondió... Le dije que no quería problemas.

Su dedo se marca a lo largo del cristal, una línea que serpentea el polvo como el camino afuera del herpetario hace con el pasto.

—Pues ni modo, al menos vas a recuperar tu sueldo completo. Ahí te encargo que le des una sacudida.

Recuerda cuando Lucas dijo que era un ojete con su familia. Oscar está a punto de cruzar la puerta y ella dice:

—La comida para ratones.

—Ah, sí, a ver si no se me olvida.

También quisiera preguntarle el nombre completo de Lucas, pero podría creer que lo quiere para dárselo a la policía. Él sale de la tienda y cruza por el pasto. Antes de subirse a su coche gira la cabeza y voltea hacia arriba, sonrío como si contemplara su nombre en el letrero de la fachada.

Abre Facebook en la computadora. Mientras carga la página tiene la esperanza de que el perfil de Lucas esté abierto, pero no, en su lugar aparece un camaleón de colores en el muro de ella. Ni siquiera le dio su nombre, así que él no podrá buscarla. Mira el letrero que está dentro de la tienda y deja su mirada fija en OSCAR. Siente un vacío en el estómago, como si no hubiera comido en días. Los ratones se mueven en círculos, hacen un sonido agudo, desesperado. ¿A los cuántos días empezarán a comerse unos a otros?

La serpiente se desenrolla cuando ella abre la pecera. Tiene más mordidas: una en el costado cerca de la cola, otra más grande unos centímetros arriba. El músculo de un tono oscuro resalta en la piel tan blanca. Busca el trapo y va hacia la jaula de los ratones, lo avienta sobre ellos y agarra un puño con ambas manos. Un ratón se le resbala, huye detrás de los anaqueles. Avienta al resto con todo y trapo a la pecera. La serpiente vuelve a enrollarse en una esquina mientras los ratones se juntan en otra. Ella apaga la computadora, luego las luces y cruza el jardín por el camino de cemento ■

A doce mil metros de altura Raúl ríe de manera desenfadada, vamos cruzando el océano y los vientos. El sobrecargo nos brinda los mejores vinos. Nunca había hablado de esa manera con el exrector de la Universidad de Guadalajara. Regresábamos de Madrid, después de haber presentado la revista *Luvina* para que se distribuyera en la capital española.

Raúl Padilla López: creador de umbrales

Silvia Eugenia
Castillero

(Ciudad de México, 1963). Su libro más reciente es *La Isla* (Ediciones Monte Carmelo, 2022).

L.

El azar quiso que nos regresáramos en el mismo vuelo. Para mí fue una sorpresa encontrarlo en el aeropuerto. Las vidas se cruzan y las presencias se decantan. Nunca imaginé que durante ese trayecto iba a tener un diálogo tan nutrido, cercano, humano con una autoridad a quien siempre vi lejos.

Dentro de una especie de relato fuimos hilando una amistad, en ese instante surgía la empatía que hubo desde años atrás y que nunca se había desplegado la oportunidad para vivirla. Tal vez vivir sea siempre una puesta en escena. Con Raúl había hablado numerosas veces de manera concisa sobre temas de trabajo, desde que me nombró editora de *Luvina* y, al año siguiente, directora.

En esa relación de encuentros breves aunque importantes para tratar temas de la revista, fue sembrándose en mí una admiración, pero además y sobre todo un cariño. El licenciado Raúl Padilla López era cálido en su trato, era también bromista y escuchaba a las personas. Luego callaba, reflexionaba y —acto seguido— resolvía. Miraba como desde muy adentro, como si tomara una radiografía de quien estaba frente a él. Y no se olvidaba de la gente que por alguna razón le causaba curiosidad, simpatía o admiración. Era generoso y noble.

Lo conocí antes de que fuera rector, gracias a Virginia Acosta —amiga en común y mujer extraordinaria—, quien me llevó a su oficina y nos presentó. Yo estaba muy nerviosa, él afable me preguntaba sobre mis estudios y mis intereses, yo le respondía con timidez. Cursaba el último semestre de la carrera de Letras Hispánicas y sinceramente no sabía qué quería hacer después. Entonces Raúl era director del DCSA (Departamento de Investigación Científica y Superación Académica). Siendo ya rector, volví a llegar a su oficina varios años más tarde, en esta ocasión enviada por Miguel Ángel Granados Chapa, entrañable compañero de mi padre en el periódico *Excelsior* de Julio Scherer hasta el 8 de julio de 1976, día del golpe asestado por el presidente Luis Echeverría contra el único periódico independiente y crítico de México. Granados Chapa siguió siendo amigo de mi padre y de la familia. Yo había terminado mis estudios y escrito una tesis que me rechazaron porque era poética y no árida como suelen ser los trabajos académicos. Por esos días visité a Miguel Ángel en la ciudad de México y le platicué, sin más ánimo que el de contarle a un amigo lo que me había sucedido. Me pidió mi tesis y, después de leerla, le llamó al rector de la UdeG para comentarle lo acontecido. Padilla López le pidió que yo fuera a verlo a su oficina de rectoría. Al verme de nuevo le dio gusto, pues me

reconoció. Después de exponerle el tema de mi tesis, de mostrársela, la hojeó y leyó algunos párrafos. De inmediato llamó al rector de la Facultad de Filosofía y Letras para que nombrara otro jurado que valorara en justa medida mi trabajo, y le comentó: —Hasta nos vemos mal de rechazarla—. Desde ese día no me perdió de vista, me dijo que a la gente con interés por el conocimiento y las artes siempre la apoyaba. Y así fue, Raúl Padilla me respaldó en varias de mis travesías literarias. La más importante: *Luvina*.

2.

Era la FIL del año 1998, acababa de regresar de hacer mis estudios de maestría. Era el último día de la feria, estaba cenando en un restaurante con algunos amigos que habían venido de la Ciudad de México y llegó Raúl. Nos saludó, me miró entre asombrado de verme ahí y satisfecho, al final se me acercó para decirme que le gustaría verme al día siguiente. Me citó en el restaurante Quinta Real. Me propuso dirigir un premio literario que ya llevaba varios años de existencia y una cátedra que estaba por surgir. La propuesta me dejó asombradísima, me sentí halagada pero de golpe se me vinieron encima todas mis responsabilidades. —No puedo, Raúl— le dije. Me miró, no lo podía creer. Era un trabajo de tiempo completo. —Tengo dos hijos de diez años y necesito escribir mi obra—. Seguía sin poderlo creer. Me enumeró varias ventajas, como ganar bien, tener oportunidad de viajar y de conocer escritores, pero yo tenía muy claras mis prioridades. Como aporreado, pues mi respuesta salía de sus expectativas, se retiró sin entender la negativa. Supe, en las sucesivas ocasiones que lo vi en eventos, por su actitud cálida, que me había comprendido. Pasaron varios años para que volviera a buscarme. Ahora me invitó a que me incorporara a la revista literaria *Luvina* de la UdeG. —Quiero una revista de alta calidad y que corresponda al nivel que ha ido tomando la FIL—. Me invitó como editora. Acepté encantada pues ese trabajo sí coincidía con mis inquietudes literarias y además era de medio tiempo.

Es así como comenzó la aventura *Luvina*, revista que dirijo desde 2004, cuando renunció el director y Raúl me otorgó esa responsabilidad. Desde mi llegada como editora, *Luvina* dio un paso grande pues se comenzaron a pagar las colaboraciones, se aumentaron las páginas de la revista y por primera vez iban cosidas y con lomo. De contar antes con colaboradores regionales en la mayoría de los números, se abrió la convocatoria para invitar a plumas nacionales e internacionales.

Raúl Padilla nunca impuso una línea editorial ni me pidió que publicara algún texto de alguien recomendado, tampoco intervino en el equipo que fue integrándose a laborar en *Luvina*. Confiaba en mí. Únicamente atendía los problemas de falta de presupuesto, de necesidad de contratar a otro elemento, conversábamos sobre la calidad y el diseño. Siempre estuvo orgulloso de *Luvina*. Cuando tomé la dirección, uno de los aportes importantes fue dedicar el número de invierno a la literatura del país invitado de honor de FIL, decisión que Padilla celebró y favoreció.

3.

A doce mil metros de altura, Raúl me mira con la complicidad de la amistad, nos habíamos contado algunas partes de nuestras vidas, capítulos festivos y dolorosos de cada uno. Raúl me mira y sonrío. La armonía de ese instante se prolonga, lo percibo como una sucesión de tiempo imparables. El avión sigue su curso venciendo barreras meteorológicas y físicas. Nosotros nos embarcamos en un viaje sideral, tal es la conexión que nos une durante las horas de vuelo y de conversación.

Hemos recorrido nuestras historias públicas y privadas. Me cuenta cómo la librería El Quijote, que tenía en el centro de Guadalajara y donde yo compraba mis libros, se convirtió en la FIL, la segunda feria más importante del mundo. Lo más impactante es que nadie quiso apoyar su idea, ningún empresario ni político, únicamente el gobernador en turno le dio una cantidad para financiar la primera emisión. Y después supo convocar a la gente correcta, encontró el camino para que ese inicio de una feria más entre las muchas existentes en nuestro país tomara fuerza, se creara un rostro y llevara a Guadalajara a ser un punto de gran importancia en el mapa mundial.

Al momento de escuchar a Raúl relatarme su hazaña, pienso que no fue una coincidencia que su librería se llamara Don Quijote. Voy descubriendo en la genialidad de Padilla que su mente va más rápido que lo que narra, que las palabras que va escogiendo para su relato vienen de un sustrato enigmático, su psique viaja demasiado lejos, como si se asomara a un abismo desde donde aparece la realidad toda, luego regresa y la ordena desde esa dimensión. Sus logros son proezas difíciles de creer, pareciera estar sobre un espejo de agua donde la vida se multiplica y sus posibilidades son inagotables. ¿De qué manera lograr que la Universidad de Guadalajara se extendiera hacia las regiones de Jalisco?, ¿en qué momento y cómo imaginar trazar

centros universitarios a lo largo y ancho del Estado? Imaginarlos y erigirlos, organizarlos y fundarlos.

4.

Raúl Padilla López es un creador. Imagina y, al topar con los límites de la realidad, acude a la ficción: logra concebir así lo que no existe, parece entonces —cuando plantea sus ideas, sus proyectos— alzar puentes sobre la nada, pero precisamente ahí nace —de esa nada— la hechura. De ahí surgen las formas con las que puebla nuestra ciudad, nuestro estado, nuestro país.

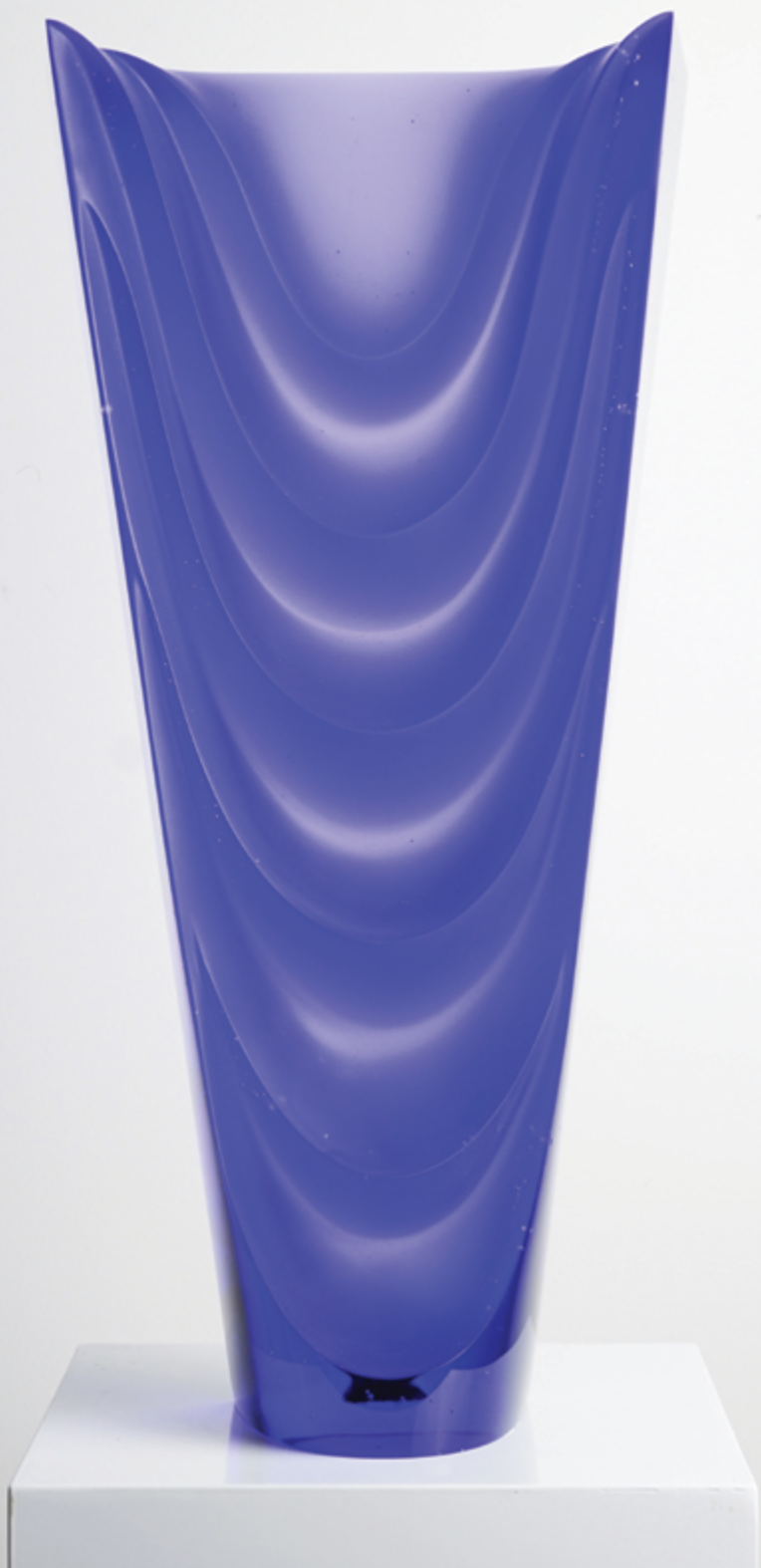
Imaginando, Padilla llega a realizar umbrales de visibilidad y sobre todo de observabilidad hacia la enseñanza y las artes. Su hazaña es haber vuelto factibles sus intuiciones y sus sueños, convertirlos en obras tangibles, en totalidades logradas, en instituciones. Ir de lo absurdo e inalcanzable a lo razonable y actual, siempre en relación con la cultura y la educación: el Teatro Diana, el Teatro Vivian Blumenthal, el Auditorio Telmex, el Conjunto Cultural Universitario, el Festival Internacional de Cine, etc.

La mirada de Raúl —lo percibo ahora durante este viaje— tiene recovecos, pliegues, hay en sus ojos cimas y barrancos, ríos y tormentas. Es una mirada que proviene desde dentro de un espíritu arriesgado, un alma en constante juego con el límite y el vacío. Desde ese ímpetu, Padilla López ha alargado las posibilidades de lo existente para hacer brotar lo improbable y, cual acróbata, lanzarse al infinito a través de actos supremos que han cambiado la perspectiva de una universidad, de toda una ciudad, de un país. Y este cambio de perspectiva ha llevado sus creaciones y su persona hacia la trascendencia.

Padilla parecía poseer en su ser una potencia atemporal que lo llevó a concebir abstracciones grandiosas, irrealizables para el resto de sus contemporáneos, origen de la formación de este vasto universo que creó en y en torno a la Universidad de Guadalajara.

5.

Así como la música inicia en el silencio y a él vuelve, la vida de Raúl Padilla López es ahora un centro de resonancias, se ha unido al continuo: a esa completud que siempre buscó y creó a través de obras e instituciones imponentes pero finitas. Ahora su voz y su visión son ilimitadas, su vida se ha unido a la verdad y belleza últimas, a lo impenetrable, al orden donde coinciden el equilibrio y el desequilibrio: a la infinitud absoluta ✦



El más amado, el elegido

Mario Heredia

*A la realidad le gustan las simetrías y
los leves anacronismos*

JORGE LUIS BORGES

A Mario González

«**No deseo dejar mi casa**, mi jardín y otras cosas buenas en Múnich», le escribió Orlando al duque de Sajonia, negándose a dejar su residencia. Tenía entonces cuarenta y ocho años. Tres lustros después murió de melancolía hipocondriaca. Pero aun con la tristeza humedeciendo sus cobijas logró terminar los veintiún madrigales espirituales. «Estas lágrimas de San Pedro», escribió en la partitura, «las dedico con toda humildad a su Santidad Clemente VIII», y dejó la pluma para siempre.

No sólo era la belleza de su voz, también lo que transmitían sus ojos. Su padre aceptó prestar al niño para el coro de la iglesia, qué otra cosa podía hacer un ser tan delicado, tan enfermizo, tan fuera de este mundo. Su padre, un hombre viejo y hosco que había luchado junto a Maximiliano I en la batalla de Guinegate, que había sido testigo del valor del emperador y que presenció, junto con todo el pueblo de Mons, el juramento que el joven Carlos hizo como conde de Henao, sufría de gota y de ira, golpeaba con frecuencia a sus hijos y a su mujer. La familia subsistía con una pequeña pensión del padre, con las propinas que recibía el hermano mayor como cargador en el mercado y con la venta de los encajes que realizaba la madre. Orlando, a los cinco años, empezó a cantar en el coro de niños de la colegiata de San Waltrude

(Orizaba, 1961). Su libro más reciente es *Hijo de tigre* (Grijalbo, 2022), novela ganadora del Premio de Novela Histórica Grijalbo-Claustro de Sor Juana 2021.

y al poco tiempo fue nombrado solista, con un pequeño estipendio.

Un músico que había abandonado a su esposa por ser sorda y mujer, y que viajaba de Bruselas a Reims, por un problema con la rueda de la carreta en que viajaba tuvo que quedarse una sola noche en ese pueblo y, precisamente, en un mesón cercano a la colegiata. En la mañana entró a pedir a santa Valdetrudis que lo llevara con bien hasta el fin del camino. Entonces escuchó aquella voz que sobresalía de las demás, pero no por su potencia sino por ese timbre tan especial, un timbre acerado, agudo y brillante, infantil, pero lleno de heladas sombras, como un amanecer invernal. El músico paladeaba aquel sonido y sonreía embelesado. Era una tesitura que no estaba construida para deleite de cualquier mortal, sino para el angélico, para el elegido. La boca de quien surgía esa música no fue difícil de localizar, y supo que no podría separarse de aquel infante. Esperó escondido tras una enramada hasta que el niño salió con todo el grupo de cantores, esperó a que se separara y, cuando se percató que nadie lo veía, lo abordó. No fue difícil convencer al pequeño de que lo acompañara: un pedazo de pan con tocino, queso y mantequilla, un chorrito de vino, eso fue todo. El niño, que en su casa sólo había sufrido hambre y golpes, lo siguió. Caminaron hasta Fourmies, donde descansaron una noche y el niño cantó para el hombre un sencillo madrigal. El músico lloró y el infante, sin dejar de cantar, le secó las lágrimas con su dedo índice. Al otro día siguieron su camino hasta Montcornet, luego a Sevigny-Waleppe, bajo un cielo cubierto de nubes preñadas. En el hostel compartieron una cama robusta y caliente, mientras caía una lluvia torrencial.

—Tú eres el hijo que había perdido —le dijo mientras lo abrazaba con fuerza—. Dios, en su misericordia, te ha devuelto a mis brazos. Lo sé, lo supe siempre.

Y el niño cantaba en lo bajo, porque sabía que eso le agradaba a ese hombre que, sin ningún trabajo, empezó a llamar papá.

Caminaron de la mano hasta Reims, y de la mano se hincaron y derramaron muchas lágrimas frente a la catedral, portentosa prueba de que Dios existía. Y al entrar, enceguecidos por los vitrales, se quedaron sin habla. El sonido del órgano hacía retumbar las gruesas paredes. Se sintieron seguros, por un instante, de que habían abandonado para siempre la vida terrena.

El músico había viajado hasta Reims a hacerse cargo del coro de niños de la catedral. No fue ningún problema que su hijo ingresara

al coro. Pronto la voz de Orlando se hizo famosa en toda la ciudad. En esa época no era necesario otro instrumento que la voz, qué mejor instrumento que ese regalo del Creador que no dependía ni de cuerdas ni arcos, ni de pieles de animal, tripas o maderas. Era sólo ese hálito que salía de la garganta y se convertía en devoción.

Orlando quiso componer y el músico le enseñó. No fue difícil, el niño poseía grandes dotes, era un iluminado. Su oído era perfecto, al igual que su voz, que sus ojos, que sus manos pequeñas e infinitas, como debían ser las manos de los ángeles, como debían ser sus espaldas y sus piernas. Orlando aprendió con gran facilidad esa escritura y empezó a componer piezas sencillas que ya mostraban lo que vendría después. Vivieron algunos años juntos teniendo una extraña relación de padre e hijo, quizá demasiado cercana, según contaba la sirvienta que los atendía en aquella casita que rentaron cerca de la catedral.

Antes de cumplir los doce años, y aún con la voz de soprano, Orlando huyó de aquella ciudad después de que al maestro, su padre, lo apresaran por descubrirlo cometiendo actos nefandos con un mozo de Charles de Guise, arzobispo de Reims. Orlando no entendía qué significaba ese delito, pero se avergonzaba. No habían ajusticiado al maestro, pero lo habían torturado y humillado públicamente. El muchacho comprendió, había vivido en pecado, cayó en una gran angustia que lo hizo dejar de comer y acercarse a la muerte. Pasó días en cama hasta que, por casualidad, un joven cura que recogía desperdicios lo encontró en ese cuarto ardiendo en fiebre y, además de darle compresas de agua fría y caldos de extrañas hierbas, lo hizo comprender que la única forma de alcanzar el perdón era dedicándose a Dios en cuerpo y alma con el don que se le había concedido. Ese cura cuidó al muchacho hasta que se recuperó, luego lo besó en los labios y lo dejó partir.

El destino llevó a Orlando a encontrarse en un cruce de caminos con Ferrante de Gonzaga quien, después de escucharlo cantar uno de sus primeros madrigales, decidió llevarlo consigo a Italia. Así es como llegó a vivir a Mantua, donde aún se escuchaban los pasos inciertos y la voz del fantasma de Isabel de Este, luego a Milán, a Nápoles, Palermo y Roma. Y Orlando no dejaba de componer. En las noches, frente a una vela, rayaba partituras. En las mañanas, alejado de la gente, con el sol sobre su cabeza, recorría el bosque o subía a la montaña para escuchar al mundo. Ya eran muchos años entregado a la composición, a crear esas voces que se iban engarzando unas con otras, que se aleja-

ban, caían y volvían a crecer hasta el infinito. Escalas que, sutilmente, despertaban en el espíritu los gozos divinos, que vertían miel sobre los secos corazones, que invadían las almas hasta hacerlas explotar de júbilo, de tristeza, de angustia. Y todo a la vez era tan íntimo, tan secreto, tan humilde... Alabar a Dios con la *música reservata*, pero también alabar al cuerpo con lo profano, darle a la carne un sabor extrañamente salado y, a la vez, dulce.

Después de demostrar su gran talento con sus misas y motetes, con sus canciones francesas y *lieder* en las pequeñas cortes italianas, el archiduque de Florencia lo presentó al Papa Paulo IV. El pontífice quedó maravillado ante las composiciones corales de aquel joven de apenas veintiún años y lo contrató como maestro de capilla de la Basílica de San Juan de Letrán. Orlando se entregó con más fervor a la composición, dirigiendo el coro del pontífice, tratando de vivir esa vida solitaria y casta que le había recomendado aquel cura, una vida apegada a la Iglesia, alejada de los placeres banales. Pero no era sencillo, además de entregarse a la música tenía que tomar el silicio. No duró mucho en el cargo, por envidias fue denunciado como judío apóstata y tuvo que huir hacia Flandes, llevando consigo sólo sus composiciones dentro de una valija. «Fueron años oscuros», escribió en un diario que se mantuvo casi tan virgen como él, apenas dos o tres páginas escritas, «fueron años de vivir de la carroña y del pecado. Dios, ¿cómo podrás perdonarme?». Años después, en sus delirios de moribundo habló de sus misas obscenas, de Londres y de París, habló de un tal Thomas Tallis y Christopher Tye. También habló de un padre al que abandonó de niño y de otro que lo guio hacia la luz. Al final sólo pronunció el nombre de Giovanni. De lo demás poco se supo.

Cuando ya trabajaba para el duque Alberto de Baviera, decidió casarse con una joven, dama de honor de la duquesa, con quien osó concebir dos hijos. Regina, su mujer, era fea, de formas inconclusas, de humor de los mil demonios, pero supo guardar y respetar los secretos y las angustias del marido.

Orlando fue cobrando gran fama. En 1563 fue nombrado maestro de capilla y muchos músicos de toda Europa lo visitaban en Múnich para aprender de aquel maestro silencioso y triste que con gran bondad daba todo de sí, aunque era poco lo que en realidad podía ofrecer. «Un hombre entristecido no puede dar mucho a la humanidad», contó su alumno Andrea Gabrieli: «eso me dijo el maestro, y yo le res-

pondí, “Pero maestro, usted ha compuesto la música más hermosa que se ha escrito hasta hoy”, y me contestó, “Esa música me la dictó Dios, él nos guía, no existen el azar ni el destino, Dios nos dirige y nosotros debemos aprender a dejarnos llevar por sus manos”».

En 1570 el Emperador Maximiliano II le confirió un título nobiliario y el Papa Gregorio XIII lo nombró caballero.

—Pero nada te sacia —le gritaba su mujer—, no puedes ni siquiera regalarnos una sonrisa a mí o a tus hijos.

—No sé por qué Dios me dio la oportunidad de dar la alegría a los hombres pero no a mí mismo —contestaba apesadumbrado.

Orlando soñaba con su maestro, soñaba con esas noches espléndidas en que, aún siendo un niño, le cantaba a su padre hasta hacerlo llorar de emoción. Pero también soñaba con el otro, con el hombre de la vara, con el de los gritos, y con el hambre y con la culpa. Y su propio grito lo despertaba.

Fue invitado varias veces a regresar a Italia. En una de esas ocasiones visitó al duque Hipólito de Este, hijo de Lucrecia Borgia y sobrino de aquel fantasma algún día llamado Isabel. Lejano y taciturno, abrió la boca ante la belleza del castillo Estense. Pero luego la cerró y no la abrió, casi sólo para comer. El duque, entonces ya ungido cardenal y bastante decrepito, mecenas de pintores y músicos, lo recibió con grandes honores.

—Hemos escuchado con gran placer sus composiciones, maestro.

—Gracias, su eminencia —dijo Orlando, acercándose a besar la gran amatista.

—Sabe que este lugar es considerado por muchos el centro musical de Italia. Supongo que ha escuchado las obras de Palestrina.

—Las he escuchado, eminencia.

—Soy su mecenas —dijo el cardenal, sonriendo orgulloso e invitándolo a sentarse—. Lástima que en este momento no se encuentre. Me hubiera gustado que se conocieran y, quizá, participaran en un duelo como los que se organizan en este castillo. El destino no quiso juntarlos.

—Perdón, eminencia, no soy hombre de duelos —dijo Orlando, haciéndose pequeño— y no creo en el destino.

—Era sólo una broma, he descubierto que cada hombre debe hacer lo que siente, porque eso es lo que realmente le dicta Dios. ¿No lo cree usted? —dijo sonriendo, beatífico, el cardenal.

—Sí, eminencia —contestó Orlando.

—Hay que aprender a seguir los designios de Dios —dijo el cardenal, sonriendo y uniendo lentamente cada dedo de sus manos.

Orlando fue invitado a dirigir el pequeño coro de la capilla del castillo. Una voz llamó su atención, una voz que anuló a las demás. Era una sola voz la que entonaba aquella música dictada por el Creador, como todo lo que acontecía en la tierra. Era de un joven que no tendría más de quince años. Fue entonces que se le vino encima su infancia en Mons con tal nitidez que pensó que pronto iba a morir. Y supo que una sonrisa iluminaba, después de décadas, su rostro.

Al terminar se acercó el cardenal: —Maestro, quiero presentarle a Giovanni Stroza, es alumno del maestro Palestrina.

—Maestro, qué honor conocerlo —dijo el joven bajando la mirada.

—El muchacho quiere aprender de usted —dijo el cardenal—, ¿aceptaría que lo acompañara de regreso a Múnich?

—Si Dios así lo quiere, con gusto, eminencia —contestó Orlando, sin dudarle y mirando aquella cara que era toda juventud y música.

Fue un retorno silencioso y sereno, donde el hombre y el muchacho aprendieron a estar juntos, como lo aprenden dos bueyes dibujando la tierra con el arado, con la ignorante seguridad de que, con ese ir y venir, nacerán los más sagrados frutos. Un muchacho junto a su padre siempre en el mismo camino. Moriré pronto.

Pero Orlando se equivocó, aún vivió veinte años, siguió componiendo bajo el mecenazgo de Guillermo V, recibió alumnos de toda Europa, vio crecer a sus hijos y a Giovanni, su alumno más sobresaliente, el más amado, el elegido, y quien estuvo junto a él hasta el momento en que cerró los ojos ✦

*pero somos la suma
de instantes sucesivos
que el tiempo no destruye.*

JOSÉ HIERRO

LA IMAGEN QUE FALTABA AL PINTOR DE SUCESOS

La imagen que faltaba
en este lienzo de aire cotidiano
—se dijo para sí, frente a la obra incompleta
antes de concluir, o simular
la ansiada conclusión— no corresponde
a una sombra o contorno conocido,
a un color específico
de animal, flor o cosa que se mueva
por los rumbos triviales de la vida.

La imagen que faltaba puede ser
una mancha, una línea
o algún punto final que se convierta
en puntos suspensivos del discurso
de polvo, de humedad, incluso de ceniza

que huelen a presente, con textura ilusoria de pasado
de este inútil andar a tientas por el mundo.

Así como se empieza una pintura,
una acción con el cuerpo, una pregunta,
es difícil llegar a su final con la conciencia
de que hasta ahí llegó la tierra firme,
ante el borde inefable de ese vil precipicio de neblina
donde empieza el futuro
con infinitos visos de respuesta.

Todos somos pintores, frente a la tela en blanco
de los negros instantes que rodean
y sujetan sin fuerza el bastidor.

Al final acabamos decidiendo al azar,
con la ingenua creencia de que fue
una gran decisión inteligente.

La imagen que faltaba
puede ser la del tiempo multiforme,
cambiante, inapresable. Puede ser.

Comprender el sonido es cosa del azar,
lo mismo que el silencio —su reflejo—.
Digamos, por ejemplo,
un camino que lleve a la ciudad,
y ya con eso baste.
O el ruido del motor del automóvil pase,
y ya con eso baste.
Y que se rompa el viento en los cristales,
o que la lluvia truene,
o que incluso amanezca
sin llegar al destino todavía.
O todo sea mentira simplemente.
Que los hechos se den en otro sitio,
por ejemplo el balcón de alguna casa,
frente a un campo de fútbol por la noche,
un viernes —puede ser—
donde por apariencia nada pasa,
y que ya nada pase, eso nos baste.

O que alguna ambulancia llore lejos.
Que un hombre sueñe ser
marinero en ciudad,
o tal vez tenga insomnio y ese insomnio
le obligue a imaginar que sueña.

Pero todo es mentira en estos dichos:
el auto, la ambulancia, hasta la lluvia,
el campito de fútbol, el camino.
La realidad es otra, más lejana.

Mejor dígase poste,
cables de luz nocturna,
algún lote baldío,
algún taxi que atraviesa la noche,
la pareja —que se adivina joven—
le hace el amor al monte del baldío.

Nombrar lo que se mira
también es un azar.
Dejar que el árbol duerma,
eso es mejor que ponerlo
a cantar de madrugada,
que sus cuerdas vocales se alimenten
del silencio que cura los insomnios.

Que un hombre en un balcón
entretenga su tedio
con mentiras, que invente
algún silbido allá a lo lejos, hormigones
que vuelan en época de lluvias en torno
de farolas como soles
que matarán su vuelo.

Y que esta madrugada
transcurra en su humedad sin contratiempos,
mientras llueve el verano de repente
sobre el techo del auto,
el campito, el poste, el árbol,
la ambulancia, el camino, el hormigón,
el taxi, la pareja, hasta el insomnio,
la ciudad, el silencio, el hombre insomne.
Que todo esto suceda y que eso baste.

Compañero incómodo

Julieta Arévalo

Desde niño me gustaban los chocolates. Recuerdo haber comprado con mis ahorros varias cajas que almacenaba en el armario. No los compartía, sólo a mi perro. Es extraño, pero mi carácter ácido no coincidía con la dulzura que se derramaba a través de mi garganta y que caía lentamente hasta terminar en mi estómago y después en la taza del escusado. Mi cuerpo siempre me dio problemas; que si era muy flaco para ciertos deportes, que si me iban a trozar un hueso en algún partido, que si la ropa no me quedaba y mi madre tenía que coserla en la máquina para hacerla a mi medida, que si vitaminas para el niño porque está anémico, que si espinacas en todas sus variantes, que si la emulsión de Scott...

Somos reconocidos por nuestro cuerpo, de ahí las variadas clasificaciones en torno a él. Ahí tienen el cuerpo de rumbera, el de bailarina, el de nadadora, el de lazo con nudo, el de pelota, el de escoba, el de futbolista, el de garrocha, el de perro galgo parado, el de luchador. A mí, por ejemplo, me tocó tener cuerpo de poste de luz cuando era niño y adolescente.

El cuerpo es el primer detalle que sale a la luz. Cuando nacemos lo primero que se ve es si estamos flacos o gordos, morenos o güeritos, hinchados o chapeados, peludos o lampiños, con cara de *alien* o de ángel. Así, de estar sumidos en las aguas cálidas de las entrañas mater-

(Ciudad de México, 1972). Su libro más reciente es *Paraíso y otros cuentos incómodos* (Casa Editorial Abismos, 2013).

nas, entramos al comienzo de la decadencia. A partir de ese momento el cuerpo permanece pegado a nosotros, lo cargamos día y noche, lo sentimos cuando está cansado, con energía o maltrecho, se expresa cagando, suda cuando tiene calor, habla a pedos e incluso expulsa sangre. El cuerpo es un abismo que deja rastros entre los pañales, en las almohadas, en el asiento de algún vagón del metro, en los respaldos, en los zapatos. Incluso al morir el cuerpo deja marcas que con trabajos se pueden borrar. Cuando murió mi madre dejó su silueta en la cama; mi padre no quería cambiar las sábanas porque tenía la esperanza de conservarla. Varias veces lo vi llorar sobre la almohada de mi madre y oler su ropa durante varios meses, hasta que finalmente el aroma y su silueta se borraron. Fue entonces cuando decidió que ya era tiempo de olvidar y buscarse a otra mujer.

Pero volvamos a lo mío. Mi infancia fue entre dietas de engorda, apodos y atracones de chocolates, lo único que realmente disfrutaba. Comer chocolates era para mí un ritual. A veces lo hacía frente a la ventana de mi recámara, abría el papelito plateado con el que estaba envuelto y comenzaba una seducción entre el olor del cacao, mi lengua y mi paladar. Sentía cómo se iba derritiendo. Los dientes me quedaban de color café, era cuando mi madre se daba cuenta de que me había hartado de chocolates y le contaba a mi papá. Entonces venían los sermones y los regaños, luego se les pasaba porque sabían que nunca engordaría y que mis huesos y carnes lo iban a agradecer. Pero se equivocaron: mi metabolismo cambió y de ser un muchachito enclenque me convertí en un señor pachoncito, como si a una serpiente se le hubiera quedado atorada una pelota. Mi cuerpo había adquirido otra dimensión, un lugar en el espacio en el que era visible a unos cuantos metros. Nada que ver con aquel cuerpo del pasado que me permitía esconderme tras el pupitre del salón de clases, los postes o los árboles. Éste, mi cuerpo presente, comenzó a darme cierta repulsión. Ver los botones de las camisas a punto de reventarse me irritaba y también comprobar que, cuando comía chocolates, mi estómago emitía unos ruidos que a veces despertaban a mi mujer en las madrugadas.

Un día sentí hormigueos en las manos y en la boca, intenté llamarle por teléfono a mi mujer. Caí en el pasto del garaje. Oí a lo lejos las voces de mis vecinos, tenía las palabras en la mente, quería decirles

que se callaran y me dejaran en paz, pero no podía hacerlo, mi boca se resistía, la lengua estorbaba.

Evento cardiovascular, eso es lo que le ha pasado, me explicó un médico. Yo lo miré sin poder mover los labios para hablar y preguntarle cuánto tiempo me quedaba. Pasarán meses, incluso años, para que mi cuerpo se recupere o tal vez eso no suceda.

Hoy me dan de comer en la boca, no puedo hablar, soy un inútil, me dan verduras, extraño los chocolates y la coca de las cuatro de la tarde. Me estiran los pies y los brazos para intentar reanimarlos, pero no siento fuerza, sólo el peso de mi cuerpo aunque haya bajado ya diez kilos. Mi mujer contrató a una enfermera para que le ayude. Es ella quien me cepilla los dientes y me peina frente al espejo, es ahí cuando me veo. Parezco un viejo de ochenta años y tengo sesenta. Mis pómulos están salidos y la grisura de mi piel parece la de los cielos en las peores contingencias ambientales. Tengo un ojo cerrado y otro medio abierto, lo cual agradezco para no verme más detalladamente, sin embargo mi desgracia contrasta con la plenitud de Wendy, mi enfermera. Su piel me recuerda a la de los bebés, sus muslos son robustos y sanos, sus pechos extraordinariamente bien dotados, sus labios aún no están secos como los míos y conservan esa textura de terciopelo. El cadáver y la princesa, así le pondría a nuestra imagen.

Han pasado varios meses y sólo puedo comunicarme a base de parpadeos y balbuceos, lo que en verdad me exaspera, pero sobre todo me frustra no poder mentarles madres a mi mujer, a mis nietos cuando me ven con lástima y creen que soy un idiota por no poder hablar, y a mis hijos cuando piensan en mí como un bulto. Lo más angustiante es sentir que mi cuerpo se burla de mí. Nos hemos vuelto adversarios; cuando yo quiero una cosa, él hace otra, cuando pienso, él prefiere moverse sin mi consentimiento. He visto a mis brazos balancearse cuando veo el escote de Wendy cerca de mí, he sentido cómo mi bulto se yergue cuando ella me lava y me cambia el pañal. Wendy finge no darse cuenta, pero reconozco su rostro de repulsión al sentir cómo

aquel tronco marchito revive por unos cuantos minutos. Y qué decir de los ruidos del estómago. Aunque ya no como chocolate, durante las noches me despiertan mis entrañas. Oigo cuando me llaman desde lo más profundo. Las tripas se acomodan y emiten unos ruiditos que me perturban, siento cuando se contraen y cuando se estiran como si estuvieran despertando en un bostezo para después pronunciar mi nombre. Mi mujer no se ha percatado porque ahora duermo en el primer piso de la casa. Mis labios también se mueven, lo hacen con muecas y nerviosamente, mi corazón palpita sin consideración. Soy incapaz de controlarlos.

«Te noto desmejorado, Jorge. Tienes que dormir más», me dice mi mujer. Por supuesto que estoy desmejorado, estoy muerto en vida. Las noches son largas, intento dormir, pero es la hora en la que mi cuerpo cobra vida y me juega malas pasadas. Ayer las rodillas no dejaban de tronarme, el ruido era enloquecedor, los dedos de mis pies se estiraban como si intentaran ir tras una presa, mi rostro estaba incandescente, me quemaba.

En las mañanas Wendy me lee varios periódicos y revistas, a veces prende la televisión para que vea programas matutinos con mujeres tontas. Intento decirle con los ojos que no me gustan, parpadeo para que reaccione y ponga el futbol o alguna película idiota, pero Wendy me mira pensando que esas cosas me gustan. La humillación llega cuando me da de comer y comienzo a babear como perro hambriento y ella finge que todo está bien, pero no es así porque se me cae la baba por ella, por la salud de sus carnes, por su cuello sin arrugas y esas uñas rojas que adornan sus pies de Barbie.

Una noche de insomnio pasó algo espantoso. Mi labios comenzaron a moverse ansiosamente, mi lengua de izquierda a derecha, varias palabras comenzaron a formarse: *me enfermo, mugre, ¿dónde están todos?, parangaricutirimícuaro, auxilio, ¿qué no se dan cuenta?, estás loco, te voy a ganar, te voy a matar, te vas a morir cuando yo quiera.* Así estuve durante más de tres horas oyendo mi voz en frases y palabras incoexas. Al día siguiente pensé que se iban a dar cuenta, pero mi mujer sólo fue a despedirse porque había una comida en casa de uno de mis

hijos. Así que me quedaría en compañía de «ese». Intenté dormir, pero mi cuerpo no me dejó. Las tripas comenzaron su concierto, la boca se abrió, la lengua se movía de un lado a otro y mi bulto crecía sin razón. Sentí las sábanas húmedas, la orina salía como cascada, me ardía la piel, mis dientes castañeban, las axilas hedían.

Wendy llegó a la mañana siguiente, me cambió el pañal y quitó las sábanas. Me bañó, el miembro creció y creció y esta vez ella se asustó cuando vio mi mirada. Mis brazos se estiraron hacia ella, los dedos se movieron y junto con mis manos apretaron sus pechos mientras mis ojos, fuera de órbita, caían rebotando sobre esas delicias. *Pero yo no quiero hacerte nada, chica. Sí, estás muy guapa, sí, eres lo único bello en medio de esta muerte lenta. Wendy, no te asustes, yo no soy así, es mi cuerpo, no soy yo, te lo juro, no soy yo.* Mi cuerpo y yo estábamos en distintos caminos, sus movimientos no me pertenecían. Ella pudo soltarse, pero vi su rostro de terror. «Pinche momia perversa», me dijo. Yo quería llorar, pero en vez de eso mi boca sonrió. «Idiota, ¡viejo cochino!», gritó Wendy, mientras yo quedaba en la más completa desolación.

Contrataron a otra enfermera. Es vieja y tiene cuerpo de armario antiguo. He escuchado a mi hijo decir que sería más fácil si yo hubiera muerto, mi mujer lo regaña y llora, pero sé que en el fondo está de acuerdo. He intentado decirle a mi cuerpo que me mate, que un día las fosas de mi nariz se cierren, que se forme otro coágulo y me fulmine, que mi corazón renuncie y que pierda de una vez por todas la lucidez para ya no sufrir. Pero mi cuerpo no cede, ayer me dijo que no voy a tener ni un minuto de paz, que él decidirá el momento de descansar y dejarme libre ✦

Estadística supersticiosa

Luis Téllez Tejeda

Ser homosexual y no creer en los horóscopos es como ser homosexual y que te guste el fútbol. Peor, ser homosexual y no creer en los horóscopos es como ser homosexual e irle a un equipo de fútbol, saber en qué posición está en la tabla del torneo y disfrutar de los partidos más allá del deleite ocular y lascivo que significa mirar a veintidós cuerpos atléticos seguir los movimientos de un balón —veinticinco cuerpos, si contamos al árbitro y a sus dos asistentes, que también suelen tener un físico apetecible.

Soy homosexual, le voy a los Pumas desde antes de saber qué era la Universidad Nacional —institución con la cual sostengo una relación de tóxica dependencia económica— y sé, temporada a temporada, cómo sube y baja mi equipo en la tabla de posiciones —acaban de bajar casi al sótano, por cierto.

Si mi educación jacobina me aleja de supersticiones tan estructuradas como los horóscopos, o la religión misma —practico ciertos ritos católicos sin creer más que en el teatro—, el fútbol, la lotería y los depósitos a mi cuenta bancaria de los sitios en los que trabajo despiertan dentro de mí al más primigenio de los seres humanos que necesitó de una señal ajena a sí mismo para decidir algo, al ermitaño medieval que se privaba de cualquier satisfacción, incluso las más imperiosas, con tal de obtener el favor divino.

Mi padre juega siempre el mismo número de la lotería y el mismo en los pronósticos, dice que por estadística de esta manera tiene mayores probabilidades de obtener algún premio, algún día. Creo que la estadística es su superstición, una nigromancia basada en hechos, sí,

(Naucalpan, 1983). Su libro más reciente es *Coctel de frutas* (Semilla Corazón, 2021).

pero expectante siempre de la ruptura. Por el contrario, la religión, el zodiaco y demás cábalas basan su fe en aquello que no ha sucedido, en conjurar la fatalidad confiando en lo improbable.

Soy de los que no ve cuando mi equipo va a tirar o a recibir un tiro penal, desvío la mirada de la televisión, o de la portería cuando estoy en el estadio, hacia mi vaso de cerveza, espero el silbatazo y después la exclamación que me indica si fue o no gol. Por estadística, la mayoría de las veces que he hecho este pequeño hechizo mi equipo mete el balón en la portería contraria o el jugador rival falla su tiro.

No compro billetes de lotería que contengan números consecutivos, que repitan cifras o que comiencen con uno. Sólo he atinado a un montón de reintegros y a un par de premios que compensan todo lo que he gastado en este vicio que heredé de mis abuelos y de mi padre, quien tampoco ha ganado gran cosa apostando al mismo número siempre.

La estadística podría darle la razón a la superstición, porque cuando se trata de explicar cualquier ocurrencia fatal en nuestras vidas, gozosa o trágica, siempre será más sencillo decir que ganamos la apuesta en la final pambolera porque cuando se tiró el penalti decisivo volteamos la cara para no ver el tiro, beneficiando con nuestra cábala íntima a millones de aficionados, pero especialmente a los millonarios dueños que manipulan cada movimiento en la cancha y fuera de ella.

Esa fe en la que depositamos nuestra pequeñez para creer trascendente nuestra existencia, también es la culpable de que nuestro número no salga premiado en el sorteo de los viernes, «fue mala suerte», aunque hayamos apostado con la razón de la estadística en la mano.

Ni la razón ni la fe.

La superstición es una forma de negar a Dios y Dios es una forma de negar a la razón. No creer en los horóscopos sería del agrado de Dios, entonces, al menos del dios judeocristiano, que condena a los homosexuales. Que no se preocupe, para su desagrado, seguiré desviando la vista cuando mi equipo cobre un penal, y seguiré comprando lotería sin ningún rigor estadístico, con mis propios talismanes de la probabilidad ✱

SAN AGUSTINILLO

Donde quiera que fuéramos había perros, que daban la impresión de que alguien les había dado de comer pero les había negado el nombre.

El sol se disolvía en la otra mitad del mundo.

Mientras asistíamos a su partida, revoleábamos los brazos para espantar las mosquitas.

Sentía la carne caliente que era yo aprender a quedarse quieta a pesar del sudor.

La vena nítida de tu cuello.

El mar es lo contrario de Sísifo.

Se nos ofrecía un montoncito de camarones, arqueados en un plato.

Lo desmantelamos.

Te vi en la hamaca, radiografiado de oro.

Dos cuerpos en el agua son dos cuerpos casi solos.

SAN AGUSTINILLO

Wherever we were, there were dogs, looking like someone had fed but not named them. / The sun dissolved into the other side of the world. / We windmilled our arms around the gnats to watch it go. / I felt the hot meat of me learning to stay still under my sweat. / Your neck's full vein. / The ocean is the opposite of Sisyphus. / A plateful of shrimp curled up for us. / We dismantled them. / I saw you in the hammock, x-rayed in gold. / Two bodies in the water are as good as alone. / Rosa told us about the Canadian

Rosa nos contó del motociclista canadiense que había perdido
 las dos piernas en la carretera.
 Aquí tienen el protector solar, el jugo de piña.
 Mejor que tengan dos bebés, no uno.
 Siempre había lagartijas sobre las escaleras.
 Un pájaro cuyo canto repiqueteaba: «dé-ja-lo» o «ya-me-voy».
 Los perros que escarbaban sus sombras en la arena.
 Dos cuerpos en el agua se pueden olvidar del miedo al agua.
 Flotan para que les den la bendición.
 Y se las dan.
 El breve resplandor que eso proyecta.
 Me quedó un moretón en un nudillo por golpearme bajando de
 una camioneta el día antes de salir para el aeropuerto.
 Con esa mano escribo.

VERSIÓN DEL INGLÉS DE EZEQUIEL ZAIDENWERG.

motorcyclist who tore off his legs on the road down. / Have some sunblock,
 have some pineapple juice. / Have two babies, not one. / There were always
 lizards on the stairs. / A bird whose three staccato notes chimed *put-that-
 down* or *yes-I-will*. / The dogs scrabbling shadow out of the sand. / Two bo-
 dies in the water can forget to fear it. / They hover to be blessed. / And are. /
 The brief sheen of it after. / I crushed my knuckle purple climbing out of a
 pickup truck the day before we flew. / That's the hand I'm writing with.

La ruta del tentempié

Sebastián Díaz Barriga

Cuando me dijeron que había ganado el Sexto Premio de Poesía Joven Alejandro Aura, mi corazón no lo podía creer. Estaba confundido, bruscamente confundido, y llevaba semanas sin dormir. Por aquel entonces vivía en un cuarto de servicio sobre un edificio de la calle Anáhuac y había leído dos o tres poemas de Alejandro en un librito que compré a las afueras de la universidad. Sus poemas, en realidad, me resultaban malos (a diferencia de sus cuentos, que consideraba, si bien no excelentes, cuando menos superiores a lo que por entonces se hacía). Pero había uno que me gustaba. Llevaba por nombre «Las migas de la abuela» o «El camino de mi abuela». Un poema en el que hablaba, como es de suponer, sobre su abuela, o sobre cómo su abuela se había convertido en su madre, o sobre un viaje de la infancia en el que descubrió que su madre se parecía tanto a su abuela que desde entonces dejó de distinguirlos. La verdad es que no quedaba nada claro. Pero poco importaba, porque los versos crecían y caían cada vez más como en un ataque —pero ¿de qué?

En la universidad me inscribí en un taller de poesía al que sólo acudí en una ocasión y nunca más regresé; fue el tiempo suficiente para notar que la poesía, como todo en la vida, está siempre en otra parte. El tiempo preciso para conocer a Coffman y a Emilio (el primero judío y el segundo colombiano), dos muchachos que más tarde me llevarían a cuestras, sobre su vida, a través de los oscuros bultos del misterio latinoamericano.

Con Coffman vivía en la calle Anáhuac. De él era el cuarto de servicio que me había prestado o regalado y supongo estaba bien: no pagaba renta, tenía una estufa pequeñita y podía leer a cualquier hora sin preocuparme por nada más.

(Ciudad de México, 1998). Ganador del Premio de Poesía Joven UNAM-SECTEI 2021 con el libro *Nada del otro mundo* (Publicaciones y Fomento Editorial, 2022).

Me había mudado con Coffman casi tan pronto como nos conocimos, a la salida del taller. Esa vez, sin siquiera notarlo, pasamos de la desesperación al llanto y de ahí a una sensación de vacío. Un vacío extraño y atemporal en el que, de algún modo, nos encontrábamos inmersos. La tarde continuó hasta que todos y cada uno de los talleristas ya estábamos borrachos, hasta la médula, recostados como piedras abandonadas que tomaron el sol toda la noche. Comprendí que mi vida, hasta ese momento, no había sido sino un simulacro, una perversa simulación llena de secuencias calculadas y tristezas reprimidas. «No he hecho sino cronometrar el aniquilamiento», pensé lentamente mientras miraba el recortado cielo de la ciudad.

Aquella noche volví a mi casa y soñé que estaba borracho. Soñé que estaba borracho mientras bailaba una canción de cumbia. Luego, una mujer muy parecida a mi exnovia llegaba hasta mí. «Estás muy tomado», me decía tiernamente. «Mejor te llevo a tu casa, ¿en dónde vives ahora?». Pero yo no recordaba mi dirección y seguía bailando mientras intentaba recordarla, mientras pensaba en ese espacio, en esa construcción llamada casa, que había dejado de existir en mi memoria. Pero mi novia, o mi exnovia, seguía ahí, bailando, como una forma de ayudarme, una forma de decir que todo estaba bien y que ella se encargaría de mí hasta que pudiera volver a casa.

«Pero ya no somos novios», le decía en el sueño. «¿Por qué intentas ayudarme si ya no somos novios?». «Porque sí somos novios», decía ella. «Lo que pasa es que estás soñando, y en el sueño piensas que ya no lo somos, o que lo dejamos de ser o que, en algún momento de la vida, nuestros caminos se separaron. Pero yo sigo aquí. Por favor intenta recordar». Lo único que deseaba, en ese momento, era volver a casa y dormir hasta tarde. «Trata de despertarte», me decía tiernamente, pero yo seguía en el sueño.

Desperté antes del amanecer, en mi habitación. Me había quedado dormido con las luces encendidas. Me levanté, apagué todo y volví a la cama.

Una semana después tuve el mismo sueño, pero con una extraña variante, mi exnovia era ahora una mujer mayor. Pensé en volver al psicoanálisis. Descarté la idea al poco tiempo.

Mientras alistaba todo para mi mudanza encontré, entre mis cosas, pocas cosas en realidad, una libreta que creía haber perdido. La abrí al azar y hallé el siguiente borrador:

¿cuántas manos me quedan
por abrir?
¿cuántos brazos me quedan

por levantar?
 la tempestad
 si no es sublime
 sólo aburre.
 no digo lo que hay
 donde pongo la mano
 pongo el pie
 soy minusválido
 metafísico
 el ataque de la panadería
 además
 ...

Los últimos versos estaban ilegibles. «Qué extraño», pensé. «Ésta, incluso, no parece ser mi letra». Tal vez era el poema de un amigo, de alguien más, alguien que se confundió o que, de pronto, había tomado mi libreta para escribir sus versos de mudanza. Permanecí inmóvil, en el filo de la habitación llena de cajas, intentando descifrar estas palabras como si se trataran de un mensaje del espacio exterior.

A Emilio lo conocí meses después, durante una lectura organizada por el grupo de Coffman. Un grupo al que nunca terminé de entender o al que nunca quise entender. Emilio llegó, por en medio de la gente, como un santo sin pasaporte, listo para cualquier cosa.

Compramos un vino en caja y lo bebimos a escondidas dentro del bar en el que Coffman había organizado la lectura. Los poemas del grupo eran horrendos, entonces Emilio —como telépata o como gemelo— me dijo: «¿Quieres escuchar uno de mis poemas?». Dije que sí mientras buscaba el vino, que comenzaba a desaparecer. De pronto, de su morral, sacó una libreta de esas que les regalan a los médicos, un anuncio de supositorios, pero en letras muy grandes.

Hojeó durante un momento y después me perdí. Era uno de los poemas más hermosos que jamás hubiera escuchado. Entendí de pronto que yo no sabía nada sobre México hasta que conocí la poesía colombiana. Recuerdo haber escrito un poema en la libreta de Emilio. El poema no lo recuerdo, pero sé que empezaba así:

en mi cama yo te recibo con las FARC

Después decía algo sobre los falsos positivos y la danza en Colombia. Algo que, ciertamente, no puedo recordar.

Abandonamos el bar y caminamos por alguna perdida calle que ni Emilio ni yo conocíamos. Caminamos toda la noche, sin rumbo, como bolsas de papel que giran sobre la calle, mientras esperábamos que algo interesante sucediera.

—¿Te imaginas? —dijo Emilio como si fuera la conclusión de algo más, algo que llevaba pensando desde hacía tiempo y que, recién ahora, comenzaba a comprender.

—¿Qué cosa? —pregunté.

—Programar una inteligencia artificial. Una inteligencia artificial capaz de ganar concursos literarios.

—¿De qué hablas? —dije.

—Piénsalo bien, una inteligencia capaz de responder a lo que le pidas, cualquier cosa, una novela, sesenta novelas. Todas novelas ejemplares, nutridas de otras novelas ejemplares. Llenarla de números, correos electrónicos, revistas, periódicos, fotografías y cien mil novelas en español y otras cien mil en inglés o en cualquier otro idioma. Después darle una copia de los últimos cinco ganadores de algún concurso literario de provincia y esperar el milagro.

Emilio permaneció en silencio mientras caminaba sobre el borde de la banquetta.

—¿Tú conocías esta calle? —preguntó de pronto.

—No —dije—. Nunca antes había estado por aquí.

—Ni yo. —Hubo silencio.

—Pero bueno, supongo que algo se perdería, ¿no crees? «Para encontrar algo hay que perder algo», como dice el poema.

Entendí de inmediato lo que quería decir. Dije que sí o, más bien, tuve la sensación de haber dicho que sí mientras pensaba en todo ello. Mientras pensaba a qué poema se refería. Después caminamos en silencio. Las calles a media noche despertaban la ciudad.

Pensándolo bien, no sé si en realidad dijimos todo esto o si lo leí en alguna parte. De cualquier modo pienso que es real y también que es una prueba de que la poesía se mueve sola. Llegué a mi cuarto al amanecer y dormí toda la tarde. Esta vez apagué las luces.

Semanas después pasó lo del premio y no fue sino hasta entonces que volví a creer en el destino: tenía veinticuatro años y mi suerte empezaba a cambiar. Aunque lo curioso, lo verdaderamente curioso, fue que ese año yo no había participado en el Alejandro Aura. Ésa era la verdad y también era cierta.

El año anterior sí que había participado. Pasé toda la noche arreglando un manuscrito, serían unas veinte cuartillas que entregué al día siguiente, junto con otros documentos, en una perdida dependencia de alguna secretaría cultural en donde esperé, durante más de media hora, hasta que alguien me recibiera.

«¿Es todo?», pregunté. «Sí», respondió la señorita que atendía el lugar. Aunque tuve la impresión, no sé por qué, de que esa señorita, bastante joven y malhumorada, estaba cubriendo a alguien más, quizás a la verdadera señorita de la dependencia que se dedicaba a registrar manuscritos. A la que llevaba más de veinte años trabajando en ese mismo lugar; una especie de madre de los concursos literarios, capaz de dar fe y respuesta a quien más lo necesitara. Di las gracias a la señorita falsa y salí del lugar. Volví a casa caminando. Esa vez ni siquiera recibí una triste mención.

Serían las once de la mañana cuando me llegó la noticia. Yo acababa de despertar. Había pasado toda la noche leyendo y pensé que «me llamaban entre sueños», etcétera, etcétera. Y que «he descendido hasta aquí porque mi vida es un misterio», etcétera, etcétera.

El caso es que había ganado el premio con todo y la publicación. Dentro de cuatro días debía ir y firmar unos papeles en las oficinas de Cultura. Pero pensé, casi de inmediato, que si bien no se podía tratar de una broma, sí que se podía tratar de otro Sebastián. Un Sebastián con mejor suerte, pensé. Incluso con más carisma.

Aunque, la verdad, ya eran muchas coincidencias: un Sebastián de veinticuatro años como yo y que, también como yo, había escrito otro poemario con el mismo título que el mío.

En México suelen pasar este tipo de cosas. No es muy común, pero pasan. Y es mejor no quebrarse la cabeza o buscar una explicación lógica cuando, quizá, la explicación lógica existe ya, en alguna parte del país, en la mente de algún secretario, algún pariente, algún testigo presencial que lo ha visto todo y lo sabe todo y que quizá todavía pueda recordar.

Permanecí quieto, en el borde de la cama. Pensando que «la poesía se mueve sola», etcétera, etcétera. Y que ningún poeta pesará más que sus palabras

Etcétera.

Etcétera ✕

Los jaleos son un palo flamenco, un estilo de cante. También son gritos, gritos para animar, no al público sino al artista. Gritos a compás (una no puede jalearse cuando se le antoje). El compás, hasta en la sopa. *Ole* es un jaleo. Uno de tantos. Leo de Faustino Núñez: «Desde los años cincuenta del XIX, cuando se estaba confeccionando el repertorio y aún no se había establecido el nombre de flamenco, a los seguidores de este tipo de música y baile nuevo se les solía llamar aficionados al jaleo.

Jaleo no

Jimena

German Blanco

(Tlaxcala, 1994). Doctoranda en el Departamento de Estudios Semíticos de la Universidad de Granada, investiga los aportes del mundo árabe clásico a la historia de la salud mental.

No se referían en concreto al género musical, los jaleos, sino a la música que se jaleaba». Sabemos que *jaleo* también indica movimiento, alboroto, un lío.

Mi formación en el flamenco no fue musical ni musicológica, fue dancística, y aunque estuve años comprometida con el baile a niveles obsesivos, nunca me consideré bailaora porque no pretendí hacer de la danza una profesión. Me pasó la idea por la cabeza, pero pasó sigilosa y breve: los escenarios nunca fueron un lugar que pisara cómodamente. Mi afición ha crecido de una forma bastante más reflexiva desde que no bailo. Cuando dejé de bailar aprendí a escuchar mejor. El cuerpo danzante trajo las herramientas para esa escucha, pero no siempre fue capaz de desmenuzar la música a profundidad. Dejar de bailar buscando permanecer cerca del flamenco me llevó a concentrarme únicamente en el sonido, y concentrarse en el sonido implica leer sobre esos sonidos y su historia. Y pensar. El cuerpo en reposo encuentra más espacio para pensar. Ahí, en la escucha y la investigación por cuenta propia, mantengo el vínculo. En más sentidos del remitido por Faustino, soy aficionada al jaleo.

DE IDA

«Benita Díaz, natural del reyno de Méjico, de diecisiete años de edad, busca casa para criar: vive en la calle del Hondillo, núm. 173».

Esta nota apareció en 1830 en el *Diario Mercantil de Cádiz* y está recopilada, como tantas otras, en *El afinador de noticias. Crónicas flamencas en la prensa de siglos pasados*, un compendio publicado en 2021 por Faustino Núñez. Con ella se imagina lo que esa mujer cantaría a quienes criara allí donde la contrataran; imagina que tararearía en alguna casa gaditana todo lo que una es capaz de almacenar dentro, a veces sin saberlo, cuando migra lejos.

Yo no llegué a Cádiz, ni buscando «casa para criar». Llegué a Sevilla, también a los diecisiete, con la maleta perdida y, por suerte, los zapatos de danza en el equipaje de mano. Fue mi primer contacto con el flamenco fuera de México. Un contacto contundente. De lunes a viernes, de las ocho a las tres. Más de cuarenta grados todos los días. Pies hinchados todos los días. Guitarras y palmas todos los días. Historia y teoría todos los días. *Tico tá tico tá tico ta tá* todos los días. Ahí *lo flamenco*, como en casi todos sus espacios formativos, es asumido

con fronteras bien establecidas. El flamenco como país, como continente entero.

Con esto me refiero a lo que sucede en aulas, entre paredes, con horarios fijos. Después está la calle: los bares, las juergas, la jerga, la feria, los dichos. Y las casas. Las abuelas canturreando al ritmo de una pala en el potaje, o los villancicos *aflamencaos* cada diciembre en Andalucía. Una atmósfera entera que, sí, facilita el aprendizaje de un lenguaje muy complejo, pero que a la vez alimenta el cansino mito de pensarlo como algo «puro» y puramente andaluz. Como si tal cosa fuera posible en el mundo de la música, en una región tan heterogénea como ha sido el sur de España.

Empecé a bailar en México y eso sorprende a muchos: que «haya flamenco» y escuelas donde aprenderlo fuera-de-España. Las hay, y no son pocas, respondo. Quizá menos que en Tokio, pero las hay. No exagero si digo que me topé con este género casi por casualidad, pero creo que se trata de un caso aislado si pensamos que en algunas regiones de México el flamenco está mucho más presente en el imaginario colectivo que un son jarocho o una quebradita, aunque sea para cantar *volaré, oh, oh, cantaré, oh, oh, oh, oh*. Es curioso lo familiarizados que están en Tlaxcala o Puebla con el concepto de *tablaó*.

Mis primeras clases fueron en una sala pensada para reuniones de negocios, no para enseñar danza. Aprovecharon que tenía suelo de parqué, agregaron espejos enormes, y listo, *hala*, a taconear ahí, encima de una cocina porque la dueña quería aprender a bailar eso. Fin. Era un espacio pequeñito lleno de complicidad por tanta vergüenza y torpeza juntas. Yo no entendía nada. Seguido sentía que estaba desperdiciando dinero y tiempo. Para quienes no crecimos en un ambiente musical, entender el compás flamenco puede convertirse en un martirio. Si a eso sumamos la complejidad corporal que exige el baile, *ese baile*, es aquello un océano fascinante igual que aterrador. Del cante, ni habar. Ni se acaba ni se abarca. Frente a eso, al mar se le tiene respeto. También miedo. Pero, sobre todo, respeto.

DE VUELTA

En el segundo volumen de *A Flamenco Catharsis* aparece un texto visual de David Pielfort. «Aprenda flamenco en siete días»:

O lo que es lo mismo... entérese de una vez de lo que es el flamenco en unos minutos: empiece por no tocar las palmas, tampoco amague con bailar, ni tocar la guitarra, no cante, no hable, no jalee, mueva, no toque las palmas, ni baile, no vaya a tocar la guitarra, no cante, no hable, ¿tiene un cigarro? No respire, no se mueva, pague, no toque las palmas, no baile, no vaya a tocar [...]. No toque la guitarra, no cante, no hable, no jalee, no respire, no beba, no coma, no fume, no se mueva, pague, no toque las palmas, no baile, no toque la guitarra, no cante...

Y al final de una página entera con las mismas frases en bucle: «Este protocolo pedagógico no se lo salta un gitano, y como podrá comprobar, la desafección al régimen de la jondura será inmediata».

En Sevilla (después en Madrid y Granada) sabía y no lo que me iba a encontrar. Por etapas me he alejado deliberadamente de espacios flamencos, no por falta de interés sino porque muchas veces resultan cansinos, rutinarios, empolvados, faltos de receptividad en tantos sentidos. Al flamenco lo inunda, entre otras cosas, una auto-sacralización que lo aísla de sus principios más básicos: los de los márgenes y lo impuro; los del humor y la hospitalidad en medio de inequidades estructurales, incluso. Al flamenco se le ha sobreprotegido en casa, desde bien niño, y de él crece una afición parcialmente ciega. Afición, sí, pero naíf y desinteresada cuando se le sugiere que indague, que rasque un poco.

Uno de mis aspectos predilectos de la tradición flamenca es la falta generalizada de autoría. Sin ser folclore, «en el flamenco cantar supone repetir lo ya cantado; repetición de lo cantado en la infinita variedad de sus formas, modos y melismas». A continuación, Martín Ballester cita a Enrique Morente: «El cante se aprende en el aire». Cualquiera puede acercarse a un docente, una academia, un curso, pero la producción artística flamenca está esencialmente basada en *pillar pellizcos*, tomar cosas prestadas (o robarlas): traducirlas al lenguaje individual, sea con la voz, las manos o el cuerpo entero. Y la realidad es que quienes acceden a eso desde la cotidianidad son una minoría en todas partes.

El flamenco es apócrifo. Casi todas sus letras son huérfanas porque su valor no reside en la autoría sino en la interpretación que

las mantiene circulantes. En ese sentido es un lenguaje artístico bastante democrático. Nadie pide permiso para cantar «Mi *marío* no está aquí, está en la guerra de Francia...». Esos tangos habrá quien los cante sin haber escuchado nunca a la Niña de los Peines, a quien se le acuña su primera interpretación. Hace falta erudición o tiempo para rastrear el origen de una letra, un cante, una melodía. Esto le suma impurezas, lo vuelve a contaminar, lo llena, literalmente, de malentendidos: de letras alteradas y tercios inventados acorde a lo que cada uno mal-memoriza y remienda. Al artista flamenco, músico o no, por encima de cualquier otro atributo, se le valora por saber escuchar. Cuando recibió el Premio Nacional de Música, Morente dijo que «Es más difícil aprender a escuchar que aprender a cantar».

En el baile sucede lo mismo. Su no-estructura resulta un compendio de citas corporales que *deben* dialogar —no intercambiar mensajes, sino *entenderse*— con el entramado sonoro igualmente estructurado a modo de *collage*: el marcaje de fulana con el remate de aquél y el pellizco de tal. Se adopta, se mezcla, se alterna y, siempre maleable, ese conjunto deviene en una pieza de ¿autoría propia? A la obra flamenca no la vertebra la composición, sino la permeabilidad de quien la genera, su memoria. Es la interiorización (vocal, musical, corporal) de registros diversos de trazos ajenos. Cadáver exquisito. No estoy diciendo que el flamenco carezca de creadores, sino que lo funda un cinismo que acepta y explora el punto de partida de toda producción artística: se crea de lo que se recibe y con las herramientas de las que se dispone cuando se recibe. Posee un «descaro contracultural», como lo describe Ernesto Artillo reflexionando sobre el género de las sevillanas.

Pero esa dimensión colectiva en tanto vacíos autorales es contradictoria cuando se trata de abrirse al exterior, el principal mecenas. El flamenco está lleno de *outsiders*. Come gracias a ellos. Pienso, por ejemplo, en la labor cultural escénica y formativa que ha impulsado la estadounidense Cristina Heeren. Ésa sí que «ni canta ni baila», pero ha financiado en Sevilla lo que ningún sevillano. O en Ernestina Van de Noort, fundadora de la Flamenco Biennale, en Holanda. Aun considerándolo en muchas partes un «arte de importación», como lo nombra Ismael de Begoña, el flamenco ha llegado a rincones que quizá Pastora Imperio o Silverio Franconetti no imaginaron nunca.

DE IDA Y VUELTA

Haz que en sus aposentos no consienta
 Un page disoluto; si ahí suene
 Cancion de las que el vulgo vil freqüenta:
 Cancion, que de Indias con el oro viene
 Como él á afeminarnos, y perdernos,
 Y con lasciva clausula entretiene.

BARTOLOMÉ DE ARGENSOLA, S. XVII

en vano es que de las Indias lleguen a Cádiz nuevos cantares
 y bailes de distinta, aunque siempre de sabrosa y lasciva
 prosapia; jamás se aclimatarán si antes, pasando por Sevilla,
 no dejan en vil sedimento lo demasiado torpe y lo muy
 fastidioso y monótono a fuerza de ser exagerado.

ESTEBÁNEZ CALDERÓN, S. XIX

Leo desconcertado cómo la música se aleja cada día más de
 la cultura. El puñetero reggaetón con letras sexistas que no
 defienden ni las feministas, música asquerosa para el gusto.
 [...] Es la degradación absoluta y actual de la música popular.

JULIÁN RUIZ, 2022

La música se aleja de y se adhiere a la cultura tanto como la ortografía de Julián Ruiz. Para muchas personas vinculadas al mundo del flamenco, el que géneros como el reguetón, el trap o la cumbia se fusionen con su género estrella les resulta innecesario, inadmisibile e inoportuno. Les chirría hasta la risa y, en realidad, parten de un paradigma tan claro como paradójico para el caso del flamenco: el de la división entre alta y baja cultura. Los flamencos reivindican ser del sur siempre que sean El Sur, que no se contaminen de otras periferias urbanas, africanas o caribeñas. Su canon es marginal un día sí y dos no.

El compendio de Faustino Núñez que cité anteriormente, *El afinador de noticias*, contiene treinta y cinco apartados que de algún modo hacen referencia a América. Otros remiten a demás influencias culturales: a la invisibilizada presencia de la negritud en el flamenco, por ejemplo. Agradezco profundamente la labor de investigación de

Faustino y las reivindicaciones en ella porque hacía falta que alguien reactivara ciertos debates, y que lo hiciera con fundamentos. Uno de ellos, en el que es más reiterativo, es precisamente éste: el de América como paradigma condicionante para eso que desde hace trece años es considerado Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad (así, con todas sus mayúsculas, que a los flamencos les encanta). Puede parecer poca cosa, pero pensar el flamenco en su totalidad como género de influencia americana, continental, es más controversial de lo que nos gustaría aceptar.

De ida y vuelta se les llama a los palos que aluden a América y a sus intercambios con la península ibérica, en este caso, de carácter musical (rítmico, oral, instrumental, etcétera). Esos cantes remiten, sobre todo, a Cuba, México y Argentina. Pero si leemos las investigaciones de Núñez, tal categoría se ha establecido «casi a modo de propina», nos dice. Migajas, una cuota cubierta. Estará ya cansado de reiterar la omnipresencia de lo americano en el flamenco más tradicional. Por eso la tradición en este caso no debería recurrir más a la noción de *pureza*. Todo lo contrario. No hace falta leer mucho para adoptar la hipótesis de Faustino: *América en el flamenco* no pudo haberse limitado a un puñado de estilos (guajira, rumba, milonga, tangos, colombiana...). Tuvo que permear más, mucho más, y a partir de ahí su consideración de historiar la música en España y Andalucía con *perspectiva atlántica*. «América está presente en todo el género flamenco», insiste. Y lo sigue estando.

Otra de sus reivindicaciones ha sido visibilizar la labor de artistas no gitanos y no andaluces a lo largo de la historia (en fin, ser congruente, siendo él payo y gallego). Eso no sólo da otro vuelco a la extrema romantización de lo gitano en el flamenco —reconociendo todo lo que ha implicado el papel de la comunidad gitana en la evolución del género, que ha sido demasiado—, sino que le otorga una naturaleza mucho más global, acorde al dinamismo que lo ha caracterizado especialmente desde el siglo xx.

A principios de 2021, con todos los escenarios todavía inactivos debido a la pandemia, la oferta artística formativa *online* se disparó hasta superar su demanda. Los artistas que peor la pasaron eran quienes no son referente internacional: la mayoría. La afición era poca frente a quienes intentaban sobrevivir impartiendo clases desde casa, y gran parte de esa afición pagó por «formarse» con celebridades «todas

españolas», a quienes confinarse les afectó económicamente menos, en sesiones de Zoom con setenta o cien personas, y a un precio difícil de costear para la población promedio de Latinoamérica. La mayoría de los artistas se las vieron negras para captar alumnos. Entonces organizamos un curso virtual impartido por seis artistas originarias de México, Chile, Brasil, Finlandia y España, con la intención de, en primer lugar, «compartir clientela» en vez de disputársela; en segundo, ofrecer una experiencia propiamente supervisada a pesar de la virtualidad; y, en tercero, reivindicar el conocimiento artístico y la trayectoria pedagógica de profesionales no españolas. Si existe el malinchismo, en el flamenco es rampante. La audiencia fue, por supuesto, mucho menor que en las clases de Farruquito o Pastora Galván, pero terminó con un montaje estructurado colaborativamente, y sorprendida por la naturaleza del encuentro.

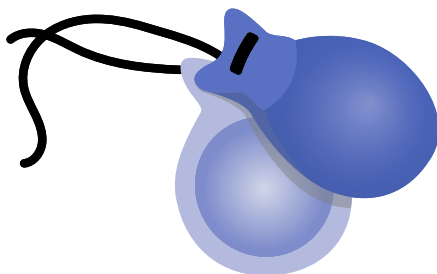
El concepto de *pureza* y su semántica entera diría que son, así, a bote pronto, de los favoritos entre los flamencos. No me refiero sólo a Andalucía, ni siquiera a España, sino también a México. La comunidad flamenca mexicana ha adoptado y reproducido cada uno de los mitos, y con ellos es fácil mantener en la sombra cuatro siglos de protagónicos intercambios en los viajes intercontinentales y los puertos de Cádiz, Veracruz, Habana, Cartagena de Indias, y más; algunos de los artistas más internacionales de la España prefranquista, y los ecos que dejaron en bailarines extranjeros, como Encarnación López para Kazuo Ono, o Antonio Bilbao para Isidora Duncan; una importante década de fusión, la de los setenta-ochenta, cuando por el sur, además de hachís, entraban el *rock*, el *blues* y la psicodelia, y de ello se inundaron los hermanos Amador y los Smash; la pertinencia de la exploración de artistas como Rosalía, Niño de Elche o Rocío Molina; el hecho de que actualmente la carrera de muchos artistas se sostenga gracias a las demandas en Japón: de que no promocionen sus giras, páginas, cursos (además de en español) en alemán o portugués, sino en japonés.

Perder de vista todo esto es negar la naturaleza permeable, desde su origen, del flamenco: de toda la música. El flamenco es muy dinámico, y basta muy poco para notarlo. Un baile, pocos minutos de una *jam*, un grupo de músicos marcando el compás con los nudillos en la mesa. Y precisamente muchos de esos círculos ejecutantes le impiden al flamenco asumir esa característica para sí mismo. Se los come

la monotonía, la repetición del mismo palo letra patada o coletilla, la reproducción de uno u otro mito, y cuando algo excede sus marcos ahí los tienes sorprendidos, como si todos estos fenómenos fueran algo arbitrario, instantáneo o incompatible para una manifestación cultural tan viva como el flamenco. Como si tanta diversidad se pudiera forjar en poco tiempo.

Si el flamenco es memoria, debe serlo no sólo para sostenerlo técnica y musicalmente, sino para interpretarlo sociopolíticamente. Por un lado, España encabeza la creciente lucha por los derechos de la comunidad LGBT+; por otro, miles de españoles siguen creyendo que «los andaluces hablan mal». País de contrastes como todo lugar exotizado y fácilmente exotizable. Como dijo alguna vez un amigo gallego: «Hay que ser lo suficientemente español para comprarse la camiseta de la Selección en el mundial, y lo suficientemente consciente para no ponérsela nunca».

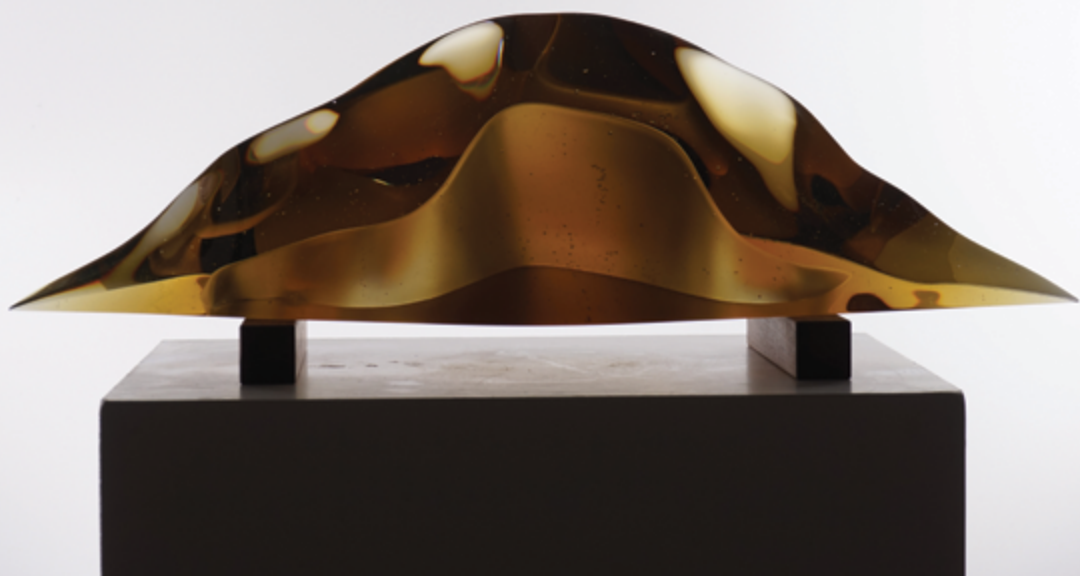
Entre los flamencos ése no es el común denominador. Padecen un vacío de memoria histórica y desinterés por la cultura fuera de sus propios márgenes. La tauromaquia y el flamenco permanecen hermanados, pero de una manera muy distante a la que sus aficionados creen y desearían: en ambos mundos se manosea la palabra *arte* como si de amasar el barro se tratara, sin ningún tipo de contextualización acorde a su tiempo. Se emplea borrando uno, dos siglos de historia en torno a la cultura, escupen un esencialismo que aterra. Se habla y se opina (sobre todo se opina) desde un sectarismo de víctima y victimario, y no es que deba construirse el pensamiento sólo desde la erudición o la formación institucionalizada, pero la autocrítica, como el soniquete, la tienen muy pocos.



Tampoco se detienen a mirar a su alrededor más próximo: uno repleto de personas, la mayoría bastante jóvenes, ejecutando alguna de las tres disciplinas básicas del flamenco, procedentes de realidades muy diversas. El flamenco como «género sin ley, manoseado e interpretado por todas las latitudes. Ahí la magia del apropiacionismo y la afectividad del paso del tiempo», dice Artillo. El flamenco no tiene palos de ida y vuelta: es de ida y vuelta. Todavía. Responde a otros lenguajes musicales y a todo tipo de manifestaciones culturales. Y si hace falta recurrir a artistas con suficiente licencia —histórica, técnica o identitaria— para legitimar ese dinamismo, sobran ejemplos.

Ahí tienen a Duquende y al Capullo de Jerez grabando tangos-reguetón con Omar Montes; a Rosario la Tremendita dando un concierto flamenquísimo sin guitarra acústica; a Califato $\frac{3}{4}$ y compañía convirtiendo un bolero en *flamencoelectrocumbia*, o componiendo una «Guahira» con base electrónica, palmas, castañuelas, pregones playeros y olas de mar; a los Derby Motoreta y su *kinkidelia* versionando la «Nana del caballo grande», o a Cristian de Moret y su versión *minimal* de «La leyenda del tiempo»; a Yerai Cortés, Niño de Elche y La Húngara llenando festivales con C Tangana: dicen que lo mejor de su gira fue ver esa puesta en escena de flamencos-siendo-flamencos alrededor de una mesa; a los hermanos Morente, con la figura de Enrique como eje pero construyendo cada uno un estilo y público distintos; a Israel Fernández colaborando con Pional o desfilando para Palomo Spain; a Manuel Liñán llenando teatros con bailaroes travestidos sobre el escenario; a Rosalía cantando que es «igual de cantaora con un chándal de Versace que vestiíta de bailaora», y sus más de quince mil espectadores tocando palmas por bulerías en un estadio de Lisboa.

Aquí ningún jaleo ha surgido por arte de birlibirloque. ¿Que las generaciones estamos pecando de «populismo pedante», como dice Héctor García Barnés, de «una retórica inflada y hueca que sirve de coartada para que los productos culturales más populares, esos que están en todas partes, no sólo se lo lleven todo, sino que además disfruten de un prestigio meritocrático que justifique su hegemonía?». Es posible. Pero al flamenco le hacía falta una sacudida como la tuvo con «La leyenda del tiempo» o con «Omega», y sucede ahora porque las circunstancias lo permiten. Nada poco prolífero puede surgir de una comunidad incómoda, dubitativa: confrontada respecto de sí misma ■



Durante la comunión

Giovanna Pollarolo

Yo pido *spaghetti*

él y ella *risotto* con langostinos

comemos con ganas y nos entusiasma

una botella de vino tinto

hablamos

del trabajo, de los viajes, del Perú, de Tacna

y de pronto

no sé cómo

del azar.

Si yo no hubiera ido a tu casa esa noche, empieza él.

Esa noche, agrega ella, yo no sé por qué estuve en tu casa hasta tan

[tarde.

Era tarde, pero yo creí, dice él, que ella vivía en tu casa. Pasaba por ahí

[y toqué el timbre, sin pensar

no estaríamos acá los tres. Ella y él no se habrían casado.

Si esa tarde yo no hubiera pasado por la calle Zela en el preciso mo-

(Tacna, 1952). Una de sus publicaciones más recientes es la novela *Toda la culpa la tiene Mario* (Planeta, 2016).

mento en el que tú caminabas por la vereda izquierda, no nos habríamos encontrado, no viviríamos en esa casa donde él, años después, fue a buscarla una noche.

¿Es así la vida?

Me pregunto qué hubiera tenido que pasar para que no me dejaras.

Si yo, si yo... no sé qué

ahora estaríamos acá los cuatro

comiendo *spaghetti* y bebiendo vino

hablando del azar.

Pero no. Algo pasó y ya no estás.

Tal vez tú y ella esta misma noche

están hablando

de cómo pasó todo.

Yo fui sin ganas a esa fiesta, dirá ella, y cuando llegué te estabas yendo.

Si me hubiera demorado un minuto, medio minuto...

Y tú tal vez dirás

dirás que esa noche fuiste sólo porque ella (yo)

no, no dirás nada.

Nada tuvo que ver el azar

con lo que pasó entre nosotros:

si no hubiera sido ayer habría sido hoy o mañana

de día o de noche.

Juegos de rol: dadaísmo de fantasía y alucinación colectiva del *performance* literario efímero

Héctor Ortiz Partida

En el ámbito de la simulación interactiva, que abarca desde los libros de final múltiple hasta los juegos de video más avanzados de la década actual, se ha creado también una literatura donde el lector participa en la representación y la narración a distintos niveles de profundidad. En el esfuerzo por la inmersión del participante en la representación, también se han creado literaturas casi accidentales en las que el lector es personaje y escritor, y en persona o en grupo, forma parte de una representación intangible y con diversos niveles de aleatoriedad.

Consideremos, por ejemplo, los juegos de rol de mesa (o *Tabletop / Pen and Paper* en su país de origen). Como acto lúdico, los derivados del seminal *Dungeons and Dragons*, creado por Gary Gygax en la década de 1970, son menesteres complejos, llenos de geometría complicada, libros densos y una serie de reglas siempre cambiantes. Son el equivalente de mesa a la medición con cadenas de las últimas pulgadas del avance de un balón de fútbol americano; y tanto lo ameritan como son disfrutados por las audiencias por esa misma razón. Desde el *Chainmail*, obra primitiva de 1970, hasta los infinitos deriva-

(Veracruz, 1981). Dirige el Museo de los Juegos de Video en Guadalajara. Pronto publicará *¡Invasores del espacio! Historia cultural de los juegos de video*. Japonólogo.

dos de *Warhammer* y *Star Wars*, los juegos de miniaturas y mediciones (*miniature wargames*) son uno de los refugios predilectos de los *geeks* y *nerds* del siglo XX, y todavía son venerados en los espacios *frikis* actuales. Sin embargo, no es esa simulación interactiva la que nos compete hoy en día, sino aquella más intangible, más performativa, más aleatoria y más llena de posibilidades imaginativas: aquella de los juegos de rol que en vez de miniaturas y papeles cuadriculados, con dados y libros complejos, construyen narrativas íntegras, al mismo tiempo profundas y efímeras, en las que los jugadores parecen participar en una alucinación colectiva.

Hablamos, por supuesto, de casos como el del *Dungeons and Dragons* original de finales de los años setenta, y sus cientos de descendientes (entre los que destacan *Cyberpunk* y *Vampire: The Masquerade*), juegos que dentro de los estándares que establecen los grupos de jugadores pueden convertirse en rituales de invocación literaria, narración estructurada por los caprichos de los dados como en la poesía dadaísta y espacios intangibles de representación compartida que depende de la capacidad de cada participante de tejer hilos narrativos, involucrarse en la experiencia de los demás y ceñirse tanto a las decisiones del guía o narrador, llamado muchas veces «amo del calabozo», como a las designaciones numéricas del destino. Los juegos de rol convierten la mesa en un espacio de invocación de lo narrativo, de participación del personaje y lector, y de representación de roles intangibles ante el «amo del juego», que, como el coro en una obra griega, sólo interpreta los designios divinos de la estadística. Los números de los dados, que, al medir distintas variables en un infinito de situaciones posibles, se convierten en desenlaces, consecuencias, éxitos o fracasos que los jugadores, quienes fungen también como personajes, actores y lectores, deberán enfrentar con los designios divinos de sus propios poliedros de plástico.

El ritual parece simple, pero tiene una serie de protocolos flexibles. En películas y televisión es retratado como un grupo de adolescentes con bebidas azucaradas y comida chatarra que parecen contarse, alternando la primera, segunda y tercera personas, las hazañas épicas de diversos aventureros. Aunque en el mundo real los personajes tienen identidades y universos flexibles, si se juega *Cyberpunk*, los que representan a los jugadores son habitantes de Night City en el lejano siglo XXI. Si se juega *Vampire*, es bastante probable que los personajes

sean vampiros que habitan alguna ciudad ficticia, o incluso la misma ciudad donde toma lugar el juego. Para la sesión, el *game master*, una especie de guía y narrador, ha preparado mapas y los jugadores toman turnos después de escuchar la descripción del universo que habitan. Ante cualquier situación, los personajes de la sesión tiran dados y, dependiendo del juego, esperan a que también tire el guía. Si bien los resultados de los dados sí son comparados con una serie de tablas estadísticas y con las identidades y características de cada personaje, al final la interpretación y la respuesta de los hechos depende del guía y sus jugadores. El guía explica a los demás la situación que enfrentan, toma la voz de cualquier personaje que no sea un jugador y describe densamente en dónde se encuentra cada uno. Cada jugador debe así mismo enlistar sus acciones e interacciones, y verbalizarlas de forma entendible. A cada resultado, cada paso de narración, cada avance en el universo que se habita temporalmente, corresponde una tirada de dados. La combinación de sus números permitirá entender los resultados de cada acción y elucubrar las situaciones y acciones que seguirán. A veces se deciden situaciones de vida o muerte, pero puede decidirse incluso el precio del servicio telefónico de un *hacker* en Night City, las hierbas curativas que requiere un mago en los reinos olvidados, o la reacción que tendrá el dueño del hostel a la propuesta de un grupo de aventureros. En este ritual de narrativa efímera y *performance* involuntario, las decisiones son diversas y los dados se lanzan para todo.

Sea cual sea el universo y sean quienes sean las identidades que forman los avatares literarios que se narran y actúan, las representaciones existen en la mente y palabras de los jugadores. Si bien el conflicto y la negociación forman parte de los retos del juego, los puntos más importantes a enfrentar, y aquellos que más enriquecen la experiencia, son el ritual de la narrativa grupal y la respuesta improvisada del grupo de jugadores, tanto actores como narradores en primera persona, a los resultados numéricos y su comparación con las reglas. Un buen narrador, rodeado de buenos jugadores, será capaz de convertir la experiencia en un teatro intangible, donde las imágenes y hechos que se desarrollan en las mentes y palabras de los jugadores se comparten, y cada jugador está sumergido en su personaje y su ambiente, listo para embarcarse en una serie de vicisitudes que se vivirán como una alucinación colectiva.

Los jugadores participan de narrar la acción y describen cada

acto, motivación y diálogo de sus personajes. Por instantes, en su mente, realmente *son* los personajes y adquieren su identidad. Ante un narrador competente, con buen conocimiento del juego y universo en turno, el ritual lúdico irá más allá de una sesión competitiva con perdedores y ganadores, y se convertirá en una experiencia de inmersión literaria compartida entre un grupo que pasa del juego estadístico a la participación en el ritual literario, y que, con la palabra y los números, logra representar lo intangible en la experiencia de la catarsis literaria. Los jugadores y el narrador deben ser capaces no sólo de responder con lógica a las situaciones que enfrentan en el universo imaginario que comparten con la palabra, sino también ser capaces de representar, compartir, verbalizar, y en un caso ideal, abandonar su identidad y contexto actual para convertirse en los personajes, hablar por ellos, representarlos en el espacio tangible e intangible, y responder como ellos ante las situaciones que les depara el azar.

La relación entre el juego de rol y la literatura no es fortuita. El *Dungeons and Dragons* de Gary Gygax toma su imaginario casi directamente de la obra de Tolkien. El *Cyberpunk* de Mike Pondsmith se basa en las novelas y cine del género de la primera mitad de los años ochenta.¹ Es, sin embargo, la participación del lector, ahora como actor y participante, la que involucra al azar y al *performance* en un solo movimiento. Los dados y su lectura se vuelven un *I Ching* cuya interpretación guía la acción que será narrada y representada sobre la mesa y en el espacio intangible. El guía, «amo del juego», será el Metatrón del destino y narrará los resultados. Sí, los participantes son jugadores, y sí, están participando de un juego de mesa. Pero en el momento en que quiebran su identidad en la representación y siguen los caprichos de la estadística y la gravedad, son lector, personaje y actor, forman parte de una creación literaria efímera: la alucinación colectiva de los que buscan en los dados y los libros el portal a otra realidad ✖

1. P. Allison. «*Making Cyberpunk Red almost killed us: Mike Pondsmith on the return of the tabletop RPG, catching up with 2020's future and Cyberpunk 2077*», en *Dicebreaker 2020*. Disponible en <https://www.dicebreaker.com/categories/roleplaying-game/feature/cyberpunk-red-rpg-almost-killed-us-mike-pondsmith-interview>

En ciencia no existe un instructivo universal. Algunos dirían que el método científico juega ese papel, inclusive hace no mucho tiempo se enseñaba con demasiado ahínco en salones de clase de todos los niveles, desde secundaria hasta licenciatura.

Yo, por ejemplo, aún recuerdo haberme devanado los sesos durante los exámenes para dilucidar el paso inicial de una investigación: ¿tener una pregunta?, ¿observar algo, lo que fuera, en la naturaleza?, ¿plantear una hipótesis?

Azar: la sal de la ciencia

Carmina de la Luz

(Huitzaco, 1988). Escribe en el *Mercurio Volante* de Hipócrata Lector y en SciDev.Net. Es *fact-checker* en Pictoline, así como guionista de *podcast* y televisión.

Veía el cuestionamiento tan difícil de resolver como la famosa y antigua paradoja de qué fue primero, el huevo o la gallina; las opciones de respuesta me parecían francamente intercambiables, y sentía que no era para nada descabellado saltarme las tres tomando un atajo hacia la experimentación.

Se trata, pues, de un concepto rancio. Fue vigente, más o menos, de 1590 —cuando la decisión de Galileo Galilei¹ de respaldar sus ideas con evidencia empírica marcó el comienzo de la ciencia occidental moderna— a 1859 —, fecha² en la que Charles Darwin revolucionó la comprensión de todo lo vivo con su teoría de la evolución.

El médico y divulgador científico Ruy Pérez Tamayo decía que a partir de ese segundo momento, el campo total de la ciencia se volvió tan complejo y heterogéneo que ya no fue posible identificar un método común.

Los eruditos se dieron cuenta de que no todos los fenómenos naturales eran reducibles a expresiones matemáticas, que ciertos aspectos de la realidad simplemente no eran analizables de forma experimental, y que no todas las hipótesis válidas podían constatararse. Pérez Tamayo detalló el cambio así:

«[...] al determinismo y mecanicismo que prevalecieron en la física y la astronomía de los siglos XVI a XIX deben agregarse ahora los procesos estocásticos, la pluralidad de causas, la organización jerárquica de gran parte de la naturaleza, la emergencia de propiedades no anticipables en sistemas complejos, y otros aspectos más derivados no sólo de las ciencias biológicas, sino también de las sociales, como la economía, la política y la historia».³

Pero tales manifestaciones de la búsqueda de conocimiento no dejan de tener un ingrediente compartido, el azar —la sal de la ciencia.

Como periodista y divulgadora, he podido sumergirme en los más diversos temas de ciencia: desde la obtención de un condensado de Bose-Einstein (también llamado quinto estado de la materia)

1. Galileo Galilei, *Stanford Encyclopedia of Philosophy*, <https://stanford.io/3z6WWZM>

2. El 24 de noviembre de 1859 Darwin publicó *On the Origin of Species by Means of Natural Selection, or the Preservation of Favoured Races in the Struggle for Life*.

3. Ruy Pérez Tamayo, *¿Existe el método científico?* (3ra edición), Fondo de Cultura Económica, México, 2003, p. 263.

en un laboratorio de gases ultrafríos, pasando por las implicaciones de salud que supone nacer por cesárea o por parto natural, hasta el funcionamiento de ChatGPT que, dicho sea de paso, ni es inteligente ni significa una amenaza para los escritores (todavía).

Me he escabullido entre sofisticados instrumentos que hacen mediciones de todo tipo, he visto a un palmo de distancia una pequeña fábrica de órganos artificiales y he acompañado a los estudiosos «de bota» a explorar bosques y cuevas. En todas estas aventuras el azar ha sido nuestro eterno compañero.

FUENTE DE SABER

Una de las facetas más benignas del azar en ciencia es cuando se presenta como serendipia. La RAE define este término como un «hallazgo valioso que se produce de manera accidental o casual». El descubrimiento de la penicilina⁴ —en 1929 por Alexander Fleming— y el de la radiactividad⁵ —en 1896 por Antoine Henri Becquerel— son dos muestras icónicas de serendipia. Sin embargo, mi caso favorito es el de Marguerite Perey y su encuentro con el francio⁶.

Marguerite era una técnica laboratorista que en 1929 (curiosamente el mismo año en que Fleming reportó su hazaña) fue contratada en el laboratorio de Marie Curie para aislar actinio, un elemento radiactivo por el que los científicos de la época sentían un particular furor. A Perey le entregaron diez toneladas de un mineral que contenía sólo un par de miligramos de la preciada sustancia; concluir la tarea le tomó casi una década.

Muy cerca de la Navidad de 1938, aquello que había terminado de purificar llamó su atención. Esa pizca de materia irradiaba una energía esperada, la del actinio, pero Marguerite notó, además, una «huela» radiactiva que no coincidía con nada conocido.

Ella sabía sobre el Sistema Tentativo de los Elementos (un ancestro directo de la actual tabla periódica) publicado por Dmitri Mendeléyev setenta años antes. Allí el químico ruso ordenó por peso atómico los elementos descubiertos y pronosticó la existencia

4. Alexander Fleming, «Penicillin», *British Medical Journal*, 1941: 386, <https://bit.ly/3TKokno>

5. A. Allisy, «Henri Becquerel: The Discovery of Radioactivity», *Radiation Protection Dosimetry*, vol. 68, núm. 1-2, 1 de noviembre de 1996, pp. 3-10, <https://bit.ly/3lRfmL7>

6. Jean-Pierre Adloff y George B. Kauffman, «Marguerite Perey (1909-1975): A Personal Retrospective Tribute on the 30th Anniversary of Her Death», *Chem. Educator*, núm. 10, 2005, pp. 378-386. <https://www.perey.org/genealogy/MP%20I.pdf>

de otros dejando espacios en blanco. Uno de esos sitios le correspondía al elemento ochenta y siete, que, según la teoría, debía ser un metal con propiedades alcalinas ubicado en el grupo uno, justo después del Cesio.

Aplicando las leyes de la química, Perey dedujo cómo apartarlo: lo hizo reaccionar con una sal *et voilà*, ahí estaba el escurridizo elemento con la radiactividad que antes le pareció extraña. El azar facilitó un cruce afortunado, pero las habilidades analíticas de Marguerite y su espíritu científico —forjado a base de palear, moler, mezclar y separar, una y otra vez— lo convirtieron en hito y saber.

UN SOCIO INESPERADO

Si pensamos en los científicos como observadores de la realidad, entonces podríamos asumir que lo que les conviene es mirar la imagen más nítida disponible. Su trabajo equivale a sintonizar un canal en una radio o televisión de los hogares de antaño, evitando la interferencia. El azar es semejante a ese ruido y puede impedir o echar a perder toda clase de estudios. En palabras de Claude E. Shannon:

Si el canal es ruidoso, generalmente no es posible reconstruir con certeza el mensaje original o la señal transmitida mediante ninguna operación en la señal recibida. Sin embargo, existen formas de transmitir la información que son óptimas para combatir el ruido.⁷

Los investigadores emplean uno y mil trucos para esquivar el azar. Implementan protocolos con grupos control, silencian las variables más escandalosas, potencian aquellas que apenas se escuchan, y acomodan con precisión micrométrica las condiciones de sus experimentos. Todo ello para asegurarse de que eso que están viendo es producto de su variable de interés y no del fastidioso azar.

En su esfuerzo por domar a la fiera, han conseguido sacarle ventaja como herramienta. Por ejemplo, cuando llega el momento de evaluar la eficacia de una vacuna,⁸ los científicos diseñan ensayos clínicos aleatorizados. Éstos consisten, a grandes rasgos, en reclutar a muchos voluntarios para

7. Claude E. Shannon, «A mathematical theory of communication», *The Bell System Technical Journal*, vol. 27, núm. 3, julio de 1948, pp. 379 - 423, <https://ieeexplore.ieee.org/abstract/document/6773024>

8. Carl Zimmer, «Two Companies Say Their Vaccines Are 95% Effective. What Does That Mean?», 4 de diciembre de 2020, *The New York Times*, <https://www.nytimes.com/2020/11/20/health/covid-vaccine-95-effective.html>

administrarles un placebo (o sea, una sustancia sin efecto), o bien la vacuna.

Quién recibe qué cosa es un volado doble ciego. Es decir, el voluntario desconoce si lo que le están poniendo es la vacuna o el placebo, y la persona que lo inyecta tampoco sabe qué es lo que está aplicando. La asignación depende enteramente del azar.

Luego, los participantes del estudio salen a hacer su vida normal y, eventualmente, se exponen a la enfermedad. Al cabo de un tiempo, vuelven para informar a los científicos. Ahí se revela qué fue lo que le tocó a cada quien. Si los que recibieron la vacuna no enfermaron o lo hicieron en menor proporción, entonces los científicos pueden atribuirlo a la inmunización sin temor a equivocarse.

Hoy día, los ensayos clínicos aleatorizados constituyen la máxima prueba para el uso de una sustancia con fines médicos, y es su naturaleza azarosa lo que brinda certeza y confianza.

SOMOS AZAR

El azar en ciencia es también un objeto de estudio. Empezó a ser analizado de manera formal en torno al siglo XVII, un surgimiento que Alejandro Gázquez⁹ juzga tardío y que asocia con el abandono de la Edad Media. «El azar perdió su carácter divino y predeterminado», dice Gázquez, «lo que favoreció que los científicos se acercaran a él».

9. Alejandro Gázquez, «¡Tira los dados! Así se empezó a estudiar el azar», *La Vanguardia*, 15 de diciembre de 2020, <https://bit.ly/40iqYWt>

Así nacieron la probabilidad —una medida de qué tan posible es que ocurra un evento— y la estadística —ciencia que se encarga de los datos—. Ambas son utilizadas para averiguar si un fenómeno es por completo aleatorio o sigue cierta ley, desde el comportamiento de una partícula subatómica, pasando por la trayectoria de un cuerpo celeste, hasta la distribución de una población.

Yo diría que la respuesta es un poco de los dos: regularidad y azar, al menos en lo que a la materia viva concierne. Cada ser que ha pisado la faz de este planeta es resultado de mutaciones genéticas al azar que garantizaron su supervivencia o lo condenaron a la extinción por selección natural.

Quien escribe fue alguna vez un espermatozoide que con algo de suerte y pericia consiguió fecundar un óvulo. Treinta y cuatro años después aquí está, culminando un texto que emergió por azar ■

Le Mépris o *El desprecio de* *Jean-Luc Godard* Verónica Grossi

La película *Le Mépris* o *El desprecio* de Jean-Luc Godard (1963), basada en la novela existencial de Alberto Moravia *Disprezzo* de 1954, es una de las mejores películas del director francés, se puede decir, su obra maestra. En ella actúan Brigitte Bardot, muy joven, Michel Piccoli, Jack Palance y Giorgia Moll, además del famoso director de cine alemán Fritz Lang, autor de dos obras maestras como *Metropoli*. M. Raoul Coutard, quien filmara *À bout de souffle* del mismo director (1960), es el camarógrafo.

En la película se entrelazan una serie de historias en torno al motivo clásico de la *Odisea* de Homero: Ulises, un héroe valiente y astuto, emprende un largo viaje de regreso a su hogar o reino en la isla de Ítaca después de haber luchado diez años en la guerra de Troya. La larga odisea marítima de retorno, una exploración de otros mundos, se retrata en la película en la repetida imagen del mar abierto de la bahía de Nápoles, desde la isla de Capri, del sur de Italia, en la región de Campania. La estatua griega, imagen clásica, impasible, del héroe homérico, se multiplica y trenza con la diégesis de la narración, bajo un fondo musical evocador de misterio, de melancolía, con la amplitud y abstracción de ese horizonte azul de mar y cielo. Las referencias a través de la película al poema épico de Homero, *La Iliada*, convocan un motivo de lo eterno tanto en el amor como en el desamor, de su pérdida e intento de restitución.

Se intuye ya en la misma épica clásica, en el luengo abandono de la amada Penélope, la posibilidad de una traición. Nos preguntamos si el desamor es la razón oculta del viaje homérico, es decir, si el héroe épico tarda en regresar a brazos de Penélope al detenerse en

aventuras más enriquecedoras que su vida hogareña y sedentaria en Ítaca. La travesía por marinas lontananzas sería una huida, un escape, un subterfugio para dilatar la deserción de la joven esposa que teje y desteje en paciente espera, acaso en profundo desencanto, resistiendo los asedios de deseosos pretendientes.

En la narración de la película, el personaje de Paul Javal (Michel Piccoli), dramaturgo de profesión, es invitado a escribir un guion actualizando el motivo clásico de la *Odisea*, bajo los dictados de un productor americano intransigente, autoritario y mujeriego, Jeremmy Prokosch (Jack Palance). Paul Javal acepta deseoso la encomienda por la ambición de lograr fama y para también poder costear un luminoso apartamento en Roma para su amada, Camille Javal (Brigitte Bardot).

Se retrata una serie de desencuentros con este productor norteamericano, incluyendo comentarios entremezclados de Fritz Lang, quien dirigirá la película, sobre su carácter superficial o comercial. La referencia que hace el director Fritz Lang al poeta alemán Hölderlin en un momento en el que conversa con Francesca Vanini, la intérprete italiana, durante una representación de baile en un teatro, evoca la brecha insalvable entre el carácter mercantil del presente, simbolizado en la figura del norteamericano, y la apuesta ambiciosa y osada del arte por una verdad absoluta, inamovible. Esta apuesta queda también simbolizada en las tomas antes referidas del horizonte abierto, la estatua griega serena e imperturbable, aunque muda o silenciosa, en un panorama giratorio, y la música de fondo, sugerentes de lo arcano en la vida desde su remoto origen, así como de la orfandad de los hombres frente a los desaparecidos dioses. Cito a continuación el diálogo antes referido entre Fritz Lang y Francesca:¹

1. Agradezco a Jocelyn Aksin y a Víctor Ortiz Partida la transcripción de los versos en alemán que recita de memoria Fritz Lang, los cuales no coinciden exactamente con la versión anterior del poema de Hölderlin.

—«Pero el hombre, cuando es necesario, puede permanecer sin miedo. / Solo ante Dios, su candor lo protege / Y no necesita armas ni artimañas / Hasta la hora en que la ausencia de Dios acude en su auxilio».

—Muy bien.

—¿Es de Hölderlin, ¿no es así, Sr. Lang?

—Sí. «La vocación del poeta». El último verso es muy oscuro. Hölderlin había

escrito por primera vez «*So lange der Gott nicht da ist*» (Mientras Dios no esté presente).

—Mientras no falte Dios.

—Y luego, «*So lange der Gott uns nahe ist*» (Mientras Dios esté cerca de nosotros).

—Mientras Dios permanezca cerca de nosotros.

—Sí. Ve usted la escritura de los últimos versos cuando ya se dijeron los otros dos, ya no es la presencia de Dios, es la ausencia de Dios lo que tranquiliza al hombre. Es muy extraño, pero cierto. ¿Cómo se dice extraño en italiano?

—*Strano*. Gracias.²

2. <https://www.youtube.com/watch?v=oCQNqAHRbBU>

La referencia a los dos versos finales del poema «La vocación del artista» del poeta alemán Hölderlin, en voz de Fritz Lang, apunta hacia una *Weltanschauung* nutrida de los ideales clásicos de la antigua Grecia, a contracorriente de valores heredados del iluminismo dieciochesco, centrados en la medición del tiempo y del quehacer humano en aras del éxito, lo mensurable por la ciencia, lo concreto y por ende perecedero, por oposición al reconocimiento y a la simbolización de la sacralidad del mito, del sempiterno enigma en el corazón de la vida, de la naturaleza y del hombre. Este intento se da en una temporalidad ajena a la progresiva, rutinaria y veloz de la modernidad. En Hölderlin, la *poiesis* es confiada al genio creador y divino de los poetas. De ahí que la vocación del poeta moderno sea recobrar las huellas de los dioses fugitivos: ir en pos del evanescente sentido de lo sagrado en la vida a través del arte,³ sentido que podemos relacionar con el aura de originalidad en la obra de arte, cuya pérdida pondera Walter Benjamin en su ensayo seminal «La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica»:

Hace ya demasiado que se usa a lo divino para toda cosa; una ingrata y taimada raza

3. «Al hacerlo, articuló para Hölderlin la tarea del poeta alemán moderno: recuperar en el canto poético la huella de los dioses fugitivos. Esto se convertiría en la vocación definitoria de Hölderlin y la esencia de su oficio: atender a la desaparición de lo sagrado como el tema que condiciona la vida moderna». Charles Bambach, *Poesía en el umbral: reflexiones sobre una nueva traducción de Hölderlin, Vidas Literarias*, Núm. 2, 2019. <https://atheneumreview.org/review/poetry-at-the-threshold-reflections-on-a-new-holderlin-translation/>

abusa de las fuerzas bienhechoras del cielo
y cree saber la hora

en que el Altísimo predispone el suelo
y la luz de los días y el dios tonante.
Y con sus catalejos espían y numeran
y ponen nombres a las estrellas del cielo.

Mas, para que podamos mantenernos, el Padre
cubre nuestros ojos con la sagrada noche.
Odia la insolencia. Nunca con la violencia
se ha conquistado el cielo.

Tampoco conviene ser demasiado juicioso.
La gratitud llega hasta Dios. Pero no puede
por sí misma retener su imagen. Para entenderlo,
es bueno que un poeta con la gente se asocie.

4. Hölderlin, *Poesía completa*.

Edición bilingüe. Director

Alfredo Llorente Díez.

Traducción de Federico

Gorbea. Barcelona, 1995

(primera edición, 1977).

Pero el hombre puede quedarse, cuando
[es preciso,
solo frente a Dios. Su candor lo protege.
Y no necesita armas ni argucias, hasta el
[momento
en que la ausencia de Dios lo ayude.⁴

De esta manera, se trenza la historia amorosa de Paul y Camille con la evocación del mundo clásico asociado a la *Ilíada* de Homero, distanciados de la temporalidad del presente, así como con manifestaciones artísticas e intelectuales contrarias al capitalismo, como la de Bertolt Brecht y su afiliación al Partido Comunista, representando así la resistencia del arte frente al asedio del comercialismo moderno, como el de la gigante empresa de Hollywood.

Hermosísima Bardot, el centro de la cámara a través de la filmación. Como señala la directora de cine Patricia Mazuy en su entrevista con Michele Halberstadt, las tomas de la película nos insertan en el mundo de sensaciones de la corporalidad, en planos cuadrados que nos dirigen a un sentido de lo primigenio. Queda-

mos los espectadores como estatuas frente a la insoslayable presencia de los cuerpos de Bardot y Piccoli, como si los pudiéramos tocar.⁵

La música de fondo que marcó el cine francés intensifica el sentido trágico anunciado desde la primera escena en la que Camille sufre un desencuentro inicial, cuando el productor le ofrece darle un aventón y Paul acepta. El segundo desencanto ocurre cuando por fin accede Camille a echarle un primer vistazo al panorama marítimo donde tendrá lugar la filmación. El productor norteamericano le pide a Camille que se vaya con él en el barco. Ella expresa renuencia. Entonces consulta a su esposo con discretos gestos, esperando que él se oponga, buscando muy probablemente en él un ritual de confirmación de su fidelidad y amor absolutos hacia ella. Paul le contesta sin el menor titubeo, quizá por la ambición de quedar bien con el productor: «Vete con él».

De manera que Camille sí se va con el norteamericano y, ya en la impresionante *Casa Malaparte*, llena de despecho y desilusión, se llega a besar con él. Pero entonces los celos persiguen a Paul que ve ese beso, cuando él también había acariciado secretamente a la bellísima amante italiana del director, la intérprete Francesca. Se multiplican los desaires, las displicencias, los engaños y los desengaños.

A través de la película resaltan los blancos, amarillos, rojos y azules en las composiciones de los espacios interiores como en los encuadres estáticos aunque vertiginosos, vaticinios del desencuentro final, del apartamento en Roma y, más adelante, de la *Casa Malaparte* en Capri, así como en los panoramas abiertos iluminados bajo una luz natural que resplandece aun más en su reflejo marítimo. La belleza de las tomas, cada una lenta, de los cuadros interiores, y de la vista abierta del mar frente a las islas rocosas, se condensa en el símbolo recurrente del viaje, tanto de exploración hacia lo ignoto, el límite abstracto del paisaje, como de regreso o huida por la traición.

La tragedia vaticinada desde el comienzo culmina cuando Camille decide irse a Roma en el automóvil del productor, consciente y desencantada por la pérdida de su amor. Amor que ella ahora desprecia, como Paul lo hubiera despreciado o ignorado una y otra vez, en un repetido calco del abandono o desamor hacia Penélope por parte

5. «Michele Halberstadt en conversación con la directora y guionista Patricia Mazuy». *Les films qui ont changé nos regard*. <https://www.radiofrance.fr/franceculture/podcasts/la-culture-change-le-monde/le-mepris-de-jean-luc-godard-8788351>

Ulises. Camille no viaja con Prokosch para llevar a cabo una venganza, aceptando los vulgares galanteos del norteamericano, sino para volver a Roma, a trabajar y vivir sola sostenida en su humilde oficio de secretaria. En la odisea de retorno, ambos sufren un accidente automovilístico y mueren.

Resalta, en un *crescendo* dramático a través de la película, la dignidad del personaje femenino Camille, quien, como bien explican Mazuy y Halberstadt, articula con sus palabras, cada vez más, su profundo pensamiento. Brilla Camille en su papel de protagonista heroica en esta actualización moderna de la épica clásica. Destaca su integridad moral al sentirse traicionada por la pareja que la obsequió, la intercambió con el productor rico, por ambición o por descuido, por dar por sentada su fidelidad, su paciente demora en la espera de una prueba contundente de amor. De manera que Camille se sostiene como personaje digno, noble, en la dimensión de su desencanto, de su desprecio hacia Paul, y en su fuerza de carácter al tomar la decisión final de irse y dejarlo para siempre. Emprende así otro viaje, otra escapada, antihomérica, hacia el regreso a su espacio propio, sostenido en su humilde labor de secretaria. Se escenifica de esta manera un

6. *This Sex Which Is Not One.*

Traducción de Catherine
Porter. Nueva York: Cornell
University Press, 1985.

rechazo a la venta o tráfico de sí misma entre dos hombres, como diría la filósofa Luce Irigaray,⁶ por la ganancia de una fortuna material, la comodidad de vivir en ese gran apartamento de Roma.

No puedo dejar de relacionar la obra maestra *Le Mépris* de Godard con el cuento «La obra maestra inacabada o desconocida» de Balzac («Le chef d'oeuvre inconnu»). En la narración, un joven artista, con el nombre del brillante pintor histórico Nicolas Poussin (1594-1665), cuya obra se inspira en la tradición clásica, se encuentra con el personaje también histórico de Franz Porbus (1570-1622), pintor flamenco residente en la calle

7. El cuento «La obra maestra
inacabada o desconocida»
de Balzac inspiró la película
de Jacques Rivette *La Belle
Noiseuse* (1991), la cual
no hace debida justicia al
cuento magistral.

Grands-Augustins de París. Ambos deciden ir a visitar a otro gran maestro de la pintura, el viejo Frenhofer. El reconocido pintor ha trabajado por años en una obra titulada *La Belle Noiseuse*.⁷ Para proteger su aura de sacralidad o divinidad, Frenhofer guarda la pintura inacabada, cuyo pudor, como cuerpo vivo de la mujer amada, cobija de miradas ajenas. Aspira a cifrar en ella no sólo la

vida misma sino la verdad absoluta. Entonces el joven artista Poussin, ambicioso de quedar bien con el admirado pintor, de aprender de su maestría artística al ver y estudiar su obra maestra, le ofrece a su novia como modelo para que la termine y, como pago o intercambio, le permita ver la pintura acabada. El cuento de Balzac se cierra con el desencanto y desprecio de la amada:

—¿Qué te ocurre, ángel mío? —le preguntó el pintor, súbitamente enamorado de nuevo.

—¡Mátame! —dijo ella—. Sería una infame si te amase todavía, porque te desprecio. Te admiro y me causas horror. Te amo y creo que ya te odio⁸ ✖

8. H. de Balzac, «Le chef-d'oeuvre inconnu». *Short Stories*. Selección, edición, introducción y notas de A. W. Raitt. Londres: Oxford University Press, 1964.



El limo de Tique. Sobre *Herida sin cicatriz* de Abraham Arroyo Luis Jorge Aguilera

Pocas fuerzas han conseguido en la religión olímpica mantener un desafío sostenido contra el orden rector de Zeus. De la triforme *Moiras krataia*, Átropos «la inevitable» aparece como la más vieja, la de menor estatura pero también la más poderosa. La vida humana entera, sus procesos, está intervenida por los planes de estas implacables hilanderas ante las que el padre de los dioses poca agencia reserva.¹ Designio de Zeus o ineluctabilidad a las Moiras, el destino abarca la totalidad de la experiencia humana griega. Es la fatalidad de los hados, el profundo viento que insufla la voz sibilina del coro trágico. Todo parece estar escrito, o mejor, todo parece estar cantado. La destrucción de Troya es irreversible.

Con una excepción.

Tique, la oceánide cuyo nombre significa «que puede ocurrir» o «azar, deidad esta de la que no se cuenta ninguna historia particular, pero cuyo poder era comparablemente más fuerte que el orden de Zeus» (Kerényi, 2021: 72). El enigmático silencio heleno que envuelve a Tique la ha entregado en sus guiraldas tinieblas a la praxis artística del siglo xx. Este azar en ejercicio deliberado encuentra un lugar en el discurso artístico del siempre imprevisible Marcel Duchamp a partir de su *Troi stoppages étalon* (1913). Las oblaciones duchampianas en la

1. «La extensión del hilo que asignan a cada mortal es decidida únicamente por ellas; ni siquiera Zeus puede influir en sus decisiones. Lo más que el señor de los dioses puede hacer es tomar su balanza áurea, de preferencia al mediodía y medir, por ejemplo, en el caso de dos oponentes enfrentados, cuál de ellos está condenado a morir ese día» (Kerényi, 2021: 63).

(Guadalajara, 1989). Su publicación más reciente es *Por eso me amabas... del amor humano y el amor místico* (Universidad Autónoma de Nuevo León, 2020).

materia y las de Mallarmé en la lengua agradaron tanto a Tique que benévola ha extendido su rección al siglo XXI.

**Creo en el azar todopoderoso, en las cosas
que pasan por ninguna razón, a santo y seña**

(DÍAZ CASTELO, 2021: 14)

El vasallaje a las configuraciones procesales y finales de la materia ha encontrado expresión en la *Herida sin cicatriz*, 2022, de Abraham Arroyo, expuesta en Casa Mucha, galería de la ciudad de Guadalajara. Este descenso inmersivo al interior es una invitación a transitar, reconstruir y evolucionar a través de las heridas del alma. Diez piezas que van de la figuratividad a un ensayo de abstraccionismo, en momentos de corte brutalista, han quedado materializadas en arcilla y un poco de madera. *Cosas divinas, Gallo, Sur-sur, Volver a casa, Xitlala, Rosario, Pienso-pienso, Todo está bien, Hoy como ayer y Brasero* confeccionan el diálogo interior en sus búsquedas y su rendición final a la materia.

A Abraham Arroyo le es revelado un mensaje de unidad en la línea de la piedad cósmica en *Cosas divinas*. Hay una plataforma común que nos comunica pero no nos ancla. La pieza no es la misma nunca en



tanto que su virtualidad mecánica posibilita su dinamicidad. Ocho tótems con un extremo plano y el otro cónico permiten que se mantengan en pie, o bien su inserción en sendos orificios. A modo simpatía como *loi de participation* entre su suelo y los entes que se insertan en él, los tótems tienen en su propio centro orificios, receptores virtuales de dos cilindros hechos de la misma arcilla.

Un cuenco funge a su vez como base y ofrece un par de esferas aplanadas en tensión con el vacío. Arroyo deconstruye la cerámica funcionalista entrando en diálogo con los objetos útiles convencionales, permitiéndoles adiciones fortuitas que le van guiando en la composición hasta el resultado final. La creación se presenta como una renuncia a la dirección planificada por parte del creador.

Tique no sólo interviene el diseño de la pieza. Ha robado el fuego prometeico, hurto doble, y lo ha llevado a los hornos donde se amasa la incertidumbre de sus designios. Arroyo permite la fractura, la resquebrajadura en sus piezas; deja obrar al azar que baila en la variación de temperaturas de la quema. El discurso final de la pieza es nítidamente fortuito en su proceso fuera y dentro del horno.

Todo lo que escribimos es un
golpe

al azar

que se estrella
en lo que amamos.

(ÍÑIGUEZ, 2019: 10)



Hoy como ayer, pieza a la que Arroyo se refiere como «mi crucifixión», es un intento de conciliación entre la dualidad creadora y a la vez divisora que supone la completitud femenina de la madre en relación con la compleja dialéctica sobre dejar de ser y al mismo tiempo ser el padre.

Del eje horizontal en el que se extiende la cruz penden piezas que desde la dinamicidad se solidarizan o se rechazan y que en esta solidaridad de aceptación y rechazo esculpen la búsqueda identitaria de quien en madera las ha labrado.

Llegado a este punto, Arroyo se reconoce en su praxis de forma semejante a como lo hizo William Burroughs. Ambos, en un modelo que se acerca más «al modelo medieval que a las modernas explicaciones psicológicas, con su insistencia dogmática en que esas manifestaciones tienen que venir de dentro y nunca, nunca, nunca de fuera. (Como si hubiera una diferencia nítida entre lo interior y lo exterior). Hablo de una entidad poseedora definida» (Burroughs, 2013: 11). El dominio de Tique se desplaza de la arcilla al espíritu, de las sustancias materiales a las inmateriales. El alfarero sólo puede rendirse ante fuerzas a las que nunca se resistió en primer lugar.

Los númenes de esta posesión, Eros, Mnemósine y Tique, configuran un nuevo relato mítico-genésico: arcilla que por el encuentro fortuito de estas materias en la mesa de disección del alfarero dan vida y soplan el alma en un mismo movimiento ✦

REFERENCIAS

- Burroughs, W. (2013). *Queer*. Trad. Marcial Souto. Barcelona: Anagrama.
- Díaz Castelo (2021). E. *Principia*. Ciudad de México: Elefanta del Sur.
- Kerényi, K. (2021). *Los dioses de los griegos*. Trad. Jaime López-Sanz. Girona: Atalanta.
- Íñiguez, G. (2019). *Instalación doméstica*. México: Sombrario.

Lanzar una moneda en primavera

Cindy Hatch

Todas las decisiones que tomo son tajantes

DANIEL SALDAÑA PARÍS

La ciudad es ahora tan grande que reina en ella el azar

INGER CHRISTENSEN

Me declaro culpable de elegir mediante la moneda. Águila o sol. El sol cayó cuatro veces. No había duda. El azar habría elegido por mí si yo lo dejara. Sin embargo, el azar y yo tenemos pocas oportunidades de encontrarnos en la misma acera. Antes de la primera caída, incluso mientras la veo en el aire, ya tengo mi respuesta. La moneda me otorga mi lugar en la ficción.

Salgo a la calle, miro los semáforos. Entiendo. Lo sé porque seguramente alguien me lo explicó, pero cómo distinguir la intuición del saber mecanizado. ¿Ya venía yo así? Poco tiempo después de nacer, el verde es verde y el rojo, rojo. Verde: avanza. Rojo: detente.

Después, las primaveras explotando por toda la calle y en las avenidas en ese amarillo obscuro muy Klimt. A propósito, ¿sabías que el autor de *El beso* recibió póstumamente catorce demandas por pensión alimenticia? ¿Nos importaría que un individuo reciba catorce demandas por pensión alimenticia si su apellido no fuese Klimt? Estoy de acuerdo con John Stuart, el éxito pone de relieve defectos y debilidades que el fracaso hubiera ocultado a la observación.

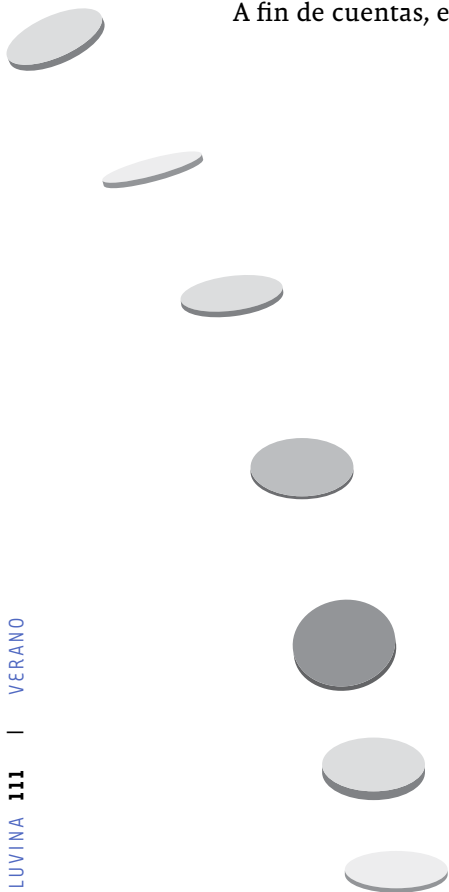
Pero, la moneda: lo que hago yo es lanzarla. Antes de caer, ya sé la respuesta. Si cae del lado opuesto a mi deseo, me decepciono. Así,

confirmo y sigo mi primera intuición. Le resto al azar la carga de elegir por mí. Detengo el acontecer. Evito su futuro de moneda desgastada por su paseo de mano en mano. De cualquier forma, ¿qué oportunidad tendría un águila contra el sol?

Veamos: el sol es la fuente de vida, pero se está consumiendo a sí mismo. Así la vida, así yo. Y dejaremos de serlo. Yo consumida cuando la muerte, consumida ante mi propia vida. Ante las decisiones que, aunque me gustaría, no puedo dejar al azar. Y créeme, ya me he imaginado libre de todo. Por su parte, el águila. El ave de los mitos y las presas. Consumidora terciaria. El ave que lleva ratas en las garras y varias patrias a cuestas, que para el caso es lo mismo. Ya se librá el águila al acontecer su muerte ícara. Al luchar contra el sol.

Y así continuará la ficción. Sigue el lenguaje, los colores del semáforo, el amarillo de las primaveras. Sin embargo, la moneda tiene dos caras: todas y todos seguiremos fracasando. O bien, seremos espectáculos de defectos y debilidades.

A fin de cuentas, el sol nunca deja de caer ■



Conceptos, sentidos y proposiciones de investigación- docencia

Sandra Mara Corazza

1. CONCEPTOS Y SENTIDOS DE BÚSQUEDA

A partir de mis investigaciones, considero los siguientes conceptos con los respectivos sentidos que les atribuyo:

I. Archivo: 1) como canto y escrituras traductoras de la tradición; 2) compuesto por las materias de artes, ciencias y filosofías; 3) toda materia que se nos da a traducir y dimensiona nuestra tarea de traductores; 4) materia en función de la que estamos instigados a traducir; 5) lo que nos genera el deber, la misión, la deuda, el ímpetu, el deseo, la responsabilidad de traducir.

CONCEITOS, SENTIDOS E PROPOSIÇÕES DE PESQUISA-DOCÊNCIA

1. Conceitos e sentidos de pesquisa // A partir das minhas pesquisas, considero os cinco conceitos seguintes com os sentidos que lhes atribuí: // **I Arquivo:** 1) como canto e escrituras tradutórias da tradição; 2) composto pelas matérias das artes, ciências e filosofias; 3) toda matéria que se nos dá a traduzir, que é nossa tarefa traduzir; 4) matéria em função da qual somos instigados a traduzir; 5) aquilo que temos o dever, a missão, a dívida, o ímpeto, o desejo, a responsabilidade de traduzir. // **II Traduzir + A-traduzir:**

(Brasil, 1950). Publicó varios libros, entre ellos, *Artistagens: filosofia da diferença e educação, pela Autêntica* (Autêntica, 2006) y *Os cantos de Fouror: escrita em filosofia-educação* (Sulina, 2008).

II. Traducir + A-traducir: 1) ecuación de lo traducible y de lo intraducible; 2) traducir lo transcreador; 3) a-traducir la ruina, lo que escapa, lo que cae, el acontecimiento, el prelude de la muerte.

III. Currículo y Didáctica: 1) no tienen existencia separada, aunque sean independientes uno de la otra; 2) se consubstancian en el Aula; 3) para engendrar nuevas rearticulaciones de sustancia, materia, forma, contenido y expresión.

IV. Aula: 1) reúne y expresa **EIS AICE**; 2) **EIS** (Espacios, Imágenes, Signos) del Currículo; 3) **AICE** (Autor, Infantil, Currículo, Educador) de la Didáctica.

v. Sueño, Poesía: 1) ficción, creación literaria, fantasía, fantasmagoría, espectro; 2) traducción entre la creación literaria y la teoría; 3) las ideas son como sueños; 4) la poesía como desvío de la norma, del lenguaje objetivo y constatativo.

1) equação da traduzibilidade e da intraduzibilidade; 2) traduzir transcriador; 3) a-traduzir a ruína, o que escapa, o que cai, o acontecimento, o prenúncio de morte. // **III Currículo & Didática:** 1) não possuem existência separada, embora sejam independentes um da outra; 2) consubstanciam-se na Aula; 3) para engendrem novas rearticulações de substância, matéria, forma, conteúdo e expressão. // **iv Aula:** 1) reúne e expressa EIS AICE; 2) EIS (Espaços, Imagens, Signos) do Currículo; 3) AICE (Autor, Infantil, Currículo, Educador) da Didática. // **v Sonho, Poesia:** 1) ficção, criação literária, fantasia, fantasmagoria, espectro; 2) tradução entre a criação literária e a teoria; 3) ideias são como sonhos; 4) poesia como desvio da norma, da linguagem objetiva e constatativa. // **2. Proposições da docencia** // Derivadas desses

2. PROPOSICIONES SOBRE LA DOCENCIA

Derivadas de los cinco conceptos y sentidos propuestos anteriormente, desarrollo cinco proposiciones sobre la docencia que forman la teoría del *professoragem*¹ —si pudiera escribir así, con el sufijo *actúan*, después de la palabra profesor, expresando idea y resultado de acción, proceso de, estado derivado de, actividades asociadas—. Entonces, el educador transcreeador no puede ser comprendido a no ser por su estrecha y, a veces, paradójica, relación con los conceptos y sentidos anteriores.

1. Esta palabra se compone del sustantivo *professor* (profesor) y del verbo *agem* (actuar). Se conserva el concepto en portugués para evitar acepciones erradas (N. del T.).

Primera Proposición: -Es necesario traducir.

- > Como figura histórica, los profesores provienen del dios egipcio Thot: dios del conocimiento, del lenguaje y de la magia.
- > Como personaje conceptual, los profesores descienden de los escribas, que eran los maestros de la escritura, de la enseñanza y de la traducción.

cinco conceitos e sentidos acima indicados, desenvolvo cinco Proposições sobre a docência. Proposições que formam uma teoria da professoragem – se eu pudesse escrever assim, com o sufixo *agem*, após a palavra professor, expressando ideia e resultado de ação, processo de, estado decorrente de, atividades associadas –; então, professoragem transcriadora, a qual não pode ser compreendida a não ser em sua estreita e, por vezes, paradoxal, relação com os conceitos e sentidos anteriores. // **Primeira Proposição: – É necessário traducir.** // > Como figura histórica, os professores derivam do deus egípcio Thot: deus do conhecimento, da linguagem e da magia. // > Como personagem conceitual, os professores descendem dos escribas, que eram os mestres da escrita, do ensino e da tradução. // > Por meio da leitura e da

> Por medio de la lectura y la escritura, se proyecta una afinidad esencial entre educación y traducción. El profesor se encarga de la tarea de traducir las materias de la tradición a la lengua curricular y didáctica; lengua a la que se le atribuye la supervivencia de las materias.

> Para que las materias sobrevivan, el profesor no tiene que transponer un sistema, sentido, significado o significante, sino que debe inventar el lenguaje singular de la educación (del currículo, de la didáctica y de la clase), por medio del cual surjan nuevos conceptos y perspectivas.

> La traducción que hace el profesor no es una recepción, ni una comunicación, ni una reproducción de un texto en otra lengua: se trata de una operación destinada a garantizar la supervivencia de las materias.

> El sueño de la educación es la traducibilidad ilimitada y general de las materias originales, mediante la comunicación de enunciados repetibles, formalizables y transmisibles, que exigen una traductología fundamental.

escrita, processa-se uma afinidade essencial entre educação e tradução: o professor encarrega-se da tarefa de traduzir as matérias da tradição para a língua curricular e didática; língua que atribui uma sobrevida às matérias.

// > Para fazer as matérias sobreviverem, o professor não transpõe um sistema, sentido, significado ou significante, mas inventa a linguagem singular da educação (do currículo, da didática e da aula), por meio da qual, surgem novos conceitos e perspectivas. // > A tradução do professor não é uma recepção, nem uma comunicação, nem uma reprodução de um texto em outra língua: trata-se de uma operação destinada a garantir a sobrevivência das matérias. // > O sonho da educação é a traduzibilidade ilimitada e geral das matérias originais, mediante a comunicação de enunciados repetíveis, formalizáveis e transmissíveis, que exigem uma tradutologia fundamental. // > Se eu desejo trabalhar com docência, tenho de proceder à tarefa de traduzir.

- > Si quieres trabajar en educación, tienes la tarea de traducir.
- > La docencia supone enfrentar intraducibles que son: imágenes impensadas, signos desconocidos, lugares imposibles de determinar a través de las palabras, tiempos que escapan a cualquier definición, ideas que no pueden ser nombradas.
- > Al mismo tiempo, la docencia exige que lo intraducible sea traducido.
- > Las traducciones son complemento a lo que en las materias es intraducible.
- > Todo profesor tiene un triple endeudamiento, desde la materia, desde los estudiantes y desde su profesión: a) la materia parece decir al profesor: —*Sólo sobreviviré si me traduces*; b) los alumnos dicen: —*Estamos aquí para nomadizar tus traducciones*; c) desde todo comienzo, el profesor está envuelto por la traducción: —*Sé que, para ser profesor, tengo la tarea imposible y aporética de traducir (texto, obra, autor, lengua, cultura, ecuación, fórmula, idea)*.

// > A docência, no entanto, supõe muitos intraduzíveis, quais sejam: imagens impensadas, signos não conhecidos, lugares impossíveis de colocar em palavras, tempos que escapam a qualquer definição, ideias que não podem ser nomeadas. // > Ao mesmo tempo, a docência exige que o intraduzível seja traduzido. // > As traduções são suplementos àquilo que, nas matérias, é intraduzível. // > Cabe ao professor um triplo endividamento, qual seja, por parte da matéria, dos alunos e da sua profissão: a) a matéria parece dizer ao professor: — *Só sobreviverei se me traduzires*; b) os alunos dizem: — *Estamos aqui para movimentar suas traduções*. c) o professor está, desde a partida, envolvido pela tradução: — *Sei que, para ser professor, tenho a tarefa impossível e aporética de traduzir (texto, obra, autor, linguagem, cultura, equação, fórmula, ideia)*. // > A lei da tradução é que essas três dívidas permaneçam insolventes: a) do tradutor em relação à matéria original, que sempre resta incompleta;

> Según la ley de la traducción, las deudas planteadas anteriormente permanecen insolventes: a) la del traductor en relación a la materia original que siempre resulta inconclusa; b) la del resultado del acto de traducción ante el que los estudiantes siempre quedan insatisfechos; c) la deuda del traductor ante la que queda sólo traducir (lo intraducible, la a-traducción) la materia original, en tanto proceso determinado por los destinatarios de la traducción.

> Desde lo dimensionado en la Primera Proposición, la docencia nunca irá hasta el final de su imperativo —*Es necesario traducir*: a) primero, porque no puede borrar al extranjero que habita en la materia original; b) en segundo lugar, porque si lo hiciera, no dejaría espacio para la diversidad de lenguas que se implican; c) en tercer lugar, no puede hacerlo, en la integrabilidad, pues es necesario conservar la multiplicidad de las lenguas.

> La investigación lee cada texto que se traduce, de modo curricular y didáctico, como proyecto de otro concepto de traducción, es decir, el de la traducción educativa, que inventa un idioma singular, hablado por el Currículo y la Didáctica, cuya irrupción es imprevisible en el aula, en cada materia.

b) do resultado do ato tradutório, diante do que é esperado pelos alunos, que sempre restam insatisfeitos; c) dívida do tradutor diante do que resta por traduzir (intraduzível, a-traduzir), face tanto à matéria original, quanto ao processo e aos destinatários da tradução. // > Sob a égide da Primeira Proposição, a docência nunca irá até o fim do seu imperativo – *é necessário traduzir*: a) primeiramente, porque não pode apagar o estrangeiro na matéria original; b) em segundo lugar, porque se o fizesse, não deixaria espaço para as várias línguas envolvidas; c) em terceiro, não pode fazê-lo, na integralidade, visto que deve preservar a multiplicidade linguageira. // > A pesquisa pode ler cada texto que é traduzido, de modo curricular e didático, como o projeto de um outro conceito de tradução, qual seja, o da tradução educacional, que inventa um idioma singular, falado pelo Currículo e pela Didática, cuja irrupção imprevisível acontece na Aula, em cada matéria. //

Segunda Proposição: –No tocar la materia original.

- > El profesor-traductor debe siempre comenzar por lo original y no por la retraducción de una traducción.
- > Asumir el axioma benjaminiano: —*No puedes tocar el original*, pues a diferencia de lo que pareciera a primera vista, se debe garantizar su pureza, para que el traductor interprete, nomadice e invente.
- > Dicho postulado de un original puro, virgen, intocable e idéntico a sí mismo, encuentra objeciones en el proceso de traducción y transcripción, ya que representa una creación del espíritu, una invención que es beneficiaria de derechos de autor.
- > Aquí lo que sería sagrado en el original, no es, derridianamente, el texto o su forma, sino un siempre a-traducir, un invisible e indeciso traducir determinado por un orden inexpresable e irreductible a un solo sentido.

Segunda Proposição: – Não tocar na matéria original. // > O professor-tradutor deve sempre começar pelo original e não pela retradução de uma tradução. // > Seguir assim o axioma benjaminiano: – *Você não pode tocar no original*; o qual, ao contrário do que pareceria, à primeira vista, garante a pureza do original, levando o tradutor a interpretar, deslocar e inventar. // > Esse postulado de um original puro, virgem, intocável e idêntico a si mesmo, encontra objeções no processo tradutório transcriador, entendido como uma criação do espírito, uma invenção, ela própria beneficiária de direitos autorais. // > Aquilo que seria sagrado no original não é, derridianamente, o seu texto ou a sua forma, mas um sempre a-traduzir, um invisível e indecível traduzir, que é da ordem de um inexprimível e irreduzível a um sentido. // > A prática dos professores-tradutores é justamente esta: quando o texto original está disponível, voltar a face para a sua porção não traduzida. //

> La práctica de los profesores-traductores se da cuando el texto original está disponible para mostrar su cara no traducida.

Tercera Proposición: –Conservar la singularidad de lo intraducible.

> La materia original debe permanecer intocable en lo que se resiste a ser traducido, es decir que su parte creadora tiene que ser accesible a una multiplicidad de traducciones, mientras permanece en condición de a-traducción.

> El original debe ser respetado en lo que nos es imposible restaurar en una traducción, lectura o escritura, organizadas, calculadas, objetivas.

> Una traducción no deja la materia intacta, pues contribuye para su supervivencia, la transforma.

> Esta Tercera Proposición traza un cuestionamiento ético: la responsabilidad por la singularidad de lo intraducible.

Terceira Proposição: – Preservar a singularidade do intraduzível. // > A matéria original deve permanecer intocável, naquilo que nela resiste à tradução; qual seja, a sua parte de criação, que a deixa acessível a uma multiplicidade de traduções, enquanto permanece sempre em condição de a-traduzir. // > O original deve ser respeitado naquilo que nos é impossível restaurar em uma tradução, leitura ou escrita organizada, calculada, objetiva. // > A tradução não mantém a matéria intacta; ao contribuir para a sua sobrevivência, ela a transforma. // > Essa Terceira Proposição encaminha a um questionamento ético, qual seja: a responsabilidade pela singularidade do intraduzível. // > Traduzir um poema, um sonho, é testemunhar uma relação com outros, na qual, a cada encontro, inventamos, juntos, uma nova e única matéria.

> Traducir un poema, un sueño, es narrar una relación con los otros, en la que en cada encuentro inventamos, juntos, una nueva y única materia.

> Si insistimos en traducir lo intraducible (como lo *subjectile*, la expresión *time of joint*, las obra beckettianas, etc.) corremos el riesgo de crear, performativamente, a prioris, es decir, axiomas.

Cuarta Proposición: –Dejar que la traducción contagie la educación.

> El principio de una educación traductora introduce un contagio en todos los campos del conocimiento: las ideas de transferencia, dislocación, transposición, transformación, mutación, conversión, creación.

> La educación tiene que ver con textos, temas, preguntas heredadas de la historia de todas las disciplinas; pero por otro lado, la traducción transcriptora relaciona esas materias a no-conceptos (como *différance*, *diseminación*, *traza*, *críptico*) que demandan interpretaciones desde que se proyectan como problemas de traducción.

// > Caso insistamos em traduzir o intraduzível (como o *subjectile*, a expressão de *the time of joint*, as peças beckettianas, etc.) corremos o risco de criar, performativamente, a prioris, isto é, axiomas. // **Quarta Proposição: – Deixar a tradução contaminar a educação.** // > O princípio de uma educação tradutória introduz uma contaminação em todos os campos do conhecimento: a ideia de transferência, deslocamento, transposição, transformação, mutação, conversão, criação. // > A educação trata de textos, temas, questões herdadas da história de todas as disciplinas; porém, por outro lado, a tradução transcriadora relaciona essas matérias a não-conceitos (como *différance*, *disémination*, *trace*, *crypte*); os quais demandam interpretações, desde que se dispõem como problemas de tradução. //

Quinta Proposição: Como tarefa imposible y aporética, la docencia requiere traducir y ser traducida.

> La docencia traductora es una profesión postbabélica, en la que Babel significa confusión. Eso implica que, al tiempo, traducimos y no traducimos, y que el objeto de la traducción pertenece y no pertenece a una lengua y termina por endeudarnos.

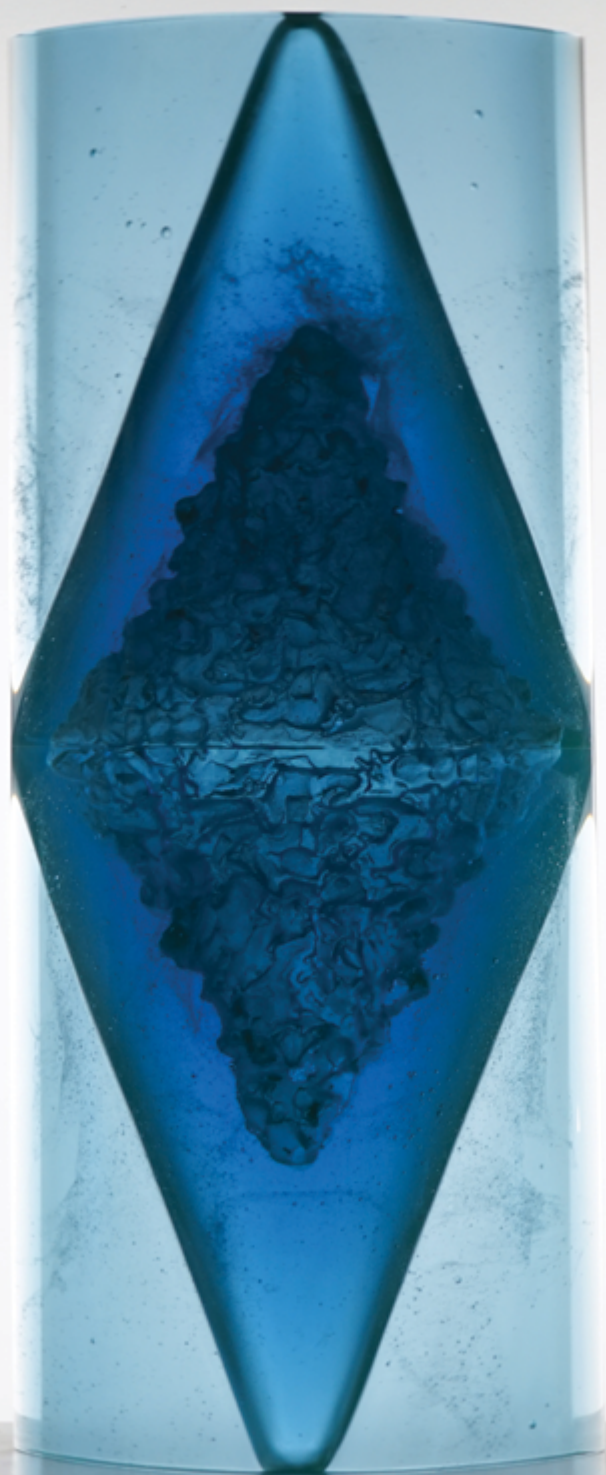
> La imagen de Babel, necesaria e imposible, establece, por un golpe de su propio nombre, la ley de la traducción y aun una deuda que no podremos pagar.

> La docencia abre la diferencia y la diferenciación y, al mismo tiempo, inaugura una alianza disimétrica y heterónoma que promete otra cosa: una invención que hace que el lenguaje crezca para transformarla.

> La docencia requiere, incondicional e irremediabilmente, traducir y ser traducida.

VERSIÓN DEL PORTUGUÉS DE JONATHAN ALEXANDER ESPAÑA ERASO.

Quinta Proposição: Como tarefa impossível e aporética, a docência requer traduzir e ser traduzida. // > A docência tradutória é uma profissão pós-babélica, o que implica que Babel significa confusão; isto é, aquilo que ao mesmo tempo traduzimos e não traduzimos, pertence mas não pertence a uma língua e acaba nos endividando. // > Necessária e impossível, essa imagem de Babel estabelece, por um golpe de seu próprio nome, a lei da tradução e ainda uma dívida que não poderemos pagar. // > A docência abre a diferença e a diferenciação e, ao mesmo tempo, inaugura uma aliança dissimétrica e heterônoma que promete outra coisa: uma invenção que faz a linguagem crescer, transformando-a. // > A docência requer, incondicional e irremediavelmente, traduzir e ser traduzida.



Nuestro cuerpo bajo la nieve

James Nuño

Por no sé qué designio o ventura, alguien me había arrancado de entre la nieve y arrojado, de nuevo, al gélido mar de pólvora, llanto y costras sanguinolentas de la existencia.

Estoy solo —si eso se puede— en un cuarto lleno de desahuciados. Quienes no duermen se aferran a la vida con lamentos y quejas, única lengua posible en nuestras circunstancias, jerga reinante de los últimos días para quienes cometimos el error de nacer de este lado del continente.

Al principio, el estruendo de la guerra aturde: las bombas, las balas, las bayonetas rajando la piel, los nudillos y las botas astillando los cráneos vibran en los oídos y retumban en todos los miembros, como un veneno que paraliza los músculos y afloja los esfínteres. Pero luego el miedo se torna la tela que envuelve al cerebro, el ruido de fondo que ahoga —o, mejor, suple— la vocecilla que solíamos llamar conciencia. Y todo se nubla.

A lo lejos, como un fantasma, Nina aparece en la carpa, con el rostro mancillado de desesperación. Apenas la veo, alzo la mano para distinguirme de entre las hileras de heridos y moribundos. En ese momento emprende carrera. Su abrazo y sus besos me recuerdan el doloroso placer de estar vivo.

—Bernie —balbuceo cuando recupero el aliento.

Nina me mira con pena y me envuelve en un estrecho abrazo, similar a aquel que pensé sería el último al despedirnos mientras el conductor amenazaba con abandonarla si no subía al instante. Su rostro compungido a través de la ventana y su mano aleteando como

(Guadalajara, 1984). Su más reciente libro es *Inundaciones* (El Fantasma y La Sombra, 2022).

un pájaro enfermo serían la fotografía guardada a la fuerza en mi memoria, la imagen que me obligaría a proyectar cuando la muerte me atravesara.

—**¡No, hermano, no!** —sentencia Iván, áspero, cuando Nina le narra nuestro encuentro y yo le expongo mis planes— No vas a volver. Piensa en ti. Piensa en Nina. Bernie está muerto, como todos los demás, ¡como tú si no te hubiese arrebatado a la muerte de ese charco de sangre! ¿No te das cuenta de lo afortunado que eres? Ve a tu alrededor. Aquí no queda nada. Ni para nosotros ni para nadie.

Y tiene razón. Fuera de la enfermería improvisada, del pueblo sólo resisten el rumor de las casuchas aún crepitando y lejos, muy lejos, como en un sueño, el eco de las balas anónimas. El humo de las ruinas apenas si se distingue de la mancha de los árboles dividiendo los blancos del cielo y la nieve, la misma que aquella tarde los extranjeros deformaron al asomarse por el horizonte.

Bernie llegó junto con esa legión en busca de refugio en tierras apocadas, ya porque eran perseguidos, ya porque no estaban de acuerdo con el régimen que poco a poco se fue adueñando a la fuerza de sus ciudades y de su gente. Pero, a diferencia de otros exiliados, los de ahora vestían abrigos y chisteras sin agujeros, y ostentaban baúles de piel en los que en uno solo cabría siete veces siete la historia de esta región. Como si fuese un pacto previo o una tradición, cada visitante eligió la familia que le acogería por tiempo indefinido, y nosotros, casi halagados, los aceptamos sin protesta. Parecía, dirían algunos, que eran ellos quienes habían llegado a salvarnos. Pero no mi hermano. Él, al ver sus figuras romper el plano, musitó: «Esos bastardos traerán la desgracia».

Quizá por una corazonada, o tal vez para imponer mi condición de hermano mayor —probablemente una combinación de ambas—, hice caso omiso a sus murmuraciones, y apenas Bernie esbozó una sonrisa, tomé su equipaje y lo dirigí a la estrecha habitación donde otrora pernoctara nuestro difunto padre.

No bien pasaron un par de horas tras instalarse, Bernie se había apropiado ya de la pieza: camisas y pantalones de lino desbordándose del closet, abrigos colgando de las sillas, cuadros amurallando las paredes con paisajes o batallas o mujeres robustas amamantando bebés o decapitando barbados, y libros: decenas, quizá cientos de ellos

apilados en el piso, vomitados por los cofres, estoicos sobre la mesa de noche, agrupados en la cama como una amante voluptuosa e indiferente. Poco quedaba del frugal lecho en el que padre se despidió diciendo: «Sé un hombre ejemplar, que tus huellas sean firmes para que tu hermano y tus hijos y toda tu estirpe puedan verlas incluso sobre el fango, incluso bajo la nieve». Bernie borraría el aliento lúgubre de la muerte de esas paredes e instauraría uno de paz, conocimiento y esperanza.

—¡¿Cómo puedes ser tan egoísta?! —Los gritos de Iván a mi espalda casi me obligan a dar media vuelta—. ¡Si sigues andando, mejor olvídete de nosotros!

Pero atravesar la ventisca, congelarse los dedos de los pies y arriesgar la cabeza en busca de una esperanza para los tuyos puede ser todo, menos egoísta. Ese apelativo, quizá, le convendría más a él que no está dispuesto a acompañarme, a los extranjeros que a nadie alertaron de la invasión y que ahora regresan en busca del peculio que tanto serviría a los sobrevivientes de estas ruinas sin porvenir.

Mi hermano nunca entendió el papel que alguien como Bernie jugaba en nuestras vidas o, a fin de cuentas, en la vida de cualquiera. Desde el día uno, Iván se resistió a, siquiera, compartir la misma habitación; mucho menos, los alimentos. A la hora de la comida, se perdía en el pueblo con la excusa de un ambiguo trabajo; a la cena, prefería irse a la cama con el estómago vacío y, como en nuestros peores tiempos, confundir el hambre con sueño. Ni hablar de cuando, en la sobremesa o al pie de la exangüe chimenea, al caer el sol, Bernie encendía su pipa, contemplaba el vaho de la taza de café y rememoraba sus viajes por los continentes, las pieles bronceadas y atezadas, el azafrán, el marfil y la seda, los rezos, los motores rugiendo y los hilos de electricidad danzante, el aroma de los dátiles y las frutas carnosas, lenguas lejanas que hablaban de los dioses, del alma, de las posibilidades, de un pensamiento oculto en nuestras cabezas, potente y misterioso, místico y terrenal, capaz de descifrar el idioma de las nubes y los caballos, de la tierra entre nuestros dedos y del temblor en los ojos del hombre.

Para Iván, pues, todo eso era charlatanería, embrujos para vulnerar a pueblerinos ingenuos en su ya de por sí endeble voluntad. Pero, para mí, Bernie —sus palabras, su aliento acompasado, sus manos ajadas— era la prueba de que el mundo no se limitaba a un paisaje

blanco y paredes de madera roída, sino que guardaba secretos y maravillas reservados para aquellos que supieran leerlo, que dedicaran sus días al estudio y sus noches a la reflexión. El verdadero prodigio del ser humano florecía allá afuera, en tinta y papel, en los lienzos, en la música, en las calles pavimentadas de flores y librerías y cafés, mas no en el seno de una gaveta enmohecida, cerrado bajo llave por la visión chata de un pueblo y una religión terminantes.

Ver tu vida reducida a un cascote da una sensación de irrealidad que se manifiesta en un temblor en las piernas. Se siente un vacío en el estómago, un mareo, y luego parece que alguien o algo te toma por detrás de los ojos, te despega del cuerpo y te aleja tanto como para hacerte creer que nada de eso es cierto, que no hay tiempo, ni espacio, ni brazos, ni pechos, ni padres, ni hermanos; que eres un pestaño, un grito ahogado y nada más.

De aquello que alguna vez llamé hogar sobreviven cimientos amorfos sepultados bajo una nieve salpicada de pólvora, ceniza y sangre, dentro de un agujero nostálgico. Cavo con las manos desnudas que raspan el frío y las astillas hasta abrir un hueco suficientemente amplio. Entro arrastrándome y, poco a poco, a unos cuantos metros, puedo erguirme casi por completo. Guiado por la memoria y la intuición, llego a la habitación de Bernie. El silencio es denso. Veo su mano asomándose entre la nieve. Me apresuro a escarbar alrededor hasta desenterrar parte de su cuerpo. Su rostro, gélido y violáceo, es el de alguien que duerme un sueño intranquilo, quien teme nunca despertar de su pesadilla. No puedo reprimir las lágrimas. Sufro por mí, por él, por lo que pudo ser, por esta guerra que nadie pidió, que no sé de dónde viene ni para qué, por los hombres sin rostro que la sufren, por quienes la gozan, por los que la perpetúan y no se han dado cuenta.

Me enjugo el rostro y comienzo a sacudir la nieve de las pertenencias de mi finado amigo. Lo primero que descubro es el libro. *Tierra baldía*. «T.S. Eliot», leo debajo del título; recordaba el tomo, mas no el autor. Abro las primeras páginas. «Abril es el mes más cruel, hace brotar / lilas en tierra muerta, mezcla / memoria y deseo, remueve / lentas raíces con lluvia primaveral», escucho a Bernie leer en voz alta como la noche anterior, horas antes del holocausto. «Imagínate», explicó al ver mi rostro entumecido, «cómo es saber que la vida florece tras

la devastación, una y otra vez, en un eterno ciclo; ese recordatorio de que la vida nos mirará, indiferente, en nuestra decadencia, y nos olvidará en cuanto hayamos muerto». Me fui a la cama angustiado por esos versos. Hasta entonces, jamás había pensado en lo inhumana que podría ser la existencia, en el vacío, en la desesperación y el deterioro que en ese momento contrastaban con la respiración satisfecha de Nina a mi lado. Esos pensamientos, después de no sé cuánto tiempo, fueron sumiéndome en un sueño intranquilo, interrumpido de pronto por el estrépito de las detonaciones y los alaridos. Desperté a Nina en el acto. Le puse un abrigo encima y corrimos fuera de casa. En un extremo del pueblo, la muerte resplandecía con su aurora de violencia; hacia el otro, confundidos y aturdidos, huían aquellos que padecían de insomnio o de un sueño lo suficientemente ligero como para sobrevivir a la primera escaramuza. A las afueras, algunos vehículos estaban listos para llevarse de ahí a quien pudieran. «Vete tú, yo te alcanzaré», le dije a Nina, lleno de culpa porque el instinto me había hecho olvidarme de mi hermano y de Bernie.

Caminé a contracorriente, tropezando con jóvenes con la cabeza rota y miembros fantasmas, padres protegiendo a sus críos y madres enajenadas por la pérdida y la brutalidad armada. Pero no había señales de mi hermano. Avancé gritando su nombre. Me detuve en un páramo, esperando que mi voz rebotara en el vacío y llegara a sus oídos. De pronto escuché unos pasos tras de mí y sentí el alivio del asceta que prueba bocado tras semanas de ayuno. Pero aquél no era el rostro de Iván. No era, de hecho, el rostro de nadie: sólo un conjunto fantasmal de botas, casco y rifle. Cerré los ojos y me esforcé por traer a mi mente la silueta, los ojos, los labios, la mano, las uñas de Nina.

Escucho movimiento a lo lejos y sé que hay poco tiempo para salir de aquí. No hay nada que pueda hacer por Bernie, pero sí por su recuerdo y sus palabras: «Cuando sea el momento, llévate lo que te sirva». Tomo uno de sus baúles y meto lo que voy desenterrando: libros, libretas, dibujos, acetatos. Sobre todo, libros: hay demasiados. Adonde sea que vayamos, seguro podré vender una buena parte. Los otros, aquellos que Bernie me haya leído o mencionado, los guardaré para comenzar mi biblioteca, que tal vez, si el destino me brinda la oportunidad, heredaré a mis aún nonatos.

Pienso que he perdido mucho tiempo. Lleno el baúl sin prestar atención a los títulos. Quiero regresar por donde entré, pero el estruendo de afuera, cada vez más cercano, ha removido la nieve y ésta ha bloqueado el camino. Sobre mi cabeza vislumbro la luz del sol. Golpeo el techo para abrir un agujero y salir, pero apenas me apoyo en la superficie, la estructura colapsa. Caigo sobre mi espalda, junto al cuerpo tumefacto de Bernie. Cuando intento reincorporarme, un socavón se abre debajo de nosotros. El peso del cadáver y de la nieve me oprimen el pecho. El aire y la vista se me agotan. Estoy resignado a morir. Entonces, una mano atraviesa la nieve como una saeta, toma mi brazo y me jala a la superficie.

—¿No se supone que el hermano mayor es quien debe cuidar del menor, y no al revés? —pregunta Iván, con sorna, cuando emerge mi rostro.

Soy un muñeco de trapo expulsando nieve de ojos, oídos, boca. Poco a poco voy recuperando los sentidos. Abrazo a mi hermano y quiero romper en llanto, pero él me toma de los hombros y me dice que no hay tiempo.

—Hay gente allá afuera. Son los extranjeros. Han vuelto para recuperar sus cosas y rapiñar nuestros escombros y nuestros cadáveres. Detrás de ellos, vienen los militares a terminar su trabajo. Debemos irnos ya.

Iván tira de mi brazo, aunque alcanzo a zafarme. Le digo que sí, que nos iremos enseguida, pero que antes necesito su ayuda. Señalo el baúl que yace despanzurrado en el suelo, con los libros desordenados a su alrededor. Mi hermano suspira, fastidiado, y a regañadientes va tras de mí para auxiliarme con mi empresa. Estamos a un par de libros de llenar la maleta cuando una voz encima de nuestras cabezas llama nuestra atención.

—Disculpe, ¿es acaso ése el *Codex Leicester*? —me pregunta un caballero de bigote prominente. Ignoro de qué habla. Miro al hombre, luego a mi hermano, luego al baúl. Observo el libro que sostengo y, tras leer la portada, afirmo con la cabeza—¿No le interesaría hacer un intercambio?

Ante mi silencio, me muestra un par de monedas. No lo pienso demasiado. Le extiendo el libro y no puedo evitar sonreír. Quizá no llegaremos sin nada a cualquiera que sea nuestro destino.

No bien las monedas caen a mis manos, veo otros rostros aparecer tras el hombre, todos oteando el interior de lo que fuera mi casa,

interesados en los tomos desperdigados en el piso y dentro del baúl. Algunos levantan las manos para llamar mi atención, otros me ordenan que les muestre algún tomo en específico. La casa de pronto está llena y ya hay quienes entran para husmear dentro del baúl. Iván me ve con preocupación y, tal vez, algo de encono. La gente sigue llegando. Ya ni siquiera intercambian palabras. Toman lo que necesitan y me dan las monedas o las arrojan a la maleta.

Una detonación interrumpe el incipiente mercadillo. Algunos caemos sobre nuestros traseros; otros se van de boca, y unos más permanecen petrificados. Aún con el estallido zumbándonos en los oídos, regresamos a lo que estábamos haciendo, pero ahora con angustia y desesperación. Iván vuelve a tomarme del brazo y me ordena con ojos y dientes que nos larguemos de aquí. Yo vacío la maleta de libros e introduzco todo el dinero que puedo. Nos encaminamos a la salida, pero otra explosión, ahora más cercana, nos sacude. Le siguen gritos desesperados, llantos y disparos. El cuarto se llena de miedo, y más gente, salida de no sé dónde, intenta entrar. Quieren que el lugar sea un búnker, pero no es más que una trampa, una ratonera. Los libros, los cuadros, los muebles, todo cae, todo se rompe. De pronto escucho la voz de Nina clamando mi nombre. Grito el suyo y escucho sus pasos. Nina se asoma y elevo mi voz y mi brazo estrujados por la barahúnda. Los ojos de Nina se vuelven agua, se derriten al verme, y estira su mano para alcanzar la mía. Nuestros dedos están a punto de rozarse cuando una sombra se alza sobre ella, y sus garras, unas garras cubiertas de pólvora y mugre y sangre, la toman del cabello y la arrastran lejos de mí. Otras sombras se amontonan sobre nuestras cabezas. Entorno los ojos y reconozco aquel fantasma que ostenta casco, botas y rifle, aunque ahora su semblante amorfo se ha multiplicado por cuatro, por seis. Y entonces, sin mediar palabra, apunta hacia nosotros una cantidad incontable de rifles y nos bañan de fuego y sangre.

Los cuerpos caen. La nieve y la muerte y luego el silencio nos sepultan. No hay nada más que ver. No hay nada más que sentir ni que pensar. El rostro de Nina viene a mi mente y yo lo evito con todo mi corazón. No quiero llevarme nada. Ni suspiros, ni caricias, ni golpes, ni este odio que me aplasta. Quiero que llegue abril y borre nuestro recuerdo, que nadie encuentre nuestro cuerpo bajo la nieve ✦

Las cuentas del rosario de María Eraso

Jonathan Alexander
España Eraso

En los ojos de la vaca,
la anciana y yo
somos la tibia luz.

El sol de los venados
se oculta en las ollas de barro.
Mi abuela,
hendidura de la tarde.

En el patio de arrayanes
sobre la tierra
aflora la sangre del gallo.

Entre los labios de la abuela
mi madre es una plegaria
bajo las estaciones.

Intemperie y espigas
desnudan sus ojos.

En el fondo del agua
asustados
se escabullen los días.

La savia y la tinta
secan el cuerpo envejecido.
Su piel brota de las palabras.

Frente a la hornilla
las manos y el fuego.
Se disuelve la eternidad.

Un plato de sopa caliente
en la mesa materna
busca mi cabeza.

Ecos de desamparo,
su corazón
una helada sandía.

Tu soledad,
espesa y abatida,
se agota bajo tierra.

Orfebre de lo cercano,
espérame al final de las horas.

Heredo la voz de mi abuela.
Su sangre
engendra esta página.

Un alemán en la flor de la vida

Carlos Wynter Melo

Es interesante investigar el origen de los apellidos. Muchos de ellos se resbalaron por la ladera de los años como la corriente de un río caprichoso, o cayeron por un precipicio cual salto de agua.

Richard Ackermann, alemán de rancia estirpe, llegó a La Palma en el año 1940. Al principio, no dijo a nadie qué hacía ahí. Sólo comenzó a habitar una cabaña que rentó a comerciantes darienitas. Por su actitud y edad, resultaba obvio que no estaba en la flor de la vida.

De gran estatura, se le veía entrar doblado por el umbral de la puerta. En las tardes, su cuerpo alargado y flaquísimo se enredaba en una hamaca de hilos de nailon que colgaba en el portal. Vestía siempre camisas de blanco lino, bluyines y botas de caucho. Se cubría la cara con la sombra de un sombrero de paja amarillenta y ala ancha.

Su vivienda era de madera y estaba pintada de celeste y rojo; ambos colores brillaban como sólo el acrílico brilla. Era demasiado color para el alemán y lo manifestó en más de una ocasión, pero nadie se preocupó demasiado por su disgusto. Se entendió que era un hombre de preferencias grises y frías. Aquélla, quizás, fue la primera pista sobre su misterio.

Sus costumbres iniciaron siendo apacibles y muy discretas. Desayunaba en la fonda regentada por mama Rosí, donde pedía siempre lo mismo con un impecable inglés al que la cocinera no estaba acostumbrada. Ella le respondía pausadamente con un acento mucho más mestizo —era educada con él porque el alemán lo era con ella—. Él mantenía siempre el control sobre sus emociones y, gracias a ello,

(Ciudad de Panamá, 1971). Este cuento forma parte de la colección de historias *Un alemán en la flor de la vida*, que mereció el tercer lugar del Premio Ignacio Valdés 2021.

pudo ocultar por varios meses las razones de su estadía. Sólo una discusión con Demetrio Gonzáles, uno de los personajes más pintorescos de La Palma en aquellos años, lo empujó a delatarse.

Demetrio González vagaba entonces por las costas del Darién, alojándose donde pudiera, dedicado a tomar notas de lo que a otros les parecían nimiedades. No resultaba inusual que durmiera en casa de alguna mujer. Hoy es un hecho comprobado que dejó vástagos en Jaqué, Sambú y La Palma, todos reconocidos con el facilísimo apellido de González. Su encanto nacía de palabras que pronunciaba cuidadosamente y de su capacidad para ordenar ideas de modo seductor. Usaba camisas flojas, casi siempre abiertas hasta iniciado el vientre, y pantalones diablo fuerte. Se sabía que era el autor de un libro llamado *El jardín y los muros*, obra que poquísimas personas habían visto y menos leído. Era asiduo visitante de la fonda de mama Rosí, donde coincidió, un día y finalmente, con el alemán.

En la agonía de una tarde estaban algunos agricultores, Demetrio y Richard. Mientras que Ackermann se había recluido en un ángulo de la fonda, Demetrio estaba entre los trabajadores como uno más. Eran hombres recios y callados los agricultores plataneros; sus pieles estaban tostadas por el sol y sus ropas percutidas por la aspereza de la intemperie. Y el cansancio los llevaba más a escuchar que a pronunciar palabra. Agradecían, sin duda, el entretenimiento que una buena arena podía darles, siempre y cuando no los obligara a mover ni un dedo.

Bebido el escritor, comenzó a hablar de las dulzuras del mestizaje, tema sobre el que le gustaba reflexionar.

—En un futuro muy cercano, mis amigos, no sobrevivirá el más apto, sino el más mestizo.

Siendo la mayoría de los comensales mezcolanzas de negros, blancos e indígenas, aceptaron lo dicho con entusiasmo. Richard Ackermann, imperturbable hasta entonces, se revolvió en su asiento. La mayoría de los presentes llevaron sus ojos a él alertados por el zurrar de su silla. El escritor, diestro en provocar molestia, insistió:

—Y es que, mis amigos, el más apto será el más mestizo.

Ackermann buscó la mirada de quien hablaba y en perfecto español, idioma que no había utilizado hasta entonces, aseveró con voz de trueno:

—El mestizo, trabajadores plataneros, no tiene más que confusión, falta de vigor y barbarie...

—Pero sólo al principio —lo interrumpió Demetrio con una rapidez sorprendente, como si hubiera sabido de antemano lo que el alemán iba a decir—. La mezcla entre razas distintas tarda en cuajar. Pero una vez cristalizada, mi amigo, el nuevo espécimen recoge los mejores atributos de sus padres. —El escritor no hacía más que repetir las teorías de Vasconcelos.

Pero su interlocutor no era lector de Vasconcelos; lo era bastante, por el contrario, del germanista Friedrich Nietzsche.

—Es irresponsable hacer tales declaraciones, trabajadores plataneros, sin pruebas legítimas. Si algo ha llevado al mundo hasta los muladares en los que está, es la falta de conocimiento serio. No escuchan a este hombre...

—Pero sí tengo pruebas —interrumpió, otra vez, Demetrio, achispado su verbo y entusiasmo por el alcohol—. Será una prueba que podrá experimentar en carne propia, amigo mío.

El alemán no contestó, pero sus gestos invitaron a Gonzáles a continuar.

—Es una apuesta. ¿Están listos, mis amigos, para escucharla?

Expectantes, la mayoría de los que estaban ahí agitaron sus cabezas.

—Que se interne en la selva, la selva de mayor espesura, por el lado del nacimiento del río. Y que pase doce noches ahí, arrullado por los sonidos de las aves nocturnas y la música de los insectos. Si a su regreso no ha cambiado de parecer, me retractaré públicamente.

Pero el extranjero no estaba dispuesto a ser manipulado:

—¿Para qué, trabajadores plataneros? ¿Para qué semejante necedad? —Se defendió Richard.

Los rostros iban de un lado a otro, como si atestiguaran lanzamientos de piedras desde una y otra orilla de un lago.

—Para que encuentres, amigo mío, en la diferencia entre insectos, aves, ranas y gatos nocturnos, la flor de la vida, hombre, y te convenzas de que la existencia se recrea cuando se une lo distinto.

Ningún argumento llegó en ayuda del alemán, cercado su orgullo por aquella emboscada. No estaba dispuesto a sacrificar su férrea posición. Y no lo hacía para sí mismo, ya que su paz mental permanecería intacta no importando qué, se decía, sino por la verdad que se creía responsable de comunicar ejemplarmente.

Aceptó la apuesta y selló el trato con un apretón de manos.

Al día siguiente, comenzaron los preparativos para el viaje. Jack, un negro antillano que conocía muy bien la zona, fue requerido como guía. Aunque la idea de acampar tan incómodamente le había parecido terrible al principio, el alemán no la interpretó así tras sopearla con tranquilidad. Después de todo, a eso había ido, a probar sus hipótesis sobre el mestizaje y el trópico como causas de atrofia para los hombres. El guía habría de llevarlo hasta aquellos confines de la selva, lo dejaría con suficiente alimento, y volvería por él tras un lapso convenido. Selva adentro, tendría la suficiente calma para ordenar los datos recolectados y reflexionar sobre ellos.

El alemán llenó una mochila con carne seca en abundancia, arroz envuelto, plátanos cocidos, una cantimplora llena y su hamaca de nailon hecha rollo. Tenía confianza en su fortaleza física; los entornos que había habitado no eran más benévolos que esa parte del trópico. Y podía, incluso, disfrutar de dormir a cielo abierto, no se diga del sonido de la naturaleza y la caricia del rocío de las mañanas. Lo que Richard Ackermann no sabía era el afán que Demetrio González había escondido tras el reto.

A las nueve de la mañana inició la marcha hacia las entrañas de la selva. El negro Jack se introdujo por senderos como embudos verdes. Se abrieron paso entre espacios mínimos de ramales tupidos. El camino fue tomando forma. Y siguió el negro con un machete relampagueante, cortando plantas parásitas que colgaban de los árboles altos. Y el alemán no se amedrentaba y mantenía el paso virilmente.

Habrían pasado dos horas cuando llegaron a un descampado. Ahí se asomaban tímidos los rayos del sol. Como un pequeño techo, había una malla de ramas cruzadas, como brazos. Jack, con gestos, dio a entender que ahí era el lugar, si el alemán quería. El europeo respiró hondo mientras cerraba los ojos. Sí, los sonidos de la naturaleza se escuchaban como un espeso murmullo. De inmediato, miró a su alrededor y descubrió dos árboles que se erguían paralelos.

—Ahí podré colgar mi hamaca.

Jack asintió, sonrió. Pero Ackermann no se dignó devolverle la sonrisa. No porque le desagradara Jack. Al contrario, el negro le había caído simpático. No obstante, prefería mantenerse ecuánime, descontaminado de emociones. Estaba dando, después de todo, una lección sobre verdades irrefutables que nada tenían que ver con simpatías o subjetivismos.

Jack, finalmente, comenzó a emprender el camino de regreso. Dejó una despedida y un consejo cuando ya se alejaba:

—Recuerde por dónde vinimos, alemán. Si tiene cualquier problema, cualquiera, regrésese. Si sigue por el sendero de la derecha, encontrará un poblado de pescadores. Pero no encontrará hombres fuertes ahí porque son, alemán, pescadores, y se embarcan y desaparecen por largo tiempo. Sólo hallará mujeres y niños. Por el sendero de la izquierda, tras una caminata de una hora u hora y media, llegará a las riberas del río.

El negro Jack no se sintió escuchado —el alemán hacía girar su azul mirada por los pelambres de árboles bajos y no le prestaba atención— y, envalentonado por la cara que supo plantar Demetrio González, dejó solo a Ackermann sin decirle una palabra más. Cuando el alemán buscó a su guía, se encontró con el vacío.

Caída la noche, por instantes, el extranjero tuvo epifanías sobre el Génesis cristiano y un sueño en el que, trepado en lo más alto de un árbol cocobolo, recitaba conocidas frases bíblicas. Esto le produjo confusión, siendo su adorado Nietzsche un acérrimo enemigo del cristianismo:

—Y dijo Dios: produzca la tierra seres vivientes según su especie: bestias, y serpientes y animales de la tierra según su especie. Y fue así. E hizo Dios los animales de la tierra según su especie, y ganado según su especie, y todo animal que se arrastra sobre la tierra según su especie. Y vio Dios que era bueno.

Cuando, en el sueño, se lanzó desde la copa del árbol, despertó en la hamaca estremecida, sobresaltado.

Doce días después, según lo convenido, Jack apareció. El alemán no podía verse más feliz. Estaba hecho un ovillo en el centro de la hamaca y su rostro sonreía entre los nudos espaciados de las cuerdas, como si fuera el de un niño travieso. Jack no le prestó mucha atención y se limitó a agrupar los enseres del alemán para que el regreso fuera expedito. Ackermann no tardó mucho en sumarse a la tarea y, en pocos minutos, tenía su mochila empacada y colgada de los hombros.

Como suele pasar, quizás por la facilidad de lo conocido, el camino de vuelta fue mucho más ligero. Igual que la vez anterior, Jack fue abriendo paso con el machete y Ackermann lo siguió a poca distancia. La espesura de la selva y su humedad eran las mismas, pero ahora

la actitud del alemán era más relajada y hasta dulce, podría decirse. Avanzaba, tal vez, alegremente. Con el tiempo desgranándose de ese modo, pronto apareció la circular claridad del túnel que llega a su fin.

Lo primero que vio el alemán fue la cara sonriente de Demetrio González, quien iba escoltado por un grupo de agricultores.

—Bienvenido, mi amigo —se apresuró a decir el escritor—, nos da mucho gusto verte otra vez, después de tu aventura. Hemos querido sorprenderte con esta puntual espera. ¿Ha sido descortés que hayamos aguardado por ti?

—En absoluto —contestó el alemán aún caminando hacia ellos, sin haberlos alcanzado—. ¿Ven la alegría en mis ojos, trabajadores plataneros, bohemio personaje de los trópicos?

—Sí, la veo, pero desconozco la causa.

—Ya la conocerá. Vayamos a la fonda de mama Rosí, ¿te parece, bohemio personaje de los trópicos?

—Por supuesto.

Y anduvo el grupo hacia la casucha de madera, la fonda de mama Rosí, como una procesión de monjes en éxtasis.

—Concedo —comenzó diciendo el alemán— que el útero de la naturaleza, por usar una metáfora que me parece exacta, es embriagante. Me siento cual recién nacido. He sido, trabajadores plataneros, bohemio personaje del trópico, renovado. Si eso es lo que preveías con la apuesta, lo concedo sin dudar: venciste.

Demetrio González pellizcó la comisura derecha de sus labios con una sonrisa astuta y ladeada.

—Sin embargo, tal como relatan las leyendas imperecederas, es distinto el efecto que tienen las maravillas en razas inferiores y superiores. No he visto un solo pájaro, por muy maravillosos que fueran sus colores, que me arrancara un suspiro descontrolado. Ningún felino, con su hermosa cintura y exuberante forma, ha provocado que yo, un hombre de hierro, deje de ser hombre de hierro, que la pureza dejara de ser pureza.

Demetrio miró al alemán, por primera vez, con una expresión severa y hasta decepcionada.

—¿Nada le han enseñado las revolturas de la selva, sus colores, el modo en que las diversas especies se hacen una entre hojas y ramas?

—En absoluto —insistió Ackermann—. Aunque puedo reconocer que, en ti, bohemio personaje del trópico, tales revolturas, como

las has llamado, puedan tener un efecto diferente. Verás, es un asunto de temple, de voluntad. Y el mestizo, no teniendo raíces ciertas a las que asirse, es un ser inestable.

—¿Nada ha despertado un cambio en ti, nada?

—Como dije, nada en absoluto. Pude muy bien separar lo que me rodeaba de mi agudo discernimiento.

¿Qué más podía decir el escritor? Aun con la sospecha de que la confesión estaba inconclusa, claudicó. Y ante los agricultores más fieros de la Palma, aceptó su derrota, derrota que fue también la de ellos.

—La sangre diluida de los mestizos es como agua sucia en la que ningún rostro se reconoce —dijo, como dictando sentencia, el alemán.

Meses después, abandonó su cabaña cuando aún el sol estaba oculto. No se supo más de él. En sus libretas llevaba apuntes sobre lo que había aprendido de la inteligencia humana en el trópico. Demetrio todavía se quedó mucho tiempo más, pegado como estaba a esa comunidad recóndita.

Habría pasado año y medio desde la partida del alemán cuando dos mujeres indígenas, que poco iban al poblado, habitantes de un caserío de pescadores, surgieron de la selva. De la mano llevaban sendos niños de tez muy clara y facciones angulosas.

—Bellos como leopardos de piel manchada —pensó González en cuanto los vio venir cual luces sobre un fondo oscuro—. Ese lago turbio es el único en el que me reconoceré siempre.

Las mujeres buscaban a un tal *Jaqueman*, *Jaqueman*, llamado que les trajo reminiscencias, a más de un agricultor platanero, de aquel alemán que tanto defendió su entereza. Nadie las sacó del error, ni corrigieron el apelativo que aparecía en sus reclamos. No tuvieron más que decir. Aunque no dieran con el padre de las criaturas, mostraron mucha persistencia en que se las registrara en propiedad, legalmente. Un niño y otro quedaron nombrados como Daniel Jaqueman y Ricardo Jaqueman, apellido que nacía en el mismísimo momento en que se hizo el proceso legal ✱



Si digo árboles y no concreto árboles

Roxana Crisólogo

porque los huecos que dejaron sobre la tierra
son tan profundos
que debo excavar hasta tocar el nacimiento
de la herida
y sólo concreto furia
que se lleva lo orgánico a la boca

si digo árboles y regresa lo que ya no está
y quiero traducir Papa
en sabores que cambio de nombre
y saber qué especies se comen a otras

y defino en una sola imagen la soledad
de no encontrar más vegetales en estas
palabras que embolso

y en soledad
me tiendo bajo una sombra para buscar estrellas
que confundo con aviones
y puedo acariciar las texturas que el barro reúne
los desperdicios los cristales los clavos
respirando en mi boca

y dibujo árboles con las manos pero aún no hay árboles
y no hay nada concreto sólo las sombras.

EL RÍO ENE ESTÁ MUY LEJOS DE LIMA

En el río Ene lo vi de espaldas navegando
en la hilera de los que transportan fruta
despabilado sobre los largos cabellos de los jóvenes israelitas
del siete pacto universal

Las balsas con fruta avanzando lentamente como si se alejaran
entre sí
el sentido contrario de la corriente que se aproxima
en gruesas garras de moscas y hélices
plátano
que juegan a hacer equilibrio

Una parte de la canoa se hunde y se endereza
Y todo a lo que hoy le doy las espaldas
toma su lugar
como cuando aprendía a remar y a alejarme sola
de la orilla
pero me aferraba a los juncos que por tacto recogía
de la barba del lago
reunía gusanos para usarlos como carnada
y pescaba lagartijas con los ojos

Reemplazo la resistencia joven del río de ir más lento
y su caudal de fluir hacia delante llevándose todo
reemplazo el horizonte llevándose todo
con palabras que mojen y hagan sentir el barro que hunde
hasta las rodillas

toco el fondo asfixiado del río que florecerá
y sus criaturas de infinitas algas
el cochayuyo
navegando como incógnita

Un río que se desborda por empacho
ya se llevó un pueblo
un puente
un retazo del cerro que se abrirá en quebradas

Reemplazo la línea recta de mi imaginación
con las precipitaciones que colocarán tabiques
de rocas

la secta de navegar en un río sin preguntarme con quién
me cruzo por azar

Reemplazo la secta de navegar en mí misma
con las olas que formo con mis manos
reemplazo los altos remos de las olas
con aletas prestadas
la hoz de plátanos flotando
río arriba

la sinuosidad la sensualidad la nueva forma
que la naturaleza borda con sus manos

y tiene nombre de pez

La física
explica por qué las aves se mantienen a una distancia
sin caer en picada

El poema
se amasa en la superficie arenosa sin preguntarse por qué
esta confusión que deja tanto barro en el horizonte
dura tan poco.

Cortabesos

Octavio Escobar Giraldo

S llegó dispuesta a oprimir el timbre. Una sola vez. Con extrañeza vio que la chapa seguía siendo la misma y buscó el llavero en su bolso de cuero.

S es S porque durante años tuvo una cabellera exuberante que caía en ondas muy por debajo de sus hombros y porque a los trece años le llegó la menstruación y se convirtió en una mujer voluptuosa, todas la curvas elásticas y pecaminosas.

S es distinta ahora por la bicicleta de *spinning*, porque corrigió la dieta, aumentó el consumo de agua, se acostumbró a comer poco de noche, y porque un día, sin mucha reflexión, pasó por la peluquería y donó la mayor parte de su cabello a una fundación que apoya a las mujeres sometidas a quimioterapia.

Pero los nombres y el alfabeto suelen ser estables y, por tanto, S sigue siendo S. Ahora que comprobó que todavía tiene la llave que abre la cerradura que hace seis años no usa, debe decidir si entra con toda propiedad en la casa de sus padres o timbra como si fuera una extraña. Duda si es lo correcto, si la sorpresa le va a gustar a F, que está cumpliendo setenta años.

F nunca ha condescendido con las minúsculas. Además de las sólidas líneas vertical y horizontal, ambas en negrita y trazadas con fuerza, con grave riesgo de romper el papel, está esa línea corta, sobrepuesta pero firme, que apunta, que siempre está cargada. Es una predisposición natural que supo cultivar a través de los años.

F debe llevar todo el día recibiendo atenciones de G.

(Manizales, 1962). Sus últimas publicaciones son la novela *Cada oscura tumba* (Seix Barral, 2022) y el libro de poemas *Manual de hipocondría* (Ediciones La Palma, 2022). Es profesor de la Universidad de Caldas.

Después del primer embarazo, del que nació S, G cultivó una barriguita indulgente, generosa, que dice tanto de su carácter y que aumentó con las llegadas de I, V y R, que ya deben estar adentro, cumpliendo con los designios de sus letras.

A G le gustaría más una vida en minúscula, pero eso causaría confusiones en el lector y nunca quiso molestar, impedir que las cosas siguieran su curso. Por eso ya ni cuenta que pasó por la universidad, sin llegar a graduarse, y que su adolescencia estuvo llena de ensoñaciones, de proyectos.

Es poco lo que I deja ver de sí mismo, su cabeza muy por encima de las cotidianidades del mundo, pero con su música lo expresa todo. Nació para tocar el violín, dice F, orgulloso, y por tanto le dio licencia para las múltiples inconsecuencias de los imprevistos varios. Es hombre, por supuesto. Muchos de los problemas de S con F se derivan de su condición femenina y de sus reticencias con respecto al matrimonio y la maternidad. Tal vez S tiene problemas con la letra m. H estuvo a punto de hacerla cambiar de idea, pero vio sus pies tan hincados en la realidad, además de feos, y lo sintió tan mudo frente a F, tan obsecuente y compuesto, que más bien lo dejó irse con la misma lentitud con la que había llegado. Ninguna otra letra consiguió apasionarla tanto.

V no tiene problemas con la letra m. Madre adolescente, lo que al principio fue una maldición, con el paso de los meses se confirmó como V, como la víctima recurrente de una ensoñación que siempre abría sus muslos. Ya tiene cuatro hijos, que pueden o no estar dentro de la casa porque F es ahora todavía más sensible a la bulla, más furioso cuando algo lo irrita. Para S sus sobrinos son, por ahora, a, b, c y d, en minúsculas inespecíficas, porque sus relaciones con V son muy difíciles desde que jugaban entre las paredes de esa casa que compraron los abuelos. Sabe que hay dos varones y dos niñas, el mayor próximo a la adolescencia, y que hay cuatro padres distintos, todos irresponsables, el último tan joven como criminal.

Y está R, si es que ya llegó. R siempre se retrasa, se resiste, se resiente, pero por poco tiempo. Riñe con F, rodea con sus brazos a F, le retira la palabra a F, no puede resistir la vida sin F. Todavía se comporta como un adolescente. Todos saben que buena parte de la jubilación de F va a parar a sus bolsillos, y lo aceptan. Es el menor, la esperanza, por ahora inespecífica. Porque I vive de la música y con lo

que gana se mantiene íntegro y no muy visible, pero se mantiene. V es madre, incluso más que G, tal vez porque nunca le quedó colgando la barriga después de los partos y siempre hay otro hombre dispuesto a embarazarla. Sus hijos, no ella, son los receptores de otra buena parte de la jubilación de F.

Así que S tiene que decidir si entra con su llave, o no, si sorprende a todos, en particular a F. A G no. G la espera, le pidió que viniera. Una llamada llena de tiernas historias y buenas razones.

F está seguro de que morirá pronto. Su padre falleció a los sesenta y siete años, su madre meses después. Sólo S conoció a los abuelos y su recuerdo sabe a dulce de tamarindo y se deja mecer por la brisa caribeña. F está convencido de que ya vivió de más, que setenta años es algo así como su fecha de vencimiento. Cuestión de herencia. Fatalidad genética, agrega con voz de mando.

No es sólo la celebración de su cumpleaños, entonces. Es algo más, con melancolías y formas de despedida.

Los dientes de la llave brillan bajo el sol que busca el mediodía. La mano de S gira cómoda porque la cerradura le es familiar. La puerta metálica abre sin esfuerzo y sin la impertinencia de los goznes.

Allí, frente al jardín estrecho y largo, a las baldosas cafés que apenas delatan el uso y la intemperie, S duda de si tomó la decisión correcta. A lado y lado los crotos, las astromelias, los helechos. A la derecha, el árbol que F sembró cuando nació S abre sus ramas de hojas verde oscuro para dar sombra a la segunda entrada, a esa puerta de madera que siempre está abierta, testimonio de cuando la casa era campesina. Es un quiebrajacho y a la más gruesa de sus ramas la hiere un recipiente plástico que alberga una orquídea, en este momento deslucida, sin flores, las tres hojas con puntas amarillentas, dos raíces buscando nada en el aire.

Así que F por fin renunció al sueño de un jardín de rosas, que nunca lo quisieron. En el tapete de fibras recias se lee: «Este hogar está bendecido».

S se siente en casa y, como cuando era niña, da el primer paso como si moviera un



caballo de ajedrez, y así mismo el segundo. Es un juego de guerra, le decía F, que siempre se consideró un gran estratega, me lo enseñaron en la academia militar.

Las sesenta y cuatro casillas fueron, en el pasado, un territorio común. S ganó muy contadas veces, después de que aprendió a pensar. Pero poco a poco sus ideas desbordaron el tablero y se atrevió a preguntar por el sentido de las reglas, no del ajedrez, que a veces juega contra su computador, sino por el sentido de las otras, las de todos los días, y las respuestas no la dejaron satisfecha.

Adentro, canta Raphael, uno de los grandes amores de F, pero las voces de los niños ensucian sus notas, opacan sus alardes. S también cree escuchar que hay copas que entrechocan y que alguien dice que va a la cocina por más platos. Anticipa el olor de la cubierta de chocolate, las capas de harina y crema pastelera, el vaso de ron en la mano de R, el violín en su estuche esperando la hora correcta.

S da entonces un tercer paso, otra vez la uno del caballo de ajedrez, ese movimiento que le enseñó F sobre las baldosas del patio que entonces era un proyecto de rosal, y sus ojos se fijan en la pared de la izquierda, bajo un alero de tejas plásticas, y sonrío ante las veintitrés plaquetas de iglesia de pueblo que cuelgan sin que se vean los clavos, armonizados sus tamaños y sus detalles de artesanía local. Se ven bien porque además ocultan los rastros de humedad que de seguro afectan el estuco. Y empieza a leer los nombres: San José de Puertomatías, Supiritena, Cartagena de Las Trojes, Resistencia de Fita, Cortabesos.

Siempre le llamaron la atención los nombres de los pueblos, sobre todo aquellos de los que no puede imaginar origen o, por el contrario, los que le sugieren una situación, una escena, una historia. Sabe que Cartagena no tiene nada que ver con cartas ajenas, pero ya no recuerda el resultado de su investigación. ¿Qué puede ser Supiritena? ¿Cuál era el nombre real de Fita y a qué o a quién resistió?

Le parece que Cortabesos insinúa la interrupción de una cita clandestina, de un romance que quiere sobrevivir a todas las penurias. Recuerda su plaza bien arbolada, el cielo muy azul y el contraste entre las camionetas último modelo y las patas de la recua de mulas, suspendidas por la inmediatez de la fotografía. Y a sus habitantes, sentados en los muros con la cabeza baja, rostros curtidos por el sol y la tristeza, los sombreros en las manos. Y entonces también recuerda la bandera de la ONU en los costados de las camionetas, la indiscreción de los carros de

la policía, y a los burócratas asfixiados por las corbatas, aplacando la indignación de los periodistas, negando culpas gubernamentales. Y recuerda las otras fotografías, las de los llantos, las de las tapias tatuadas por las balas, las de los cadáveres. Y esos nombres de iglesia que trazan los recorridos de F, que denuncian su vida, se van llenando de víctimas.

En ese momento, S amarra sus pies y se promete no llorar. Sin pensar en el caballo de ajedrez, en su valor estratégico, retrocede hacia la puerta metálica. No puede celebrar los setenta años de F.

De su vista desaparecen los crotos, las astromelias, los helechos, el árbol de quiebrajacho, la desolada orquídea, y sólo queda en su retina el gesto de resignación de G, que parada en el umbral de la puerta de madera, con un delantal navideño puesto y las manos aferradas a un plato de sopa, las canas disimuladas por el tinte rojizo, acepta que su hija, su primogénita, le sonría con tristeza y la obligue a repasar las iglesias, los rumbos en la pared carcomida, las masacres. Esa hija que después abre la puerta metálica, se para en el andén y aporrea sin discreción la cerradura de la que tanto tardó en tener la llave ✦



*voy hacia las cosas que amo
sin ningún pensamiento de deber o piedad*

H. D.

Estoy entre la comida y el hambre,
como si hubiese superado las dos cosas
que más me importan. ¿Qué tenemos en
común Olivia, Leopoldo y yo? Ver la ola
cuando uno ya está debajo de ella no es
falta de experiencia, es falta de visión,
y para estar involucrado en cualquier
aventura basta el azar. Arturo mira sus
manos, alcanzadas por el vapor de la estufa,
le duelen. Las lame para apagar el ardor,
no hay heridas, sigue cocinando.

Hay lugar para tres

Gabriela Hernández

(Tampico, 1963). *Los humedales* (Atípica, 2021) es su novela más reciente.

A la lista no le falta nada:

Mejillones, berros, lechugas moradas, alubia, dorado o cazón, y lo mejor: lengua, bien golpeada y cocida con clavo y romero. El papel donde tiene anotadas las compras cae al suelo. El olor a detergente flota esponjoso y le pica en la nariz: Vivir en este lugar atrofiaría mi olfato. Atraviesa al perro como a un obstáculo: Hola Rufus, y el saludo en voz alta es para congraciarse. El animal lo mira remolón en el tapete de la entrada, con un aire de marido desparramado en su poltrona; él busca a Olivia, la escucha trajinar en el patio trasero. La adivina a través de la ventana manchada por una veladura blanquecina; se aproxima hasta el umbral en medio del bullicio de las máquinas, ella lo ve y sonríe, le es fácil descifrar el hola callado, le excita el movimiento de sus labios, los dientes asomándose, la lengua rosada y sus ojos que le dicen: «me encantas», «quiero contigo», «bésame». Señor, ¿este papel es suyo? La empleada está detrás. ¿Qué? Sí, es lo que necesito para el restorán. Ah, usted es el de los manteles blancos, el cliente preferido de la señora. Salvado por la chicharra, suspira al oír la alarma de la secadora, es una metiche este pedacito de mujer. ¿Había escuchado «cliente preferido»?

¿Los quieres para mañana? La voz lo sobrecoge, aún no se acostumbra a ella, lastimosa. No puede. ¿Para qué esforzarse por hablar? El mundo seguiría a sus pies con tan sólo mover sus manos, sus labios, con tan sólo esbozar palabras y no esto... Sí, los recojo a esta hora, ¿te parece? Huele, le ofrece una rama de romero que se coló en los manteles, mira cómo llena sus pulmones de ese aroma penetrante. Conejo a la cazadora, balbucea penosamente, y a él la rayita del escote lo distrae, fantasea con las tetas, con sus pezones oscuros, los manosea en su imaginación; serías Afrodita si no intentaras hablar. Hasta entonces. Se deleita con los ojos de Olivia hipnotizados por su boca, descifrándola. Un mundo en silencio, ¿cómo sería? Las palabras, ¿en qué se convierten después de pronunciadas? Intenciones, deseos. Oler, comer en silencio. Una vida perfecta. Dichosa Olivia. ¿Cuándo? Había descubierto el lugar desde la ventanilla del auto por voltear a ver al perro, hace algunas semanas, de paso al restorán.

En el letrero dice:

LAVANDERÍA Y DRY CLEAN. El perro guardián en el ingreso parece una escultura; sus manchas abundantes lo hacen ver casi negro, es

igual a Mamacita, una dálmata que tuvieron de chicos, a su hermano se le había ocurrido esa tontería: La mandas por delante y la llamas, si va caminando a un lado una zorra, voltea y sonrío. Mira desde afuera la blancura de las paredes y piensa en una bechamel, en unas crepas de huitlacoche debajo de una tersa salsa. Podría servir eso hoy, pero no es temporada, quiere seguir fiel al lema de su cartel: PRODUCTOS FRESCOS, por eso nunca se animó a hacer menús fijos, le había funcionado muy bien lo de escribir en el pizarrón y borrar cuando fuera necesario. Abre la cajuela para sacar la bolsa de ropa. Una mujer programa una lavadora. Hola, se la dejo y vengo por ella después, se siente observado. Ella pesa el bulto y llena una nota lentamente. ¿Mucho trabajo? Sigue concentrada como queriendo que él se dé cuenta de cada cosa que escribe; cada uno de sus movimientos es seguido por una sonrisa, subraya con la pluma la fecha de entrega antes de darle el papel. ¿Hoy mismo estará lista? Qué rápido; qué bonitos ojos. Ella no dice nada. Bruja, masculla mientras sale y se acerca al perro. RUFUS, lee en la plaquita que cuelga de su collar. Guárdate tu pinche nombre de chucho y sube al carro con el animal ladrando a sus espaldas.

Saca del bolsillo el recibo y atraviesa el umbral;

los muros blancos y el traqueteo sordo de las secadoras realzan algo que sale del silencio; está a punto de saludar pero eso empieza a extenderse, una especie de vibración, de rumor transformándose en avalancha. En el fondo se ocultan el traspatio y un cuarto; una puerta rechina en su meneo constante. Se acerca cuanto puede y distingue la cabeza de un hombre en los pechos de ella, los chupa, manosea sus nalgas y le levanta el vestido, los gemidos de la mujer lo prenden, saturan el espacio como una ola densa y salada. Se queda mirando hasta que la puerta bate, entonces regresa de prisa y saluda: Buenas tardes, como si acabara de llegar. El hombre se asoma: ¿Viene a recoger ropa? Sí, y le entrega el comprobante. Mientras busca el pedido, ella se desliza sonriendo, él quiere ignorarla igual que ella ha ignorado su piropo de ayer, pero se rinde ante su sonrisa, ante lo que acaba de ver y oír: Hola. El hombre se vuelve hacia ella: No encuentro la orden, le explica y hace señas con las manos. Ella responde: Tuvimos un problema, su ropa no está lista, discúlpennos. Sus palabras tardan en ser pronunciadas completamente, irrumpen de un subterráneo y llegan deformes a la salida, con un peso extra. Se imponen. No hay problema, regreso después. El hombre le

tiende la nota: Una lavadora se descompuso, por eso nos atrasamos. Don Leopoldo, llegó la camioneta de tintorería, avisa una empleada. Su encargo estará listo mañana, lo siento mucho, pero a veces no está en nosotros la solución. No se preocupe, responde y piensa en el gemido y también en eso que imita desesperadamente a una voz, en sus ojos, en volver al día siguiente a recoger la ropa para verla de nuevo.

En mi sueño no dices ni una palabra,

estás sentada en una silla, piernas abiertas, sin nada debajo del vestido, te mueves sin quitarme los ojos de encima, ¿a mí o a Leopoldo? No sé si soy yo o Leopoldo, vaya situación, no importa, el cometido se cumple. Arturo se abandona a la imagen de Olivia. No es suficiente, pero es lo único que tiene. Temprano va por la ropa. Se estaciona y la ve venir por la banqueta: Puta, dice, y recuerda la escena en el traspatio. El dálmata camina a su lado sin correa, van parejitos, coordinados por el apego, la necesidad, la rutina. El cabello de ella recién lavado debe oler a menta, se queda en el carro hasta verla entrar contoneando sus nalgas: blancas como una cebolla. El bulto de ropa yace solitario sobre el mostrador. Cogelones, murmura, y avanza sigiloso hacia el traspatio. Ya está lista, lo sorprende la caricatura de voz atrás de él. Qué bien, contesta aún de espaldas. Ya está lista, y la frase repetida lo remite a la lengua golpeada que servirá en el menú del día. El perro ladra. Cállate Rufus, le ordena la voz y él se ve azotando la pieza de lengua contra la tabla de madera, se agacha para acariciarlo, Rufus amansado mueve la cola, huele su mano y vuelve a ladrar mientras mira con nobleza a su ama. Ella respira hondo y dice torpemente: Romero, y luego recalcando entre sonrisas y muecas: Le caíste bien. Señora Olivia, llegaron los de tintorería, le avisa la empleada. Mientras entrega el recibo, piensa en el nombre que acaba de escuchar, en el aceite pletórico bañando una ensalada. La próxima vez te traigo un aderezo, Olivia.

Apareces en mi vida como un lobo,

dulce y cumplidor, me tienes cautiva. Te advierto que no quiero ser tu presa; quiero que me persigas sin alcanzarme; que me alcances sin competencia, que me atrapes sin asedio. El silencio no tiene trampas. Ahora me haces falta; tu mirada husmeadora es un acontecimiento, el azoro de tus oídos también, tu lengua salada. Quiero despertar temprano y amarnos cuando el sol esté saliendo.

Déjele el pellejo, yo la limpio.

Te estoy dando un trofeo, Arturo, dice el carnicero y la levanta para mostrársela. Un hombre entra con una pieza robusta y sangrante sobre sus espaldas, él revisa la lista de compras, ¿te acordaste de apartarme la sangre de cerdo? Sólo tú pides eso, no se me puede olvidar. La imagen de cebolla friéndose junto al chile verde le hace agua la boca, el líquido espesándose negro, sólido, los pedazos separados. La primera vez que la probó tenía la textura y el sabor de la tierra, trocitos de barro caliente, después le sabía a hierbabuena, así se la daban para que no dejara nada, mejor esto que vitaminas, le decían como si necesitaran convencerlo de comérsela, la idea de comer sangre lo convertía en un héroe: Popeye, espinacas; él... Sus tías estaban encantadas. Era el favorito de las dos hasta el día en el que le preguntó al mozo si podía beber la sangre así como estaba, aún caliente. Vuelve a revisar la lista y coge un manojo de cilantro, que se pega a la nariz. El mozo se lo tomó muy a pecho y fue con el chisme. Las dos se horrorizaron, de sirviente de Lucifer no lo bajaban, la morcilla quedó vetada en su cocina. ¿Le hace falta algo? No. La figura de Olivia lo envuelve pegajosa camino al restorán. Enrique lo ayuda a bajar las compras: Estamos atrasados, ¿qué te pasó? Toma aire antes de contestar: La lengua, el carnicero no la tenía lista. Le cae en el hígado esa actitud de pedir explicaciones, lo tolera porque le conviene, lo necesita y además no le va a regalar el entrenamiento de estos dos años, ahora le toca desquitarlo. No tendremos tiempo suficiente para preparar la morcilla, tendrá que ser otra cosa. Sí, pensé lo mismo cuando vi que tardabas en llegar. Enrique agarra la pieza de carne y sale, él se queda entre romero, laurel, jengibre, azafrán, orégano, presencias que colman la alacena. Enrique, ¿cambiaste los manteles? La respuesta traspasa su deseo: No. Se sube en una escalera para alcanzar en el último anaquel su pretexto.

La empleada alcanza a verlo bajar del carro antes de echar llave.

Le recibe los manteles, hace su nota y: Buenas noches. Un ruido lo distrae, aminora el paso hacia la salida, no escucha nada más. La empleada cierra mientras él enciende la marcha. Detiene el arranque, espera a que ella se aleje y baja de nuevo. Una luz lo atrae en el interior del local, toca en el cristal con las llaves. Nada. La luz se apaga. Abre la cajuela para buscar un alambre, un gancho de ropa es lo más

parecido. No lo duda, pero no es necesario usarlo, la puerta cede fácilmente; camina hasta el patio trasero, la oscuridad es una maraña que lo enreda ágil, sus ojos se acostumbran y llega sin tropezar; un gemido escapa del silencio aplastando la penumbra. Se vuelve loco escuchándolo, sólo eso le bastaría. El vientre tibio y las nalgas tersas de Olivia recargadas en una lavadora son una golosina. Ella le mordisquea el hombro, se pega a su cuerpo y guía la mano para meterla en su pubis. El lloriqueo de Rufus se escucha triste y rencoroso.

El vapor de las cacerolas abraza su rostro,

lo acidito del cilantro y su olor fresco le hacen agua la boca: Olivia debe probar esta morcilla con chiles toreados. Enrique suma otra comida a su lista, el restorán está lleno. Enrique recibe a los clientes, los acomoda, busca mesas o sillas faltantes, hace de mesero, de cajero; conoce el negocio; aunque no lo empezaron juntos, abrió hace cuatro años, Enrique tiene dos con él, no está seguro de deberle tanto, ha sido la suerte, el estar allí en el momento, dos años sin ton ni son, y luego llenos casi diario. La estrategia de él ha sido buena, la comida lo es y punto. Empezó con las fotografías de los perros, es aficionado y tiene esa cámara con un buen zoom; paseando por el barrio se dio cuenta de que había un montón. La idea de que los dueños pudieran dejar a sus mascotas en el patio trasero, arreglar el espacio con fotos de perros conocidos, fue un buen gancho; y luego lo de las hierbas de olor en los centros de mesa; lo de los menús fijos se le había ocurrido a él; lo de prepararlos con vegetales del día, en oferta, a Enrique, y tenía que reconocer que le ganaban: Son productos de temporada, más maduros, el chiste es saber qué comprar, y eso tú lo sabes, y como no se pide a la carta, resultará muy fácil. Le dijo así para convencerlo porque lo suyo era lo gourmet, lo artesanal, él era el cerebro de este negocio, la contribución de Enrique era en la administración. ¿A qué hora terminarían? Quiere con Olivia en este momento, llevarle una probadita de morcilla picosa, manosearla mientras la come...

Lobo,

me encantan tus manos frías cuando me tocan, tus dedos robustos adentrándose, me encantas tú apareciéndote con tus manteles olorosos a romero y tus aderezos succulentos. ¿Te gusta que te muerda? ¿Te duele? Que así sea, ya tendrás tu oportunidad. Que Rufus no te deten-

ga, es bravío, no bravo. Es necio, no tonto. No lo subestimes, discúlpalo por tener ideas acerca de su ama. Terminará aceptando lo que venga, o no. Eso no importa, ¿o sí?

Rufus lo recibe alerta en el umbral,

le gruñe cuando lo acaricia. Es un majadero, se queja la empleada, sólo obedece a la señora. Caprichudo. No se encariña con nadie, sólo a ella le hace fiesta, a veces me siento espiada por él. El traspatio parece en calma, deja los manteles sobre el mostrador y mira hacia la ventana blanquecina. Leopoldo asoma la cabeza: Buenos días, él contesta sin quitar la vista del punto, esperando que ella aparezca. Leopoldo se acerca y llama a Rufus en balde: Eres un necio, se queja, y luego ordena a la empleada: Idalia, recibe los manteles y cuéntalos uno por uno, camina hacia el mostrador: ¿Mucho trabajo? Sí, a la hora de la comida, sí, bastante. He pasado, he visto la fila para entrar, tiene suerte. Parece... La tiene, amigo, no lo dude. Claro que no, también trabajamos mucho; y ustedes ¿qué tal? Es un negocio noble; ¿sabe?, eso de que la ropa sucia se lava en casa no aplica en este barrio. Respira el aire saturado de un olor a limón artificial y sonrío forzado, usted también tiene suerte. Nosotros; Olivia y yo estamos juntos en esto, ella es muy buena con los números. ¿Quiere revisar la nota, don Leopoldo? Cuenta los manteles; muy bien, Idalia, esta vez no te equivocaste. Qué alivio. Le va a dar gusto a Olivia. El perro se levanta y ladra. Sí, todavía está enojada conmigo por lo de la última vez. Leopoldo le entrega el comprobante: Su orden estará lista mañana, por cierto, tenemos un servicio de entrega el mismo día. Gracias, Olivia ya me lo había ofrecido, se sorprende pronunciando su nombre, ¿cuánto cuesta? Ahora mismo le digo, hay poca diferencia; Idalia, busca la lista de precios. La señora se la llevó, la va a actualizar. La voy a buscar, atrás tenemos algo así como una oficina. Olivia la tiene. Gracias, vuelvo después de la comida a dejar los manteles que se cambien hoy. Espere un momento. El hombre camina hacia el traspatio y tarda unos minutos en volver. Mire, me dice Olivia que puede pasar por la tarde, le mantenemos el precio anterior. Gracias. Idalia, ayuda al señor.

¿A qué jugaba?

Quince minutos perdidos en una conversación estúpida y ni siquiera la había podido ver. ¿Qué quería de él? Calientabraguetas...

Deja los manteles sobre el mostrador,

la ve acercándose desde el traspatio, mira su falda corta, sus piernas torneadas y largas, siente su antojo, no se contiene y mientras ella llena la nota, él toca su mano, ella se fija en la entrada y luego pega su boca a la de él, mete su lengua, se quedan así unos segundos. Ella se separa, dice en silencio, orégano; las manos ávidas y glotonas retozan; él se acerca nuevamente, ella chupa uno de sus dedos, repite lo mismo y le entrega la nota; permanecen así, en un decir insinuado hasta que se escucha la puerta de un carro y Rufus ladra. Vuelvo mas tarde, y le da una botellita con una salsa de mango, ella sonrío. Al salir acaricia al perro, sabe que Olivia lo sigue con su mirada, Rufus gruñe, Olivia lo llama y el perro mueve la cola, Arturo soba su lomo: Imbécil, ¿quién manda ahora? Ella se aproxima y vuelve a cuchichear, te espero, como un pez desde una pecera moviendo sus labios carnosos y brillantes. Sube al carro pensando que no hay mujer más sexi que ella.

La historia la escuchó de sus tías,

una gringa aviadora, sorda, probablemente era mentira. De todas maneras, le intrigaba cómo podría haber aprendido a pilotear esta Nellie no sé qué. Le contará la historia a Olivia, tendrá que recordar los detalles para ella; a lo mejor ni le interesa, qué más da lo que podría decirle; lo tiene embobado el modo que han encontrado de reservarse, de esconderse de la perorata diaria y muchas veces sin sentido; las palabras así como dibujadas por sus labios se quedan apartadas de la mente, ocultas en el silencio; es un hablar sin razonar, ella lleva la batuta en eso, lo enseña; podría aprender la lengua de señas y sorprenderla. Leopoldo la sabe, debe, después de todo son socios, ¿y qué más son? Idalia puede sacarlo de dudas. Qué más da, saberlo no le va a quitar lo enculado.

Lobo,

Rufus ladra y pienso que vas a aparecerte, es un fiasco ver en tu lugar a la gorda que vive en los departamentos. Recuerdo tu cabeza metida entre mis piernas, mi deseo se agiganta, me meto al baño a saciarlo, pero no se contenta. Mi deseo de ti y el deseo de Rufus por mí se tocan, por eso lo quiero, lo entiendo y me conmueve, veo que no hay salida apropiada, dejo eso para otros porque en mí no existe lo propio. ¿Cómo es tu deseo por mí? ¿Duele?, ¿tiene sabor picante de chile verde? Cuando alguien le dice a su amante, no quiero hacerte daño, ¿qué piensas? Embustero.

Rufus lo mira altivo.

Enrique lo acaricia, el perro se mantiene estático, pegado a las piernas de ella. Caminan hacia el patio. Olivia amarra a Rufus y echa un vistazo a las fotografías. Enrique se acerca con la cámara: Faltas tú, y luego la mira buscando aprobación. Ella sonríe. Enrique dispara, le muestra la fotografía y da palmadas a Rufus, de reojo ve la firmeza de las piernas: te ha gustado el lugar, amiguito, se dirige a ella torpe mientras se incorpora, las caderas y el talle lo atontan. Olivia habla, Enrique la escucha con sorpresa, atento a sus labios; las cejas gruesas y las pestañas tupidas vuelven honda su mirada; los cabellos recogidos resaltan su cuello esbelto y los hombros frágiles. El perro ladra, Olivia lo suelta, lo acaricia, Rufus continúa ladrando, Enrique le advierte: Vas a asustar a mi clientela, amiguito. Rufus se sacude alebrestado; Olivia intenta atarlo de nuevo, el animal salta, Olivia le habla cariñosa pero no logra hacerlo callar, sus senos se agitan también. Arturo aparece y le ayuda a ponerle la correa, el animal se agacha y orina ante la mirada de los tres, el olor se eleva airoso en el patio. Arturo la acompaña a la salida. Leopoldo estará..., alcanza a musitar antes de que Enrique aparezca entre disculpas y ofrecimientos de cerveza gratis la próxima visita.

¿Quién es? pregunta cuando ella se aleja. ¿Te ha pasado que huelas el sexo en alguien? Deja de hacerle al pendejo, Enrique, echa agua en los meados del perro, arranca unas hojas de lavanda y písalas encima.

¿A qué hora me los pueden entregar?

La empleada rellena la nota: Estarán listos mañana, en cuanto abramos. Es mi día de descanso, la señora... Podemos contarlos de nuevo, para que te asegures. Ella lo mira agradecida y asiente. Y ahora te dejaron sola. Sí, tuvieron un asunto de negocios. Desde que el marido de la señora murió, don Leopoldo la acompaña cuando ella necesita. Ah, qué bien. Ellos eran socios. Ah. Y amigos. Ah. Yo creo que el marido de la señora le pidió... Gracias, Idalia, le dice tomando el comprobante, hasta mañana. Yo digo que sí, ninguno de los dos tiene compromiso. Adiós.

Se aparece a las nueve,

la distingue desde el carro colgando los pedidos que recién han llegado, sus brazos desnudos se mueven diligentes, Rufus la persigue desplazándose al compás de su cadencia; mira su reloj, siente algo

parecido al agradecimiento hacia el animal, a él le debe el encuentro con Olivia. Aspira y llena su nariz con el olor de la planta de albahaca. Descansa su cabeza sobre el volante, el perro ladra, ella mira hacia la puerta, se arrodilla y lo abraza, Rufus lame su cuello, ella repega su cara y lo aprieta, el animal sacude el rabo y le da lengüetazos en las mejillas, en los ojos, Olivia cae al suelo, el perro salta alocado mientras ella ríe. Baja del carro, deja la maceta sobre el mostrador y se acerca a ayudarla. Sus labios esbozan un hola, rozan los de él. Mira la albahaca. Déjala en la entrada, te protege. Ella lo toma de la mano, lo lleva al traspatio y se arrodilla.

Allí estás de nuevo sentada en una silla,

piernas abiertas, ajetreada en tu deseo, y de nuevo no sé si te mueves para mí o para él, no sé si soy yo o él. En el escritorio está el libro de gastos, Leopoldo lo abre, o ¿yo?, tus trazos son claros, unos papeles sueltos caen al piso, parecen cartas. Él o yo nos excitamos leyéndolos, un ruido nos hace devolverlos a su lugar. Ahora apareces en el umbral, Leopoldo, estoy seguro de que es él, se acerca y manosea tus nalgas encima de la ropa. Escuchan un ruido, pero no se mueven, el local está cerrado. Yo bajo del carro y me asomo, la pared es un teatro, una sombra lee, la otra besa.

Mi pobrecito Lobo,

¿no conocías el dolor? La gente que se desea se lastima, es una ley que hice mía. Y aun así extraño tu lengua, tus manos, tu aliento dulce y cálido penetrando en mi oído, el olor explosivo de tu cuerpo. Me tiene sin cuidado lo que va a suceder con nosotros, si estamos juntos será bueno para los dos, estoy segura, si no, cada uno buscará por su lado lo que crea que sea la felicidad. No temas, el futuro siempre sonríe a quien no se esconde.

Se ha convertido súbitamente en un héroe.

Leopoldo juega con Rufus, lo provoca lanzándole un hueso y luego mordiéndolo él con sus propios dientes y echándose a cuatro patas. Imbécil.

Idalia intenta detenerlo, él también. Ella grita: El perro sólo juega con la señora. El hueso sale volando cuando el hocico de Rufus se clava en la cara de Leopoldo.

Él se lo buscó, quién le manda jugar como perro con un animal así. Imposible congraciarse con un animal.

Agarra la manguera de una de las lavadoras y echa agua a la cara de Leopoldo profusamente, luego coge una toalla húmeda y se la pone para detener el pedazo de piel arrancado. Como pueden lo meten al carro para llevarlo al hospital.

Al anochecer,

hablan de sus cosas con atajos y sobrentendidos, de a poquito. Ella lo acaricia, y él husmea su cabello, baja por su cuello, sus senos, y al llegar al ombligo el olor lo aviva: fragante por fuera, sucio por dentro; allí está la historia de su día, lo lame y luego se pierde en el caminito de vello que lo lleva a un sabor diferente cada vez que se acerca. Rufus aguarda en la entrada del local. Después del incidente, Olivia lo castigó unas horas; pagaría por saber qué sucederá entre los dos cuando Leopoldo vuelva, ha corrido con suerte, una curación profunda, un par de vacunas, y paciencia para que el tejido se regenere. Hace tiempo que no tiene esto: necesidad de alguien; al despertar, la imagina exhibiendo cualquier punto de su cuerpo. Cuando lleva sandalias, la cabeza del pulgar sobresale ostentosa y rosácea, una pulsera de cuero abraza su tobillo derecho, sus muslos suaves se esconden debajo de su falda; si viste una blusa abotonada, deja que el primer botón suelto muestre la rayita de sus pechos, o también le gusta ponerse sedas holgadas que caen vaporosas y desnudan sus hombros. El primer día, después de que regresó del hospital, Olivia se apareció en el restorán para agradecerle. Cerraban a eso de las seis, Enrique se marchaba y él se quedaba para organizar lo del día siguiente; disfrutaba ese momento, reconocía lo que tenía y lo paladeaba:

Día uno

Olivia entra llorando. En el hospital, Leopoldo le ha exigido que se deshaga de Rufus, ella no puede ni quiere. No sabe qué decirle, cogen y después se zampan una pasta primavera; entre los dos limpian la cocina y cogen de nuevo antes de irse.

Día dos

Olivia llega furiosa. Leopoldo tiene la escritura del local. Tampoco sabe qué decirle, cogen y después devoran unos tacos de lengua con

chiles toreados. En el refrigerador, encuentran unas natillas que les sirven para quitarse lo enchilado. Él limpia mientras Olivia curioseosa en la alacena, se meten mano allí mismo antes de salir.

Día tres

Olivia no llega al restorán, él empaca ensalada y embutidos y se apersona en la lavandería. Ella está haciendo cuentas, lo recibe con una sonrisa desbordante, se chupa los dedos después de terminar la ensalada, lo que queda cae al suelo cuando ellos se trepan en el escritorio. Rufus se atraganta y después lloriquea para llamar la atención.

El resto de la semana

A las sobras las quiere porque lo obligan a improvisar. Tres días han bastado para sentir los placeres de la rutina; después han hecho lo mismo, cambian la forma y el orden. Cocina para ella cosas sencillas, las pone en una bolsa y las lleva al negocio. Las confesiones son escasas, no se acostumbra a su voz, la ve como algo separado de ella, con densidad y dureza, lo contrario a su cuerpo, a su modo. Salidas de su boca, las palabras parecen golpes, suenan inhumanas. Le contó que su marido le pidió a Leopoldo que la cuidara, para eso tengo a Rufus, y lo miró colérica. Y qué si no quiero ser su mujer. Y qué si quiero vivir nomás con Rufus. El local está a su nombre, pero su marido le dio a Leopoldo la escritura en resguardo. Cretino. Dar y quitar. Es un esqueleto y se cree dios.

Ocho días después del ataque,

Olivia llega al restorán echando pestes porque Leopoldo le ha advertido que irá a la perrera para que recojan a Rufus, y que Idalia y él serán sus testigos; además ha hablado con el médico para que le dé un certificado de lo ocurrido. No diré nada, la conforta y luego los apapacha a los dos con una sopa de fideos. El perro se queda en el patio de las mascotas y ellos se cachondean hasta que oyen los pasos de Enrique. No disimula su sorpresa, los saluda confundido. Ella saca al perro a orinar. Qué bárbaro, desde cuándo cogen, y yo apenas me entero; y el marido ¿qué? Es viuda, animal. ¿Tan rápido? Idiota, su marido se murió hace un año; Leopoldo es su socio. Pues también coge con él. Por qué no escribes su biografía, si sabes todo de ella. Cálmate, no diré nada. No me importa lo que hagas.

Hace días que no la ve,

se traga su orgullo y se aparece por la lavandería. Idalia le recibe el bulto de ropa. Él no se aguanta las ganas: ¿Y el perro? Desapareció. Ah. Nadie dice nada. Ah. Y luego en un rumor: La señora Olivia se lo llevó a una pensión muy lejos. ¿Cómo sabes? Ella anda muy campante. Ah, ¿la puedes llamar?, quiero preguntarle algo. La señora está en la oficina hablando con don Leopoldo, no los puedo interrumpir si la puerta está cerrada. No se contiene, ni siquiera la deja terminar la frase, se mete al carro y arranca.

Lobo,

no sé si quiero que vivamos juntos, no sé si podría volver a vivir con otro ser humano, de lo que estoy segura es de que te quiero en mi cama diario hasta... No sé, ¿cuánto dura el deseo por otro? Eso depende de tantas cosas, no te pongas romántico e insistas en eso, es mejor así, verse clandestinamente mientras dure. Extraño tus secreteos en mi oído, tus mimos y tus fideos. Si no vienes hoy, te sorprenderé mañana. Cuando me domina la sensación de estar entre el amor y la indiferencia, me siento poderosa ✕

ALEJANDRO
GARCÍA CONTRERAS



Cerámica
NARRATIVA



◀ *El culto de Anubis*, 2021
Óleo sobre lino y cerámica
50 x 50 cm

... Su mundo está poblado de música, leyendas, historietas, poesía popular, películas, animales y juguetes; su trabajo utiliza elementos similares, si bien con una simbología y una vida propias.

... **GABRIEL ESCALANTE**



Flores del futuro / Jardín de las delicias, 2022
Cerámica esmaltada y lustre de plata
55 x 38 x 45 cm

... Crecimos viendo los mismos programas, las mismas películas, las mismas caricaturas. El Canal 5 no llegaba a Chiapas a finales de los años ochenta, sin embargo, el canal de Guatemala repetía y surtía la programación que fue insigne para toda una generación que creció viendo *Mask*, *G.I. Joe*, *Transformers*, *Rambo*, *Karate Kid*, *Teenage Mutant Ninja Turtles*, o series como *La Bella y la Bestia* o *Viajeros en el tiempo*.

... **GABRIEL ESCALANTE**





Templo para Afrodita, 2022
Cerámica
49 x 35 x 40 cm

... Existe también en él un impulso libre y pleno de sensualidad, que lo identifica con temas de la cultura popular, los cuales asimila naturalmente. A esto añadiríamos la incorporación de los mitos, fantasías y recuerdos de su propia infancia y juventud.

... **GABRIEL ESCALANTE**. Fragmentos del texto «Jesus Grunge!», publicado en *La Chinche* (2014-2015).

... A lo largo del tiempo, Alejandro ha adquirido esta capacidad de poner en juego diversos soportes, a partir del mito, popular o clásico, ha decidido traducir y señalar. Sabemos quién es el personaje, y a partir del material, así como de lo que en la obra él resalte, reconocemos no sólo el mito sino el significado en el nuevo contexto que Alejandro le otorga. Leemos lo subrayado.

... **SUSANA SANTOYO**



... Ahora, sin pretexto, sin tema, no hay referente conocido. Pero existe este montaje de soportes y despliegue de una capacidad asociativa, por medio de los cuales Alejandro presenta un ente completo, un proyecto lleno de momentos y distancias.

... **SUSANA SANTOYO**. Fragmentos del texto «Todo lo que cae», publicado por la galería Artículo 123.



Evangelion: You can (not) advance, 2023
Cerámica esmaltada
54 x 35 x 28 cm

... A través de una reflexión personal podemos discernir un lenguaje forjado a partir de una sensibilidad intuitiva, un compendio de ideas y emociones que se vierten expresivamente sobre la materia para concebir posibilidades inexploradas en el terreno de lo entrañable.

... **RODRIGO CAMPUZANO**





*Evangelion: You can
(not) advance*, 2023 (detalles)
Cerámica esmaltada
54 x 35 x 28 cm

... Cada obra culmina con una invitación para viajar a un universo paralelo que puede ser tan lejano como cercano para cada persona que se vea reflejada dentro de ellas.

... **RODRIGO CAMPUZANO**

... A lo largo de esta narrativa de singulares fantasías el espectador puede discernir distintas temporalidades dentro de la historia de la humanidad e incluso encontrarse a sí mismo dentro de dichos desenlaces matéricos.

... **RODRIGO CAMPUZANO**

... Si existiera una llave para acceder a este universo paralelo tendría la forma de un espejo pues sólo a través de nuestra propia aceptación podemos recorrer este escenario hasta encontrar su final.

... **RODRIGO CAMPUZANO**









***Evangelion: You can (not) redo*, 2022**

Cerámica esmaltada
59 x 38 x 35 cm

... Incorporando una amplia variedad de simbolismos y elementos iconográficos pertenecientes a la noción de la Antigüedad y de la cultura popular, García Contreras adopta un sinfín de mecanismos referenciales y yuxtapositivos para concebir metáforas universales que dislocan la temporalidad tanto del objeto como del concepto detrás de él.

... **RODRIGO CAMPUZANO**



El culto a Ishtar, 2023

Cerámica

50 x 38 x 8 cm

... Este desenlace no es un ultimátum sino un porvenir que cobrará vida con el tiempo y las interpretaciones que la sigan alimentando de esperanza, porque dentro de cada conclusión siempre hay una posibilidad de un nuevo comienzo libre de ataduras (y desgracias).

... **RODRIGO CAMPUZANO**. Fragmentos del texto «Sin el impulso de librarse del dolor», publicado en *Terremoto*.



Alejandro GARCÍA CONTRERAS
(Tapachula, 1982)

... Su práctica artística se caracteriza por la experimentación y el diálogo entre diferentes materiales y recursos técnicos. A través de sus proyectos artísticos, explora temas inspirados en la cultura pop contemporánea, el folclor, los mitos clásicos, el ocultismo y las religiones.

Estudió la carrera de Artes Visuales en la Escuela Nacional de Pintura, Escultura y Grabado *ENPEG/La Esmeralda*. En 2006 ganó el premio *WTC ArtFest*. Su primera exposición individual, *Stardust we are, stardust we will be*, fue presentada en la galería *Proyecto Monclova*, en 2007. Miembro de *Showcave Gallery*, en Los Ángeles, California, 2008-2012. De 2010 a 2011 dirigió el *Laboratorio de Artes de Chiapas (LAC)*. En 2011 se integró a *Neter*, iniciativa dedicada a promover el trabajo de artistas mexicanos a nivel local e



internacional. En 2013 fue invitado al programa de Residencias Ateliers de Création de la Galería Les Territoires, en Montreal, Canadá. Ese mismo año presentó su primera exposición individual fuera de México, en PS Projectspace, en Ámsterdam. En 2015, la exposición *Nuevos dioses*, proyecto en colaboración con Josee Pedneault, fue presentada en Typology Gallery, en Toronto, como parte del Scotiabank International Photo Festival 2015. Acreedor en dos ocasiones de la Beca FONCA para Jóvenes Creadores.

En México, ha presentado su trabajo en espacios como el Museo de Arte Moderno, Ex colegio de San Ildefonso, Museo Ex Teresa, Centro Nacional de las Artes, Museo Universitario del Chopo, Museo de Arte Contemporáneo de Monterrey, entre otros; al igual que en galerías como La Refaccionaria, Proyectos Monclova y Galería Luis Adelantado. Ha exhibido su trabajo en Estados Unidos, Suecia, España, Holanda, Canadá, Inglaterra, Alemania, Dinamarca, Irlanda, Italia, Japón, Colombia y Perú.

*Portal del universo
espejo*, 2022
Cerámica, espejo
negro platinado
y madera
130 x 113 x 27 cm

JOYAS DEL MAR



María Negroni

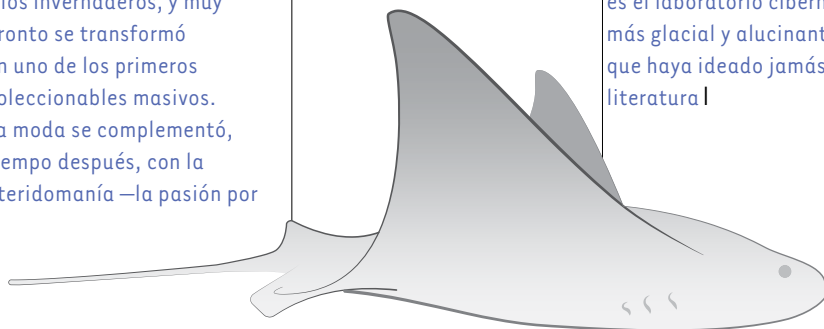
También llamados *aqua vivaria*, los acuarios hicieron furor durante el siglo XIX. Los había domésticos y públicos. Los primeros, destinados al entretenimiento familiar, venían acompañados de un instructivo completo para acomodar y mantener esas «joyas del mar». Una vez construidos, se coreografiaban y constituían, con su despliegue de anémonas y corales, verdaderos océanos de salón. A veces, esos despliegues encarnaban fantásticas arquitecturas líquidas, repletas de grutas, rocas alpinas, palacios musgosos y hasta barcos hundidos. El pasatiempo entró en las casas victorianas, junto con el microscopio y los invernaderos, y muy pronto se transformó en uno de los primeros coleccionables masivos. La moda se complementó, tiempo después, con la pteridomanía —la pasión por

el helecho—, que impuso el motivo de la «idea verde» para decorar todo, desde los regalos de boda hasta los mausoleos. A esos jardines mágicos, Shirley Hibberd los llamó «perlas de un rosario en homenaje al espíritu de la belleza» (*Rustic Adornments for Homes of Taste*, Groombridge and Sons, Londres, 1856) al tiempo que John Ruskin, el célebre crítico de los pintores prerrafaelitas, destacaba su afinidad con la atmósfera del *revival* gótico.

Éxito similar tuvieron los acuarios públicos. Londres fue la primera ciudad en emplazar uno en el zoológico de Regent's Park a principios de 1853 y lo dotó de sesenta tanques gigantescos que se iluminaban de noche, con

miles de peces y animales marinos, muchos de gran rareza. A éste le siguieron otros, todos ellos dedicados, en forma exclusiva, a la «ciencia piscatoria»: el de Nueva York, inaugurado en 1896 en Battery Park; el de la Exposición Internacional de París de 1900 y el de Brighton.

A esta lista le falta, por supuesto, el que instala en su residencia de Montmorency el genial Martial Canterel. En ese enorme acuario oxigenado de dos metros de alto por tres de ancho, danza una bailarina llamada Faustine, rodeada de un puñado de personajes excéntricos. Canterel explica que, en realidad, los intérpretes de esos *tableaux vivants* son difuntos, a quienes él ha inyectado la droga «resurrectine». En cuanto al acuario mismo —ese diamante facetado o jaula de vidrio «que más parecía una monstruosa joya»—, figura en la novela *Locus Solus* de Raymond Roussel, y es el laboratorio cibernético más glacial y alucinante que haya ideado jamás la literatura |



PARA IR AL PASADO NO HACE FALTA UN DELOREAN; CON UNA PLYMOUTH AZUL EN LA MEMORIA ES MÁS QUE SUFICIENTE



Xitlálitl Rodríguez Mendoza

Antes que nada, quiero agradecer a Maricela Guerrero por invitarme a presentar este libro que leí con mucho amor, mucha admiración y mucha indefensión aprendida: ya sé que cualquier obra de esta autora cuyo origen puede trazarse desde Piedras Negras, Coahuila, hasta Iztapalapa, en la Ciudad de México, es capaz de destrozarme en mil delicadísimas formas y con mecanismos fascinantes dentro de su propia complejidad. Así que, con temblor en mis patitas, no pude sino dejar de retrasar la lectura del libro porque el tiempo y las distancias que, como explicará ella misma en *Distancias. de los caprichos de tu corazón* (publicado en 2022 en la colección El Ala del Tigre de la Dirección de Publicaciones de la UNAM), tienen formas muy barrocas o muy lisitas —dependiendo— de acortarse.

Los paratextos, esa señalética gravitacional

que nos indica rutas y velocidades para adentrarnos en territorio del significado, son la primera parada en este recorrido para volver al futuro. Los paratextos pueden ser títulos, créditos, página legal, agradecimientos, dedicatorias, colofón, índice, notas al pie, cuarta de forros, etc. En el caso de *Distancias*, el primer paratexto y más visible está en ese alargamiento del título: *de los caprichos de tu corazón*. Como sabemos, éste es un verso de «La barca», letra escrita por Roberto Cantoral. Una letra que me es tan familiar por los gustos de mi padre y mis abuelos como el municipio de La Barca, Jalisco, de donde es mi abuela paterna.

Perdón por hablar de mí, pero es que éste es el mecanismo de *Distancias*: apelando a la poética de la música popular, que a muchos de nosotros nos acompañó mientras nuestros padres

y madres nos conducían a lugares de todo tipo, Maricela Guerrero tiene una red de significantes de los que no podemos escapar.

A lo largo de diez secciones, la autora va describiendo un viaje imaginario y, por eso mismo, vívido que hace con su papá a Piedras Negras, Coahuila, para «ver por primera vez el lugar donde nació mi abuelo y colocar una piedra para refundar una historia propia y a colores, que quizá reconsidere desde otras orillas a la famosa industria nacional». Así, pues, la conductora de este libro activa el *switch* de encendido de toda su historia y crea la combustión dentro de su propia poética. Pero ese viaje no es sino el vehículo de muchos otros: el de las relaciones, distancias y tensiones con sus hijos, con su madre, con el dinero, el trabajo, la amistad y el amor. Todas las economías que nos son indispensables son transportadas en diversos autos: una Plymouth azul del '61, un Gremlin que le da un besito a unas escaleras con paisaje playero, cuadritos de diez centímetros con los que una niña empezará a escribir y describir distancias y cercanías, un Ford Fiesta y una metáfora que nunca termina de pagarse. Porque Maricela afirma, retomando la voz de otra autora que

habla por la radio: «No sé si sabías que en Grecia los sistemas de transporte se llaman metáforas», y el lenguaje es un sistema de transporte, dentro del cual, el lenguaje poético es el que nos mueve más rápido a otros sitios, a otras realidades y a otros tiempos, porque el tiempo del poema es uno propio: una cápsula suspendida.

Es así que iniciamos el viaje primero al pasado, a bordo de una Plymouth—que en mi cabeza no puede ser otra que la guayín azul del mismo año en que nació mi papá (1953) y que ahora mismo rueda el sueño de una eternidad detenida en la cochera de casa de mis padres. Mi abuelo la compró para movilizar a su esposa y nueve hijos y a veces a sus padres y hermanas, desde Guadalajara hasta La Barca o hasta Autlán y de regreso y, a veces, hasta la playa. Esa misma guayín que saludó un día a Maricela y que,

aunque no sea la misma que la de ella, quiero pensar que pudo darle un aventón. Dice Maricela Guerrero:

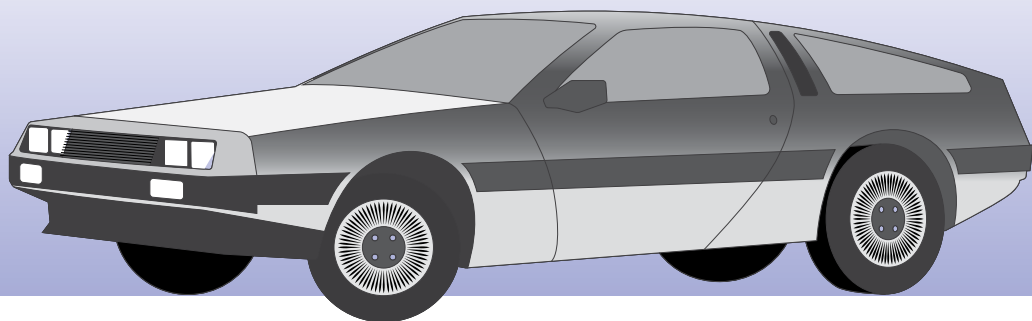
hay que reconocer que la industria / automotriz internacional mantiene sus distancias / en todo el mundo. / Y que, pese a la Ley de importación de 1960 de la industria automotriz nacional, en 1961, en / México también había Plymouths azules como animales hambrientos pidiendo que les dieran de comer entre las multitudes.

La memoria histórica que la autora de este libro echa a andar a partir de la industria automotriz de los años sesenta y setenta en México, en donde se asoman la voraz globalización y la guerra sucia, es la estación de servicio donde llega cada tanto a cargar combustible. Porque el viaje, desde luego, también está hecho de pausas y retrocesos.

Las secciones de este libro están nombradas a partir de diversos cálculos:

Entre la Ciudad de México y Piedras Negras hay una / distancia de 1,253.8 km, más o menos. / Entre trece y quince horas de viaje. / La velocidad que podríamos alcanzar oscilaría alrededor de / los 94 km/h. / Si salimos a las seis de la tarde y no nos detenemos mucho, / llegaríamos en trece horas y veinte minutos, y así podríamos llegar / a las 7:14 de la mañana del día siguiente, para desayunar; / además necesitaríamos 1,862 pesos moneda nacional para / pagar alrededor de 94.3 litros de gasolina.

Así, la distancia medida en kilómetros, horas, velocidad, litros de gasolina y dinero será solamente un pretexto para hablar de lo que se transporta realmente



en el auto: la memoria del abuelo chofer y ciclista y paciente, el amor entre una hija y su padre y las fisuras que empiezan a abrir nuevos caminos para encontrarse de otras formas.

Quien escribe el libro es una mujer conduciendo. Y, a la vez, reproduciendo las voces, las charlas, las historias y los accidentes de otras mujeres conduciendo los tipos más diversos de bólidos y con los más diversos contenidos: llamadas telefónicas con su madre, entrevistas con «escritoras que sepan conducir, que manejen autos», chistes con sus hijos y, desde luego, boleros de Los Panchos y sabrosuras de Chico Ché. Es a bordo de «La Barca» que sucede esta travesía.

Françoise Sagan, uno de los tripulantes de esta barca, ya conducía el Buick de su papá a los dieciocho años, incluso antes de que la entonces jovencísima autora tuviera licencia de conducir. Sagan dijo alguna vez «quien nunca ha amado la velocidad, nunca ha amado la vida, nunca ha amado a nadie». Maricela Guerrero recompone esta afirmación para decir que el amor no está en la velocidad sino en «las distancias heredadas» y en «recorrer desde la intuición y los caprichos de mi corazón».

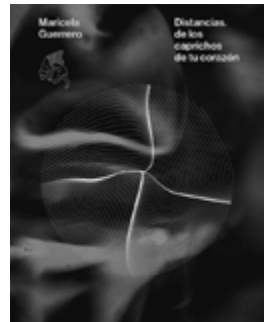
Estos recorridos se darán también hacia dentro del lenguaje, al bordear, detenerse y perseguir el uso y las funciones: la mecánica, vaya, de las palabras. Así, los verbos chocar, estrellarse, colisionar y otros alledaños serán cuidadosamente trasladados—si pensamos en una de las formas de traducción que apuntaba Roman Jakobson, es decir, la traducción como explicación, como paráfrasis— a este libro.

En 1929, la revista tapatá *Bandera de Provincias* publicó la traducción que realizaron Salvador Novo y Gilberto Owen de un ensayo del autor estadounidense Waldo Frank, entonces de gira por Latinoamérica, titulado: «Maquinismo norteamericano: La velocidad». En él, Frank afirma que: «Una persona de Poder es una persona que vive en perpetuo movimiento. Vive en una eterna frontera. Vive en el mañana. Su razón es que no digiere lo que ha adquirido: hacerlo es labor de contemplación y de amor. Lo importante es adquirir. Una vez alcanzado un punto, todo lo que hay que hacer es ir al punto inmediato. En consecuencia, el rasgo distintivo de la persona del Poder es la velocidad. [...] El automóvil es el símbolo del

Poder porque es el cuerpo mismo del movimiento. [...] Una consecuencia creciente del hábito de la velocidad es la superficialidad en pensamiento, en emoción y en imaginación».

Partiendo de eso, podemos decir que *Distancias. de los caprichos de tu corazón* de Maricela Guerrero es un contramanifiesto de la velocidad, es una rampa de frenado para buscar una cuna, una raíz, un sedimento; es un gato hidráulico que detiene y levanta para retomar el movimiento del DeLorean en el que cabemos todos; ese DeLorean imaginario que nos mantiene aquí, apretaditos unos con otros, cantando a coro: «Supiste esclarecer mis pensamientos / Me diste la verdad que yo soñé...»

Leído el 11 de septiembre de 2022, durante la presentación de *Distancias. de los caprichos de tu corazón*, de Maricela Guerrero, en el marco de la FILU 2022, en Xalapa.



EL AZAR COMO ESTRATEGIA POLÍTICA



Nayeli García Sánchez

Nos han dicho que vivimos en una democracia; sin embargo, frente a las incoherencias y atrocidades que un gobierno tras otro cometen en México, la única forma que he encontrado para expresar mi voluntad directa es la manifestación pública. Es ahí donde reside una forma política del azar. Una marcha, un mitin o una asamblea son sitios propicios para el encuentro inesperado. Hoy considero mejores amigos a mujeres y hombres que conocí en una casualidad guiada por la disidencia. Y a menudo me pregunto en qué momento iniciaron las decisiones que fuimos tomando a lo largo de nuestras vidas para llegar al momento del encuentro. Persigo, podría decirse, el momento infraordinario de movimientos sociales de larga duración.

En 2015 yo vivía con una rabia permanente. El año previo, cuarenta y tres estudiantes de una normal rural habían sido desaparecidos por una

mezcla de empleados del Estado y miembros del crimen organizado (aunque no quedaba muy claro quién era quién). Asistía a todos los llamados que convocaban las familias de esos muchachos y me iba encontrando a extraños que compartían esa sensación conmigo. Ninguno de nosotros entendía lo que había sucedido en realidad, pero nos movían las ganas de «hacer algo», y en esa insistencia nos volvimos conocidos.

Después de mucho escuchar los testimonios de los padres de las víctimas y de los sobrevivientes del veintiséis de septiembre de 2014, decidí sentarme a escribir sus historias. Para ese momento ya no estaba sola, en la universidad donde estudiaba en aquel entonces formamos un grupo de trabajo para hacer un libro que pusiera una marca en el camino de lo que estaba pasando. Sin tenerlo muy consciente, estábamos registrando un momento histórico. De no ser por los encuentros inesperados

en las asambleas o en la marchas, sin ese momento oportuno abierto por el azar, nuestro variopinto grupo se hubiera diluido al llegar los exámenes finales o con el inicio de las estancias de investigación en el extranjero.

JM se había mudado de Toluca para la Ciudad de México a estudiar Ciencias Políticas; I, G y A querían ser historiadores y, aunque tomaban clases juntos, nunca habían unido esfuerzos para una causa común; W era estudiante de culturas asiáticas y L ni siquiera iba a la misma escuela, pero G nos la presentó. Éramos siete personas de distintas edades y con diversos niveles de formación universitaria descubriendo que la democracia más activa sólo puede llevarse a cabo en la organización comunitaria. Suena cándido decirlo, pero ese hallazgo fue una mera casualidad.

La idea de hacer un libro para sumarnos a la lucha de las familias por la aparición con vida de sus hijos surgió entonces a partir de frases de incertidumbre: «Quizás haya más personas que quieran “hacer algo”...», «Tal vez muy poca gente sabe bien qué pasó...», «¿Y si hacemos un texto entre todos...?». No teníamos claridad sobre nuestro

alcance de convocatoria ni de la relevancia que podía tener para nuestro entorno lo que estábamos fraguando.

Avanzamos por un camino a ciegas, confiando en desconocidos y permitiendo que el azar nos guiara para dar el siguiente paso. Para ser honesta, en aquellos días no era una opinión generalizada que lo que sucedió en Iguala con los alumnos de Ayotzinapa fuera un crimen de Estado. Mucha gente repetía la consigna que lo señalaba, pero la versión oficial se oponía. Así que en nuestra propia búsqueda de colaboradores para el libro recibimos más negativas que otra cosa. Sin embargo, al final logramos reunir a cuarenta y tres autores en una antología que titulamos *Faltan más*. La coincidencia numérica con los normalistas desaparecidos no fue voluntaria, ahí el azar se hizo presente de nuevo y nosotros, traicionando el pensamiento racional, interpretamos eso como una señal de que algo habíamos hecho bien. Como si el universo quisiera expresar su aprobación en una sincronicidad.

En ese libro hay una sección de entrevistas con familiares de un par de los estudiantes asesinados la noche de la desaparición

de sus compañeros. En la investigación que hicimos para llegar a hablar con ellos hubo muchos otros encuentros inesperados. Cuando lo escribo temo sonar como una *hippie* paranoica que se queda en casa si el horóscopo del día es desfavorable. Y no creo que habría nada de malo en serlo, pero no es el caso. Conforme pasaron los meses, aumentaron las expresiones públicas de rechazo a lo que ocurrió en Iguala, incrementó la cantidad de personas que empezaron a alzar la voz. Aunque estoy segura de que eso no guarda relación con el libro, es verdad que se abrieron infinitas líneas de probabilidades de encuentros que hubieran sido imposibles de otro modo. Hacer el libro me llevó a conocer a P, que es psicólogo, y a D, que es reportera, en un taller que tomé para saber cómo editar las entrevistas que habíamos hecho. Hoy ellos dos forman parte de mi familia elegida.

En 1897, Stéphane Mallarmé publicó el poema «Un lance de dados jamás abolirá el azar». Ese verso esconde una verdad política y no sólo estética. No hay manera de que la mano que tira los dados al tablero pueda contra la fuerza de las mil variables que

determinarán las caras que resulten de la tirada. Lo que quiero decir es que la voluntad irremediabilmente está trenzada con el azar. Creo que la gente se refiere a eso cuando habla de una vocación, que en su sentido más etimológico es equivalente a «llamado». No está claro quién llama ni por qué, sin embargo hay días en que uno se despierta con ganas de tirarle el celular a la gente en el transporte, de iniciar una conversación con la primera persona que aparezca al doblar una esquina o de cambiar el mundo. Parece una declaración inmadura, pero he llegado a la conclusión de que en esos días empiezan grandes revoluciones que luego serán leídas como acciones completamente premeditadas, fruto de un cálculo preciso y cuidadoso. Pero no es así. En México existe la frase hecha de que «una cosa lleva a la otra» para referirse a cómo el inicio de una situación pocas veces sigue planificaciones o agendas. Y quizás ahí reside la fuerza política de mayor alcance.

En teoría, el sistema electoral de este país está organizado de manera tal que los ciudadanos puedan formar partidos políticos y proponer planes

de gobierno, a los que los votantes acceden durante las campañas electorales; de forma que, el día de la elección, el votante llega a la urna con claridad suficiente para tomar una decisión informada. Se dice que así cualquier persona puede expresar su voluntad política. Sin embargo, la distancia entre los ciudadanos y su gobierno es tan grande y está mediada por tanta burocracia, que alguien termina por sentirse representado sólo cuando escucha algún discurso político en los medios de comunicación o cuando se identifica en redes sociales con la imagen de un funcionario. Y de expresar su voluntad nada. Por otro lado, los movimientos revolucionarios llegan a nosotros como hazañas épicas que requirieron de estimaciones casi aritméticas para ocurrir. Al menos en mi experiencia esto no funciona así. La sorpresa y el azar, combinados con la insistencia, son los verdaderos artífices de las grandes transformaciones políticas. En ellos radica una democracia posible. Y no hablo de insistencia en el sentido de terquedad o de andar mil veces el mismo camino infértil, sino en el de atender a ese «llamado» que mencioné antes.

Dejarse incomodar por la realidad y encontrarse con otras personas incómodas. Permitir que nos atravesara la incertidumbre compartida. Esa también es una forma de hacer política.

Desde luego, con el libro de Ayotzinapa no logramos Cambiar el Mundo (así con mayúsculas), pero sí pudimos modificar ligeramente el entorno. En el lugar donde estudiábamos, la versión oficial de los hechos quedó atravesada

por el libro. Las familias que contactamos pudieron leer su propia historia y tener otra versión de su vivencia, una narrada por ellos mismos. Los académicos y estudiantes que mandaron pequeños ensayos comenzaron conversaciones entre ellos que determinaron proyectos de investigación, amistades y el tibio consuelo de hablar sobre lo que nos duele. Lo más importante, quizá, haya sido que el azar abrió un campo nuevo para imaginar el futuro |

EL CERCO DE LA CERCANÍA



Ernesto Lumbreras

La bibliografía de Hiram Rualcaba (Zapotlán el Grande, 1988) está en camino de convertirse en una obra literaria, textos y libros que se conectan en la superficie y en capas subterráneas de una narrativa de gran calado y perspectiva. Todo un sistema de correspondencias. Un estilo, una temática y una visión de mundo se reconocen a cabalidad en las colecciones de cuentos: *El espectador* (2013), *Me negarás tres*

veces (2017), *La noche sin nombre* (2018), *Padres sin hijos* (2021) y *De cerca nadie es normal* (2022), así como en el extraordinario volumen de crónicas *Los niños de agua* (2021). Este sexteto, por cierto, ha sido premiado en certámenes nacionales por diversos jueces especializados en la materia. ¿Casualidad al reconocer un talento nada casual? ¿El azar suele ser unánime y tener buen gusto? La narrativa del zapotlense está llamada a

(Ahuatlulco de Mercado, Jalisco, 1966). Uno de sus libros más recientes es *Ábaco de granizo* (ERA, 2022).

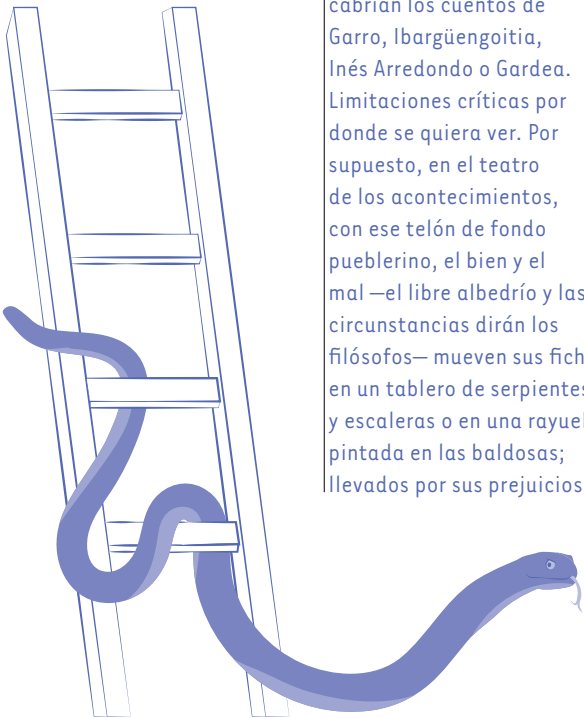
convertirse, sin necesidad de la mercadotecnia editorial, en una zona de renovada invención donde el aquí y ahora rebasa cualquier coyuntura sociológica y se torna expiación y desbarrancadero de la condición humana.

Frente a la crítica miope, Juan José Saer anota en su defensa: «Me considero realista sólo en términos de preceptista pobre: porque no practico el género fantástico». La frase mordaz del argentino me libera del prurito de clasificar los relatos de Ruvalcaba, ejercicios de ficción —posiblemente con pinceladas autobiográficas—

que no necesitan ningún enmarcado de teoría literaria para explicar o contextualizar su propuesta excepcional. Rotularlos como cuentos costumbristas en clave irónica o neorrealistas de ambiente rural o de pequeñas ciudades es claudicar desde el principio al confundir la escenografía con la trama, los tópicos de color local con las complejidades formales del devenir de la historia, por no hablar de la configuración psicológica y moral de los personajes dispuestos en un momento crucial de exigencias y tomas de partido. Bajo esa exégesis diletante cabrían los cuentos de Garro, Ibarguengoitia, Inés Arredondo o Gardea. Limitaciones críticas por donde se quiera ver. Por supuesto, en el teatro de los acontecimientos, con ese telón de fondo pueblerino, el bien y el mal —el libre albedrío y las circunstancias dirán los filósofos— mueven sus fichas en un tablero de serpientes y escaleras o en una rayuela pintada en las baldosas; llevados por sus prejuicios

y valores, los personajes de los cuentos de Hiram Ruvalcaba pondrán cara al destino, a sus encrucijadas y oportunidades, diezmados por culpas atávicas o accidentes domésticos que el azar dispuso en su camino.

Algunos de los ocho relatos que integran *De cerca nadie es normal*, colección que obtuvo el Premio Nacional de Cuento Agustín Yáñez 2021, dialogan con piezas de sus otros libros. El tema de la paternidad y la maternidad, de la crianza y la educación filiales, de las complicidades y los desencuentros entre padres e hijos, presente en piezas como «Lore, tu mamá ya no está bien», «Donde termina la noche», «Llegaremos tarde a casa» y «Convalecencia», extiende sus dominios hacia los cuentos y crónicas de *Padres sin hijos* y *Los niños de agua*. Esos bebés y esos niños cobran la dimensión consignada por William Wordsworth en su célebre poema «Arco Iris» cuando afirma: «El Niño es el padre del Hombre; / y quisiera que mis días se conciertan / unidos por auténtica piedad». Esos santos inocentes llegan a la vida de los adultos como enigmas, pero también, como brújulas. En el segundo de los cuentos mencionados,



el mito edípico sale a escena: la jovencita Yunuén marcha a un bar de mala muerte a la búsqueda del padre, un músico mediocre y rabo verde. Cuando concluí la narración me resultó imposible no pensar en *De la calle* de Jesús González Dávila, la pieza de teatro de aquel montaje histórico de Julio Castillo. El tiempo del mito, más allá de las circunstancias y variantes del género, hace añicos imposturas y espejismos morales, purga buenas conciencias como la de Víctor, el protagonista de «Convalecencia», quien se aferra al tablón de náufrago de la virilidad impuesta por su entorno patriarcal.

La desafortunada narración «El incidente de San Quintín» cuenta con un eslabón previo, «El incidente de San Juan» del libro *La noche sin nombre*; en ambos relatos estalla la locura del México violento de nuestros días, los descabezados y descuartizados a granel, un esperpento cáustico que dejará en el lector una risa nerviosa. En otro tono, el cuento «Cómo mueren los pájaros» de *Padres sin hijos* levanta el telón de la desgarradura nacional, cuerpos sacrificados por el terror ante la mirada de un niño en un día de «iniciación masculina» de la mano de su progenitor.

«Los últimos hombres», segundo relato de *De cerca nadie es normal*, comparte con «Paseo nocturno» de *La noche sin nombre* un punto de partida común: los amantes clandestinos que desatan su lujuria en el asiento trasero del auto, a las afueras del pueblo; por tal oprobio recibirán una visita inesperada, la cual pondrá en jaque certezas y fidelidades. Finalmente, el cuento «Los mariachis callaron» disecciona con el bistrú del humor —una parodia *cantabile*— el machismo y sus derivas, tópico y tratamiento recurrentes en la narrativa de Ruvalcaba. Como una suerte de *bonus* literario, el autor nos obsequia la crónica «Mosaico de un día sin pájaros», un recuento sobre la catástrofe del 22 de abril de 1992 que partió, literalmente, a la ciudad de Guadalajara, una mezcla explosiva de negligencia, corrupción, burocracia y estulticia que arrojará cientos de muertos y heridos.

Con el nombre de Tlayolán, uno de los topónimos prehispánicos de Zapotlán el Grande o Ciudad Guzmán, Hiram Ruvalcaba ha sumado a la literatura un enclave de imaginación y realidad en las coordenadas de la Santa María de Onetti, la Comala de Rulfo y el

Macondo de García Márquez. ¿Qué otras historias por venir se cavilan en su imaginación teniendo como ámbito este sitio enmarcado en la geografía rulfiana y arreolina? Una obra y no sólo una lista de libros que se acumulan, sin ton ni son, dije al comenzar mi abordaje. Un corpus vigoroso y de múltiples méritos donde el cuento —la poesía de la narrativa, se dice con razón y ritmo— forma la columna vertebral de la escritura del autor, un artífice y un joven maestro del género quien seguramente suscribiría esta divisa de José Balza: «El cuento —como una relación sexual— es algo que quiere extenderse pero que debe concluir pronto. Debe concluir para poder prolongarse»!



- *De cerca nadie es normal*, de Hiram Ruvalcaba. Universidad Autónoma de Nuevo León / Secretaría de Cultura de Jalisco, 2022.



- *Cuentos completos*, de Jesús Gardea. Sexto Piso, México, 2022.

ROCAS ABIERTAS

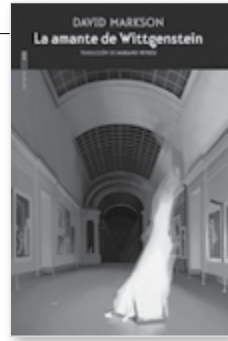
“La primera vez que lo leí, Jesús Gardea me deslumbró», confiesa Emiliano Monge en el prólogo de esta edición. «No uso esta palabra a la ligera. Escribo deslumbró porque el autor de *Delicias*, Chihuahua, me encogió las pupilas». No hay mejor descripción del efecto que causan los textos de Gardea, autor de culto que en vida se mantuvo alejado cuanto pudo de los círculos literarios para dar prioridad a su práctica como dentista, y a pesar de empezar a publicar a los cuarenta años escribió una obra vasta y poderosísima, que hoy está más viva que nunca. Quizá alucinó sus extrañas imágenes y refinó su prosa irreplicable mientras trabajaba con taladro dental en mano en tantas bocas abiertas. Este libro hace por fin justicia a su trabajo cuentístico ●



- *Jack Spicer. After Lorca y otros poemas*, selección y traducción de Hugo García Manríquez. Matadero / Universidad Iberoamericana, México, 2021.

CAMINO PROPIO

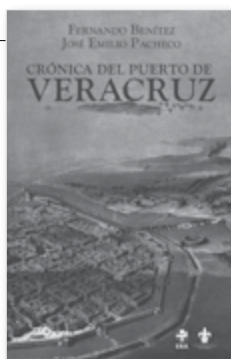
«Querido Lorca, me gustaría hacer poemas con objetos reales. Que el limón fuera un limón que el lector pueda cortar, exprimir o probar». Éste es el primer libro en español que recupera la obra de Spicer, poeta de San Francisco contemporáneo de los Beat, que siguió un camino propio para confeccionar una voz rebelde hasta de los rebeldes. Esta notable traducción retoma además sus cartas a Lorca, que respondió él mismo en nombre de su destinatario muerto, cuya voz robó para hacer un falso prólogo: «Me llevé una sorpresa cuando el Sr. Spicer me pidió que escribiera la introducción para este volumen. Mi reacción al manuscrito que me envió [...] era y es fundamentalmente desfavorable» ●



- *La amante de Wittgenstein*, de David Markson. Sexto Piso, España, 2022.

QUEMAR CUADROS

«En el principio, a veces yo dejaba mensajes en la calle. Hay alguien viviendo en el Louvre, decían algunos [...] O en la National Gallery”. Después de años de recorrer el mundo quemando antigüedades y marcos de cuadros en los grandes museos para sobrevivir al frío, Kate está segura de ser el único ser humano vivo. Ahora escribe para nadie este texto. En un flujo libre de pensamientos revisita su vida y reflexiona sobre la de la humanidad, hila todo con sus conocimientos de la historia del arte, moviéndose de la *Odisea* a Picasso, de Da Vinci a Vivaldi, mientras pierde la razón. Esta novela intrincada, divertida y conmovedora es una de las grandes obras de ficción experimental estadounidense, que Foster Wallace señaló como una de sus favoritas ●



- *Crónica del Puerto de Veracruz*, de Fernando Benítez y José Emilio Pacheco. ERA / Universidad Veracruzana, México, 2022.

RETROPERIODISMO

Los célebres Fernando Benítez y José Emilio Pacheco unieron sus voces para crear la *Crónica del Puerto de Veracruz*, un libro en el que, a la vez, se hace el recuento histórico de esa ciudad y del país. Fue publicado originalmente por el Gobierno de Veracruz en 1986. “El Jueves Santo, 21 de abril de 1519, diez navíos anclan en el pequeño islote de San Juan de Ulúa...”, así comienza “esta crónica [que] no es una obra de historia sino un trabajo periodístico sin más ambición que servir de pie de grabado a un libro con imágenes de Veracruz”. Benítez (1912–2000) escribió la primera parte, “De Cortés a Humboldt”, y Pacheco (1939–2014), la segunda, “De Clavijero a Carranza” ●



- *Con R de Reality*, de Luis Zapata. Random House, México, 2023.

EXTREMA TELERREALIDAD

Ramón Villafuerte inventa el programa de telerrealidad más extremo: Muérete y gana. La convocatoria, que aparece en periódicos y televisión, dice: “Sé generoso y deja una sustanciosa herencia a tus seres queridos. Inscríbete si tienes un pie en el más allá”. Los enfermos terminales seleccionados son hombres y mujeres que sufren cáncer, sida, EPOC, diabetes, angina de pecho y tumor cerebral, entre otras dolencias. El narrador sigue las peripecias de Villafuerte y de los concursantes, hasta el desenlace. Luis Zapata (1951–2020) entregó una versión “casi definitiva” de esta novela —en la que se nota su humor de siempre y su genio narrativo— poco antes de morir, ya que tenía que cumplir con la fecha límite de una beca ●



- *Azúcar impalpable*, de Inti García Santamaría. Dharmabooks, México, 2022.

MONEDAS DE CHOCOLATE

La desilusión se va mostrando a lo largo de *Azúcar impalpable* de una manera claramente emotiva, aunque irónica, ya que la falta de entusiasmo no evita que el poeta cante sobre la propia escritura de poesía, los viajes, la identidad, las relaciones humanas, la naturaleza y lo urbano, casi siempre en pasado y con un tono melancólico, sí, de bilis negra: “Desde entonces / eso ha sido mi vida / buscar monedas doradas de chocolate en la oscuridad / con una linterna que alumbraba poco”. El libro está formado por veinticinco poemas cuya música crea un especial estado de alma en el lector: “Algo [...] se terminó también, para ti y para mí, y *Azúcar impalpable* bien puede servirnos de elegía”, dice Luis Felipe Fabre sobre este libro ●

LEER Y REÍR



Rodrigo López Romero

Si quisiéramos contrariar a Lodovico Settembrini de *La montaña mágica* en su definición de la literatura como una enciclopedia de los sufrimientos humanos, podríamos enumerar muchas obras cuya propensión a la hilaridad es evidente. Una de ellas —no carente de eventos dramáticos— son los *Papeles póstumos del Club Pickwick*. Además de Dickens, la literatura inglesa tiene grandes exponentes en Sterne y Swift, en los ocurrentes cuentos de Saki, en las páginas de Wilde o Twain, en las bromas casi escolares de Kipling y en ese gigante risueño que es Chesterton.

Ya decía Joubert que Balzac no sabe reír, pero en las letras francesas sobresalen Rabelais y Molière, sin olvidar a los filósofos Voltaire y Diderot.¹ En nuestro idioma, no todos

1. Para hacer justicia a la literatura francesa, véase el libro de Walter Redfern, *French Laughter: Literary humour from Diderot to Tournier* (Oxford, 2008).

recuerdan que el *Quijote* contagiaba de risa a su auditorio a cada instante. Sin dejar de lado obras de la picaresca como *El lazarillo*, *El buscón* o *El Periquillo Sarmiento* —la primera novela hispanoamericana—. Mucho más cerca de nosotros, hemos reído con las crónicas de Jorge Ibarguengoitia, Carlos Monsiváis y Juan Villoro, tan hábiles para retratar las frustraciones nacionales y sus peculiaridades.

Pueden recordarse los irónicos anuncios de Arreola, su absurdo guardagujas y el frustrante profesor de balística. O los cuentos de Carlos Velázquez, donde el humor abre espacio para lo incómodo o tabú, haciendo que cualquier pacto social pueda ser sometido a inversión o escrutinio. ¿Dónde empieza o finaliza lo cómico? Es una cuestión de mirada y contraste. Lo hay deliberado e involuntario. Podemos encontrar humor en Rulfo («De lo que no sabemos nada es de la madre del gobierno»²), en la narrativa

de la Revolución o en algunos versos de López Velarde. Por otra parte, se podría estudiar cómo el tiempo vuelve humorísticas obras que en su momento distaban de serlo.

Quien desee trazar una genealogía del humor literario se encontrará ante una cantidad monumental de textos provenientes de muchas tradiciones. Podría remontar hasta *Rey Mono* y sus destrozos en el banquete de los inmortales o incluir los encarnizados ataques de Quevedo a Góngora, lo cual llevaría hacia los epigramas latinos y la comedia griega. El humor es un componente esencial de los cuentos populares, aparece en momentos inesperados e incluso en instantes de tensión. Pero son demasiadas las obras y la enumeración por sí sola no lleva a ningún sitio.

Los lectores que ríen comprenden mejor los mecanismos del lenguaje, el humor deja entrever que el autor es igualmente consciente

2. Frase intraducible, como evidencia la anécdota de la lectura simultánea con Günter Grass en 1982, donde éste revisó su texto para asegurarse de que fuera el mismo, sorprendido por las risas del auditorio ante el original en español.

(México, 1992). En 2019 publicó el ensayo *Chroma: color, estética y escritura* (UAE Méx) y participó en el libro *Imagen y prácticas culturales* (UAE Méx, 2020).

de sus fingimientos. Hay algo compartido en la risa, aunque también puede hallarse donde no se la suponía. Sorprende saber que Kafka se carcajeaba al leer la *Metamorfosis* en voz alta. En Ionesco y Beckett el humor está próximo a la angustia, mientras en los cuentos de Cortázar algo nimio adquiere proporciones desbordantes, como aquella pelea de un conferencista con la mesa, o el hombre que se asfixia al ponerse un suéter.

El chiste es siempre una narración y contarlo requiere destreza. ¿Qué nos hace reír? ¿Es, como decía un famoso ensayo, el movimiento mecánico en un ser racional? ¿El desenmascarar nuestras ambiciones y fachadas? ¿La distancia entre expectativa y realidad? ¿La equivocación y el ridículo? ¿O lo irreal e incongruente? Habitualmente se toma la risa como escape, una traición a esa realidad que no podemos resolver. Pero existen carcajadas críticas y bajo muchas sonrisas se descubre una gran lucidez. ¿No lo hace Swift al proponer la venta de niños irlandeses para el consumo inglés, no existiendo porvenir para ellos?

Hay obras en las que de inicio a fin se esconde una carcajada, mientras existen otras en las que

sonreír parecería una falta de decoro. Se ha creído que un garante del arte es la seriedad, pese a que los artistas son amantes de la rareza y el exceso, la exclamación y el chasco. Existen proyectos mucho más graves que componer una novela, sobre todo cuando conocemos la afición de sus creadores por redactar en la cama o beber en el proceso. El deber de ser solemne es el origen de muchas sublevaciones y la raíz de tipos sociales altamente desdichados.

La complejidad del humor deriva de sus riesgos, requiere inteligencia jugar con las escenificaciones diarias. Es como las cosquillas que disimulan una punzada. No es cierto que suponga siempre una aceptación de las convenciones sociales, si bien es frecuente que reitere la noción de lo correcto y lo vergonzoso. Lo cómico puede volverse un arma. Una sociedad lúcida sería aquella donde reír no implique rebajar al otro, sino aceptar el sinsentido de nuestras costumbres. Pero no excedamos los poderes del humor, es una faceta más del oficio literario, y se opone a los programas didácticos por naturaleza.

La risa no anda muy lejos del estornudo, ambos nos comprometen

pese a ser fortuitos. La mentira rebuscada o la verdad desnuda pueden resultar igual de cómicas por impropias. Políticas de la risa. Los grandes autores cómicos rara vez desconocen las desgracias de la vida. No deja de ser notorio que tanto Cervantes como Dickens tuvieran un amplio conocimiento de las capas sociales de su época. Ligado a lo fácil, vulgar e incluso cruel, el humor parece contradecir la asociación de la literatura con lo importante, pues está próxima a lo disparatado y lo grotesco, dos presencias constantes en nuestra vida. Por eso se ha dicho que un autor sin risa está en cierta medida mutilado.

Describiendo los mecanismos del humor, se acostumbra referir a la parodia, la sátira, la ironía, la hipérbole o el juego de palabras. Se recurre a lo picante u obsceno, a la vergüenza y la oposición, recordando todo tipo de prejuicios. Pero habría que enfatizar su cercanía con el diálogo, aunque sea desde el malentendido, como los relatos de Sławomir Mrożek que parten de una equivocación, como «El Nobel», donde se confunde el premio con una enfermedad, desembocando en circunstancias risibles, mientras en otros casos la

óptica del narrador desfigura los acontecimientos hasta distorsionarlos del todo.

Hay muchas clases de humor, así como existe una forma de reír casi silente. En ese sentido son muchos los nombres que podríamos mencionar, pasando por Italo Calvino, Enrique Vila-Matas, Fabio Morábito, Valeria Luiselli o Lydia Davis. En sus páginas asistimos a las vidas de personajes maniáticos, cínicos o desencantados, y a sus esfuerzos por interpretar la realidad circundante —igual que el enrevesado tratado de Perec sobre la manera de pedir un aumento y los obstáculos que es necesario vencer—. Las pequeñas fobias, la facilidad para la comparación o la mentira convierten su rutina en algo extraordinario.

El humor puede redimir algunas existencias. Reírse y llorar, consideraba Michel Tournier, es alternativamente colocarse por encima o por debajo de los acontecimientos. Una visión humorística provee levedad a las insensateces humanas. Todos somos risibles cuando menos dos veces al día. Cuentan que cuando Beethoven se bañaba (mojando tanto el suelo que se filtraba al piso inferior) se ponía a cantar de tal manera que la servidumbre apenas podía contener la carcajada, lo cual le enfurecía,

volviéndolo aun más cómico. En felices ocasiones, el humor permite que un personaje se muestre vulnerable sin menoscabo de su dignidad.

En una risotada puede haber tanto desprecio como simpatía. Social o gregario, el humor es ante todo un ejercicio de lectura, desciframiento de lo lateral o lo escondido, como prueban los aforismos de Max Aub dedicados a los signos de ortografía: «Y le hundió el guión hasta la empuñadura», «Tenía debilidad por las negritas», «Foliar es no perderse una», «No se repuso nunca de la primera impresión», «Quedó inédita». La relación del humor con el ingenio es también evidente en las greguerías de Ramón López de la Serna: «¡Qué fácil es que un adulto pase a ser

adúltero!», «Pingüino es una palabra atacada por las moscas», «La leche es el agua vestida de novia».

Nuestra época, ya sea que la veamos como una apertura hacia los otros o una controvertida cruzada moral, se ha visto en dificultades al decidirse frente al humor. Los temas y divergencias contemporáneas llenan de gravedad nuestras comunicaciones, titubeamos al definir a los demás y nos asusta bromear sobre lo obvio. Volviendo a Settembrini, es indudable que la literatura retrata nuestras dolencias y pesadillas, pero también es cierto —como sentenciaba Lord Henry Wotton en *Dorian Gray*— que un gran pecado humano ha sido no saber reír, y que de lo contrario la historia sería otra |

UN RULFO DESCONOCIDO



Roberto Abad

Quién podría jactarse de conocer al verdadero Juan Rulfo. Quién, después de tantos años, podría afirmar que se trata del mismo que está en sus páginas, el que habla de pueblos

abandonados y fantasmas, el que conversa con el polvo. Yo no. Apenas acudo a sus entrevistas, caigo en la cuenta de que ese hombre se parece a una habitación sin ventanas. Pero escucho

a sus hijos hablar de él o, al leer algunas de sus cartas a Clara, el recuerdo parece iluminarse de noches y días cálidos, amorosos. Borges solía repetir que todo hombre es muchos hombres. Me pregunto cuántos Rulfos nos faltan por conocer, y cuántos de ellos podremos descifrar.

Una mentira que dice la verdad (2022, RM) es una compilación de textos inéditos, conferencias, ensayos y entrevistas, en los que es posible percibir un Rulfo poco conocido: el que opinaba, el que se permitía teorizar, hablar de autores contemporáneos e incluso disentir con algunos de ellos. Y más difícil aún, el que compartía sus reflexiones sobre el proceso creativo. «Hay que ser mentiroso para hacer literatura», dice en una conversación de 1979 en Madrid. Esta máxima basada en Hesíodo parece dejar claro que para él la escritura debía estar atravesada por la ficción; no entendida, desde luego, como falsedad, sino como «una recreación de la realidad: recrear la realidad es, pues, uno de los principios fundamentales de la creación». En otras palabras, lo que escribía no necesariamente tenía que ver con su vida y eso lo deja claro.

Con *La cordillera*, la novela inconclusa de la

que llegó a hablar varias veces y que —según cuenta— logró escribir doscientas o doscientas cincuenta páginas, recorrió un camino contrario. «Quizá lo que sucedió fue que utilicé, en algunos aspectos, personajes reales [...]. Los personajes no vivían, por conocidos [...]. Los personajes conocidos no me dan la realidad que necesito, y que [sí] me dan los personajes imaginados». Esta última noción la podemos apreciar cuando habla de Pedro Páramo, un personaje que adquirió vida propia y que sólo tuvo que seguir, como una sombra atenta.

Llama la atención el aspecto prolífico que le dan sus colaboraciones en programas de radio. En 1956, para Radio UNAM, Rulfo elaboró textos especiales en los que se encargó de revisar la obra de los que consideraba autores indispensables de la novela de la Revolución: José Guadalupe de Anda, Rafael F. Muñoz y Mariano Azuela. Narradores que lo acompañarán cada vez que le toque hablar o escribir sobre la literatura mexicana de inicios del siglo xx.

Pero lo que resulta una novedad —al menos para mí— es conocer sus apreciaciones en torno a los géneros especulativos, las

cuales dan pistas de que el autor de *El Llano en llamas* se sentía atraído por ciertos escritores que practicaban la imaginación fantástica. En el texto «Situación actual de la novela contemporánea», que leyó en Tuxtla Gutiérrez en 1965, al hablar de autores norteamericanos, dedica varias líneas a la obra de Ray Bradbury: «El estilo de Bradbury desconecta el realismo fijo, sólido, en el cual podemos ubicarnos para, de pronto, dejarnos caer en el abismo insondable de lo inexistente». Y también al hablar de la literatura brasileña, a la que tanta estima le tenía: «Rachel de Queiroz, que ha vuelto a escribir ahora, después de muchos años de silencio, novelas de ciencia ficción formidables, tan buenas como las de [Arthur C.] Clarke (tiene un cuento de robots fabuloso), es una gran escritora, de las más grandes, quizá».

Si bien la discusión sobre quiénes inauguran el realismo mágico se ha centrado en algunos nombres hoy reconocibles —entre ellos, el del mismo Rulfo—, un momento relevante del libro sucede en el repaso de la literatura brasileña, cuando reivindica a ciertas figuras que se adelantaron al auge de este género: «No quisiera pasar por alto, y sí consignar en

esta breve charla, algo que tomaron como suyo Miguel Ángel Asturias y Alejo Carpentier, al propagar el primero ser el autor del “realismo mágico”, mientras el segundo el del “real maravilloso”. Con todo el respeto a estos magníficos escritores, conviene hacer hincapié en que tales corrientes ya habían sido creadas en Brasil por Mario de Andrade en *Macunaíma*, por José Lins do Rego en *Bangüé y Fuego muerto*, hasta culminar o más bien continuar con don João Guimarães Rosa, en *Gran Serton: Veredas*».

Un dejo de decepción se percibe en las páginas que Rulfo dedica a la literatura mexicana contemporánea, por haber dejado pasar la oportunidad de crear una novela que cimbrara la tradición después de la matanza estudiantil del 68: «Fallaron los jóvenes. No sé qué les pasó. Lo cierto es que entraron en una crisis de apatía y de indiferencia. Además se equivocaron al proclamar la novela urbana como esencia de lo que debería hacerse». Esto tiene relación con los autores de *la onda* y con la idea que expresaba sobre el surgimiento de la *gran literatura* en tiempos de crisis (tomaba como ejemplo las obras de la Revolución). Para Rulfo, había una

correlación inexorable entre la literatura y los cambios sociales.

«El desafío de la creación» es un texto que surge gracias a un ciclo de conferencias de la UNAM, organizado por Arturo Azuela, en 1980. Me parece de los más reveladores pues quizá no hay otro donde Rulfo se permita desarrollar una poética de su escritura con tanta tranquilidad. Se sabe de su fervor al despojo, de su fría relación con los adjetivos, casi nulos en su obra. Pero, aun así, cada vez que se le cuestionaba sobre su proceso, daba la sensación de negarse a llevar la escritura a un nivel teórico. Este escrito, en ese sentido, resulta una excepción: «Considero que hay tres pasos; el primero de ellos es crear el personaje, el segundo crear el ambiente

donde ese personaje se va a mover y el tercero es cómo va a hablar ese personaje, cómo se va a expresar. Esos tres puntos de apoyo son todo lo que se requiere para contar una historia».

Con fotografías de los documentos originales en los que podemos apreciar su letra y, en algunos de ellos, sus correcciones (lo cual sugiere una ruta de escritura), y acompañados por la introducción y las notas al pie de Víctor Jiménez, *Una mentira que dice la verdad* no sólo desvela la capacidad crítica de Juan Rulfo (1917-1986), sino además nos permite ver un poco hacia el interior del genio, hacia esa habitación donde pocas veces entra la luz y en la que aguarda siempre una versión nueva de ese autor que definió el camino de nuestra literatura |

ESTO SOY: UN SOSTÉN DE PALABRAS



Paola Llamas Dinero

**Escribir es regresar
a donde somos la cara sin máscara
ni atadura,
sin temor
a la destrucción futura.**

NADIA LÓPEZ GARCÍA

Un borde, un filo, un extremo. Según Wikipedia una arista es una línea recta en la que se cortan dos caras. ¿Cuál será la verdadera?, ¿cuándo la

elegimos?, ¿quién la elige por nosotros? Construirse de palabras y no tambalear es un acto de valentía.

En *La arista que no se toca*, Zel Cabrera lo logra con una belleza excepcional y sobre todo con equilibrio y firmeza.

Recién leo el primer poema y pienso en los orígenes. Dice Zel que el nombre es el origen, pero qué pasa cuando no nombramos, cuando algo se oculta detrás de la lengua, cuando somos nosotras mismas las que nos ocultamos.

Entramos a un juego de palabras y etiquetas, todo se trata de mostrar y ocultar, de poner apodos. Cuando yo era niña, mis tías me apodaban *gordita*, y no es que, viéndolo en retrospectiva, fuera una niña con sobrepeso, pero sí que en comparación a mi hermana mayor, que era muy, pero muy delgada, yo me veía «menos flaca», de ahí que mostraran u ocultaran cualidades socialmente aceptables. Me decían *gordita* por no decirme *gorda*, por no decir *diferente*. Entonces yo me ocultaba.

Entre otros pensamientos y desde un punto de partida femenino, históricamente siempre nos pidieron ocultarnos, permanecer calladas, ocultas entre las telas de la casa, la familia,

las opiniones propias, no hacer mucho ruido. En el caso de Zel y desde la voz que se nombra en los poemas, pienso en un doble silencio, no mostrarse: prohibido llorar, no hacerse la frágil, aguantar el dolor porque llorar es para los cobardes, no pensar en la sangre, en el golpe de la diferencia.

La parálisis cerebral es una condición real, aunque se esconda o no, existe, no guarda silencio, se expresa a través del lenguaje del cuerpo, a través de los músculos que nos rigen, de las posturas, del movimiento.

La arista que no se toca llegó a mis manos poco después de asistir a un espectáculo de danza en el que participaba un grupo de bailarines en sillas de ruedas. Había sido un espectáculo hermoso, los y las bailarinas usaban ropa brillante y glamurosa, bailaban salsa en parejas, se mostraban a través del lenguaje de la música, a través del ritmo. Lo repienso ahora y me llena el corazón saber que el camino de la diferencia es un camino que se recorre en compañía, que se muestra en distintos lenguajes.

Me pregunto cuántas veces he silenciado quién soy, he dejado de nombrarme, de aceptar mis

diferencias, cuántas veces he limitado mi propio lenguaje. “La verdad trastoca lo que escribo”, dice Cabrera, la verdad se sostiene en las palabras que nombramos, se reconoce en las diferencias, en la diversidad.

La arista que no se toca es un libro que muestra, reconoce; es un sitio para sostenerse, para caminar lento y apreciar los pasos que damos, aceptar la diferencia de pisadas, con más talón o con más punta. La escritura es un refugio y sobre todo un sostén en el caos de la mirada, a veces cruel, de los otros.

Esto no es una enfermedad.
No hay nada malo en mí.
Las burlas quedan lejos de este nombre.
Es solamente otra manera.
Agarro fuerza de lo que
[escribo,
como si esto fuese un
[pasamos
para sostenerme.

Un libro bellísimo y necesario que nos acompaña a mirarnos desde otras perspectivas, un poemario que acompaña y confronta, un poemario sin eufemismos, como la vida, un poemario valiente |

- *La arista que no se toca*, de Zel Cabrera. Libros del perro, Ciudad de México, 2022.

ÁBACO DE GRANIZO, DE ERNESTO LUMBRERAS



Pedro Valderrama Villanueva

Tengo la seguridad de que a todos aquellos que estamos más o menos enterados del medio literario mexicano el nombre de Ernesto Lumbreras nos resulta familiar por sobradas razones, pues es un escritor reconocido cuyo trabajo es extensamente publicado por diversas editoriales de nuestro país, además ha sido acreedor de diversos premios de poesía a nivel nacional, como el Premio de Poesía Aguascalientes, el Premio Mazatlán y, más recientemente, el Premio Iberoamericano Ramón López Velarde, por sólo mencionar tres; es responsable además de la antología generacional *El manantial latente. Muestra de poesía mexicana desde el ahora: 1986-2002* (2002), que ha sido una de las visiones más certeras de la poesía mexicana a inicios del nuevo siglo, por incluir algunas de las voces más singulares de dicho periodo. Lumbreras es además un estudioso de la obra del autor inglés Malcolm Lowry y del zacatecano Ramón López Velarde; también es un

ensayista de largo aliento, al menos así nos lo ha hecho claro después de ofrecernos sus libros *La mano siniestra de José Clemente Orozco. Transbordos y fugas* (2015), *Un acueducto infinitesimal. Ramón López Velarde en la Ciudad de México, 1912-1921* (2019) y, más recientemente, *Un relámpago bermejo. El limbo de Dante en el Teatro Degollado* (2022), además de colaborar en revistas como *Letras Libres* y *Luvina*. En resumidas cuentas: hablar del trabajo de Ernesto Lumbreras es más bien una tarea apta para un equipo de investigadores o de connotados críticos de las letras contemporáneas de México, alojados en algún centro de estudios literarios o en revistas prestigiosas de literatura.

Su obra crece continuamente. Para llevarle el paso pareciera que tendríamos que calzar zancos. Sus pasos agigantados, dentro del mundo literario, lo han vuelto, al menos en apariencia, cada vez más distante para el lector común, y lo han llevado a los

círculos altos de la cultura de nuestro país, los círculos *élite*. Parece que su trabajo pertenece más bien a los altos círculos defeños y menos a los círculos locales, a las sencillas, pero bien intencionadas, tertulias literarias aún practicadas acá en provincia.

En este momento me detengo y lanzo la pregunta: ¿Será que aquel joven originario de Aqualulco de Mercado, que se incorporó a temprana edad a las filas del taller de poesía de Elías Nandino y alcanzó niveles que muchos sólo sueñan, perdió el piso y borró con un solo movimiento sus raíces? La respuesta es, desde luego, no. Lumbreras sabe, como otros, que el último rincón de nuestra memoria siempre guardará un lugar especial por nuestros primeros años de vida: el olor inconfundible de algún platillo que en casa se preparaba, o tal vez el ruido de un grupo de niños jugando en la calle, o el sonido de fondo de un tren lejano. Ernesto Lumbreras, pese a todo lo que he expuesto hasta ahora, ha regresado al seno materno, al lugar donde el mundo se le devolvió. *Ábaco de granizo*, dentro de su extensa obra, es justo eso: su regreso a casa, el momento en que todo hombre en cierto momento de su vida voltea hacia atrás y cuenta los pasos que lo han alejado de

la casa. Es su retorno al lugar de las cosas suaves y tibias.

Antes de adentrarnos en más detalles de su libro más reciente, es necesario conocer qué lugar guarda nuestro autor dentro las letras jaliscienses contemporáneas, es decir, ¿qué significado tiene su trabajo para las letras jaliscienses?

Ernesto Lumbreras, desde mi punto de vista, es un eslabón entre las dos generaciones de poetas de Jalisco que cierran el siglo XX. A pesar de su temprana edad, nuestro poeta se codeó con los poetas que formaron parte del segundo taller literario de Nandino en los ochenta en Guadalajara. Entre los escritores que participaron activamente en esta promoción cabe destacar a Jorge Esquinca, Luis Alberto Navarro y Javier Ramírez, entre otros. Dentro de dicho círculo y las actividades que éstos organizaban, Lumbreras, a pesar de su juventud, logró formar parte de proyectos editoriales organizados por ellos, como el libro colectivo *Desmentir la noche* (1986) y revistas como *Periódico de poesía*, *Trópico de cáncer* y *Magia menor*. Desde antes de sus veinte años, Lumbreras mostró una madurez que poco a poco se asentó en sus escritos. Cronológicamente, debió formar parte de los laboratorios poéticos que a

finales de los años ochenta se vinieron organizando en la ciudad, y con los talleres de la explosión de poetas que se registró en los años noventa en Guadalajara. Ese *boom* literario trajo consigo una lista extensa de autores de suma valía. Ernesto fue un escritor precoz dentro del medio literario en su momento, recordemos que en 1992, a los veintiséis años, obtuvo, como ya mencioné, el prestigioso Premio Poesía Aguascalientes con su libro *Espuela para demorar el viaje* (1992).

A propósito, confieso que al momento de armar el volumen *En la orilla del tiempo. Antología de poetas jaliscienses nacidos entre 1967 y 1979*, donde compilé los poetas insertados dentro de dicha promoción y *boom*, me causó un poco de conflicto saber de dónde partir, es decir: de cuál poeta; por una parte me inclinaba por iniciar con Ernesto dicha retrospectiva, sin embargo hubo dos motivos que me hicieron desistir, por una parte su inclusión en la megaantología *Poesía reciente de Jalisco* (1989), la cual cierra precisamente con el trabajo de Lumbreras, el más joven de dicho muestrario, y, por otra parte, su temprana participación, como ya indiqué, en publicaciones periódicas de los años ochenta. Insisto: fue

un poeta precoz. Su obra ha servido de guía para muchos de los que han venido detrás de él en este camino largo de las letras. Pero no sólo su obra poética ha merecido esta estima, sino su trabajo como ensayista y su narrativa con libros como *La ciudad imantada*, *la vida de Milton Vidrio*, brillante narración sobre el mundillo literario de una ciudad provinciana, y, por supuesto, el presente volumen.

Ábaco de granizo no sólo es una entrada más a la cuantiosa bibliografía de Lumbreras, es un libro que, a mi parecer, se buscará en un futuro no muy lejano para conocer el espíritu o temperamento de la gente de esta tierra, algo así como una pieza más de aquello que don Alfonso de Alba alguna vez llamó *La provincia oculta. Su mensaje literario*; este volumen es asimismo un álbum íntimo conformado por imágenes sueltas de su vida temprana. Me parece que Ernesto Lumbreras nos ofrece un libro que futuras generaciones buscarán para conocer mejor la región Valles. Me explico: por lo general cuando pensamos en el mapa de la geografía literaria de Jalisco es relativamente fácil ubicar autores cuya obra está ligada con su terruño, pensemos, por ejemplo, en Los Altos, donde hallamos a los

laguenses Alfonso de Alba, autor de *Al toque de queda*, y Francisco González León con su poemario *Campanas de la tarde*; en el sur de Jalisco nos topamos con las monumentales obras de Guillermo Jiménez y Juan José Arreola, por sólo mencionar dos, asociadas con Zapotlán el Grande. Alrededor de la ribera de Chapala también hallamos nombres como Ramón Rubín con *La canoa perdida*. Pero cuando nos trasladamos a la región Valles, ese rico territorio conformado por poblados como Etzatlán, San Juanito de Escobedo, San Marcos, Ameca y Ahualulco de Mercado, nos encontramos con un sensible vacío; aunque, cabe destacar, al menos un par de escritores nativos de la región y cuyas obras, poco conocidas, versan sobre la vida de los poblados Etzatlán y San Juanito de Escobedo, ellos son Patricio Bayardo González, autor de *De tierra mojada al viento norte. Memorias* (1998), cuyos primeros capítulos retratan la infancia del autor en su natal Etzatlán, y Antonio Domínguez Ocampo, cuya amplia obra, poco conocida por los estudiosos, se desenvuelve en San Juanito de Escobedo. Dentro de la numerosa bibliografía de Domínguez Ocampo destaca *El canto de los búhos* (1982), que narra la vida de algunos personajes de su terruño,

las tradiciones perdidas del pueblo, como la de la elaboración de petates, y descripciones vívidas del paisaje de su región. Más allá de estos autores, con la excepción de la novela *La otra orilla* (2005), de Eugenio Partida, la región no se había topado con un libro que los lectores (y estudiosos) pudieran asociar con dicha extensión geográfica, salvo algunos aislados pasajes y la letra de una o dos canciones. Por eso *Ábaco de granizo* es un libro importante, viene a llenar ese hueco que existía en las letras de esa región, en él se conjuntan la microhistoria y la literatura. Lumbreras, como buen conocedor de las enseñanzas de don Luis González y González, sabe que no hay nada más universal que hablar de lo propio, es decir, de aquello que nos es familiar a todos, el diario andar de las personas, los lentos atardeceres y las vidas que transcurren pacíficamente entre los muros de una casa.

Bien reza aquella frase tan conocida y atribuida a Rainer Maria Rilke: «La verdadera patria del hombre es la infancia»; Lumbreras lo sabe muy bien cuando nos lleva de la mano por los rincones de sus recuerdos y las calles del Ahualulco que él habitó; ese rincón de su república que ya no es ni será nunca más la que le tocó vivir.

La nostalgia es uno de los ingredientes principales del presente libro. Lumbreras materializa los recuerdos fugaces de su juventud en letra impresa. Revive los personajes, en su mayoría desaparecidos. Leer *Ábaco de granizo* es tener entre las manos una fotografía antigua a blanco y negro o sepia y la extraña sensación de estar mirando un panteón perdido en el tiempo. No obstante, estos relatos tienen otro ingrediente más, la recreación en la cabeza del autor de historias, que seguramente más de un lector se preguntará si ocurrieron como él las pinta. Es fácil reconocer la vena poética de Lumbreras en estas narraciones, lo notamos, una página tras otra, en los cuidadosos trazos con los que arma sus cuadros de personajes y paisajes.

Ernesto, con *Ábaco de granizo*, ha logrado ofrecerle a su comarca un libro que será referencia para las futuras generaciones de lectores en busca de los rastros perdidos del pasado de su terruño, un libro con el cual seguramente él también permanecerá en la memoria y el corazón de sus coterráneos |

Texto leído el 27 de enero de 2023 en Impronta Casa Editora, durante la presentación de *Ábaco de granizo*, de Ernesto Lumbreras (Ediciones Era, 2022).

CABARETS A LA LUZ DEL SOL



Iván Soto Camba

Lomo rojo. Las letras del título las recorren foquitos como los que iluminan las marquesinas de los teatros. En la portada, una mujer pierde su mirada en la tipografía. Su cabello lo adorna un tocado de hojas, flores y espinas metálicas. Sus labios tienen el mismo tono de rojo que el tocado. Un listón negro al cuello. Doscientos ochenta y nueve páginas.

Si no se juzga un libro por su portada menos por el *copy* publicitario sobre el que descansa la cabeza de la mujer, una almohada de mayúsculas amarillas:

ENTRE EL ESPLENDOR DE LAS
PISTAS DE BAILE DE LOS AÑOS
CINCUENTA SE ESCONDE UN
ASESINO.

Tampoco hay que juzgar un libro por su trama, que es lo menos importante en una novela: lo que importa es la forma, en especial si es un *thriller*. Más aún si no respeta las reglas del género literario. Siempre se gana cuando se cambia la seriedad por la farsa.

La comedia es una puerta más interesante a la nota roja, como probó Bernal en su célebre *Complot mongol*, al cual este libro de lomo también rojo rinde homenaje.

A un *thriller*, donde cada frase puede ser una pista, hay que juzgarlo por sus ratos muertos, escenarios vacíos: «Todos los *cabarets* son feos a la luz del sol. La pintura de la hawaiana, las palmeras y las canoas, el podio donde se pone la orquesta y las mesas astilladas sin sus lamparitas no lucen cuando las ves así nada más. Ésa fue una desilusión, pero ya sé que en la noche será maravilloso, pura magia. Me darán muchas ganas de irme a ese mar tan azul de la pared».

Hay quienes, mientras escriben una novela histórica, caminan por los lugares como si visitaran parques de diversiones, y otros para los que son más bien cementerios. Ruinas que se comen las enredaderas y los bichos. Los autores de este libro, escrito a cuatro manos,

pertenecen a la primera categoría. Al menos ésa es la sensación que produce su novela, emplazada en la ciudad de México durante el cambio de sexenio de Miguel Alemán a Ruiz Cortines, cuando se construían la Torre Latinoamericana y Ciudad Universitaria, a la vez que empezaba la televisión. En aquel entonces, lo que ocurría de noche era tan distinto a lo que pasaba de día que parecía otro país, unos ciudadanos eran más auténticos a la luz del sol y otros a la de la luna.

Otro instante suspendido de *Waikikí*: «En la tercera esquina por fin se alza el hotel Impala, de tres pisos. Afuera, un pachuco habla acaloradamente con otro que todavía, a pesar de la noche, lleva puesto el sombrero y una leontina dorada. Bajo el farol dos muchachos con medias de red esperan clientes y, mientras, se espantan los mosquitos que les revolotean».

Fiel a lo que retrata, esta novela adquiere, por momentos, cualidades de *cabaret* vacío, de cantina cerrada. Sus personajes exploran los espacios como si no pertenecieran a ellos, como si se movieran dentro de las paredes.

El asesinato de Katmandú, estrella del *Waikikí*, trastoca las

vidas de Esmeralda, una bailarina (tiple), y Mario, un sacaborrachos, principales sospechosos del crimen junto con la Márgara, una enana que orina de pie, quien durante años tuvo el honor de peinar las pelucas y preparar las pociones que bebía Katmandú para aguantar la noche. Lo cierto es que todos tenían razones para querer muerta a la *vedette*. Es un tiempo en el que generales y políticos salen de fiesta armados: «Hay que dejar las cuarentaicinco en el guardarropa: porque si a alguno le da por menearse mucho en un *boogie* loco puede volarle la cabeza a su pareja de baile».

Esta ciudad de México se reduce a un laberinto de *cabarets*, centros nocturnos y prostíbulos que Esmeralda y Mario, provincianos con poco tiempo en la capital, visitan a veces de noche y a veces de día, buscando al verdadero asesino para limpiar sus nombres.

Todas las bailarinas querían ser Tongolele o de perdis Katmandú, que hipnotizaba a sus espectadores al bailar como serpiente venenosa, enfundada en un vestido rojo. Mientras se quitaba la ropa, quienes la miraban quedaban petrificados, con fiebre, sin respirar, muy calladitos. Si en ese

momento ella les hubiera dicho que sacaran sus pistolas y se suicidaran, lo hacían. Esmeralda quería su fama y fantaseaba con montar su propio acto: ser princesa azteca en una pirámide de luces, lista para el sacrificio. Mario era un adorador más de la *vedette* asesinada. Robaba su corpiño y sus pantaletas para ponérselos. Imitaba sus poses. Esmeralda odiaba a Katmandú mientras Mario la amaba. Sin empleo, con su reputación destruida y su foto en todos los periódicos, ahora no les queda más que compartir la ruina y el cuarto de hotel mientras cazan al verdadero criminal.

La estética de la novela parece, de entrada, tan ingenua como sus protagonistas. Y ése es uno de sus aciertos. La prosa de esta parodia se alimenta del lenguaje de las notas de espectáculos de la época, del periodismo chabacano de los cincuenta, mientras que la atmósfera bebe del celuloide de las películas negras de arrabal. La sordidez se aborda entonces desde el melodrama, con una cursilería que cimienta el sentido del humor que sostiene el texto.

La base de la novela es el asesinato real de Suy Muy Key, *vedette* conocida como Muñequita China, que ocurrió en 1951 en el

Waikikí y nunca se resolvió, aunque se presume fue un crimen pasional a manos de su amante, es decir, un feminicidio, si ocurriera hoy, pero ésta es una novela histórica y como tal reconstruye la mentalidad de la época, exagerando sus matices trágicos y cómicos. La sociedad prohíbe de día lo que celebra de noche. Mario y Esmeralda son un par de recién llegados al lado oscuro de la capital, se mueven en el infierno de luces de colores y plumas con total inocencia, hasta que la metrópolis los devora y los desdibuja entre la multitud de empresarios, militares, políticos, sindicatos, artistas, policías, bailarinas y músicos.

El funeral del sexenio de Miguel Alemán se parece al de la *vedette*:

«Al fondo, una gran cruz cuelga de la pared. Las pocas personas que han llegado a esa hora parecen desencantarse de ver aquel féretro color natural, muy sobrio y casi sin coronas, y prefieren pasar a la sala contigua. A Mario se le figura que dentro no está Katmandú, sino alguien más, quizá una chica de buena familia, recatada y que se ha ido del mundo siendo virgen. No hay rastros de sus plumas, de sus lentejuelas atrevidas,

de su desparpajo en escena. Es como si estuvieran en un foro equivocado, como si hubieran llegado al Waikiki de día, cuando se nota que la tarima de los músicos está descarapelada sin luces que lo disimulen. Sólo el débil resplandor de cuatro cirios gordos que enmarcan eso que parece más bien un ropero acostado» |



- *Waikiki*, de Ana García Bergua y Alfredo Núñez Lanz. Planeta, México, 2022.

WAYNE SHORTER (1933-2023): UN DIÁLOGO ETERNO



Alfredo Sánchez Gutiérrez

Del saxofón de Wayne Shorter vuelan notas inconfundibles que dejan su impronta en canciones tan disímbolas como «Aja» de Steely Dan, «The End of Innocence» de Don Henley, «Gardenia» de Santana, «African Flower» de Norah Jones y, por supuesto, muchísimas en la amplia discografía de su entrañable amiga Joni Mitchell.

Su larga y muy productiva vida de casi noventa años —los habría cumplido en agosto de 2023 pero no alcanzó, pues murió el pasado dos de marzo— le

permitió recibir toda clase de honores, premios y reconocimientos.

¿Por dónde empezar a escuchar a Shorter? La tarea se antoja abrumadora, hay tanta música, tantos discos, tantas épocas. Casi una vida entera para abarcarlo todo y ni así. Tan sólo su ambicioso y último disco de 2018 tiene una duración superior a las dos horas. Por supuesto era un músico de jazz, un instrumentista más que competente pero también un compositor y un espíritu abierto que buscaba extender las fronteras del

jazz convencional. A lo largo de sus muchísimas grabaciones queda clara su capacidad para dialogar con aquellos con quienes hacía música. Era un escuchador minucioso y atento, que ponía las notas que se requerían en el momento justo, ni más ni menos, sin alardes excesivos ni desplantes egocéntricos.

La *playlist* podría iniciar con los Jazz Messengers del baterista Art Blakey, con quienes grabó un montón de discos entre 1959 y 1964. Luego, con la larga experimentación al lado de Miles Davis, quien lo reclutó en ese mismo año 64 luego de andar buscando con quién suplir al enorme John Coltrane. Wayne permaneció con Miles hasta 1970 y durante todos esos años gloriosos aportó su tenor y su soprano en discos revolucionarios como *Nefertiti*, *In a Silent Way* o *Bitches Brew*, entre muchos otros. La música podría seguir con Weather Report, su alianza creativa con el austriaco Joe Zawinul, acaso la más poderosa banda del jazz rock, que duró quince años con otros tantos discos que siguen siendo disfrutables y retadores. Pero habría que añadir en un lugar especial su trabajo solista: cerca de treinta discos llenos de

colaboraciones notables y composiciones propias con formaciones diferentes entre sí. Y, por supuesto, sería imprescindible completar con sus participaciones al lado de artistas tanto del jazz como de otros rumbos: de Donald Byrd a Norah Jones; de Freddie Hubbard a Milton Nascimento; de McCoy Tyner a Carlos Santana. Y Michael Petrucciani, Tony Williams, John Scofield, Lee Morgan, Jaco Pastorius y tantos otros. Un lugar destacado en la lista habrían de tener sus colaboraciones con Joni Mitchell, particularmente jugosas: cerca de diez discos de la rubia canadiense donde el maestro Wayne aportó su personalidad y sonido único: *Turbulent Indigo*, *Night Ride Home*, *Mingus*, *Travelogue*, para citar apenas cuatro. Y ahí no para la cosa: habría que incluir también algo del homenaje que el pianista Herbie Hancock le hizo a la Mitchell en 2007: *River*, *The Joni Letters*, donde Shorter toca de manera inspirada a lo largo de todo aquel disco memorable. Nada más con esas propuestas tendríamos para llenar muchas horas musicales de gozo absoluto.

En 2009 la ciudad norteamericana de Los Ángeles fue la invitada de la FIL Guadalajara. Como

parte de los espectáculos musicales que aportó hubo un concierto inolvidable: Wayne Shorter llevaba tiempo trabajando con un cuarteto de virtuosos excepcionales: John Patitucci en el contrabajo, el pianista dominicano Danilo Pérez y el baterista Brian Blade. Un grupo de improvisadores natos que le sacaron brillo especial a la música de Wayne, quien por entonces ya era un respetable señor de cerca de ochenta años y trayectoria incomparable. Fue aquélla una de las escasas oportunidades para escuchar a este maestro en nuestro país y percatarnos de su profunda, serena —aunque a ratos convulsa— manera de tocar y componer. Y para observarlo en el escenario: concentrado, atento a sus compañeros y ajeno a las extravagancias o manifestaciones excesivas.

En 2008 Wayne Shorter publicó un ambicioso proyecto: el disco triple *Emanon*, con música para orquesta de cámara y grabaciones en vivo de su cuarteto, todo completado por una historieta que da cuenta del viejo interés del músico por las historias de ciencia ficción. Con esa producción ganó un Grammy como mejor disco de jazz instrumental. Esa

producción volvió a poner en claro que Wayne Shorter siempre estuvo del lado de la ambición, de la fusión, de la ruptura de esquemas, de la inconformidad creativa. Por eso estuvo con Miles, por eso fundó Weather Report, por eso hizo los discos que hizo y colaboró con tantos músicos distintos.

Su vida personal también tuvo sus complicaciones y tragedias: su hija Iska murió a los catorce años, víctima de un doloroso problema cerebral. Años después su esposa Ana Maria falleció en un accidente aéreo a bordo de un vuelo comercial que se estrelló poco después de despegar en el aeropuerto Kennedy de Nueva York.

Wayne Shorter fue practicante del budismo durante buena parte de su vida. En una entrevista con el diario inglés *The Guardian*, decía: «Gracias a esa práctica, el budismo, soy capaz de establecer un diálogo eterno con aquellos a quienes he perdido temporalmente».

Budistas o no, me parece que podríamos afiliarnos a esa idea: la de esperar que la pérdida de Wayne Shorter sea temporal y el diálogo con él, eterno. Al menos tengo la convicción de que lo será a través de las muchísimas grabaciones que nos legó |

CUARTO MENGUANTE DE OCTAVIO PAZ. A 25 AÑOS DE SU TRÁNSITO HACIA LA OTRA ORILLA



Adolfo Castañón

Hace casi veinticinco años murió Octavio Paz. Poco después de su muerte publiqué dos libros. Uno dedicado a él y otro, *Tránsito de Octavio Paz*, en el que daba cuenta poética de su partida. Aunque se publicaron muchos poemas dentro y fuera de México sobre esa «traducción» a la otra orilla como los que le dedicaron Elsa Cross, Tedi López Mills, Roberto López Moreno, Francisco Serrano, Víctor Manuel Mendiola, Aurelio Asiain y Malva Flores, entre muchos otros, *Tránsito de Octavio Paz* fue el único libro dedicado a su partida. Fue traducido al inglés por Beatriz Haussner y publicado en Canadá. Unos años después publiqué de nuevo ese título, esta vez acompañado de un caudal de poemas, apuntes y ensayos en setecientos cincuenta y ocho páginas en 2014. Esta obra no era una biografía en sentido estricto, como las que publicaron Enrique Krauze, Guillermo Sheridan, Alberto Ruy Sánchez y

Christopher Domínguez. Era algo más y algo menos, pues en el libro además de aportar algunos materiales poco conocidos o inéditos, esbozaba yo, en paralelo y contrapunto, mi propia autobiografía.

He seguido trabajando en la obra de Octavio Paz, o más bien, dejando que ésta trabaje en mí. Más allá de los diversos pliegos que han ido apareciendo para salir al paso de encuestas y peticiones periodísticas y académicas, desde

hace años me encuentro trabajando en un andamiaje que hemos llamado «Octavio Paz entre claves», que guardará los índices de nombres propios y de personajes, los títulos de obras y artículos citados en las dos ediciones de sus obras completas. Esa tarea la he emprendido en colaboración con Eduardo Mejía y un equipo en el que han participado Alma Delia Hernández, Jorge Sánchez Casas, Cristina Villa Gawrys, Verónica Baez y Leticia Gaytán, y saldrá con el sello de El Colegio Nacional. La obra y el legado de Octavio tienen mucho futuro. La Secretaría de Cultura ha pedido ampliar el plazo para dar a conocer los documentos que conforman el legado de Octavio Paz hasta 2043. «El presente es perpetuo», dice un verso del nobel mexicano |



Fotografía obtenida de Zona Paz y realizada en 1984 por Rafael Doniz

(Ciudad de México, 1952). *Local del mundo. Cuadernos del calígrafo* es uno de sus últimos libros publicados (Universidad Veracruzana, 2018).

WOODY ALLEN Y LA BUENA SUERTE



Hugo Hernández Valdivia

En *Match Point*: *la provocación* (*Match Point*, 2005) Woody Allen sigue las contrariedades de Chris Wilton (Jonathan Rhys Meyers), quien tuvo posibilidades de hacer carrera en el tenis profesional no muchos años atrás. Pero sus afanes en el deporte blanco no prosperaron, por lo que su presente es gris y sus economías precarias. No obstante, sigue teniendo el propósito de vivir la vida que imaginó (o que cree merecer), con las comodidades que hace posible la riqueza. Joven aún, y tan ambicioso como en sus años mozos, se da a la tarea de escalar en la esfera social y traza un plan que los espectadores iremos descubriendo conforme se concreta. Se instala en Londres y comienza a dar clases de tenis en un club de gente adinerada. Pronto el plan comienza a dar frutos: uno de sus alumnos, Tom Hewett (Matthew Goode), quien es amante de la ópera y forma parte de la élite londinense, lo invita

a una puesta en escena. Ahí conoce a la hermana de Tom, Chloe (Emily Mortimer), e inicia una relación sentimental con ella. Todo va viento en popa y el futuro imaginado aparece, así, en el horizonte. Hasta que se cruza en su camino Nola Rice (Scarlett Johansson), la bellísima novia de su cuñado. Y mientras Chris propone, Eros dispone.

La historia ofrece a Allen un extraordinario pretexto para explorar asuntos que habían estado más o menos presentes en su filmografía, así como para explorar una veta que se prefiguraba en sus películas anteriores y comenzó a concretarse con mayor claridad en su entrega anterior, *Melinda y Melinda* (*Melinda and Melinda*, 2004). En esta categoría caben películas que parten de una especie de hipótesis que la historia ha de probar o desmentir por medio de los eventos que encadena; o, también, contrastar posturas distantes y, más que validar o refutar, establecer una ambigüedad provechosa para la reflexión.

Como en el caso de las *Melindas*, que contrapone las repercusiones narrativas y temáticas de una serie de eventos cuando éstos se abordan desde la comedia o desde la tragedia, estas películas tienen su origen en aseveraciones o preguntas —en especulaciones— que surgen de cuestionar conductas puntuales. Allen se lanza así por la ruta de la filosofía moral; y resulta ser un moralista avezado, genial, que se asoma a la profundidad con ligereza, que se acerca con humor y agudeza a asuntos delicados y graves.

Al inicio de *Match Point: la provocación* vemos la red de una cancha de tenis y escuchamos la voz de Chris: «El hombre que dijo: “preferiría ser afortunado que bueno” tenía una profunda perspectiva de la vida. La gente teme reconocer qué parte tan grande de la vida depende de la suerte. Da miedo pensar que sea tanto sobre lo que no tenemos control. Hay momentos en un partido en el que la pelota alcanza a pegar en la red, y por una décima de segundo puede seguir su trayectoria o bien caer hacia atrás. Con un poco de suerte, sigue su trayectoria y ganas. O tal vez no, y pierdes». El curso de la historia por venir, como podremos constatar,

(Guadalajara, 1965). Es crítico de cine y profesor del ITESO, colaborador de la revista *Magis*.

depende en buena medida de la caída de «la pelota» de un lado o del otro. Gracias a esta imagen, breve y elocuente, Allen ilustra cómo el azar influye en la humana circunstancia y cuáles son las consecuencias que acarrea. Porque si pudiera pensarse que el azar irrumpe como gratuidad, como una inmotivada casualidad (de la que puede ser un sinónimo), aquello que provoca no es gratuito ni casual: la cinta explora la ruta que va de la casualidad a la causalidad, muestra cómo el azar se traduce en suerte apenas se singulariza y tiene como destinatario a un individuo, en especial a un ser humano (porque otros animales también tienen suerte; si tienen derechos por qué no habrán de tener suerte).

Como todo personaje de una narrativa clásica, Chris es un agente, un agente causal. Lo que pasa en la historia, sobre todo en el primer acto, le pasa a él (sin ser del todo pasivo, por lo general en este tipo de narrativa el protagonista es más objeto que sujeto); y en los actos siguientes, él hace que las cosas sucedan. Y si el azar, como si tuviera motivos y voluntad (en manos del escritor o del guionista el azar no es gratuito), puso en su camino a Nola, lo que

detona una serie de eventos que hasta entonces eran impensables, en el futuro estará menos presente. Pero no dejará de tener una relevancia sustanciosa en momentos determinantes. Así llegamos al inevitable punto en que al personaje se le presenta un dilema en el que el azar tiene poco o nada que decir y él mucho que decidir, y nos instalamos en los terrenos de la tragedia (ésta sí humana, demasiado humana). Chris debe optar entre el amor y las comodidades, entre Nola y su esposa, entre matar o no matar. Se hace presente, entonces, un conflicto, y como todo conflicto que se respete, la decisión que se tome para despacharlo tendrá ganancias y pérdidas. En la consecuencia de esta decisión interviene de nuevo el azar. Entonces éste se convierte en suerte y adquiere una connotación moral. La pelota pasa del otro lado y Chris gana el punto; ha tenido buena suerte.

Una vez que el conflicto se establece en *Match Point*: la provocación, la película tiende un sólido puente con una de las obras maestras del cineasta neoyorquino: *Crímenes y pecados* (*Crimes and Misdemeanors*, 1989). En ésta, Judah Rosenthal (Martin Landau), un reputado oftalmólogo,

otrora creyente y hoy un tanto cínico, decide quitar de su camino a una amante que se ha vuelto bastante impertinente y que representa una amenaza para su tranquilidad burguesa. Una vez que tanto Chris como Judah han tomado la decisión y que se concreta la acción que ésta supone (con una enorme diferencia: el médico no se ensucia las manos), se comienza a hacer presente un sentido en algo que en su origen no lo tenía; una vez que el azar anuda la trama, ambos se asoman al abismo —y ambas cintas van



Fotografía publicitaria de Woody Allen, tomada en Chicago cuando fue invitado al *show* de Irv Kupcinet a principios de los setenta

ganando en profundidad— y cobra relevancia un asunto incómodo: la responsabilidad. En un mundo en el que Dios ha muerto (o no ve: aquí se cruzan los caminos de la oftalmología y la teología) y, en consecuencia, todo está permitido, como ya comentaba Iván Karamazov, hacerse cargo de las acciones es opcional, voluntario, una cuestión de (mala) suerte. Para el personaje de *Los hermanos Karamazov* de Fiódor Dostoievski la ausencia de Dios haría posible (o incluso justificaría) cualquier fechoría, pero para Jean-Paul Sartre, que parte de la premisa de que estamos «condenados a ser libres», los seres humanos están obligados ante sí y ante los demás a asumir la responsabilidad de sus actos. Allen plantea en ambas películas que, sin Dios ni autoridad que vea y castigue, se puede eludir la responsabilidad, y la única consecuencia puede ser tener mala conciencia. Aquí también toman distancia ambas películas, porque mientras para Judah la mala conciencia es un período de intenso malestar y poca duración, y no parece experimentar mayores remordimientos, Chris, que ha conseguido lo que buscaba, expresa

una angustia profunda. La libertad, al final, se concreta en cómo se vive, en cómo se percibe, aquello que se ha hecho.

En *La insoportable levedad del ser*, la prodigiosa novela de Milan Kundera, Tomas cae en la cuenta de que su destino, ligado a Tereza, ha sido el resultado de una serie de azares (o casualidades, término que se usa en la traducción al español). Es, al menos, lo que Tomas se dice a sí mismo cuando lamenta su regreso a Praga, lo que supone la ruina de su vida profesional. Porque lo más determinante ha sido su compasión, término al que Kundera dedica una amplia explicación y que es una especie de hermana mayor de la empatía: ambas tienen en común la posibilidad de sentir lo que siente otra persona, pero mientras ésta no supone una acción consecuente (basta con un *like* o una carita compungida en cualquier red social o con una palmadita en la espalda; es decir, puede ser medianamente superficial), la compasión supone un involucramiento real que se traduce en acciones. El compasivo Tomas, así, no puede separarse de Tereza.

En algún momento de *Niños del hombre* (*Children of Men*, 2006) de Alfonso Cuarón, Jasper (Michael

Caine) dice que «todo es una mítica batalla cósmica entre la fe y el azar» y tiene reservas sobre lo que afirma otro personaje: «Todo sucede por una razón». Y tiene razón. Porque el azar no tiene razones, pero los humanos, ávidos de sentido, las descubren *a posteriori*. Más que fe, Allen pensaría en valentía, en voluntad. Justo al inicio de *Manhattan* (1979) Isaac (Allen), protagonista de la cinta, hace un comentario para impresionar a Tracy (Mariel Hemingway)—la chica que lo acompaña— que resulta ser una declaración de principios de Allen guionista y cineasta: «El talento es suerte; creo que lo importante en la vida es la valentía». Cuatro décadas después, en *A propósito de nada*, su libro de memorias, hace un reconocimiento que aplica como balance para su vida y su oficio: «He tenido suerte, y esa buena suerte me ha seguido todos los días de mi vida, hasta ahora». En su infinita modestia, el neoyorquino atribuye poco valor a su valor, que se compone lo mismo de tenacidad que de un constante afán reflexivo, de lucidez y agudeza: su filmografía da fe de que, si en el origen el talento es cuestión de suerte, la buena suerte es cuestión de valentía... y de trabajo |

EL VIDRIO ES COMO LAS NUBES: MATYAS PAVLIK



Víctor Ortiz Partida

Matyas Pavlik (Ústí nad Orlicí, República Checa, 1984) creció entre Estados Unidos y México. Sus padres son escultores en vidrio, por lo que siempre ha vivido rodeado de arte. Al estar expuesto a múltiples culturas, paisajes y lenguas, la diversidad de colores y de enfoques moldearon tanto su personalidad como su estilo.

Mientras estudiaba diseño gráfico en la Universidad de San Francisco, pasó un semestre en la Universidad de Arte, Arquitectura y Diseño de Praga. Ahí fue donde encontró su pasión por el trabajo práctico con arcilla y yeso, y quedó deslumbrado por las posibilidades ilimitadas de la fundición en horno. Para adquirir la habilidad del vidrio fundido, un método desarrollado en la región de Zelezný Brod, en el norte de Bohemia, se mudó a la República Checa y comenzó a trabajar junto a su madre, Vladimíra Klumpar.

En 2012, Matyas Pavlik se unió al proyecto de diseño M.O.M (Moje Objektové Muze), que lo familiarizó con la herencia checa de

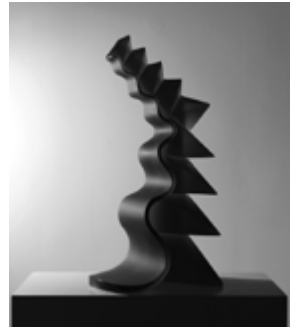
la fabricación y corte de vidrio. Cautivado por las habilidades necesarias para este arte aplicado, que está en vías de extinción, comenzó a incorporar técnicas de corte tradicionales en sus esculturas conceptuales de vidrio fundido.

El enfoque del trabajo de Pavlik radica en explorar el medio del vidrio a través de una densidad variada dentro de formas abstractas, la manera en que la luz se rompe, se redirige o se absorbe, y en utilizar una paleta de colores orgánica y vibrante.

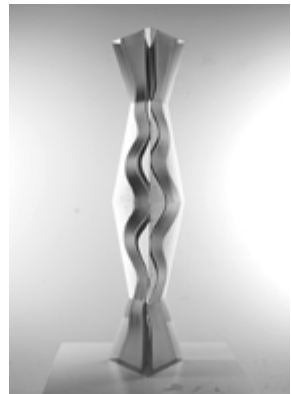
«El vidrio es como las nubes, siempre está cambiando de acuerdo a como le dé la luz, es algo que me gusta, y siempre trato de jugar con eso. Las propiedades translúcidas del vidrio lo hacen único, y yo intento controlar lo que se puede obtener de él. Dentro de una forma limpia y geométrica hay todo un mundo. El cristal parece agua, sólido o líquido, siempre se mueve», describe Matyas Pavlik en entrevista con la galería Hohmann |



Página 11
Crystalized (Cristalizado), 2023
Vidrio fundido, cortado y pulido
24 x 48 x 61 cm

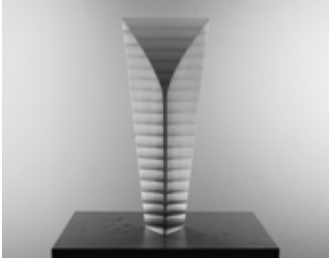


Página 36
Meander (Meandro), 2018
Vidrio fundido, cortado y pulido
29 x 129.5 x 119 cm

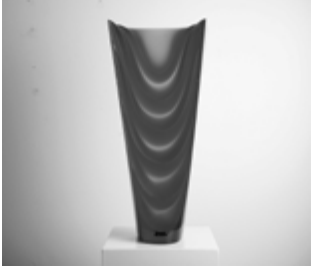


Página 66
Mirror Delta (Delta espejo), 2022
Vidrio fundido, cortado y pulido
33 x 30.5 x 140 cm

(Puerto de Veracruz, 1970). *Hacia días felices simples rastros* (Mano Santa, 2020) es su libro de poemas más reciente.

**Página 94**

Blue Voltaic (Voltaico azul), 2021
Vidrio fundido, cortado y pulido
60 x 25 x 7 cm

**Página 122**

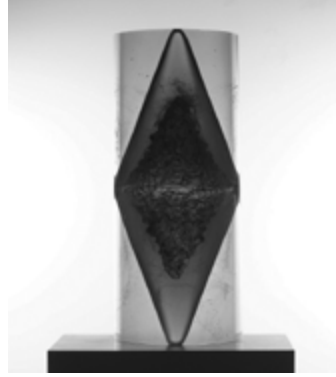
Depth (Profundidad), 2021
Vidrio fundido, cortado y pulido
15 x 30.5 x 60 cm

**Página 157**

Dune (Duna), 2021
Vidrio fundido, cortado y pulido
30.5 x 99 x 37 cm

**Página 176**

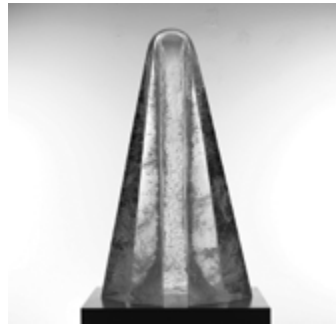
Geysers (Géiseres), 2023
Vidrio fundido, cortado y pulido
16.5 x 34 x 75 cm

**Página 193**

Inner Reflection (Reflexión interior), 2023
Vidrio fundido, cortado y pulido
18 x 34 x 74 cm

**Página 210**

Surface tensión (Tensión superficial), 2021
Vidrio fundido, cortado y pulido
20 x 30.5 x 80 cm

**Página 219**

Underwater Fall (Cascada submarina), 2022
Vidrio fundido, cortado y pulido
29 x 49.5 x 85 cm

CONVOCATORIA

EL ORNITORINCO TACHADO

REVISTA DE LA FACULTAD DE ARTES, UAEMéx

PUBLICACIÓN CONTINUA

ARTÍCULO DE INVESTIGACIÓN

ENSAYO ACADÉMICO

ENSAYO VISUAL

RESEÑA

DOSIER

ornitorincotachado.uaemex.mx
revista_ornitorrinco@uaemex.mx



Cuando se ve en color: Párrafo 2-4, Gabriel Lobo Ramos, 2021.


63

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

- José Manuel Tirado Almendra: Movimientos sociales y derechos humanos
- Paula Acuña Salazar: La culpa no era nuestra
- Saúl Horacio Moreno Andrade: Acción colectiva: del movimiento obrero a la precarización del trabajo
- Malik Tahar-Chaouch: HIRAK, populismo revolucionario y dignidad en Argelia
- Mónica Torio Hernández: De los territorios del miedo a la alteridad: Bordando espacios de memoria
- Gualberto Díaz González: Las grandes Montañas de Veracruz y sus movimientos sociales

 @Palabrayhombre

 /lapalabayelhombreoficial

 /lapalabayelhombreoficial

Sitio web: lapalabayelhombre.uv.mx

Universidad Veracruzana



PASODEGATO

REVISTA MEXICANA DE TEATRO

número

91

DOSSIER:

Peter Brook: anatomía de un alquimista de la escena

PERFIL:

José Sefami

ESTRENO DE PAPEL:

Tempest Project (La tempestad), de Shakespeare adaptación de Peter Brook y Marie-Hélène Estienne

ENCUÉTRALA EN LA **LIBRERÍA PASO DE GATO**
LLAMANDO O ESCRIBIENDO A:

libreriapaso.degato01@gmail.com • 55 5981 6993
www.pasodegato.com



www.petraediciones.com